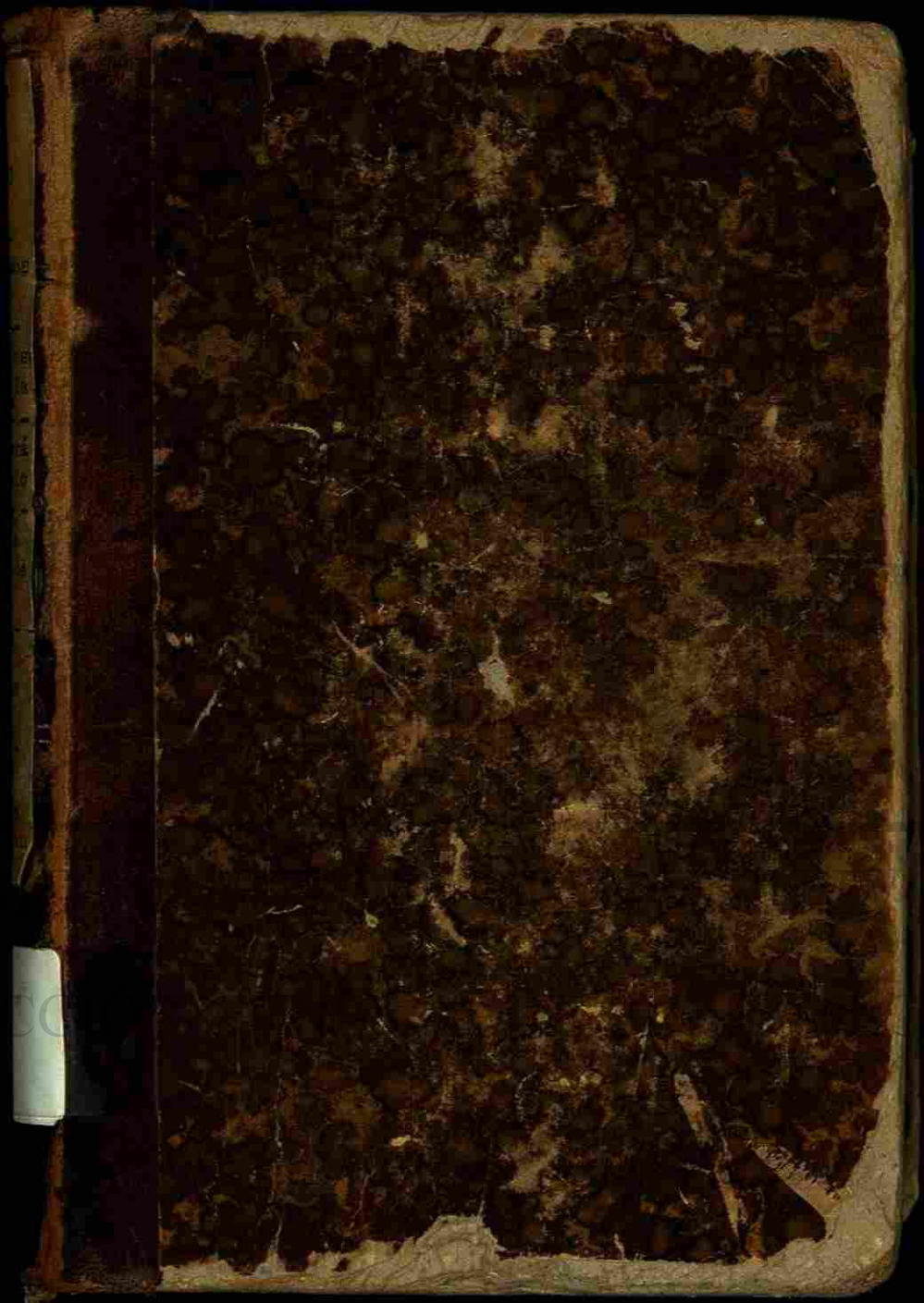


M. Acuña
El pasado

M. Ramos C
Zaragüeta

Pérez Galdos
Realidad

Feli y C Jos
Miel de la
Alcarria

A. Guimerá
Mar y cielo

Celso Lucio
La marcha de
Cádiz

Liern
Picio, Adán
y Cía.

C. Peyres
La dama de
las camelias

PQ7297
.A37
P3

1020019571

EL

PASADO.

ENSAYO DRAMÁTICO EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DEL FINADO

Manuel Acuña,

OBRA PÓSTUMA EDITADA

POR

RAMÓN LAINÉ.

CAPILLA ALFONSINA
ACERVO DE LITERATURA
113738

MÉJICO.

Imprenta de Antonio Vanegas Arroyo
Calle de Santa Teresa número 1.
1890.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
32684

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U
F62
A
.A37
P3

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
LUCE ET VERITATIS

Es propiedad del Editor conforme á la ley.

Al Sr. Don Juan M. Lererero.

Querido Juan:

Este drama es tuyo: la noche del 9 de Mayo de 1872, inolvidable para mí, es también inolvidable para tí. Guárdalo con el cariño de tu amigo, que ve en tí al creador de un personaje simpático para él por mil motivos. Ausentes ó no, que este drama sea el lazo que estreche la amistad que nos ha unido.

Manuel Acuña.

Toluca, 21 de Septiembre 1873.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES.

EUGENIA.
MARÍA.
DAVID.
UN CRIADO.
D. RAMIRO.
MANUEL.
ANTONIO.
OTRO CRIADO.

Méjico. Epoca actual. La acción empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana del día siguiente.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada, con una puerta en el fondo y cuatro laterales. Mesa en el centro con papeles y recado de escribir. Un reloj, una campana, un album con retratos, un velador, periódicos. Al levantarse el telón, aparecen EUGENIA, *sentada en un sofá, como meditando, y* DAVID, *que entra de la calle y se detiene por un momento al verla.*

ESCENA I.

EUGENIA y DAVID.

David. (¡En qué estará pensando!) (*Acercándose*) ¡Eugenia!

Eug. Ah! ¿Eres tú, David? Qué pronto has vuelto, amigo mío.

David. ¿Muy pronto?

Eug. Por lo menos, no has tardado tanto como yo esperaba. Y, á lo que parece, vienes muy contento, ¿no es verdad?

David. Y con razón: figúrate que al volver

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Tacubaya me encontré, en el mismo tren en que yo venía, con un antiguo compañero de colegio, á quien tú no conoces, pero del cual te he hablado muchas veces, citándole como el mejor y más querido de mis amigos.

Eug. ¿Manuel Romea?

David. Si, Manuel Romea. Muy buen muchacho: ya verás cuando lo trates. Y yo lo quiero mucho; como que es la personificación de mis recuerdos de estudiante, época, tal vez, la más hermosa de mi vida, puesto que entonces fue cuando te conocí.

Eug. Gracias, David. Y, dime: ¿has visto ya *El Siglo XIX* de ayer?

David. No. ¿Qué dice de importante?

Eug. Trae un párrafo en que se deshace en elogios para tí, diciendo que .. (*Toma un periódico y se lo enseña en el punto á que se refiere.*) mira, aquí está.

David. ¡Veamos! (*Leyendo.*) "Tenemos el gusto "de anunciar á nuestros lectores que "el célebre artista de cuyos triunfos "hablamos en uno de nuestros núme- "ros pasados, ha vuelto, después de "cinco años de ausencia, á la tierra "que le vió nacer. Sabemos que este "tiempo lo ha empleado estudiando "en Italia, y recorriendo las más her- "mosas ciudades del antiguo mundo; "estamos seguros de que esto, unido "á su talento y á su genio, hará que "el joven artista se coloque á la altu-

"ra de los más afamados pintores me- "jicanos. Nosotros lo felicitamos sin- "ceramente por sus triunfos, desean- "do para su frente todas las coronas "que merece."

Eug. ¿Ya lo ves?

David. Estas son picardías de algún buen amigo que me quiere, y que aumenta en su cariño el poco mérito que tengan mis pinturas. Porque, á la verdad, las pobres no merecen tanto. Y ahora que recuerdo, podría jurar que estas líneas han sido escritas por Manuel. Si, es uno de los redactores de *El Siglo XIX*. Ni sabe lo que se le espera cuando venga. Voy á regañarle. Afortunadamente estará aquí dentro de poco.

Eug. ¡Felíz de tí, que tienes quien te visite!

David. Si ayer apenas hemos llegado, ¿cómo quieres que vengan á visitarte tus amigas?

Eug. ¿Mis amigas?

David. ¡Vamos! todavía no tienes razón para quejarte. Ya ves yo: no he visto más que á Manuel, y eso por una casualidad, y, sin embargo, nada digo. Estoy seguro de que mañana van á acediarnos todos nuestros conocidos, y..... (*En este momento, María, que llega, interrumpe á David, arrojándose á los brazos de Eugenia.*)

———

ESCENA II.

DICHOS, MARIA.

Mar. ¡Eugenia!

Eug. ¡María!

Mar. ¡Tú!.. tú!... después de tanto tiempo!..... dame otro abrazo..... déjame que te bese!..... ¿Y usted, David, bueno? (*Tendiéndole la mano.*)

David. Como siempre, María; aunque no, no como siempre, sino mejor.

Mar. Pues qué, ¿ha estado usted enfermo?

David. Desde el momento en que dejé las playas de Veracruz.... Es tan hermoso este país de flores y de volcanes, tan puro este cielo bajo cuyo azul se deslizaron las primeras horas de mi vida, que, lejos de aquí, se sintió oprimido el corazón por una ansiedad inexplicable, por una especie de nostalgía, semejante á la que Adán debió experimentar al partir del Paraíso. Y luego, que yo no puedo prescindir de las mejicanas... son tan bellas.... tan adorables!....

Mar. Gracias, en su nombre, mi querido amigo; pero no debiera usted decir eso, delante de Eugenia por lo menos.

Eug. ¿Porqué, María?

Mar. Porque te encelarás de ese cariño universal de tu marido, que, ya ves, hasta tiene la franqueza de decirlo.

Eug. ¡Si te digo que es más enamorado!

Mar. ¡Ah! Ah! ¿Conque esas tenemos?.....

David. En cambio, Eugenia es la amiga más ingrata de todas las amigas.

Mar. ¿Cómo?

David. Cuando usted llegó, precisamente estaba acusando á todas sus antiguas compañeras de que la habían olvidado, y de que.....

Eug. Es verdad, querida; pero tú me perdonarás que lo haya hecho en medio de mi soledad y aislamiento.

Mar. Sin duda alguna, Eugenia, y puedes creer que si antes no he venido á verte, ha sido porque hasta hoy en la mañana me participaron la noticia de tu vuelta.

David. Conque, señoritas, ustedes deben tener muchas cosas que decirse, y yo las dejo para que puedan hacerlo más libremente.

Eug. ¿Te vas?

David. Sí, querida; tengo un poco de quehacer por allá dentro, y quiero concluir esta misma tarde si es posible. María, que no sea ésta la última vez que nos visite.

Mar. No tiene usted razón para decírmelo, David: soy demasiado egoista, para no procurarme el placer de saludar á una hermana y á un amigo á quienes tanto quiero.

David. Gracias

(*Saluda y vase 2ª puerta izquierda.*)

———

ESCENA III.

EUGENIA, MARÍA.

Mar. Y bien, Eugenia: ¿qué tal has pasado estos cinco años? ¿Te habrás divertido mucho..... habrás estado muy contenta?.....

Eug. Sí, María; porque es un gran placer vivir al lado de un buen esposo, que nos ama, á quien amamos, y cuyos triunfos en paises tan artísticos como la Italia, nos llenan de orgullo y satisfacción. ¡Si vieras cuánto gocé en mi pobre casita de Florencia, el día que supe por un periódico que un cuadro de David había obtenido el primer premio!..... ¡Oh!, en aquellos momentos, no me habría cambiado por nadie, absolutamente por nadie. Dejando á un lado el sentimiento nacional, haciendo abstracción del mejicano, el autor era mi esposo, y ya tú podrás figurarte que la cosa era para volverme loca. Los diarios no hablaban más que del pintor de *El tormento de Cuahutemotzín*, que era el asunto del cuadro, elogiándole y asegurándole un porvenir de gloria y celebridad.

Mar. Estarías muy alegre ...

Eug. ¡Y sin embargo!....

Mar. ¿Y sin embargo, qué?.... concluye.

Eug. María: tú, más que mi amiga, eres mi hermana, y te lo puedo decir todo.

Cuando yo consideraba que era la mujer del artista á quien todos admiraban y á quien todos ansiaban conocer; cuando yo consideraba que era indigna de llevar su nombre, su nombre que era un título de gloria, y que yo manchaba con el mío, se anegaban en lágrimas mis ojos, y más de una vez me arrodillé para suplicar á Dios que me matara, que me matara para dejarle libre.

Mar. ¡Pobre Eugenia!

Eug. Cuando en el paseo, cogida de su brazo, veía yo que alguno se fijaba en nosotros y hablaba al oido de su compañero, me parecía que aquel hombre estaba al tanto de mi situación, y que hasta se volvería á mí, para acusarme de haber unido mi nombre al de David. Y luego que los artistas se encuentran en una atmósfera tan luminosa, tan radiante, que el borrón más pequeño es advertido inmediatamente, y el mundo no perdona.... el mundo no sólo mata al gusano, sino también al inocente botón que ha carcomido.

Mar. ¿Y David?

Eug. David no me acusa; ha arrojado al olvido mi pasado; pero mi conciencia no, y la conciencia habla muy alto.

Mar. Es que tú no tienes que temer de la conciencia. Si tú le hubieras engañado, si te hubieras unido á él guardando tu secreto, vaya! pero una mujer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
Fondo 1935 MONTERREY, MEXICO

que tiene la abnegación y la lealtad de presentarse á los ojos de su amado con toda la espantosa realidad de la desgracia, no tiene de qué acusarse, si apesar de eso hay un hombre que le ofrece su corazón y su porvenir. Tú hiciste lo que debías, y aún más de lo que debías, para que David prescindiera de tu cariño; si no lo conseguiste, si él se olvidó de todo para enlazarse contigo, ninguno tiene derecho de culparte.

Eug. El mundo no sabe eso, el mundo creerá que yo he abusado de su amor para engañarle, y esto me desespera por David, que tal vez llegará á pensar lo mismo.

Mar. ¡Vamos! Eugenia, rechaza esos pensamientos que te hacen sufrir tan rudamente, y no te vuelvas á acordar de semejantes cosas.

Eug. ¡Ojalá fuera posible, María!

Mar. ¿Y por qué no?

Eug. Porque en situaciones como la mía, en todas partes, hasta en las sombras, los ojos no encuentran sino aquello precisamente que deseáramos arrojar de la memoria!... Pero dejemos esto á un lado, como dices tú muy bien. ¿Quieres visitar la pequeña galería que ha formado de sus cuadros nuestro artísta?

Mar. Iba á suplicarte que me proporcionaras ese placer; así es que acepto, y te

doy las gracias por haberte anticipado á mis deseos.

ESCENA IV.

DICHAS y DAVID.

Dav. ¿Has oido sonar la campanilla, Eugenia?

Eug. No; hemos estado tan distraidas.....

Dav. Pues á mí me pareció...¿pero ustedes iban á salir por lo que veo?

Mar. Sí, muy cerca.

Eug. Iba á enseñarle tus cuadros á María.

Dav. Ah! Muy bien.

Eug. Conque toma mi brazo, y vamos.

Mar. Vamos. (*Vanse primera puerta izquierda.*)

ESCENA V.

DAVID, luego MANUEL.

Dav. Si me habré engañado creyendo que tocaban. ¡Vaya! Vaya! Y ese chico que no viene.

Man. (*Entrando.*) ¡Querido David!

Dav. ¡Manuel! (*Se abrazan.*) Ya me figuraba yo que no vendrías. Siéntate, hombre, siéntate, y déjame que te mire á toda mi satisfacción; pero antes, dime, ¿todavía formas parte de la redacción de *El Siglo?*

Man. Sí, y comprendo por qué me lo preguntas. Has creido que el párrafo relativo á tí ha salido de mi pluma, ¿no es eso?

Dav. Pues qué, ¿no es tuyo?

Man. No, lo ha escrito un compañero que ni siquiera te conoce. ¡Ya verás!

Dav. ¡Hombre! y yo que estaba en la firme persuación de que era tuyo....

Man. Conque, vamos á ver, cuéntame, ¿qué has hecho en todo este tiempo que has estado ausente?

Dav. Poco menos que nada: pasearme en Roma ó Florencia casi todo el día, después de dar algunos brochazos en el lienzo, y volverme en seguida como tú lo ves.

Man. Debías añadir: después de obtener varios triunfos en la tierra clásica de los artistas.

Dav. ¿Triunfos?

Man. Ya lo creo; en cuantos diarios florentinos caían á mis manos á fines del año pasado, siempre encontraba algún elogio para el autor de *El tormento de Cuahutemotzín*.

Dav. Sí, ya recuerdo: un pobre cuadrito que tuvieron la bondad de premiar en la Exposición.

Man. ¿Bondad, eh?

Dav. No, Manuel, ni digas que es modestia; si lo conocieras, te convencerías de que en realidad vale bien poco.

Man. Advierte que los italianos son peritos en la materia, y que algo debe valer tu cuadro, cuando obtuvo el primer premio.

Dav. Una casualidad.....

Man. Pasando á otra cosa, puesto que tus

pinturas no merecen la pena, ¿qué tal viajaste?

Dav. Algo; un poco de España, lo mismo que de Italia, Londres, París ...

Man. Ah! estuviste en París, ¿y qué tal?

Dav. Ya tú lo conoces, á pesar de no haberlo visitado. Una ciudad inmensa y populosa, donde está reconcentrado todo lo bueno y todo lo malo de la tierra. El cerebro de esa loca que se llama Francia, en el que es preciso estudiarla para comprenderla; porque, ciertamente, el que conoce á París, puede decir que conoce á los franceses. Ahí es dónde puede observarse el carácter de ese pueblo, mitad hombre y mitad niño, que por una parte desempiedra una calle para alzar una barricada, representado por sus obreros, y por otra se dirige á Mabille, á divertirse, representado por una comparsa de estudiantes y grisetas.

Man. Hombre, á propósito, ¿se baila allí mucho Can-Can?

Dav. Mucho; el entusiasmo que ha producido ese baile casi raya en frenesí: aquello es una turba de furiosos, de salvajes, que se olvidan de todo para ensimismarse en sus piernas y en sus piés, y que saltan, se retuercen y se agitan. Ahí, en Mabille, más que un sitio de recreo, le parece á uno encontrarse en el infierno, rodeado por los espíritus del vértigo.

Man. ¿Y por supuesto que el Can-Can está

admitido en todas las clases de la sociedad?

Dav. En todas: no temo exagerarte, si te digo que de las tres cuartas partes de la población apenas habrá uno que no lo haya ensayado alguna vez. Lo que yo siento es que Méjico está contagiándose de tal manera en ese punto, que va á ser otro París dentro de poco.

Man. No; aquí el Can-Can está reducido al teatro, y nada más: unas cuantas bailarinas, de piernas más ó menos afrodisiacas, y hé aquí todo. El público lo aplaude, pero no lo acepta por fortuna.

Dav. Yo me alegro, porque el tal bailecito no es de lo más moral, ni de lo más decente que digamos.

(*Eugenia y María aparecen 1.ª puerta izquierda.*)

Estas señoras, por lo menos, estoy seguro de que participan en todo de nuestra opinión.

ESCENA VI.

DICHOS, EUGENIA Y MARÍA.

Mar. Seguramente que sí. ¿Cómo vamos, Manuel?

Man. A los piés de usted, María.

Eug. (*Á Manuel.*) Buenas tardes.

Man. Señorita....

Mar. Conque ¿de qué se trataba cuando nosotras llegamos? He dicho que sí,

y quiero saber qué es ello, para conformarme, ó para.....

David. Decía yo que el Can-Can es una innovación en la coreografía que no debe aceptar nuestra sociedad.

Mar. Y tiene usted mucha razón.

Eug. Yo digo lo mismo que María.

Dav. ¡Ah, Eugenia! Antes de que se me olvide, quiero cumplirte mi promesa; te presento á mi amigo y hermano Manuel Romea. (*A Manuel.*) Mi esposa.

Man. Señora, mucho me lisenjea contarme desde ahora en el número de sus más rendidos servidores.

Eug. Gracias, caballero.

Man. Acabamos de tratar de baile, y aprovecho la oportunidad para invitarlos á uno que tendrá lugar en San Cosme esta misma noche. (*A María*) He estado ya en la casa de usted á convidarla; pero ya que mi buena suerte ha hecho que la encuentre aquí, personalmente la invito, y confío en que aceptará como Eugenia, y como David.

Dav. Yo.....

Man. No, no vayas á decirme que no puedes, porque no admito excusas de ninguna especie; me he comprometido á llevarte, y no creo que seas tú quien me haga faltar á mi palabra: afortunadamente traigo conmigo las esquelas.

Mar. Yo iré con una condición.

Man. ¿Cuál?

Mar. Que Eugenia pase por mí, para acompañarme.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Man. ¿Qué dice usted á eso, Eugenia?
Eug. Que á mí tal vez no me sea posible asistir, porque.....
Mar. Entonces yo tampoco iré.
Man. Nada, yo les entrego á ustedes sus billetes; si no los aceptan, pueden romperlos en el acto, porque yo no los recojo.
Dav. Pues si te empeñas, iremos: querida Eugenia, puedes prepararte para ir á tiempo por María.
Mar. ¿Es decir que se admite mi condición?
Eug. Ya lo ves.
Mar. Pues me voy, y á las nueve te espero en casa; ya tú sabes: la misma donde he vivido siempre. Conque, señores, hasta la vista.
Eug. Voy á acompañarte. Usted tendrá la bondad (*A Manuel.*) de perdonarme si lo dejo para ir á disponer lo necesario.
Man. Con tal de que usted me dé la primera danza, y consiga de María que me dé también el primer wals, le ofrezco á usted mi más completo perdón.
Mar. Es usted algo exigente, pero por mi parte.....
Eug. Puede usted contar con esas piezas.
Man. Gracias.
Mar. Conque hasta la noche.
Dav. Hasta la noche.
Eug. ¡Caballero! (*Saludando á Manuel.*)
Man. ¡Señorita! Hasta San Cosme.
(*Manuel y David las acompañan hasta la puerta del foro.*)

ESCENA VII.

DAVID y MANUEL.

Man. Querido; ¿cómo es que en tus cartas no me contaste que te habías casado? Al día siguiente de tu partida se supo aquí que te habías llevado una muchacha, pero eso lo tomé yo por una simple locura juvenil y nada más. Yo ignoraba, aunque, ahora me lo supongo, que esa compañera de viaje era tu esposa.
Dav. En efecto, Manuel, era mi esposa.
Man. Permíteme que te diga que no entiendo una palabra. En aquel tiempo yo era tu amigo más íntimo, el que te acompañaba á todas partes, y entre tus novias no recuerdo haber conocido ningun Eugenia. La última de que me hablaste fué Margarita, la querida de D. Ramiro; pero á esa ni la cuento, porque para haberle dado tu nombre, era preciso que antes hubieras perdido la razón.
Dav. Según eso, ¿tú no te habrías enlazado con ella?
Man. ¡Hombre, no!
Dav. ¿Y por qué?
Man. En primer lugar por mí; y en segundo lugar por los demás.
Dav. No te comprendo.
Man. ¿Tú crees en la rehabilitación de la mujer caida?
Dav. Sí: yo sostengo que la mujer es reha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bilitable, cuando su alma se ha conservado pura, y, sobre todo, cuando su falta ha tenido por móvil, no la vanidad ni los placeres, sino un sentimiento noble y generoso, el de salvar la vida de una madre, como en ese caso.

Man. El fin no justifica los medios, y el mundo jamás olvida ese refrán. Cuando ve uno de sus miembros gangrenado, teme corromperse, y, sin preguntar la causa, se contenta simplemente con cortarlo. Por lo demás, no hace sino lo que tú mismo harías en circunstancias semejantes.

Dav. ¿Yo? .....

Man. Es claro, y te lo voy á probar en dos palabras. Un día, por ejemplo, ves á un asesino que me ataca puñal en mano, y te interpones; de esto resulta que me salvas, pero á costa de tu brazo que ha recibido todos los golpes en la lucha; pues bien, si á consecuencia de esto se te gangrena. ¿te detienes en cortarlo porque haya sido el salvador de un amigo tuyo?

Dav. Si puede sanar, lo dejo.

Man. El hecho es que eso es imposible, ó por lo menos muy difícil. Mientras el médico *Sociedad* no se convenza de que un miembro podrido es susceptible de curarse, no ha de prescindir de su sistema.

Dav. Manuel, veo que eres muy severo en tus apreciaciones.

Man. Estoy seguro de que tú piensas como yo; defiendes el caso, y no me extraña, porque Margarita está comprendida en él; pero, en el fondo, tú me concedes la razón.

Dav. (*Con entusiasmo creciente.*) Te engañas: yo no defiendo el caso por Margarita, como dices, sino porque es mi convicción, porque es mi creencia, que cualquier culpable puede rehabilitarse de sus faltas. ¡Yo no condeno como la sociedad al presidiario que ha robado un pedazo de pan para sus hijos, yo no condeno á la pobre mujer sin educación y abandonada, que el día que se muere de hambre se vende en el vértigo de la miseria, por unas migajas de mendrugo!..... ¡Yo á quien condeno es á la sociedad que no da trabajo al artesano!... ¡Al que no educa á la mujer!... ¡Al que la compra! ¡Yo á quien condeno es á la sociedad que se enfanga y después se asusta de sí misma!... ¡A esa madre que arroja á sus hijos en el albañal y que después no quiere reconocerlos!

Man. ¿Y qué le vamos á hacer? Yo quiero convenir contigo en que sea una injusticia imperdonable que los hombres castiguen faltas, de las que tal vez son cómplices; pero está demasiado arraigada para que tú, ó yo, abriguemos la esperanza de destruirla.

Dav. No; yo tengo mis ideas y mi manera

de ver las cosas; pero sin la pretensión de hacérselas admitir á la sociedad. Ella puede seguir el camino que le cuadre: yo, por mi parte, lo que nunca haré será sacrificar, en aras de sus caprichos y de sus necedades, ni mis sentimientos, ni mi corazón.

Man. Pues serás un mártir.

Dav. Mártir es mejor que necio.

Man. Sin embargo.....

Dav. Dime, Manuel: un hombre que piensa y siente y obra por sí mismo sin consultar con la multitud, tú, por ejemplo, si un día te encontraras con una mujer, ángel en el fondo y meretriz en la superficie, que por la primera vez despertara en tí ese anacronismo del sentimiento que se llama amor; si al lado de esa mujer divisaras un horizonte de cielos y un porvenir de felicidad, ¿renunciarías á todo esto por el mundo?

Man. Francamente, sí!

Dav. ¡Mentira!

Man. ¿Mentira?

Dav. Tú no eres tan miserable para dejarte vencer por la preocupación.

Man. Prescindo del *Qué dirán*.

Dav. Entonces.....

Man. Pero no prescindo de mí mismo.

Dav. ¿Qué quieres decir con eso?

Man. Supongamos por un momento que tú fueras esposo de Margarita. Dime: ¿no es verdad que en medio de tus

efusiones íntimas con ella, cuando febricitante y ebrio la tuvieras en tus brazos acariciándola, ¿no es verdad que sentirías algo como el infierno, ante el recuerdo de que aquellos labios estaban manchados por el ósculo de la impureza?

Suponiendo que tú fueras esposo de Margarita, si mañana te diera un hijo, ¿no es verdad que ese hijo tendría derecho á maldecirte por haberle dado una madre, cuya mancha se reflejara sobre su frente? Pero..... ¡já! já! já! estamos tomando este asunto tan á lo serio, que no parece sino que mi suposición es verdadera, según el ceño que me estás poniendo. ¡Vamos! querido David, espero haberte convencido por completo, y me retiro contando con que esta noche me referirás entre dos ponches todas las circunstancias y todos los pormenores de tu enlace. Yo te conozco, y deben ser interesantes, porque tú tienes muy buen gusto en materia de aventuras. (*Toma su sombrero.*)

Conque, arreglarse y hasta la vista! (*Tendiéndole la mano.*)

Dav. (*Secamente.*)

Adiós.

Man. (*Desde la puerta.*)

Mis saludos para Eugenia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA VIII.

DAVID SOLO.

Apoyado en un sillón permanece algunos instantes con la mirada fija y como anonadado. En sus palabras como en su acción se hará notar la lucha que sostiene.

Expresiones para Eugenia... .Sí, para Margarita!..... ¡Y yo que nunca me había fijado en ello!... ¡Manuel tiene razón! Sus primeros besos, sus primeras caricias..... ¡Oh! en este momento es cuando estoy sintiendo ese torcedor de los recuerdos, ese infernal suplicio del pasado!..... ¡Es verdad! Yo creía tener valor para vencer esa preocupación á fuerza de cariño; pero, desde hoy, ya no podré verla sin..... ¡Esto es horrible! Y luego, si yo tuviera un hijo..... ¡Dios mío! ¿qué he hecho para que me castigues de este modo? (*Pausa.*) ¡Nada! mi porvenir destruido.....!mis ilusiones tronchadas....!.De hoy más, no seré sino la befa de la sociedad, que me escupirá á la cara ese nombre de lodo..... ¡Margarita! ¡Ah! ¡Manuel no sabe lo que sus palabras han hecho germinar en mi corazón....! ¡Y el baile.....! ¡Es preciso que Eugenia vaya al baile...! Exploraré el terreno, así tendré algo á qué atenerme.

— —

ESCENA IX.

DAVID y EUGENIA.

Eug. ¡Amigo mío!

Dav. ¡Margarita.... Eugenia!

Eug. (*Con amargura.*) David, ¿por qué pronuncias ese nombre? ¿Tienes algún motivo de queja contra mí?

Dav. Yo.....

Eug. ¿Juzgas acaso que no es suficiente lo que sufro, lo que el mundo me hará sufrir mañana para expiar una falta que....

Dav. (*Como temiendo ser oído.*) ¡Silencio!

Eug. Y añades tú también tu insulto...?

Dav. Eugenia....

Eug. ¿Crees que sea necesario que oiga yo ese nombre para acordarme de aquel tiempo en que era la....

Dav. ¡Silencio!

Eug. ¡Ah! yo pensaba que jamás encontraría un tormento más espantoso que el que llevo en mí misma hace cinco años, y sin embargo....

Dav. ¡Vamos! perdóname....yo te juro que... que no tuve ningún objeto al decirte esa palabra....brotó de mis labios sin saber cómo.....yo te aseguro que jamás volverá á sonar en tus oidos!.. ¿Estás contenta?

Eug. ¡David!

Dav. No llores.... es la primera vez que

cometo esa inadvertencia, y te ruego que me disculpes!. . . . Me parece que tengo derecho para pedirte ese favor. . . . . .

Eug. Está bien. . . . . .

Dav. ¿Y ya has arreglado todo lo necesario para ir al baile?

Eug. ¿El baile? No, todavía no.

Dav. ¡Perezosa! pues apresúrate mientras yo voy á hacer lo mismo, porque á las nueve prometiste estar en la casa de María.

Eug. ¡Es verdad!

(David se retira volviendo la cara y deteniéndose á cada paso para mirar á Eugenia. Al llegar á la 2ª puerta derecha, termina la vacilación de que ha estado poseido, y como resolviéndose, retrocede apresuradamente hasta Eugenia, cuya cabeza coje entre sus manos para besarla, soltándola bruscamente en el instante de ir á hacerlo.)

Dav. ¡No! *(Vase precipitadamente.)*

Eug, ¡Ah! *(Cae desplomada en el sillón cercano.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salón de descanso, profusamente iluminado, con dos puertas al foro, á través de las cuales se verá un patio con una fuente en el centro, rodeada de tiestos con madreselvas y otras plantas trepadoras. En el salón, espejos, cuadros, columnas, bustos, sofás, sillones, consolas, alfombra, candil, candelabros, todo de lujo y colocado con gusto.

ESCENA I.

D. RAMIRO.

¡Vaya una casualidad! ¡Ella aquí! Lo que yo menos me podía esperar en este baile. Después de cinco años en que casi había acabado por olvidarla, se me aparece derepente con su verdadero nombre, y casada nada menos que con el pintorcito de David, que tiene todo el descaro suficiente para traerla á una tertulia y presentarla como su esposa. !Y qué bien se habrán reido de mí los dos palomos!. . . Es claro, después de la partida que me jugaron. . . . pero ya, ya les arreglaré las cuentas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cometo esa inadvertencia, y te ruego que me disculpes!. . . . Me parece que tengo derecho para pedirte ese favor. . . . . .

Eug. Está bien. . . . . .

Dav. ¿Y ya has arreglado todo lo necesario para ir al baile?

Eug. ¿El baile? No, todavía no.

Dav. ¡Perezosa! pues apresúrate mientras yo voy á hacer lo mismo, porque á las nueve prometiste estar en la casa de María.

Eug. ¡Es verdad!

(David se retira volviendo la cara y deteniéndose á cada paso para mirar á Eugenia. Al llegar á la 2ª puerta derecha, termina la vacilación de que ha estado poseido, y como resolviéndose, retrocede apresuradamente hasta Eugenia, cuya cabeza coje entre sus manos para besarla, soltándola bruscamente en el instante de ir á hacerlo.)

Dav. ¡No! *(Vase precipitadamente.)*

Eug, ¡Ah! *(Cae desplomada en el sillón cercano.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salón de descanso, profusamente iluminado, con dos puertas al foro, á través de las cuales se verá un patio con una fuente en el centro, rodeada de tiestos con madreselvas y otras plantas trepadoras. En el salón, espejos, cuadros, columnas, bustos, sofás, sillones, consolas, alfombra, candil, candelabros, todo de lujo y colocado con gusto.

ESCENA I.

D. RAMIRO.

¡Vaya una casualidad! ¡Ella aquí! Lo que yo menos me podía esperar en este baile. Después de cinco años en que casi había acabado por olvidarla, se me aparece derepente con su verdadero nombre, y casada nada menos que con el pintorcito de David, que tiene todo el descaro suficiente para traerla á una tertulia y presentarla como su esposa. !Y qué bien se habrán reido de mí los dos palomos!. . . Es claro, después de la partida que me jugaron. . . . pero ya, ya les arreglaré las cuentas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA II.

D. RAMIRO y ANTONIO.

Ant. Querido D. Ramiro.
Ram. Querido Antonio, ¿cómo vamos?
Ant. ¿Qué diablos se hace usted por aquí tan solo? (Precisamente como yo lo necesitaba.)
Ram. Ya lo vé usted, fastidiarme.
Ant. ¿Fastidiarse?
Ram. Sí, descansando de la fatiga y huyendo de ese alegre torbellino, donde tanto se baila y se divierte.
Ant. ¿Ha estado usted muy contento de la fiesta?
Ram. ¡Hombre, sí!
Ant. ¿Y qué tal de muchachas? ¿Habrá hecho usted muchas conquistas, no es verdad?
Ram. ¿Conquistas?
Ant. ¿Y por qué no?
Ram. Usted decididamente está de broma, porque de otra manera no puede comprenderse que quiera convertir en Cupido á un hombre que cuenta ya diez lustros bien completos.
Ant. Pues, lo que soy yo, me he encontrado con una muchacha.... ¡y qué muchacha!
Ram. ¿Bonita, eh?
Ant. Encantadora, y sobre todo novelesca!
Ram. ¿Novelesca?
Ant. Ya lo creo, si es todo un tipo, todo un personaje de comedia.

Ram. ¿Y esta noche es cuando usted la ha conocido?
Ant. No, no, señor, hace algún tiempo; sólo que estos últimos años la había yo perdido de vista enteramente.
Ram. ¡Ah! ¡ah!
Ant. (Es preciso que este viejo se ponga de mi parte.)
Ram. (*Aparte.*)
(¿A dónde irá á parar este muchacho?)
¡Conque decía usted que esa chica es una historia!
Ant. Puede usted juzgarlo por sí mismo por este pasaje de su vida.
Ram. A ver, oigamos.
(*Se sientan.*)
Ant. Figúrese usted que la joven á que me refiero vivía muy humildemente con su madre enferma en una casita de los arrabales, cuando un hombre, que probablemente era un gran filántropo, le propuso una de esas infamias que la generalidad de las mujeres no escuchan sin ruborizarse y sin estremecerse. La infelíz luchó por algún tiempo entre el amor de su madre y el sentimiento de la virtud; pero una noche la pobre señora se moría por falta de un mendrugo, y..... el cariño filial venció! El viejo vió cumplidos sus deseos.
Ram. (Es Margarita, no me cabe duda.)
Ant. El sacrificio fué inútil, porque la desgraciada, al acercar el pan de la des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

honra á los labios de su madre, encontró que estaba muerta.

Ram. ¡Pobre niña...! Pero, prosiga usted, que la historia está positivamente interesante.

Ant. Pues bien; al verse sola y enteramente abandonada, la joven, sin experiencia, y arrastrada por las circunstancias, se dejó engañar por su miserable protector, que en vez de esposa la hizo su querida. Ante la sociedad, pasaba por su sobrina; pero ya usted comprenderá que no todas las cosas pueden ocultarse, y que al cabo y al fin se supo de qué naturaleza eran aquellas relaciones.

Ram. Era de esperarse; ya lo creo.

Ant. Un pobre artista, sin embargo, tomando la ficción de buena fe, se enamoró perdidamente de la chica, que no habiendo amado nunca, sintió por él una atracción simpática y desconocida. Así pasaron muchos meses; él engañado y cada vez más ciego, y ella ocultando un cariño que consideraba una locura. A cada instancia del amante, ella contestaba que prescindiera de un amor que jamás podría pagarle, eludiendo la respuesta franca, tanto por no darle un golpe demasiado rudo, como por no tener que sonrojarse ante sus ojos. Una noche, sin embargo, se lo dijo todo, esperando de esta manera disuadirle; pero, por el contrario.....

Ram. El muchacho persistió en su idea.

Ant. Y no sólo eso, sino que teniendo que partir para Italia en esos días, la víspera de su marcha se enlazó en secreto, y á la mañana siguiente desapareció con ella, dejando burlado al viejo, que se hallaba postrado por la gota, y al mismo tiempo á un pretendiente que tenía el capricho de arrebatársela y hacerla su querida.

Ram. ¡Ah! ¿Conque había otro además del afortunado?

Ant. Otro, á quien ella sólo contestaba con desprecios, sospechando tal vez sus intenciones.

Ram. (*Bruscamente y levantándose.*) ¿Y todo esto, en resumidas cuentas, á qué viene?

Ant. ¡Hombre! ¡Vaya una pregunta!

Ram. ¿Usted conoce á todos los personajes de su cuento?

Ant. ¿Y usted conoce á todos los individuos de mi historia?

Ram. Yo á todos.

Ant. Y yo también á todos.

Ram. Ella es Margarita.

Ant. Y él es David.

Ram. Los otros dos.....

Ant. Somos usted y yo.

Ram. Tenemos la venganza en nuestras manos.

Ant. Eso es precisamente lo que yo deseo.

Ram. La sociedad está de nuestra parte.

Ant. Eso era lo que yo pensaba.

Ram. David es un artista que no sueña más

que con sus pinceles y su Eugenia, y.....

Ant. Perfectamente, comprendo el plan de usted, y es el mismo qué yo me había forjado.

Ram. ¡Bien! pues esta misma noche es necesario que reciba el golpe; y muy despreocupado y poco pundonoroso ha de ser, si no se encarga él mismo de vengarnos.

Ant. ¡Seguro! (¡Después ella será mía!)

Ram. ¿Qué decía usted?

Ant. ¡Nada! que lo demás de mi cuenta corre; yo le aseguro á usted que será el golpe de gracia.

Ram. ¿Qué es lo que piensa usted hacer?

Ant. Ahorre usted preguntas, y obremos cada cual por nuestro lado. Cualquier medio será bueno, si el resultado corresponde á nuestros intereses.

Ram. Creo que nos hemos entendido, y no sería malo....

Ant. Poner manos á la obra, ¿no es verdad? Pues hasta la vista.

Ram. Sí, querido Antonio, hasta la vista.
(Antonio va á salir, y al llegar á una de las puertas del foro, se detiene por Eugenia y Manuel que aparecen en ella.)

Ant. *(Al verlos.)* ¡Ah!

ESCENA III.

DICHOS, EUGENIA Y MANUEL.

Man. ¿A dónde tan de prisa, Antonio? Señor D. Ramiro.... *(Saludándoles.)*

Ant. Vine á orear mi frente bañada de sudor por el cansancio, y vuelvo nuevamente al baile, para aturdirme en su bullicio y en sus armonías. Si ustedes gustan....

Man. ¡Gracias! Eugenia está un poco fatigada, y mientras....

Ant. Entonces, ustedes dispensarán que no los acompañe; pero en cambio D. Ramiro hará mis veces.

Ram. Con mucho gusto.

Ant. *(A Eugenia.)* A los piés de usted.
(A Manuel.) Adiós!

ESCENA IV.

DICHOS, *menos* ANTONIO.

Man. Vamos. Eugenia, tome usted asiento, y permítame que la presente á D. Ramiro, uno de los admiradores de David, y que hace un momento me indicaba el deseo de conocerla.

Ram. ¡Señora!.....

Eug. ¡Caballero!....

Ram. Usted me perdonará si cree un atrevimiento la indicación que hice á Manuel de que en la primera oportunidad me presentara con la esposa de uno de nuestros más célebres artistas; pero yo soy así: cuando me encuentro con una notabilidad, identifico con ella todo lo que se la relaciona, y me agrada conocerlo.

Man. Y, más, cuando se trata de la compañera de trabajos y de estudios, como en este caso, ¿no es verdad?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ram. Seguramente, basta con que á sus ojos se haya desarrollado y tomado vuelo el genio artístico de nuestro amigo, para que sobre su frente irradie algo de la gloria que á él le corresponde.

Eug. ¡Señores!... (¡Qué situación tan espantosa!)

Ram. Por lo demás, Manuel, convenga usted conmigo en que si la carrera del artista es un calvario, el calvario de David ha de haber sido muy dulce teniendo á su lado una esposa como Eugenia.

Man. Sin duda alguna; un artista de corazón como David, necesitaba una joven virtuosa como Eugenia.

Eug. (¡Dios mío!)

Man. Yo lo digo por mi parte; en el caso de tomar estado, elegiría á cualquiera menos á una mujer indigna.

Ram. *(Con intención.)* ¿Que le parece á usted, Eugenia?

Eug. A mí.....

Man. Eugenia dice lo mismo que yo; y aunque su esposo sea tan soñador que defienda la rehabilitación y quién sabe cuántas otras utopías, yo me felicito de que ella se haya interpuesto en su camino, porque, así, le ha evitado una calaverada que le habría costado muchas lágrimas.

(Se levanta con naturalidad á recorrer los cuadros del salón.)

Eug. (¡Él no sabe...! ¡Qué suplicio!)

Man. Yo quisiera que se hallara aquí para preguntarle si insiste todavía en sus opiniones; le pondría un paralelo para que juzgara, á ver si entonces me decía lo mismo.

(Durante la distracción de Manuel con un album que halla sobre una de las consolas, Eugenia y D. Ramiro sostienen apresuradamente el siguiente aparte.)

Ram. ¿Qué respondes á eso, Margarita?

Eug. ¿Quién le da á usted derecho para insultarme, caballero?

Ram. Nada de escenas teatrales, que pondrían tu situación en peor estado.

Eug. Pero, en fin, ¿qué es lo que usted quiere?

Ram. Casi nada: hablarte á solas un momento sobre ciertas materias que tenemos atrasadas.

Eug. ¡Imposible!

Ram. ¿Cómo imposible?

Eug. Yo no puedo ni debo acceder á un capricho semejante.

Ram. Te advierto que si no lo haces por bien, lo harás por fuerza.

Eug. Sería difícil que usted lo consiguiera.

Ram. Yo pienso que es muy fácil.

Eug. Manuel es amigo de mi esposo...y.....

Ram. Manuel ignora la verdad, y tú no serás tan necia que quieras descubrírsela.

Eug. ¡Pero usted es un infame!

Ram. Tal vez; mas como esto se va haciendo demasiado largo, es preciso que termine.

Eug. ¡Por compasión!

Ram. ¿No?

Eug. Pues bien, no!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ram. ¡Perfectamente! ¡Tú quieres que Manuel, que te ve como una mujer digna y honrada, y que te llama Eugenia, te aplique lo que acaba de decir, y que reconozca á Margarita, que fué en un tiempo mi sobrina! Muy bien; ahora verás cómo eso se arregla conforme á tu deseo.
(Yendo hacia Manuel.)

Eug. *(Deteniéndole.)* ¡Piedad! ¡Por última vez, piedad!

Ram. ¡Vamos! Inventa cualquier pretexto para alejarle, y acabemos.

Eug. ¡Pero, por Dios!

Ram. Le suplicas que vaya á buscar á David, por ejemplo, y entretanto....

Eug. Manuel.
(Á este.)

Man. Eugenia.

Eug. Voy á tomarme la libertad de inferirle una molestia.

Man. Me dará usted un placer si en algo puedo servirla.

Eug. Desearía que se tomara usted el trabajo de buscar á David y decirle que le espero aquí.

Man. Será usted complacida en el instante.

Eug. Entonces.....

Man. Con el permiso de usted, vuelvo.
(Vase.)

ESCENA V.

EUGENIA, DON RAMIRO.

Eug. ¡Y bien, caballero, concluyamos!

Ram. Margarita, la casualidad ha hecho que

nos veamos al cabo de cinco años, y es fuerza aprovecharla para poner las cosas en su verdadero punto de vista. Tú creerás tal vez que al recogerte librándote de la miseria y del infortunio, no me impulsaba otro sentimiento que comprar de esa manera tus caricias; tú creerás que un viejo respecto de una joven no puede abrigar otra cosa que un capricho, y, sin embargo, Margarita, si tú no lo adivinaste, la verdad era que yo, inconstante por naturaleza, había sentido despertar en mi interior algo que tu presencia y tus miradas hicieron conmover y estremecerse. A fuerza de cariño, pensé hacerte olvidar mis años; confiaba en que tendrías compasión del pobre viejo, y que acabarías por amarle.... y me sonreía á solas, acariciando en mi alma esa ilusión. Yo confieso que mi edad y las circunstancias en que me conociste debieron obligarme á desecharla; pero hay casos en que el hombre se empeña en una idea, y se encuentra capaz hasta de escalar el cielo. Mi alma soñaba en que llegaría á destruir la barrera interpuesta entre nosotros; y mientras, un extraño venía y me lo arrebataba todo, absolutamente todo. Tú me dirás que un hombre puede comprarlo todo en una mujer menos el alma; tú me dirás que el oro no te constituía en la obligación de amarme; que yo

no tengo derecho para quejarme contigo, ni para pedirte cuentas; más todavía, me dirás que en vez de una deuda de gratitud, abrigabas hacia mí todo el aborrecimiento de una mujer al que la ha perdido; norabuena, Margarita, pero el verdadero amor es exigente, y si tú no me has perdonado tu desgracia, de la que yo te habría salvado, amándome, yo tampoco he podido ni puedo perdonarte que de un golpe mataras todos mis delirios y mis esperanzas. Hace un instante me decías que era un infame: pues bien, sí, seré un infame, pero no es á mí á quien debes culpar de que lo sea, sino á la fatalidad que ha hecho nacer en mí esta pasión terrible y egoista. Por lo demás, ¿crees tú que pueda yo resignarme á que un hombre me arrebate lo que yo había divinizado, lo que yo había colocado en un altar para adorarlo? No, Margarita, no! Yo te he amado, te adoro todavía, y es necesario que tú me ames.

Eug. ¡Imposible!

Ram. ¿Y por qué ha de ser imposible?

Eug. Porque mi alma es de David, y mis deberes.....

Ram. ¿Tus deberes?..... ¡No! No son ni tu amor ni tus deberes los que te retienen al lado de tu esposo; porque si tú le amaras, por él mismo, sin que tu propio interés tomara parte, comprenderías los sufrimientos que le torturarán mañana, cuando la sociedad te vea á su lado, no con la frente altiva y orgullosa de la mujer sin mancha, sino con la frente humillada de la mujer que ha cometido una falta; comprenderías que él se ruborizará de tu vergüenza cuando el velo de tu pasado llegue á descorrerse, y que acabará por maldecirte al ver encadenado su porvenir al poste de su deshonra. Tú quieres permanecer á su lado, no porque la obligación te lo prescriba, sino porque en la fiebre del cariño, te olvidas de un deber que exige que te apartes, que te alejes para dejarle libre y respetado.

Eug. (*Estallando*) ¡Dios mío! Pero ¿por qué me dice usted todo eso?

Ram. Porque es preciso que veas la situación tal cual ella se presenta, porque es preciso que palpes ese doble porvenir que se te aguarda: ó el remordimiento y el hastío, viviendo con tu esposo, ó el sacrificio y la satisfacción, anteponiendo á todo su felicidad. Por otra parte, si tú no puedes vivir sin sus caricias, ¿crees que tenga para tí caricias el hombre que mañana te mire constituida en su verdugo? ¡No, Margarita! ¡Aún es tiempo de salvar á David y á tu conciencia! Una separación puede hacernos dichosos á los tres..... al que amas..... al que te ama, y á tí misma.

Eug. ¡Está bien ... yo .....

32684
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ram. ¿Accedes? ¿Te resuelves? ¡Ah! ¡Gracias, gracias!

Eug. No, eso; nunca!

Ram. ¿Qué es lo que dices? Rechazas mi cariño y mis promesas?

Eug. Sí.

Ram. ¿Las rechazas?

Eug. Las rechazo.

Ram. Es decir que.....

Eug. Nada puede haber de común entre nosotros.

Ram. Por última vez, piénsalo.

Eug. Ya lo he pensado.

Ram. Más tarde tal vez no haya remedio, mientras que ahora una sola palabra tuya puede evitar mayores resultados.

Eug. He dicho ya que no.

Ram. Enhorabuena: me retiro.. ya no volveré á molestarte ni con mi presencia. ¡Hasta luego, Eugenia! ¡Hasta luego, Margarita!

ESCENA VI.

EUGENIA.

¡Miserable! ¡Cómo pudo pensar que yo consentiría! Ah! Si sólo el recordarlo me da miedo!.... (*Pausa*) ¡Qué suplicio! ¡David!..... mis deberes!..... mi pasado!!... No, yo no tengo derecho á esperar que la quietud y la calma vuelvan otra vez á sonreirme. Antes, yo no sufría más que en mis horas de reconcentración, cuando poniéndome

frente de mí misma, encontraba en vez del semblante de la niña, un semblante que me hacía bajar los ojos de vergüenza; pero llegaba David, y con sus alhagos me hacía olvidarlo todo! ¡Sus caricias.... !Ay! ¡Ya esta tarde sus labios han pronunciado el nombre de Margarita!.... Y.... mañana....? Dios santo! yo no quiero que él me acuse de su desgracia.... Sufriré yo sola; pero no mancharé su nombre con el mío; no le pagaré con un infierno el paraiso que me ha dado. Serían una vileza y una suprema ingratitud. ¡Antes la muerte!

ESCENA VII.

EUGENIA, MARÍA *y* ANTONIO.

Ant. (*En la puerta.*) Manuel decía bien, aquí está Eugenia

Mar. En efecto, Antonio. Gracias.

Ant. (¿Qué habrá sucedido con Don Ramiro?)

Mar. Que no sea yo causa de que usted desaproveche estos instantes. Le he distraido enmedio del baile para inferirle una molestia, y si desea volver....

Ant. ¿Me concede usted permiso? [Así veré al viejo.]

Mar. ¡Por supuesto, y gracias!

(*Vase Antonio.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA VIII.

EUGENIA Y MARÍA.

Mar. ¡Querida Eugenia! Pero.... ¿qué tienes? ¿qué te pasa? ¿por qué lloras?

Eug. ¡María!

Mar. Vamos respóndeme, ¿qué tienes? ¿acaso estás enferma?

Eug. ¡Nada, no tengo nada! ¡Vete, vete!

Mar. ¿Que me vaya? ¿y por qué quieres que me vaya? No comprendo....

Eug. (*Sollozando.*) ¿Sabes tú quién soy yo?

Mar. La compañera más querida, la amiga de mi corazón.

Eug. ¡No, María! Yo soy la mancha que se extiende, el pantano que lo infecta todo, y que lo mata todo.... soy la hija del infortunio, que no puede dar más que infortunio.... la pobre criatura que no tiene derecho ni al amor, ni á la amistad, ni á la compasión, que no tiene derecho más que á la burla y al escarnio...! ¡Vete, María, vete!.... En este momento estamos solas, pero si alguno te viera aquí conmigo, te comprendería en sus desprecios y sus risas por haber tenido lástima de mi dolor y de mi llanto!.... ¡Déjame!.... una mujer como yo, debe estar abandonada, proscrita de la sociedad, en medio de ella, sin amparo, sin refugio.... cuando más con el consuelo de sus lágrimas! En otro tiempo podía yo presentarte mi frente para que la

besaras; pero, ahora, tengo miedo de que hasta tú, mi hermana, me desprecies al leer en ella este nombre maldito que la cubre. ¡¡Ayer!!
(*Alza la cabeza cubriéndose luego la cara con las manos.*)

Mar. ¡Eugenia!

Eug. ¡Sí, hasta tú, María, lo único que me queda ya sobre la tierra!

Mar. ¡Y David!.... ¿Por qué le olvidas?

Eug. Ah! es cierto.... tú no sabes lo que esta tarde ha sucedido.

Mar. ¿Qué ha sucedido? Acaba.

Eug. David....

Mar. ¡Concluye!

Eug. ¡Ha olvidado el nombre de su esposa para llamarla Margarita!

Mar. ¡Margarita!

Eug. Sí, y después, cuando comprendió todo el mal que me había hecho, en un arrebato de pasión, cojió mis sienes entre sus manos convulsas para besarme, y cuando yo esperaba sobre mis cabellos el contacto de sus labios, le ví retroceder como horrorizado, desistiendo de su idea! ¡Ah! María! Tú ni siquieras puedes figurarte lo horrible que es un desprecio que viene del que se ama; tú ni siquiera puedes figurarte cuánto se encierra en eso de desgarrador y terrible. (*Llora.*)

Mar. ¡Vamos, amiga mía! Cálmate, no llores ni te desesperes; si sufres mucho, mi corazón, al menos, jamás te negará ni el cariño que te debe, ni una

palabra de consuelo en tus pesares

Eug. ¡Gracias, con el alma gracias!

Mar. Quizá no estén muy lejano el término ni el remedio. . . .

Eug. Sí, en la tumba!

ESCENA X.

DICHAS, DAVID, MANUEL, ANTONIO, *y después* UN CRIADO.

Man. ¡Bah! querido David, fuerza es que te convenzas. No debes tomar á pechos un asunto que en nada te concierne.

Dav. (*Sombrío.*) ¿Qué en nada me concierne? ...

Mar. ¿Qué sucede, Antonio?

Eug. ¿Manuel, de qué se trata? (*Con interés.*)

Ant. Cualquiera cosa, señoritas; ha oído David, en un grupo, murmurar de una joven que se halla en este baile, y ha salido á su defensa.

Mar. ¿Y qué decían?

Eug. Sí, ¿y cómo se llama?

Ant. Yo no oí su nombre, si es que lo dijeron. Nosotros (*Señalando á Manuel.*) llegamos cuando refiriéndose á sus antecedentes, opinaban que su esposo hacía muy mal en traerla á tertulias como ésta, de personas honradas y de educación.

Man. Eso ha sido todo; pero este David, con su genio quijotesco ha querido probarles que en algunas circunstancias la mujer es perdonable en sus debilidades y en sus extravíos, y que...

Criado. (*Entrando.*) Me han dicho que traiga esta carta.

Ant. [Ha llegado la hora.]

Criado. Es del amo de la casa.

Dav. ¿A quién te dijo que la dieras?.

Criado. (*Señalando á Eugenia.*) ¿La señora se llama Margarita?

Dav. (*Reprimiéndose.*) La señora se llama Eugenia.

Criado. Eso es, sí, pues entonces es para la señora. (*Se la da y se retira.*)

Man. (Pues, señor, no entiendo una palabra.)

Eug. ¡Dios mío! ¿Qué contendrá esta carta? [*La abre y la lee aparte.*]

"Señora: su nombre y su reputación
"corren ya de boca en boca entre los
"convidados; si usted quiere evitarse
"y evitar á su esposo una vergüenza,
"me atrevo á suplicarla que abando-
"ne mis salones, tal vez muy peligro-
"sos para usted."

(*Eugenia permanece como petrificada, viendo á David que le arrebata la carta, sin que ella oponga resistencia. David recorre el papel, y se lanza sobre Eugenia, deteniéndose en el momento casi de tocarla.*)

Dav. Tú! no!... yo... la fatalidad!

(*Sale precipitadamente entre los demás que le abren paso. Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

———

ACTO TERCERO.

(*Decoración del acto primero.*)

ESCENA I.

MANUEL, *un* CRIADO.

Man. ¿Es decir que no ha vuelto todavía?
Cria. No, señor, no ha vuelto. Vino con la señora, y salió inmediatamente, llevando su caja de pistolas.
Man. ¿Su caja de pistolas? ¿Y Eugenia?
Cria. Está en su habitación. Si usted quiere que la llame.....
Man. No, no, déjala. (Ni podría yo verla frente á frente! ¡Sin intención me he convertido en su verdugo! ¡Pero como había de sospecharme!..... Y David.... Cuánto le habrá torturado lo que esta tarde le dije en el entusiasmo de la discusión. ¡Si yo lo hubiera sabido! Hasta cierto punto yo tengo la culpa de todo esto. ¡Qué diablo! Por lo pronto lo que debo hacer es evitarle otra desgracia, ya que esta es imposible remediarla.)
(*Al criado.*) Si viene tu amo, le dirás que me espere, eh! que le necesito.
Cria. Está muy bien, yo le avisaré.
Man. Apresurémonos antes que sea tarde. (*Vase.*)

ESCENA II.

EL CRIADO y EUGENIA.

Eug. ¿Quién hablaba aquí contigo?
Cria. El Señor Romea.
Eug. ¿Vino á buscar á David?
Cria. Sí, señora; le dije que no estaba en casa.
Eug. Bueno, puedes retirarte. (*Vase el criado.*)

ESCENA III.

EUGENIA, *sola.*

¡Qué día tan horrible! ¡Al fin se han realizado todos mis presentimientos! Era fuerza que sucediera de ese modo; era fuerza que en la campana del destino sonara la hora de la expiación y del castigo. Ya esta noche se ha forjado el primer eslabón de la cadena que debe sujetarme á los dolores. (*Pausa.*) ¡Pobre David! ¡Cuánto habrá sufrido á causa de su infeliz esposa! ¡Ah! todo el cariño que una mujer puede encerrar dentro de su alma no sería suficiente para curar la herida, para cerrar la llaga que ha abierto en su corazón el puñal de mi pasado! Yo nunca debí consentir en este enlace, que á él como á mí nos condena á un martirio siempre palpitante y siempre negro. ¡La sociedad es muy severa! ¡Juzga y sentencia sin ninguna compasión para el culpable! ¡Y si se

conformara nada más con eso!..... Pero en su fallos incluye hasta al inocente, al que no ha tenido otra falta que disentir de su opinión y despreciarla. Porque David, ¿qué culpa tiene David de mi desgracia? ¡Y yo no tengo ni á quién acusar!...¡mi madre!....no, no! Mi santa y buena madre ni siquiera se figuraría en el instante de abandonar la tierra, que en ese mismo instante su pobre Eugenia se vendía para comprarle otras cuantas horas de existencia! ¡No, yo no tengo derecho ni á su gratitud; cuando más á su perdón.... á que no me maldiga desde el cielo.. ..

ESCENA IV.

EUGENIA, ANTONIO.

Ant. (*Colocando su sombrero en la silla próxima á la puerta.*) ¡Magnífico! Está sola; entremos. Buenas noches, Eugenia.

Eug. Antonio, buenas noches. ¿A qué debo ver á usted á estas horas por mi casa? (*Antonio se sienta á la invitación muda de Eugenia.*)

Ant. Eugenia, después de lo que ha pasado en el baile de San Cosme, creí que no era conveniente á mi dignidad, como verdadero amigo de usted y de su esposo, permanecer en el salón un solo instante. Mi carruaje estaba á la puerta, y me resolví á venir á acompañarlos.

Eug. Gracias.

Ant. Usted me hará justicia en creer que he sentido como ninguno la desagradable ocurrencia de que yo mismo fuí testigo á mi pesar.

Eug. Antonio....

Ant. Porque, en fin, usted no merecía que la hubieran abochornado con un desaire tan grosero.

Eug. ¡Ah!

Ant. Pero usted no debía haber aceptado la invitación, considerando que....

Eug. (¡Esto más!)

Ant. Esas gentes sin educación y....

Eug. Caballero: podía usted haberme ahorrado una visita cuyas intenciones se traslucen tan á las claras.

Ant. ¿Por qué dice usted eso, Eugenia?

Eug. ¡Porque sus palabras, aparentemente de consuelo, no son en el fondo sino un insulto cobarde y miserable!

Ant. Eugenia: permítame usted que le diga que me ha comprendido muy mal, y que ignoro qué razones pueda usted tener para justificar lo que me ha dicho.

Eug. ¿Sí? ¿Piensa usted que desconozco el origen de lo que hoy ha sucedido? ¿Cree usted que yo no he adivinado en qué cabezas ha nacido el pensamiento de perderme, el pensamiento de despertar y avivar la murmuración, para que arrojara sobre mi frente lo asqueroso de su insulto? ¡Ah! Ustedes los hombres de mundo y del gran tono son así.... infames y mezquinos!....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se figuran que con el dinero pueden alcanzarlo todo, y cuando se encuentran con una mujer que sabe resistir á sus caprichos criminales, porque no quiere convertirse en mercancía, se vengan de ella, como usted, haciendo una arma de su debilidad y de sus faltas. Se llaman católicos y filántropos, y entienden la caridad á su manera, perdiendo á una desgraciada que se muere de hambre, y siendo los primeros en el cinismo para levantar la piedra y arrojársela.

Ant. No sabía yo que tenía usted este otro mérito. Sabe usted disertar perfectamente.

Eug. ¡Yo también ignoraba que á más de infame fuera usted cobarde!

Ant. Dejémonos de insultos, y acabemos. El incidente de esta noche ha puesto la situación de usted desesperante, su esposo la abandonará probablemente, no siendo posible seguir viviendo unidos como hasta ahora, y usted, en el último resultado, se hallará sola y sin apoyo, reducida á la mendicidad y á la miseria. Este porvenir se ve tan claro, que ni siquiera se puede poner en duda abrigando otra esperanza; lo necesario es evitarlo en cuanto quepa. Si usted quiere, mañana mismo tendrá lugar esa separación, pero al menos no le faltará con qué vivir, no digo en la comodidad, hasta en la opulencia.

Eug. (*Indignada.*) ¡Caballero!

Ant. Permítame usted concluir. En otro tiempo, cuando le hubiera sido muy fácil hacer feliz á un hombre que la amaba, aceptando sus promesas, usted se mostró inflexible, inexorable; despreció sus ruegos y sus lágrimas, porque en el horizonte de la vida, divisaba usted un mundo más risueño, un porvenir más alhagador y más querido. Pues bien, Eugenia; hoy que el amor de ese hombre vive todavía, hoy que de rodillas viene á pedirle y á suplicarle nada más que un poco de cariño; hoy que David, ese mundo y ese porvenir soñados, se ha vuelto un imposible para usted. Eugenia, ¿no tendrá derecho su pobre amante de há cinco años para ofrecerle con su corazón y sus riquezas una tabla salvadora en su infortunio? ¿No tendrá derecho para decirla: huyamos, en Europa nadie nos conoce, buscaremos un lugar aislado, oculto entre flores, y allí, unidos los dos por el cariño, obligaremos á la fortuna á que vuelva á mostrarnos su sonrisa?

Eug. ¡Basta!

Ant. ¿Pero que responde usted, Eugenia?

Eug. Le perdono á usted este nuevo ultraje, pero puede evitar el continuarlo.

Ant. Es que yo....

Eug. De lo contrario me veré en la necesidad de llamar á mis criados para que le arrojen.

Aut. ¿Me amenaza usted entences?....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eug. Es simplemente una advertencia

Ant. ¡Ah! Sí; como la que recibió usted en la tertulia, ¿no es verdad?

Eug. ¡Caballero, salga usted de aquí en el acto!

Ant. Una palabra nada más. Si mañana cuando usted haya comprendido que en esta casa nada tiene que esperar; que David será para usted un remordimiento y una acusación constantes; si mañana, recordando lo que hoy le he prometido, quiere usted acojerse en los brazos....

Eug. ¡Miserable! (*Dirigiéndose á la campanilla.*)

Ant. (*Deteniéndola.*) No es preciso que usted llame, me retiro. La amo á usted demasiado para desear que la crónica escandalosa de mañana la tome por dos veces á su cuenta.

Eug. En el instante salga usted de aquí.

Ant. Obedezco.... está muy bien! (*Tomando su sombrero.*) Adiós, Margarita; y cuente con una invitación para mi próximo baile.

Eug. ¡Esto es ya demasiado, Dios mío!

Ant. ¡Vaya, vaya! Adiós! (*Vase.*)

ESCENA V.

EUGENIA, *después* MARÍA.

Eug. ¡Virgen santa! ¿Qué he hecho yo para que me atormente de esta manera mi destino? ¿Qué he hecho yo para no ver en mi derredor más que implacables verdugos que en su crueldad hacen una diversión de mis dolores?

Mar. ¡Eugenia!

Eug. ¿Le has visto?

Mar. ¿A quién?

Eug. A Antonio.

Mar. Le vi subir á su carruaje; ¿por qué me lo preguntas?

Eug. ¿Sabes á qué vino?

Mar. No, ni pudiera sospecharme....

Eug. A cebarse en su venganza y á ofrecerme una limosna, á proponerme que abandonara á David para marchar con él á Europa.

Mar. Pero ese hombre es un infame....

Eug. Si, un infame que ha aprovechado la ocasión de dovolverme todo el odio que le tengo, y pagarme todo el aborrecimiento que me inspira.

Mar. ¿Y tu esposo no ha vuelto todavía?

Eug. No ha vuelto, se fué prohibiéndome que le siguiera, ó mandara seguirle, y yo me temo que le haya pasado una desgracia! Manuel vino á buscarle, y en este momento tal vez sea el único que le acompañe. Su amigo íntimo.... el primero que me ha acusado de mi falta, ignorando todo el martirio que me causaban sus palabras! Ah! si yo no hubiera estado convencida de lo contrario, habría creido que era intencional aquella especie de placer con que parecía gozarse en mi tormento. Yo le disculpo y le perdono.

Mar. ¡Pobre amiga mía!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eug. ¡Pobre amiga tuya!.... Sí, soy muy desgraciada!.... tienes razón para compadecerme.... es tanto lo que sufro, que yo no sé lo que sería de mí si esto durara mucho tiempo. ¡Hace un momento quería llorar, y mis ojos no han tenido ni una lágrima!.... la muerte.... me parece como el último refugio que me concede el cielo.

Mar. Eugenia: no me hables de ese modo, si no quieres que llore yo también contigo. Es verdad que tus quejas son muy justas, y que no tienes más seno que el mío para depositarlas; pero no debes desesperarte, ni pensar en esas cosas. Tú no me harás el agravio de creerme indiferente á tus pesares, soy tu hermana, y tengo derecho á compartirlos y á sufrir con ellos.

Eug. ¡Perdóname! pero tú lo has dicho, no tengo más amiga que tú para decirle mis quejas y llorar con ella, tú, mi buena María, que me hablas de tu corazón y de tu cariño, enmedio de los insultos con que los demás me agobian; tú, que vienes á mi lado en estos momentos de lucha y agonía á enjugar el llanto de maldición que corre de mis ojos. (*Dan las tres.*) Una, dos, tres, qué noche es ya.

Mar. Las tres.

Eug. Y David que no viene todavía.

Mar. Ya no debe tardar, lo esperaremos.

Eug. No, María, tú te vas á descansar en mi habitación mientras él vuelve. Después, yo te prometo ir á hacerte compañía.

Mar. Le aguardaremos las dos, Eugenia, yo no quiero dejarte sola.

Eug. ¡Vamos! dentro de un minuto estaré á tu lado; entre tanto rezaré mis oraciones, y le pediré á mi madre que me dé lágrimas y valor para seguir sufriendo.

Mar. Y cuando acabes.....

Eug. Inmediatamente iré contigo.

Mar. Con esa condición, acepto. Hasta luego, Eugenia. (*Besándola.*)

Eug. Adiós, María. Reza tu también por mí.

Mar. (¡Pobre Eugenia!) (*Vase.*)

ESCENA VI.

EUGENIA *sola.*

Aprovechemos los instantes; no hay tiempo que perder! Es necesario que todo haya concluido para cuando él llegue. Ya que en un arrebato de cariño tuve la debilidad de dejarme vencer por sus alhagos y sus ruegos, accediendo al enlace de dos almas separadas por el abismo de la deshonra, yo tengo la obligación de remediar, en cuanto sea posible, los efectos de aquel momento de locura. Sí, sí, Eugenia, ¡valor! No tiembles ni vaciles para cumplir con tu deber.

(*Toma un album, entre cuyas fotografías se supone que está la de David.*)

El que ámas, el que adoras, éste, éste

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que te ha acariciado tantas veces, te deberá á lo menos el sacrificio de tu vida por su libertad y por su dicha! Te lo ordena tu pasado! ..... mi pasado!.... Sí, acabemos! (*Toma un pliego de papel y escribe.*)

Ahora sí.

(*Cierra la carta, extrae el retrato y lo besa repetidas veces.*)

¡Adiós! ¡Adiós! ¡Amado de mis sueños!

(*Toca la campanilla y aparece un criado.*)

ESCENA VII.

EUGENIA Y UN CRIADO.

Cria. ¿Llamaba usted, señorita?

Eug. Sí, acércate. David ha de volver dentro de poco, no le digas que he salido. Cuando te llame le entregas esta carta.

Cria. Está muy bien. Así lo haré.

Eug. No agregues ni una sola palabra más. Si María, la joven que está en mi habitación, sale y te pregunta adónde he ido, le dirás que no me has visto, que no lo sabes, ¿entiendes? que no lo sabes. Toma (*Le da un bolsillo.*)

Cria. Gracias, señorita.

Eug. No olvides nada de lo que acabo de decirte.

Cria. Pierda usted cuidado, no lo olvidaré.

(*Vase el criado y vuelve al mutis de Eugenia. Esta toma su abrigo, que estará sobre una silla, se arrebuja en él y sale apresuradamente*

sin volver la cara. Al llegar á la puerta del fondo, se detiene como vacilando, y resolviéndose al cabo dice:)

Eug. ¡Adiós! ¡Adios! (*Vase*)

ESCENA VIII.

EL CRIADO *solo.*

Pues, señor, yo no sé qué cosas suceden esta noche en casa: el portón abierto hasta las tres de la mañana; visitas y carruajes; el amo que entra por un lado y la señora que sale por otro!..... Aquí debe haber algo, y algo grave necesariamente. ¡Nada! Yo voy á seguirla y á acompañarla, aunque sea de lejos, siquiera para que no vaya á pasarle una desgracia. Pero ¿y la carta? Cuando ella me hizo tantas recomendaciones, debe ser de mucha importancia que la entregue. (*Suena dentro un campanillazo.*) Apropósito: parece que el amo llega. Tentaciones me están dando de decírselo todo, y de..... pero no, más vale hacer lo que se me ha ordenado.

(*Se coloca tras de la puerta para que no lo vean. David y Manuel que llegan. Después de un momento se va.*)

ESCENA IX.

DAVID Y MANUEL.

Man. Gracias á Dios que hemos llegado. Entra y descansa para que te acues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes en seguida á ver si el sueño y la reflexión consiguen de tí lo que yo me he empeñado vanamente en alcanzar.

Dav. Es por demás que insistas; lo he pensado mucho, y mi resolución es invariable. Mañana, ó yo, ó ese hombre, quedaremos en el campo. Si él ha querido tener el gusto de insultarme en plena sociedad, insultando á mi esposa, yo se lo amargaré matándole, sí, matándole!

Man. ¿Y quién te ha asegurado que D. Ramiro fué el que.....?

Dav. Ninguno otro puede haber sido más que ese viejo ridículo y cobarde.

Man. Suponiendo que él sea: ¿según tu manera de ver te ha deshonrado?

Dav. Sí.

Man. Y hablando razonablemente, ¿qué provecho crees tú que te resulte de ese duelo?

Dav. Ya te lo he dicho: vengarme.

Man. Eso si tú quedas vencedor en la partida, pero si, por el contrario, á él le favorece la casualidad?

Dav. No seré la befa y el baldón de todos, y además habré hecho cuanto pudiera exigirme mi conciencia de hombre honrado.

Man. No, no; en vez de lavar esa deshonra, lo único que alcanzarás será prestarle mayores proporciones y darle más publicidad; tu conciencia no puede ordenarte eso.

Dav. ¿Es decir que yo debo sufrir con los brazos cruzados este ultraje? Ó me aconsejarás que lleve este negocio á los tribunales..... ¿no es así, Manuel?

Man. (*Impaciente.*) ¡Vamos!

Dav. Para que mañana todos me señalen con el dedo, como un hombre sin dignidad y sin honor! Para que mañana mi satisfacción sea imposible, porque para la murmuración y la calumnia no hay espada.

Man. Todo esto se habría evitado, si en vez de dejarte arrastrar por tus ideas, hubieras reflexionado un poco en las terribles consecuencias á que habían de conducirte.

Dav. ¡Manuel!

Man. Una amistad de veintiún años, que tú no puedes poner en duda, me da derecho para decirte esto. Sí, David: si tú hubieras meditado entonces seriamente; si tú hubieras sofocado el amor de Eugenia en sus principios; si no hubieras unido tu nombre con el suyo, en este instante no estaría destruido el edificio de gloria en que has trabajado tanto tiempo, ni verías muerto en tu alma hasta el cariño de esa misma mujer por quien hiciste el sacrificio de tu porvenir, olvidándote de que un hombre como tú, un artista, pertenece á la sociedad antes que todo..... á ese terrible juez, que ya lo has visto, no perdona. Enhorabuena los principios filantrópicos, los prin-

cipios de caridad y de perdón; pero eso se deja para Cristo. Un soñador, un obrero de la gloria, que tiene necesidad del mundo para realizar sus ensueños, debe apartar á un lado esas ideas, que en el siglo diez y nueve no son más que utopias. La naturaleza de la sociedad es esa: intransigible y exigente. Es una llaga que no admite en su derredor á los leprosos: es un mendigo que no consiente en su derredor á los harapos..... no le hagas ver sus formas, y estará contenta. Permite que lo seas todo, menos miseria. Es preciso que te conformes por haber cumplido tus caprichos.

Dav. ¿Y Eugenia?

Man. La abandonas, asegurando su porvenir, para que mañana no tenga que pedir una limosna.

Dav. No, yo no puedo ni debo cometer con ella semejante crimen, mi corazón se resiste á una infamia semejante.

Man. Entonces déjala á tu lado, eso es lo más sencillo!.... Si tú quieres ver repetidos día por día, hora por hora y minuto por minuto, el infierno y el sonrojo de esta noche, déjala á tu lado y resuélvete á....

Dav. María llega: silencio.

ESCENA X.

DICHOS, MARÍA *luego un* CRIADO,

Mar. ¿Y Eugenia?

Dav. ¿Cómo? Pues qué, ¿no está en su habitación?

Mar. Ahí he estado yo esperándola.....:... me obligó á retirarme con la promesa de que pronto iría á descansar conmigo, pero....

Dav. ¿Entonces? ...

Mar. Yo me sospecho que, en la inquietud de ver á usted, haya salido acompañada de algún criado para buscarle.

Man. Pronto nos convenceremos de lo cierto. (*Toca la campanilla.*)

Mar. (Yo no sé qué presentimiento horrible me acomete)

Cria. Señor....

Dav. ¿Has visto tú salir á Eugenia?

Cria. Sí, señor, salió como á las tres de la mañana. Me encargó que le diera á usted esta carta. (*Se la da y vase.*)

Dav. ¡Una carta! ¡Su letra!
(*Rasga violentamente el sobre y lee con marcada agitación.*)
"David: perdóname si no te doy el be-
"so de esta despedida eterna! Creis-
"te ser feliz con el amor de una mujer
"manchada; te engañaste! ¡Adiós! pa-
"ra siempre!.... El mundo y tu feli-
"cidad exigen que te deje libre. Yo
"no debo arrastrarte en mi desgracia,
"haciéndote víctima y solidario de mi

"*Ayer!* Dios tendrá misericordia de "mí, ya que los hombres me la nie-"gan. ¡David! ¡perdón! olvida á tu in-"feliz Eugenia, y adiós, adiós!" (*Declamando.*) ¡Pero esto es imposible! (*Vuelve á leer.*) "¡Adiós para siempre!..... "¡Olvida á tu infeliz Eugenia!.... y".. (*Declamando.*) No, no, Eugenia.... es-"péramo, perdónome.... ya voy, ya "voy! *Yo te adoro á pesar de tu pa-"sado!*

(*Se encamina vacilante hacia la puerta como para correr, y al hacerlo se desploma.*)

Mar. (*Acercándose.*) ¡Pobre mujer!

Man. (*Señalando á David.*) Sí, y pobre mártir!!

TELÓN RÁPIDO.

FIN DEL DRAMA.

ZARAGÜETA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION

Y

VITAL AZA

Estrenada en el teatro LARA el 14 de Febrero de 1894

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEXICO

EUSEBIO SANCHEZ, EDITOR
CALLE DEL AGUILA NUM. 12.

1894

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"*Ayer!* Dios tendrá misericordia de "mí, ya que los hombres me la nie-"gan. ¡David! ¡perdón! olvida á tu in-"feliz Eugenia, y adiós, adiós!" (*Declamando.*) ¡Pero esto es imposible! (*Vuelve á leer.*) "¡Adiós para siempre!..... "¡Olvida á tu infeliz Eugenia!.... y".. (*Declamando.*) No, no, Eugenia.... es-"péramo, perdónome.... ya voy, ya "voy! *Yo te adoro á pesar de tu pa-"sado!*

(*Se encamina vacilante hacia la puerta como para correr, y al hacerlo se desploma.*)

Mar. (*Acercándose.*) ¡Pobre mujer!

Man. (*Señalando á David.*) Sí, y pobre mártir!!

TELÓN RÁPIDO.

FIN DEL DRAMA.

ZARAGÜETA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION

Y

VITAL AZA

Estrenada en el teatro LARA el 14 de Febrero de 1894

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEXICO

EUSEBIO SANCHEZ, EDITOR
CALLE DEL AGUILA NUM. 12.

1894

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Propiedad asegurada por el editor.

REPARTO.

Personajes.	Actores)
DOÑA DOLORES	Sra. Valverde
MARUJA	„ Pino.
DOÑA BLASA	Srita. Arnau.
GREGORIA	Sra. Mavillard
DON INDALECIO	Sr. Rosell.
CARLOS	Sr. R. de Arana
DON SATURIO	Sr. Larra
ZARAGÜETA	Sr. Santiago
PÍO	Sr. Ramírez
PERICO	Sr. Soto
AMBROSIO	Sr. Manchón

La acción en un pueblo de la provincia de Salamanca. Epoca actual.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO PRIMERO

Sala baja en una casa de pueblo. Muebles decentes y apropiados. Puerta grande al foro derecha del actor, por la que se ve la huerta. En el centro del foro ventana. En el foro izquierda puerta de la cocina. Primer término derecha, puerta del despacho y habitaciones de don Indalecio. En el segundo término derecha, la puerta tosca de la leñera con montante practicable. En primer término izquierda, salida al corralillo. En el segundo término de este lado la escalera del piso principal, de la que debe verse el arranque con tres ó cuatro escalones. En el proscenio derecha, la entrada de la bodega con su trampa practicable. Entre las puertas de la escalera y el corralillo una alacena. Colgados en el rincón de la izquierda, escopeta, zurrón y canana.

ESCENA PRIMERA

GREGORIA y luego DOÑA DOLORES; después PERICO. Más tarde MARUJA. Al levantarse el telón estará la escena sola. Se oye la campana que toca á la novena. Luego sale GREGORIA de la cocina y se dirige á la bodega abriendo la trampa.

GREG. ¡Perico!.... ¡Perico!.... (En cuclillas y asomada á la trampa)

PER. (Abajo y algo lejos) ¿Qué hay?

GREG. Que cuando acabes de barrer la bodega, me subas una botella de vinagre.

PER. (Abajo). ¿De cualo?

GREG. Del barril que está debajo del tragaluz.

PER. (Abajo). ¡Bueno! (Gregoria se retira de la trampa y se dirige á la cocina; doña Dolores que sale por la primera derecha, trayendo sábanas, almohadas y colcha de punto.)

DOL. Ven acá. Aquí tienes el juego de cama completo. (Coloca la ropa sobre la mesa. La examina cuidadosamente). ¡Jesús! ¡Y qué amarillas están las guarniciones! ¡Claro! Como la ropa fina no se usa más que cuando viene algún huésped....

GREG. Ya se puede asegurar que ese señorito no habrá tenido nunca en Madrid una cama como la que le preparamos (1)

DOL. ¡Qué ha de tener el pobre en una casa de huéspedes!

GREG. Cuatro colchones nuevecitos que están lo mismo que la espuma. ¡Bien á gusto va á dormir esta noche!

DOL. ¡Quiéralo Dios! Pero no será así. Viene el infeliz tan enfermo....

GREG. ¿Es de veras que viene tan malito?

DOL. Muy malo, hija, muy malo. Por fortuna al lado de sus tíos se restablecerá pronto. Me ha dado Dios unas manos para cuidar enfermos! ¡Yo gozo con estas cosas! Es decir, tanto como gozar no, pero en fin.....

GREG. ¡Ya lo creo! Como que sabe usted más *medecina* que don Saturio.

DOL. No, mujer, no tanto; pero la verdad es que no hay en todo el pueblo quien me gane á hacer un cocimiento en su punto; á poner unos sinapismos en su sitio y á dar unas friegas en seco. (Perico sale de la bodega con una botella, deja caer de golpe la puerta de la trampa. Doña Dolores que está de espaldas, da un salto). ¡Ay! [2]

PER. No se asuste usté. ¡Soy yo!

DOL. (¡Qué bárbaro!)

PER. Aquí tienes el vinagre. (A Gregoria).

GREG. Déjalo en la cocina.

PER. Está bien. (Medio mútis).

GREG. ¡Ah!

PER. ¿Qué?

---

(1) Derecha del actor.—Dolores, Gregoria.

(2) Perico, Dolores, Gregoria.

GREG. Que á ver si me llevas una buena carga de leña. Ya no tengo más que unos sarmientos.

PER. Bueno, mujer. Ahora la sacaré de la leñera. (Va á la cocina y deja la botella del vinagre y vuelve en seguida con una espuerta grande, con la cual á hombros poco después sale de la leñera, entrando en la cocina. Después pasa por la escena y vase á la huerta).

DOL. (A Maruja que baja cantando y se dirige al arcón que habrá en el foro). ¡Pero, hija, por Dios! Parece mentira que tengas ganas de cantar en estos momentos.

MAR. ¡Ay! ¡Es verdad! ¡No me acordaba! Perdóneme usted, tía. (Muy cariñosa).

DOL. Es una felicidad tener un carácter tan alegre como el tuyo. Toma las almohadas (A Gregoria) y lleva todo eso á la sala de arriba. (Vase Gregoria por la segunda izquierda, bajando al poco rato á la cocina),

MAR. [Que mide el trigo que saca del arcón con una taza y lo echa en una cesta pequeña]. Una.... dos.... tres... y cuatro. (Cierra el ar[illegible] derecha en el s

DOL: ¿Qué es eso? ¿Vas á [illegible] de comer á tus gallinas?

MAR. Sí, señora.

DOL. Y llevarás, como siempre, una fanega de trigo.

MAR. ¡Una fanega! Pero, tía, si nunca llevo más que cuatro tazas.

DOL. Justo, cuatro ahora y otras cuatro al medio día y otras cuatro por la mañana. Debían estar reventando de gordos esos animalitos.

MAR. Y lo están. Hay, sobre todo, una gallina calzada y otra moñuda, que son lo mismo que dos pavas. ¡Da gusto verlas!

DOL. Esas harán buen caldo.

MAR. ¿Qué? ¿Quiere usted matarlas?

DOL. Naturalmente. Ahora que tu primo necesitará un caldo nutritivo y sustancioso.....

MAR. Tiene usted razón; por el pobre Carlos soy capaz de sacrificar la moñuda y hasta la calzada. Voy á darles de comer, que ya me estarán esperando.

DOL. ¡Dichosa tú que no piensas más que en las gallinas.

MAR. ¿Y qué le voy á hacer? Como en el pueblo escasean los pollos, tengo que contentarme con los del corral.

DOL. Anda, anda, bachillera.

MAR. ¡Hasta luego! (Entra en la cocina desde donde se supone que sale al corral por la derecha).

ESCENA II

DOÑA DOLORES, luego DON INDALECIO, que sale por la primera derecha con un periódico en la mano.

DOL. ¡Qué chiquilla más alegre! Mentira parece que se haya educado con las monjas. Siempre está como unas castañuelas. [Se oye cacarear á las gallinas en el corral). Ea, ya se alborotó el gallinero. (Mirando por la ventana). ¡Cómo pican, cómo revolotean y cómo se atracan de trigo!—Oye, Maruja, aquella que se acerca al bebedero es la que se debe matar.—Pega un puntapié á ese pato, que no deja comer á los pollitos. (Oyese lejano el último toque de la campana de la iglesia. Sale Perico de la cocina y se va por la puerta del foro derecha).

IND. (Saliendo). Pero, ¿qué es eso? ¿No vais á la novena? Este es el último toque.

DOL. Esta tarde no vamos. Quiero ir contigo á la estación á recibir á nuestro sobrino.

IND. Bueno, como gustes. Ambrosio el tartanero vendrá á tiempo para llevarnos. Ya le envié recado por Perico.

DOL. Pero, hombre, ¿es posible que no te atrevas á andar á pié ni un cuarto de legua, cuando es lo que te conviene? Ya sabes lo que te aconseja siempre don Saturio. Ejercicio y mucho ejercicio. Y tú, nada; quieto y siempre quieto.

IND. Bueno, mujer, haré ejercicio. Iremos á pié.

DOL. Que vaya Ambrosio á la estación para traernos luego, porque Carlitos no vendrá en disposición de hacer una caminata tan larga. Tú y yo nos iremos tranquilamente por el atajo, y nos sirve de paseo.

IND. ¿Por el atajo? Ya estoy sudando solo de pensarlo. Pero, en fin, hágase tu voluntad; por el atajo iremos.

DOL. Verás que bien te sienta.

IND. Corriente; pero mira. Llévate unos bollitos ó unas mantecadas para comérnoslas al paso en la fuente del Obispo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOL. ¿Qué? ¿No quieres tomar chocolate esta tarde.
IND. Sí, mujer, sí: eso no quita. Es para luego. El chocolate lo tomaremos ahora. Dí que vayan haciéndolo. (Se sienta en el sillón).
DOL. Hay tiempo sobrado. El tren llega, hace muchos días, con más de una hora de retraso.
IND. Hoy llegará puntual, porque acabo de leer en *La Crónica* que está ya compuesto el puente de Valdeterrones.
DOL. En ese caso, prevendré á la muchacha. (Desde la puerta de la cocina). ¡Gregoria! Haz el chocolate y traelo.
GREG. (Dentro). ¡Al momento!
IND. Oye, Dolores: ¿se acabó ya el roscón aquel que nos mandaron las Capuchinas de Salamanca?
DOL. ¡Si te lo comiste en dos días!
IND. Es verdad. ¡Qué lástima! Hay roscones que no debían acabarse nunca.
DOL. Dios te conserve ese apetito.
IND. Amén. El día que esta máquina deje de funcionar como hasta ahora, ¡adios Indalecio!

ESCENA III

DICHOS y PERICO por el foro, derecha, con una bomba con manga de riego de jardín.—Véanse las notas.

PER. ¡Señor!
IND. ¿Qué hay? (1)
PER. Aquí está ya la bomba. El herrero la ha dejado como nueva.
IND. ¿La has probado ya?
PER. Sí, señor; ahora mismo en la fragua, y llegaba el chorro hasta en cá el veterinario. Tiene una fuerza...
DOL. ¿Cuánto ha llevado?
PER. Dice que ya vendrá á cobrarla.
DOL. Bueno, bueno; pues anda y riega, ante todo, el cuadro de las escarolas, que buena falta le hace.

(1) Perico, Indalecio y Dolores.

PER. En seguida. (Vase á la huerta).
DOL. ¡Dichosa bomba! ¡Nos va costando un dineral.
PER. (Desde el foro). Sí, señor; pase usted.
IND. ¿Quién es?
PER. El médico. [Vase].

ESCENA IV

DICHOS y DON SATURIO por el foro, derecha.

DOL. ¡Hola, don Saturio!
SAT. Felices tardes.
IND. Muy buenas.
SAT. Acaban de decirme en casa, que me han llamado ustedes. ¿Ocurre novedad?
DOL. Sí, señor. (1)
SAT. Alguna indigestión de usted, de seguro. (A don Indalecio). Come usted demasiado, se lo estoy diciendo siempre.
IND. Como lo que necesito, y lo digiero admirablemente.
DOL. No; no es éste el enfermo.
SAT. ¿Acaso Marujita?
DOL. Tampoco. Es mi sobrino.
SAT. ¿Qué sobrino?
DOL. Carlitos, el que tenemos estudiando en Madrid.
SAT. ¿Pues cuándo ha llegado, que yo no lo sabía?
DOL. No; sí no ha llegado. Vendrá esta tarde en el tren correo; pero antes de que llegue hemos querido hablar con usted.
SAT. Pues hablemos.
DOL. Tomará usted chocolate con nosotros, ¿eh?
SAT. Sí, señora, con mucho gusto. Precisamente hoy no podré tomarlo en mi casa, porque necesito ir esta misma tarde á Villarejo.
IND. Pues siéntese usted, don Saturio. [Vase doña Dolores á la cocina y sale inmediatamente),

[1] Indalecio, Saturio y Dolores.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SAT. Sepamos lo que le pasa á ese chico. (Se sientan á la mesa).

IND. Verá usted. Ayer recibimos esta carta suya, que nos ha sorprendido.

DOL. Estamos muy disgustados. (Sentándose).

IND. Mucho. (1)

SAT. Veamos.

IND. (Leyendo). «Madrid, 5 Septiembre. Mis queridísimos é inolvidables tíos.»

DOL. (Conmoviéndose). ¡Es de lo más cariñoso!....

IND. «Inolvidables tíos: Mi silencio, que tanto ha extrañado á ustedes, no ha obedecido, como suponen, á falta de cariño, ni á olvido, ni á ingratitud.»

DOL. Nos quiere muchísimo.

IND. «Por no alarmar á ustedes, nada les había dicho del mal estado de mi salud.»

DOL. ¡Pobrecito!

IND. «Pero, en vista de que la enfermedad ha tomado un carácter grave, me creo en el deber de decírselo con toda franqueza.»

SAT. ¡Demonio!

DOL. ¡Debe de estar gravísimo!

SAT. Siga usted, don Indalecio.

IND. «He consultado con los médicos más notables de Madrid, y todos están conformes en que padezco del estómago, del hígado, del bazo y de los riñones.»

SAT. ¡Caracoles.

IND. Por lo visto está todo él echado á perder.

SAT. No hay que apurarse, no hay que apurarse todavía. Siga usted. [Sale Gregoria de la cocina con una bandeja con tres pocillos de chocolate y tres platillos con bizcochos, los cuales pone encima de la mesa delante de cada personaje. Vase y vuelve á salir con otra bandeja con tres copas de agua, haciendo la misma operación].

IND. «Los sacrificios que han hecho ustedes para que siga mi carrera; los inmensos favores que les debo; la protección verdaderamente paternal

(1) Indalecio, Saturio y Dolores.

con que me tratan, me han hecho dudar antes de proporcionarles este disgusto.» Sigue, Dolores, que se me va á enfriar el chocolate.

DOL. Trae, hombre. (Lee). ¿Donde llegabas?

IND. Al disgusto. [En este momento saca Gregoria las copas con el agua].

DOL. Sí, aquí está el disgusto: «Pero las circunstancias me obligan y debo hablarles con toda claridad. Según la opinión de cuantos doctores me han visto, es imposible mi curación en Madrid.»

SAT. ¡Claro! Que se venga al pueblo. Lo que hace falta á esos muchachos es el aire libre, la atmósfera pura del campo....

DOL. No, señor; no es eso. Verá usted: «Todos ellos consideran imprescindible que marche sin pérdida de tiempo á París, donde únicamente podrán hacerme la operación que necesito.»

SAT. ¡Operación! No comprendo....

DOL. Pues así, así lo dice.

SAT. ¿Y qué más?

DOL. Añade que espera de nosotros este nuevo sacrificio pecuniario y que viene para emprender desde aquí su marcha.

SAT. Por los datos que dá no es fácil formular un diagnóstico. Le veremos y entonces.... ¿Quién sabe? ¡Acaso no necesite ir á Francia! Ese afán de creer que en el extranjero lo curan todo, es cosa que me saca de mis casillas. No parece sino que los médicos españoles somos unos ignorantes.... Pues no, señor; aquí, sin ir más lejos, me tienen ustedes á mí, un humilde médico de pueblo y que, sin embargo, hace uso de todos los adelantos de la ciencia. Yo no soy rutinario. ¿Hay un sistema nuevo? Lo estudio. ¿Conviene? Pues lo aplico. Así tan amante de progreso como el que más, empleo en mis clientes la hidroterapia, la electroterapia y la aeroterapia.

IND. Todas las terapias.

SAT. La hidroterapia, sobre todo, y principalmente las duchas en sus múltiples aplicaciones, me ha dado siempre excelentes resultados. (Cuando don

Indalecio acaba de comerse sus bizcochos, mientras doña Dolores lee la carta, cambia su platillo por el de ella y continúa comiendo).

DOL. ¡Calle! Esa chica no me ha puesto bizcochos.

SAT. Hay aquí; tome usted.

DOL. Gracias, no tengo apetito. Lo sorberé.

SAT. Yo, con permiso de ustedes, voy á despachar pronto mis visitas, para marchar á Villarejo antes de que anochezca. De todos modos pasaré por aquí para ver á su sobrino de ustedes aunque solo sea un momento. [Levantándose].

IND. Hombre, va usted á hacerme un favor. En Villarejo verá usted probablemente al tío Celedonio.

SAT. De seguro. (1)

IND. Que me mande por usted las cuatro mil pesetas de la venta del trigo.

SAT. Haré el encargo con mucho gusto.

IND. Usted dispense, pero....

SAT. ¡Quite usted, hombre! Pues no faltaba más.

MAR. (Saliendo de la cocina con la cestita de antes, que guarda en el arcón). Buenas tardes, don Saturio.

SAT. Hola, Marujita. ¡Cómo ha mejorado esta muchacha! (Sale Gregoria de la cocina con una bandeja grande, recoge el servicio del chocolate y se lo lleva).

MAR. Sí, no estoy mal, gracias á Dios.

SAT. ¡Qué has de estar mal, si estás hecha un pimpollo! Vaya, abur.

DOL. Que no deje usted de venir.

SAT. Vendré, vendré.

IND. Hasta luego.

DOL. Que usted lo pase bien.

MAR. Adios, don Saturio. (Vase don Saturio por el foro derecha).

ESCENA V

DICHOS, menos DON SATURIO

DOL. Ea, Indalecio, vamos á la estación que va siendo la hora. (A Maruja). Sácame la mantilla. (Vase Maruja á la primera derecha y sale con la mantilla para doña Dolores). Yendo contigo hay que tomarlo con tiempo.

IND. Vamos, mujer, vamos cuando quieras. ¡Ah! No te olvides de las mantecadas.

DOL. ¿Pero, es posible?

IND. Sí, es posible que dentro de un rato sienta debilidad. ¡Esta fuerza digestiva que Dios me ha dado! De seguro antes de llegar á la fuente del Obispo tengo ya el chocolate en los talones. (Se va á la primera derecha por el sombrero. Maruja, que habrá sacado la mantilla ayuda á su tía á ponérsela. Doña Dolores va al armario, lo abre, coge las mantecadas y las envuelve en el periódico que habrá dejado don Indalecio sobre el sillón).

DOL. (A Maruja). Anda, ve á la sala de arriba, haz la cama y pon en órden todo aquello. Carlitos vendrá cansado del viaje y necesitará acostarse en cuanto llegue. (Sale don Indalecio de la primera derecha poniéndose el sombrero).

MAR. Pues hasta luego.

IND. Adios, Marujita. (Vase Maruja por la segunda izquierda)

ESCENA VI

DICHOS, menos MARUJA; luego DOÑA BLASA y PIO, por el foro derecha.

DOL. Vamos, hombre, vamos, que no arrancas nunca. (Le da las mantecadas).

IND. Andando.

BLASA (Dentro). Pues no sabiamos una palabra.

IND. ¿Quién es?

DOL. Doña Blasa y su hijo. Adelante, doña Blasa.

BLASA Buenas tardes. Por nosotros no se detengan ustedes, que no queremos molestar. Nos chocó no verles en la novena y por eso veníamos á ver si ocurría alguna novedad; pero ya acaba de decirnos el criado lo del pobre Carlitos, y que iban ustedes á esperarle. (1)

(1) Saturio, Indalecio y Dolores.

(1) Pío, Blasa, Dolores é Indalecio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOL. Sí; allá íbamos (Don Indalecio empieza á comerse las mantecadas).

BLASA Pues vayan ustedes, vayan ustedes. Eso de la enfermedad no será nada. Ya recordarán ustedes el susto que éste nos dió hace dos años, cuando estaba en el seminario. Bien creíamos que se moría. Pues en cuanto llegó aquí y lo cogí yo por mi cuenta, con un cocimiento de genciana, un jarabe de caracoles y unos reparos de vino blanco en la boca del estómago, lo puse como nuevo. Ahí lo tienen ustedes, tan sano y tan gordo.

DOL. Ya, ya.... Pues con su permiso, doña Blasa....

BLASA Sí, sí; vayan ustedes, que con nosotros no hay que gastar cumplidos. Maruja nos hará la visita. ¿Por dónde anda?

DOL. Arriba está; llámala, Indalecio.

IND. (Que tiene la boca llena). ¡Hum! [Traga] Creí que me ahogaba.

BLASA Deje usted. Estará ocupada. Aquí la esperaremos.

DOL. Pues hasta otro rato. Muchas memorias al señor Cura.

BLASA Mil gracias. Vayan ustedes con Dios.

IND. (Con este retraso, ya no vamos á tener tiempo de merendar en la Fuente del Obispo).

(Vanse por el foro derecha.)

ESCENA VII

DOÑA BLASA y PIO.

BLASA ¡Pero qué soso eres, hijo mío! Te aseguro que me quemas la sangre. No hay quien te saque una palabra del cuerpo. (Va á hablar Pío). Ya sé lo que vas á decir: que no puedes remediarlo, que es así tu carácter. Pues que no sea así. Con ese genio no se va á ninguna parte. Yo no sé que os dan en el seminario que parece que os asustan. (Pío va á hablar). No digas que no. Y para vivir en el mundo no se puede ser tan apocado. Y tú necesitas vivir en el mundo. Ya podías estar bien convencido de que la carrera eclesiástica no te conviene. Debiera bastarte el ejemplo de tu tío, mi pobre hermano. Tú lo ves, si no fuera porque yo soy una mujer muy económica, y porque él es un hombre de muy pocas necesidades, no sé cómo nos habíamos de arreglar. Un curato no da para nada, y no creo que tú pretendas salir del seminario y sentar plaza de canónigo. [Va á hablar Pío]. Nada, nada; que esa vocación es una tontería. Hay que pensar en el porvenir. Tu tío, que es hoy nuestro único apoyo, tiene mucha edad; puede morirse el día menos pensado. Figúrate que se muere: ya se murió ¿Qué hacemos entonces? Esto es lo que quiero que pienses: á los veintidós años se debe pensar en estas cosas. Tú necesitas crearte un porvenir, casándote con una muchacha de buena posición. ¿Y quién mejor que Maruja? Es una joven bonita, bien educada y virtuosa, y su tío don Indalecio es el hacendado mas rico del pueblo. No tiene más herederos que esta chica y su sobrino. Y ya has oído que éste viene de Madrid muy enfermo. Lo más probable es que se muera. Figúrate que se muere: ya se murió. No queda más heredera que Maruja. Te casas con ella, vivís aquí, al lado de vuestros tíos, felices y contentos Don Indalecio ya lo ves como está: hecho una bola. Con la vida que hace y con lo que come va á reventar el mejor día. Figúrate que revienta: ya reventó. Pues ya tienes á tu mujer en posesión de toda esa fortuna, y aquí paz y después gloria. Desengáñate, Pío; en esta casa tienes la verdadera canongía.

ESCENA VIII

DICHOS y MARUJA, por la segunda izquierda.

MAR. ¡Ah! ¡Estaban ustedes aquí! No sabía nada. (1)

BLASA ¡Hola, Marujita! Nos dijeron tus tíos que anda

(1) Pío, doña Blasa y Maruja.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bas por arriba ocupada, y no hemos querido llamarte.

MAR. Si, señora; he estado arreglando la habitación para mi pobre primo.

BLASA ¡Siempre tan buena y tan hacendosa! Eres una alhaja

MAR. Favor que usted me hace.

BLASA No, hija, no; justicia. Eso precisamente le estaba diciendo á Pío cuando llegaste. Maruja hará la felicidad de cualquier hombre. Dichoso tú si encuentras una mujer de sus condiciones.

MAR. ¡Doña Blasa, por Dios! Me parece que para ama de cura soy demasiado joven.

BLASA ¿Cómo ama? Si no se trata de eso. Por lo visto tú ignoras que éste ha colgado ya los hábitos.

MAR. ¡Es posible!

BLASA Como lo oyes. Ahí lo tienes, resuelto á no volver al seminario,

MAR. ¿Qué me cuenta usted?

BLASA Ya no quiere ser cura. Me ha dado ese disgusto; (Pío se abanica con el sombrero). pero yo soy enemiga de torcer sus inclinaciones.

MAR. ¡Vaya con Pío!

BLASA Y á mi no me la pega. Lo que demuestra este cambio tan completo, es que este chico está enamorado (Se abanica Pío).

MAR. ¿Y de quién?

BLASA Lo ignoro. Ya sabes lo reservado que es; no hay modo de sacarle una palabra del cuerpo. (A ver si tú con maña consigues averiguarlo). Vaya, Marujita; yo me voy, que ya es tarde.

PIO ¡Sí; vámonos, vámonos!

BLASA ¡No, hombre, no! Tú quédate para esperar á Carlitos. Al fin y al cabo sois amigos de la infancia. (No seas pazguato. Esta es la mejor oeasión. Aprovéchala). Adios, hija.

MAR. Vaya usted con Dios, doña Blasa.

BLASA Deja, deja. No te molestes. Adios, hija mia; hasta otro rato; que no haya novedad. (Vase foro derecha).

VERSIDAD DE NUEVO LEON
BLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ESCENA IX

PIO y MARUJA

PÍO (¡Virgen de las Angustias, y qué angustias tan gordas me hace pasar mi madre! ¡No quiere convencerse de que yo he nacido para cura y nada más que para cura!)

MAR. Está bien, señor don Pio, está bien. ¿Conque esas tenemos? ¿Quién había de sospecharlo? (1)

PÍO Si yo no....

MAR. A mí no me vengas con hipocresías. Los que miran siempre para el suelo, son los peores. Cuando tu madre asegura que estás enamorado, sus razones tendrá. Y si no, ¿por qué renuncias á la carrera, vamos á ver?

PÍO Si yo no....

MAR. Vaya, no seas reservado conmigo Tengo verdadera curiosidad por saber quién es la dama de tus pensamientos.

PÍO Pero, si yo no....

MAR. De seguro que es Manolita, la sobrina del boticario.

PÍO ¡Jesús!

MAR. ¿No? Pues entonces es Nicanora.

PÍO ¡Ave María Purísima!

MAR. ¿Tampoco? Esta no falla.... Estás enamorado de Soledad.

PÍO ¡Virgen de la Soledad!

MAR. Pues, hijo mío, te he nombrado las únicas muchachas disponibles que hay en el pueblo. Digo, no recuerdo ninguna más. Es decir.... (queda otra.... ¡quedo yo! ¿A que resulta que está enamorado de mí este muchacho?) Oye Pío, ¿tú no recuerdas alguna otra?

PÍO Yo, no....

MAR. ¡Como es así, tan tímido.... Acaso no se atreva á declararse. Y bien mirado no es feo. ¡Qué ha

(1) Maruja y Pío.

de ser! Si vistiese de otra manera y se dejase la barba....] Di, Pio, ¿por qué no te dejas la barba?

PÍO ¡Yo barba! ¡Qué barbaridad!

MAR. No sé por qué. Si ya no has de ser eclesiástico!

PÍO Oye, Maruja; yo quiero decirte la verdad.

MAR. Dila, dila. (Se me va á declarar).

PÍO Tú eres muy bondadosa y me perdonarás de seguro.....

MAR. ¡Ya lo creo! Date por perdonado.

PÍO Pues bien; mi madre es la que.... No sé como decirtelo.... Naturalmente, el respeto.... Pero, no lo puedo remediar, mi inclinación....

MAR. Nada de torcer las inclinaciones. Que tu vocación te llama por ese lado, pues vé por ahí.

PIO ¡Ah! Tú me comprendes

MAR. (¡Cómo se le anima la mirada! ¡Parece otro!) Sigue, sigue.

PÍO Yo estoy decidido.

MAR. Haces muy bien. Cuando las intenciones son santas y buenas no deben contrariarse.

PÍO Eso digo yo. [Suena adentro el sonido de cascabeles].

MAR. ¿Estás resuelto á ello? Pues nada de vacilaciones ni de dudas. A arreglar el asunto lo más pronto posible y cuanto antes al altar.

PIO ¡Eso es, al altar! Ya me estoy viendo allí revestido con mi casulla y diciendo á los fieles: *¡Dominus vobiscum!*

MAR. (¡Dios mío! ¡Ahora salimos con que quiere cantar misa! Pues me luzco si llego á escurrirme un poquito más).

ESCENA X

DICHOS y PERICO que sale por el foro, derecha. GREGORIA por la cocina al mismo tiempo. Luego CARLOS y AMBROSIO por el foro derecha; el último con maleta y manta de viaje

PER. ¡Señorita!

GREG. ¡Señorita!

MAR. ¿Qué hay?

PER. Que á la puerta se ha parado la tartana del tío Ambrosio.

GREG. (Desde el foro). Y se ha apeado un señorito que debe ser su primo de usted.

MAR. ¡A ver! (Yendo á la puerta del foro) ¡Sí, él es! ¡Y los tíos que se han ido por el atajo! Vete á escape á ver si los alcanzas para que vuelvan.

PER. Voy á ponerme la chaqueta. (Vase por la cocina y sale al poco rato).

GREG. (A Pío). ¡Pobrecillo! ¡Qué cara trae!

MAR. ¡Carlos!

CAR. ¡Maruja! (Se abrazan. Al llegar al medio de la escena Carlos finge un desvanecimiento y se desmaya sobre el hombro de Maruja.)

MAR. ¡Se ha desmayado! Ayudadme! (La ayudan Pio y Gregoria)

PIO ¡Pobre Carlos!

MAR. ¡Sentémosle aquí! (En el sillón que habrá en medio de la escena.) Vamos hombre, ten ánimo. ¡Ya estás á nuestro lado! [1]

PIO ¡Sí, anímate, anímate!

GREG. ¡Al menos, tiene usted el gusto de morir entre su familia!

CAR. (¡Animal!)

PER. ¡Ay qué malito viene!

MAR. Anda, hombre, anda á escape. (Vase Perico foro derecha)

AMB. (Saliendo con la maleta y manta de viaje). ¿Dónde pongo esto? [2]

MAR. ¡Gregoria! Llévalo á la sala de arriba. (Gregoria recoge la manta y maleta de viaje y se va con ello por la segunda izquierda, volviendo á bajar al poco rato, yéndose á la cocina).

CAR. Paga á ese hombre.... Yo.... no tengo.... fuerzas ni para sacar dinero.

MAR. Ande usted, Ambrosio, ya se le pagará.

AMB. Está bien, señorita. Buenas tardes. (Acercándose por detrás al oido de Carlos y gritando). Que usted se alivie.

CAR. ¡Ah! Gracias. [Vase Ambrosio por el foro derecha y á poco vuelven á sonar los cascabeles, figurando que se

(1) Gregoria, Pio, Carlos, Maruja, Perico.
(2) Ambrosio, Gregoria, Pío, Carlos, Maruja.

aleja la tartana]. ¡Ay, Pío! ¡Ay Maruja! ¡Yo estoy muy malo!

MAR. Vamos, hombre, no te desalientes.

PIO. Lo primero que necesitas es descansar. Y ya que he tenido el gusto de verte tan bueno.... Digo ya que he tenido el gusto de verte tan malo.... En fin, voy á la iglesia á pedir á San Antonio que te dé lo que necesitas.

CAR. Sí: que me dé lo que necesito. Pídeselo de todo corazón.

PIO Que descanses. Adios, Maruja.

MAR. Adios, Pio. (Acompaña á Pío hasta el foro y con el gesto indican ambos el mal estado en que se encuentra Carlos. Vase Pío).

ESCENA XI

CARLOS y MARUJA

CAR. ¡Ay!

MAR. ¿Quieres algo? ¿Necesitas alguna cosa? (1)

CAR (Con desaliento). ¿Y los tíos? ¿Dónde están mis tíos?

MAR. Fueron por el atajo á la estación.

CAR. ¿Pero no están en casa?

MAR No; estoy yo sola.

CAR. ¿Sola?

MAR. ¡Sí!

CAR. Cierra aquella puerta. (Maruja cierra la de la primera derecha). Cierra aquella otra (Cierra la de la primera izquierda). Ciérralas todas. (Cierra la de la cocina).

MAR. ¡Qué miedo tienes á las corrientes de aire!

CAR. No; si á lo que tengo miedo es á otra cosa.

MAR. (¡Está delirando sin duda!) ¿A qué tienes miedo?

CAR. ¿No anda nadie por ahí?

MAR. Nadie.

CAR. (Levantándose). Pues oye, Maruja. (2)

MAR. ¡Ay, Dios mío!

---

(1) Maruja, Carlos.
(2) Carlos, Maruja.

CAR. Tranquilizate. Tú siempre me has querido como á una hermano.

MAR. Y te quiero.

CAR. Ya lo sé. Tú eres muy buena, muy cariñosa y sobre todo, muy discreta.

MAR. Bien, pero....

CAR. Necesito tu apoyo.

MAR. Apóyate. (Ofreciéndole el brazo).

CAR. No es eso. Es tu apoyo moral.

MAR. ¿Cómo?

CAR. Maruja, Marujita, prima de mi alma, si yo te revelara un secreto gravísimo, ¿serías capaz de guardarlo?

MAR. ¡Ya lo creo!

CAR. Tú eres la única persona á quien puedo confiarme. Yo necesito alguien que me ayude. Mi situación, créelo Maruja, es gravísima.

MAR. No tanto, hombre; no estás tan malo como crees

CAR. No, si no estoy malo.

MAR. ¿Qué?

CAR. ¡Si tengo una salud á prueba de bomba!

MAR. ¿Qué dices? (Muy sorprendida).

CAR. Ese es el secreto.

MAR. ¿Eh?

CAR. Que ese es el secreto.

MAR. Me dejas asombrada. ¿Conque estás bueno?

CAR. Bien, gracias, ¿y tú?

MAR. No te comprendo. Explícate, por Dios, de una vez, que ya mé tienes impaciente.

CAR. Seré muy breve, porque quiero que te enteres de todo antes de que lleguen los tíos. (Va Maruja al foro y baja en seguida).

MAR. ¡Habla! [1]

CAR. Oye la lista que he venido haciendo en el tren y que representa el resúmen de mis desdichas. (Saca un papel del bolsillo y lee). "A la patrona...."

MAR. ¿Eh?

CAR. "A la patrona: cuatro mensualidades á 80 pese-

---

(1) Maruja, Carlos.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas, 320; al zapatero: brodequines, zapatos y zapatillas, 100; al sastre: dos ternos y un ambo....

MAR. ¿Cómo?

CAR. Pantalón y chaleco, 560; al camarero del Oriental: chocolates de la temporada y propinas, 85; al sereno: tres mensualidades y cuatro pesetas que me dió una noche, 10; á don Hermógenes Zaragüeta: ¡y esto es lo más gordo! por dos pagarés y réditos, 3,000. Suma total, ¡asombrate! Cuatro mil setenta y cinco pesetas." Esto es lo que debo en Madrid.

MAR. ¡Jesús, Jesús y Jesús! ¿Pero cómo debes todo eso?

CAR. Porque no lo he pagado.

MAR. ¡Y los tíos sin saber nada!

CAR. De eso se trata, de que no lo sepan. ¿Crees tú que si les hubiera escrito diciéndoles estoy sano y bueno, pero debo cuatro mil pesetas, ellos me lo hubieran mandado?

MAR. ¡Qué habían de mandarte!

CAR. Pues yo á todo trance las necesito. Dos meses hace que no puedo salir de casa. Me acechan los acreedores. Hasta el sereno se ha negado á abrirme la puerta, y una noche tuve que dormir en la Plaza de Oriente entre Recaredo y Chindasvinto.

MAR. ¡Pobre Carlos!

CAR. ¿Tu sabes lo que es vivir en casa de una patrona á quien se le deben cuatro mensualidades? es un suplicio horrible. Al despertar: ¡Ahí tiene usted el chocolate! (Con exagerada brusquedad) En el almuerzo: ¡Ahí van los huevos fritos! Y á la comida: ¡Tome usted la sopa! Y así un día y otro, hasta que al fin dice uno: «Al Viaducto ó á engañar á los tíos.» No hay más remedio.

MAR. Y tú.

CAR. Yo me he decidido por lo segundo. ¿Crees acaso que debía matarme?

MAR. Hombre, eso no.

CAR. Ya he hecho bastante; me he puesto muy enfermo. Este ha sido el único recurso que se me ha ocurrido. Confieso que no es muy noble que digamos, pero la necesidad me ha obligado á ello. Mis tíos son buenos, son sensibles; me quieren mucho.

MAR. Ya lo creo; á ellos se lo debes todo.

CAR. ¡Todo, sí! Por eso quiero deberles también las cuatro mil pesetas. Comprende que un viaje á París y una operación quirúrgica, no pueden costar menos.

MAR. ¿Pero si no estás enfermo, á que vas á París?

CAR. ¡Calla, tonta! A donde me voy con el dinero, en cuanto me lo den, es á Madrid. Pago religiosamente á todos mis acreedores, y ya puedo salir por aquellas calles sin miedo á nadie y con la frente muy alta [1] ¡Que insolencias le voy á soltar á la patrona! ¡Qué barbaridades le voy á decir al sereno! ¡Y qué bofetada le voy á arrimar á Zaragüeta!

MAR. Eso es, y vuelta otra vez á la misma vida y....

CAR. ¡No digas eso! Estoy verdaderamente arrepentido. Los dos meses de cautiverio en la casa de huéspedes, me han enseñado mucho. Estoy decidido á estudiar, á concluir mi carrera y á corresponder á los sacrificios de mis tíos.

MAR. Ese propósito es muy santo; pero desengáñate, es imperdonable que vengas á representar esta farsa.

CAR. No es farsa, es un recurso; se me ocurrió leyendo la historia de los Papas.

MAR. ¿Cómo?

CAR. ¿Tú no has oído hablar nunca de Sixto V?

MAR. Yo, no.

CAR. Pues se fingió enfermo, valetudinario y caduco para que hasta sus propios contrarios le votasen en la elección de Pontífice, creyendo que viviría poco tiempo. En cuanto fué nombrado, tiró el báculo en que se apoyaba, irguióse con entereza y dijo mirando á sus enemigos: "Estoy sano y bueno. Ya tienen ustedes Papa para rato."

MAR. ¿Pero eso es cierto?

CAR. Rigurosamente hisótrico. Con que si á todo un cónclave le engaña por ese medio, nada menos que un Papa, ¿qué tiene de particular que engañe á sus tíos un pobre estudiante, lleno de deudas y de necesidades? Repito que mi situación es muy apura.

---

(1) Carlos, Marija.

da. La patrona, el sastre y hasta el sereno, pueden esperar, pero don Hermógenes....

MAR. ¿Qué don Hermógenes?

CAR. Zaragüeta. Ese no espera á nadie. Se ha enterado de que mis tíos viven aquí, y de que son ricos, y me ha amenazado con escribirles una carta reclamándoles lo que le debo antes de acudir á los tribunales. ¡Ese hombre es un bandido!

MAR. ¡No es posible que haga eso!

CAR. Tu no conoces á Zaragüeta. Es un viejecito muy muy cortés y muy suave; pero con esa suavidad y esa cortesía, le mete á uno en la cárcel como si tal cosa.... Y es inútil irle con reflexiones. A todas se hace el sordo, es decir; no se hace, porque lo es.

MAR. ¿Es sordo?

CAR. Completamente; pero yo te aseguro que, como los tíos me den ese dinero, me ha de oir las cosas que yo le diga.

MAR. ¡Válgame Dios!

CAR. Ya comprendes que yo no puedo esperar á que él se decida á escribirles y lo descubra todo.

MAR. Tienes razón. Mira: yo puedo ayudarte en algo con mis ahorros.

CAR. ¿Cómo?

MAR. Tengo una hucha con tres mil y pico de reales.

CAR. ¿Tres mil y pico? Acepto los tres mil, pero el pico de ninguna manera. No me gusta abusar.

MAR. No digas eso.

CAR. Lo que importa es que los tíos se convenzan de la necesidad de mi viaje á Paris, y me den lo que necesito para pagar á ese prestamista infame. Si vacilan, convénceles. Diles que estoy muy malo.... Que deben mandarme á Francia inmediatamente.

MAR. Bueno... pero yo.... En fin.... si me prometes cambiar por completo de conducta.

CAR. Yo te lo prometo. Yo te lo juro. Y ahora, por Dios dame algo de comer, que me estoy cayendo de debilidad. Llevo diecisiete horas sin tomar alimento.

MAR. ¿Sí?

CAR. Sólo he comido unos bombones de chocolate que compré en Villalba. Como venía con el dinero tasado, no he podído bajar á comer en ninguna parte.

MAR. ¡Pobrecillo!

CAR. Así es que tengo un hambre canina

MAR. Voy al momento.

IND. (Dentro). ¿Dónde está? ¿Donde está?
DOL.

MAR. ¡Los tíos!

CAR. Pues al sillón, y no me desampares. (Se sienta en actitud de gran desfallecimiento).

ESCENA XII

DICHOS, DON INDALECIO y DOÑA DOLORES por el foro, derecha.

IND. ¡Carlos!

DOL. ¡Carlitos! (Le abrazan y le besan).

CAR. ¡Tío! ¡Tía! (1)

IND. ¡Al fin estás á nuestro lado!

DOL. ¡Qué ganas teníamos de verte!

IND. [Por detrás de Carlos, y aparte á Dolores]. [¡Qué mala cara tiene! Pero hay que animarle.] Tienes muy buena cara!

DOL. ¡Nadie diría que estás enfermo!

CAR. Pues estoy muy malo.

IND. ¡Vaya, vaya! Todo esto no es nada.

DOL. Aquí te pondrás bueno.

CAR. No, señora, no; yo necesito ir á París.

IND. ¡Qué París, ni qué tonterías!

CAR. ¡Sí, tío, sí; estoy gravísimo! Que lo diga Maruja: al llegar aquí me dió un síncope. ¿Verdad?

MAR. Sí.... es verdad.

CAR. Me dan muchos síncopes.

DOL. Pues ya se te pasará todo.

IND. Aquí, con tranquilidad y buenas chuletas y buen vino....

CAR. Eso no me sentaría mal....

DOL. Sin embargo, hay que tener cuidado con la alimentación. En el estado en que te encuentras...

IND. El comer bien no hace daño á nadie. A ver el

(1) Indalecio, Carlos, Dolores y Maruja.

pulso. (Se lo toma). Yo no entiende nada de esto pero me parece que está muy débil.

CAR. Mucho; sí, señor.

IND. Por de pronto, dí que le pongan una buena cena. (A Maruja)

DOL. Pero, hombre....

IND. Unas sopitas con huevos, unas magras con tomate y un pollo asado.

CAR. Sí señor, sí.

IND. ¿Lo ves? (A Dolores.) De oirlo sólo ya está más animado.....

DOL. ¡Indalecio! ¡Por Dios!

MAR. Tiene razón el tío: eso no puede sentarle mal.

CAR. ¡Eso creo yo!

DOL. ¿Tienes apetito?

CAR. ¡Mucho! Es decir.... yo no sé si es apetito ó malestar, ó desfallecimiento....

IND. ¡Debilidad, debilidad y debilidad! De eso se muere la mitad de los enfermos.... Anda, y que le dispongan la cena.

MAR. Voy en seguida. (Vase á la cocina.)

ESCENA XIII

DICHOS menos MARUJA

CAR. (Dando un gran suspiro.) ¡Ay!

IND. ¿Qué es eso? (Acercándose con una silla.)

DOL. ¿Te sientes peor? (Sentándose al lado de Carlos) (1)

CAR. Estoy muy grave, desengáñense ustedes. Me muero si no me voy á París mañana mismo.

IND. Pero, vamos á ver. (Sentándose.) ¿Desde cuándo has empezado á sentirte enfermo? Hasta hace ocho días no nos has dicho nada....

CAR. Por no alarmar á ustedes; pero esto empezó.... ¡ay! por Carnaval.

DOL. ¿Hace tanto tiempo?

CAR. Sí, señora; y luego en la Cuaresma me puse peor.

(1) Indalecio, Carlos y Dolores.

IND. ¡Claro! Las comidas de vigilia. ¡Esas espinacas son un veneno!

CAR. Primero empecé á notar unas cosas muy raras. Unas veces sentía calor.... y otras frío; y otras.... ni frío ni calor.

DOL. ¿Y qué más?

CAR. Pues dolores en todas partes.

IND. ¿Dolores?

DOL. ¿Qué?

IND. No. Le digo á éste. Dolores agudos, ¿eh?

CAR. Muy agudos. Primero se me fijaban en un sitio.... y luego en otro.... pero principalmente aquí á los dos lados. (Poniendo las manos sobre los bolsillos del chaleco.)

IND. ¿En los vacíos?

CAR. Completamente vacíos.

IND. ¡Caramba, hombre! ¡Y nosotros sin saber una palabra!

DOL. ¡Y tú padeciendo de esa manera!

CAR. ¡Mucho! Dos meses me he pasado sin poder salir de la casa de huéspedes.

IND. ¡Dos meses!

CAR. Sí, señor. Llegó el caso de no atreverme á andar por las calles.

IND. ¡Qué atrocidad!

CAR. Con decir á ustedes que una noche tuve que dormir en un banco de la Plaza de Oriente.

DOL. ¡Jesús!

IND. ¡Qué barbaridad! ¿Y te haría daño el sereno?

CAR. No llegó á pegarme....

IND. ¿Cómo?

CAR. Digo qué.... ¡A (Quejándose muy fuerte.)

DOL. ¿Qué?

IND. ¿Qué es eso?

CAR. Estos dolores, que no me dejan.

DOL. ¡Vamos, anímate, hombre!

CAR. No puedo, tía, no puedo. Tengo una tristeza que me consume; una melancolía horrible; unas ganas de llorar.... (Llora)

DOL. Pobrecillo! (Llora. Se levanta.)

IND. Pobre Carlos! (Idem idem.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAR. ¡Sí, tía, sí! ¡Sí, tío, sí! Yo necesito ir á París inmediatamente.

ESCENA XIV

DICHOS y MARUJA, con una bandeja con servicio para comer una persona.

MAR. La cena va á estar en seguida, para que esperes menos, voy yo misma á poner la mesa. Pero, ¿qué es eso? ¿Han llorado ustedes? (1)
IND. Nos ha conmovido éste con el relato de su enfermedad.
MAR. (¡Qué pillo!)
DOL. (¡Está muy malo!) (A Maruja.)
IND. (¡Está muy débil!) (Idem)
MAR. ¡Cenando se fortalecerá! Verán ustedes cómo se alivia, por el pronto al menos. ¿Verdad, Carlos?
CAR. ¡Yo creo que sí, porque siento una debilidad horrible! (¡Hombre! ¡Aun quedaban por aquí dos bombones de chocolate!) (Se los come. Doña Dolores ayuda á Maruja á poner la mesa.)

ESCENA XV

DICHOS y DON SATURIO por el foro, derecha.

SAT. ¡Hola! ¡Hola! ¿Ya tenemos por aquí al viajero?
DOL. ¡Don Saturio! [2]
CAR. (¡El médico! ¡Con esto no contaba yo!)
DOL. (Bajo á don Saturio.) (No me gusta nada.)
SAT. [Ahora veremos.] ¡Carlitos!
CAR. ¡Don Saturio! (Con voz muy débil).
IND. Siéntese usted. [3]
SAT. No; esta va á ser verdadera visita de médico. Han vuelto á llamarme con urgencia desde Villarejo, y me están esperando ahí con un coche.

(1) Carlos, don Indalecio, Doña Dolores y Maruja.
(2) Don Saturio, doña Dolores, Carlos, don Indalecio y Maruja.
(3) Doña Dolores, don Saturio, Carlos, don Indalecio y Maruja.

Conque vamos á ver, ¿que tal se ha hecho el viaje?
CAR. Muy mal, muy mal.
SAT. (La cara indica sufrimiento) (A doña Dolores.) A ver esa mano. (Lo pulsa). La temperatura es normal. El pulso, sí, está algo débil.... ¿Cuántas horas hace que no toma usted alimento?
CAR. Muchas; desde Madrid.
SAT. Entonces no se extraña la debilidad; tanto tiempo sin tomar nada....
IND. ¡Una barbaridad! Lo que yo decía.
SAT. El pulso, sin embargo, no indica nada alarmante.
CAR. Pues yo me siento muy mal, muy mal.
SAT. A ver la lengua. (La saca Carlos). (¡Malo!) A doña Dolores.)
DOL. (¿Qué?)
SAT. (De color de chocolate. No me gusta este síntoma.) Bueno, bueno; pues mañana haremos un reconocimiento más detenido y....

ESCENA XVI

DICHOS y GREGORIA que sale de la cocina con una sopera y una fuente con un pollo; después PERICO por el foro derecha.

GREG. (Saliendo) La cena.
IND. Eso es lo que se necesita. ¡Anda, hombre, anda! (Carlos se levanta)
SAT. ¡Cómo cenar! ¡De ninguna manera! ¡Dieta absoluta!
CAR. (¡Dios mío!)
SAT. Ahora, á la cama y á descansar.
DOL. Tiene usted razón (1) A la cama, á la cama, hijo mío. (Conduciéndole hacia la segunda izquierda).
CAR. ¿Pero tomaré algo?.... (A don Saturio)
SAT. Agua con azúcar; ni más ni menos.
CAR. Pero.... (Mirando á la mesa)

(1) Don Saturio, doña Dolores, Carlos, don Indalecio, Maruja y Gregoria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOL Descuide usted, que yo me encargo de que no tome nada.
CAR. ¡Tía!....
DOL. ¡A la cama, á la cama!
PER. Don Saturio, que le esperan á usted. (Vase)
SAT. Allá voy. Buenas tardes, queden ustedes con Dios.
IND. ¡Abur!
MAR. ¡Adios, don Saturio.
DOL. ¡Anda, hombre, anda! (Subiendo los escalones Carlos no separa la vista de la mesa.)
MAR. ¡Pobre Carlos! (A don Indalecio).
IND. ¡A este muchacho mo lo van á matar de hambre! (A Maruja.)
MAR. ¡Es posible!
GREG. ¿Me llevo esto?
IND. No; déjalo. Me lo comeré yo. (Sentándose y destapando la sopera).

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA

GREGORIA, MARUJA y luego PIO.

GREG. [Cantando á voz en grito y limpiando los muebles con unos zorros, con los cuales da golpes fortísimos.]
MAR. (Que baja la escalera) ¡Gregoria! ¡Pero, Gregoria!
GREG. ¿Qué manda usted, señorita?
MAR. Mujer, que no des esos gritos ni esos golpes. Acuérdate de que arriba hay un enfermo y de que mi tio está durmiendo todavia.
GREG. ¡Anda, anda, el señor! ¡Aunque se hundiera la casa! Esta madrugada, cuando le entré el chocolate, tuve que despertarle poco menos que á puñetazos.
MAR. Bueno, bueno; vete á la cocina, que yo acabaré la limpieza. (Vase Gregoria). Pues señor, bien. Yo no sé cómo lograremos salir de todo esto. El pobre Carlos se va á ver en un compromiso.
PIO ¡Santos y buenos dias nos dé Dios! (1)
MAR. ¡Hola, Pio; cómo madrugas! (Sigue limpiando el polvo á los muebles mientras habla).

(1) Pio y Maruja.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOL Descuide usted, que yo me encargo de que no tome nada.
CAR. ¡Tía!....
DOL. ¡A la cama, á la cama!
PER. Don Saturio, que le esperan á usted. (Vase)
SAT. Allá voy. Buenas tardes, queden ustedes con Dios.
IND. ¡Abur!
MAR. ¡Adios, don Saturio.
DOL. ¡Anda, hombre, anda! (Subiendo los escalones Carlos no separa la vista de la mesa.)
MAR. ¡Pobre Carlos! (A don Indalecio).
IND. ¡A este muchacho mo lo van á matar de hambre! (A Maruja.)
MAR. ¡Es posible!
GREG. ¿Me llevo esto?
IND. No; déjalo. Me lo comeré yo. (Sentándose y destapando la sopera).

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA

GREGORIA, MARUJA y luego PIO.

GREG. [Cantando á voz en grito y limpiando los muebles con unos zorros, con los cuales da golpes fortísimos.]
MAR. (Que baja la escalera) ¡Gregoria! ¡Pero, Gregoria!
GREG. ¿Qué manda usted, señorita?
MAR. Mujer, que no des esos gritos ni esos golpes. Acuérdate de que arriba hay un enfermo y de que mi tio está durmiendo todavia.
GREG. ¡Anda, anda, el señor! ¡Aunque se hundiera la casa! Esta madrugada, cuando le entré el chocolate, tuve que despertarle poco menos que á puñetazos.
MAR. Bueno, bueno; vete á la cocina, que yo acabaré la limpieza. (Vase Gregoria). Pues señor, bien. Yo no sé cómo lograremos salir de todo esto. El pobre Carlos se va á ver en un compromiso.
PIO ¡Santos y buenos dias nos dé Dios! (1)
MAR. ¡Hola, Pio; cómo madrugas! (Sigue limpiando el polvo á los muebles mientras habla).

(1) Pio y Maruja.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PIO La costumbre del seminario. Yo oigo siempre la misa de alba.

MAR. ¿Y qué te trae por aquí?

PIO Pues.... lo primero, preguntar cómo á pasado la noche Carlitos.

MAR Muy mal.

PIO ¿Sí, eh?

MAR. ¡Claro! Figúrate que está sin comer nada desde que salió de Madrid.

PIO ¿Pero no le han dado siquiera algunos calditos?

MAR. ¡Quiá! Don Saturio le puso á dieta rigurosa, y mi tía, que le ha estado velando toda la noche, no le ha permitido tomar más que agua azucarada.

PIO ¡Caramba, caramba! Bueno. Pues.... lo segundo.

MAR. ¿Qué segundo?

PIO Lo segundo á que venia.

MAR. ¡Ah, ya!

PIO Es hablarte de una cosa muy grave.

MAR. ¿Qué pasa?

PIO Verás: ayer no me atreví á decirte la verdad, creí que prodria evitarlo, pero ya no hay más remedio.

MAR. Dí, hombre, dí (Dejando de limpiar.)

PIO Mi madre, Dios me lo perdone, pero me tiene frito.

MAR. ¿Cómo?

PIO Se opone terminantemente á que yo sea cura.

MAR. ¿Pero ahora salimos con esas? Pues si ayer me dijo ella misma que sentia mucho que no siguieras la carrera eclesiástica.

PIO ¡Quiá!

MAR. Y que ella no quería torcer tu vocación.

PÍO ¡Quiá!

MAR. Y que tú estabas enamorado en secreto.

PÍO ¡Quiá!

MAR. Entonces no me explico....

PÍO Pues á eso vengo yo: á explicártelo Mi madre está empeñada en que me case.

MAR. ¿De veras? ¿Y con quién?

PÍO (Después de un momento de vacilación.) Contigo.

MAR. ¿Conmigo? ¿Con que era cosa de ella?

PÍO De ella. ¡Cómo había de pensar yo en semejante barbaridad!

MAR. ¡Hombre, muchas gracias!

PIO No, no lo digo por ofenderte, pero á mí me llama Dios por otro camino.

MAR. ¿Sí? ¡Pues vete bendito de Dios! Pero no comprendo por qué me cuentas esas historias.

PIO Porque sólo tú puedes sacarme del apuro en que me encuentro.

MAR. ¡Vaya! Aquí estoy yo para sacar de apuros á todo el mundo.

PIO Como soy tan tímido, no me resolví ayer á contarte lo que me pasaba, ni me atreví á confesar después á mi madre que no te había dicho una palabra; y como ella es así, que todo se lo habla y yo soy así, que todo me lo callo, resulta que á estas horas cree firmemente que tú y yo nos entendemos.

MAR. ¡Tiene gracia! ¡Pues no nos entendemos! Y hazme el favor de decirle que no hay semejante cosa.

PIO ¡Por Dios no te incomodes! Se me ha ocurrido una idea que lo resolvería todo.

MAR. ¿Cuál?

PÍO Decirle tú á mi madre que estás en relaciones con otro.

MAR. ¿Con quién?

PÍO Con cualquiera ... Con Carlitos, por ejemplo.

MAR. ¡Qué atrocidad!

PÍO Pues es la única solución: estando tú comprometida no me vería yo comprometido.

MAR. ¡Vaya, vaya! No me metas en esos líos, que ya tengo bastante en qué pensar. Arréglalo como puedas y déjame tranquila. (Yendo hacia el foro).

PÍO [No, pues yo á mi madre no le digo una palabra porque con el genio que tiene, me pega. ¡Vaya si me pega!]

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA II

DICHOS y DOÑA DOLORES, después DON SATURIO y DON INDALECIO

PIO ¡Ah! ¡Doña Dolores!
DOL ¡Hola, Pío, buenos días! (Por la segunda izquierda).
PÍO ¿Cómo está usted?
DOL. Rendida, hijo. Me he pasado toda la noche velando al pobre Carlos.
PÍO ¿Y cómo sigue?
DOL. Ahora está durmiendo bastante tranquilo.
PÍO Menos mal.
DOL. ¿Y tu tío? (A Maruja).
MAR. No se ha levantado todavía.
DOL. Llámale, mujer, llámale. Con tanto comer y tanto dormir, ese hombre el mejor dia va á dar un estallido.
PÍO Eso dice mi madre. (Vase Maruja por la primera derecha).
DOL. ¿Cómo?
PIO Que.... que no es saludable dormir tanto.
DOL. ¡Qué ha de ser, hombre, qué ha de ser!
SAT. [Por el foro derecha]. Buenos días, señora.
DOL. Hola don Saturio.
PIO Buenos los tenga usted.
MAR. (Por la primera derecha). Aquí sale ya el tío.—Felices, don Saturio.
SAT. Hola Marujita.
IND. (Por la primera derecha). Muy buenos días. (1)
DOL. (Al ver a don Indalecio). ¡Gracias á Dios, hombre!
IND. Mujer, reflexiona que me he pasado velando toda la noche.
DOL. ¡Si te acostaste á poco más de la una, y desde las diez estuviste dando cabezadas!

(1) Don Indalecio, Maruja, don Saturio, Dolores, Pio.

IND. Eso es cierto; yo no puedo trasnochar, es lo único que me hace daño. (1)
SAT. ¿Y qué tal? ¿Cómo ha pasado la noche el enfermo? (A Doña Dolores).
DOL. Muy intranquilo y dando unos suspiros muy grandes y bostezando mucho.
MAR. (¡Claro! ¡De hambre!)
SAT. Nervioso, todo eso es nervioso.
DOL. Al amanecer, se quedó dormido; pero debia de tener alguna pesadilla, porque no hacia más que dar saltos en la cama y decir á cada momento: ¡Zaragüeta! ¡Zaragüeta!
MAR. (¡Ay, Dios mío!)
SAT. ¡Qué cosa tan rara!
IND. ¡Zaragüeta! ¿Quién podrá ser ese Zaragüeta?
PIO Como no sea el marido de la viuda de las cajas de fósforos....
DOL. ¡Qué á de ser ese!
IND. Luego se lo preguntaremos.
MAR. ¡No! Yo sé quién es.
IND. ¿Quién?
MAR. Me lo dijo ayer Carlos. Zaragüeta es.... don Hermógenes Zaragüeta.... (Después de pensar un instante) Uno de los médicos que le asistían en Madrid.
SAT. ¿El de cabecera acaso?
MAR. Sí, señor, el de cabecera. Carlos le quiere muchísimo; le está muy agradecido. Sin duda por eso ha soñado con él.
SAT. ¡Zaragüeta! Pues no le conozco. Ea, vamos á ver al enfermo.
IND. Sí, vamos.
SAT. Haré un reconocimiento detenido y veremos lo que hay.
MAR. (¡Que no lo vea, Dios mío!)
IND. (En la escalera). Ande usted, don Saturio.
SAT. De ningún modo.
IND. Pase usted. (Vanse los dos).

(1) Maruja, don Indalecio don Saturio, Dolores, Pío.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA III

DICHOS, menos DON SATURIO y DON INDALECIO

DOL. Maruja, vé á la cocina y que pongan pronto el cocido, por si hay que dar á Carlitos algún caldo.

MAR. (¡Caldo! Chuletas es lo que él necesita).

DOL. ¡Ah! Oye: ¿dónde me has puesto el libro de cocina, que tengo que ver, por si acaso, aquella receta de gelatina con sustancia de carne?

MAR. Me parece que lo he visto arriba, en el armario de la solana. (Vase foro izquierda).

DOL. Si, allí le dejé el otro dia. Voy por él. (Vase por la escalera).

ESCENA IV

PIO, luego PERICO y DON HERMOGENES por el foro derecha

PIO Pues señor, yo me marcharía de buena gana á oir misa de diez; pero como mi madre se empeña en que esté aquí todo el tiempo posible.... ¡Mire usted que es empeño!....

PER. (Dentro). Sí, señor, sí; pase usted.

PIO ¿Eh?

PER. Este caballero que viene preguntando por los señores! (Vase por el foro).

HERM. Servidor de usted. (1)

PIO Buenos días. (Es forastero).

HERM. ¿Los señores de Ruipérez?

PIO Sí, señor, aquí viven.

HERM. En la plaza me dijeron que era aquí, pero yo dudaba: como no conozco este pueblo....

PIO Tome usted asiento.

HERM. ¿Cómo?

PIO (Ofreciéndole la silla). Que se siente usted.

HERM. ¡Ah! (Se sienta en el sillón).

PIO Voy á llamar á los señores. Con su permiso.... (Vase por la escalera).

HERM. ¡Ah! Por lo visto me ha dicho que espere. ¡Esperaré!

(1) Don Hermógenes, Pio.

ESCENA V

DON HERMOGENES

Pues señor, bien. ¿Cómo me recibirán aquí? Mal, como en todas partes; pero no hay más remedio. Si no tomo esta determinación me quedo sin los cuartos, y la cantidad no es para despreciada. (Sacando los pagarés). Aquí están los pagarés, que con los réditos ascienden á tres mil pesetillas. Sí: estos son. «Pagaré á don Hermógenes».... ¡Ya lo creo que pagará! El no, pero lo que es sus tios, vaya si me lo pagarán! (Se levanta). ¿Qué puede suceder? ¿Que me insulten? Eso me tiene sin cuidado, porque á mí los insultos por un oido me entran y por otro me salen.... Es decir, no me entran por ninguno: esa es una de las ventajas de ser sordo. Para mi profesión es muy conveniente este defecto.—Que me llaman esto y lo otro y lo de más allá.... ¡pues no lo oigo! Que me piden dinero cuando no me conviene darlo.... ¡á la otra puerta! Que me vienen con ayes y quejas y lamentaciones.... ¡soy un marmolillo! Nada, nada, que yo no oigo nunca más que lo que me conviene. Toda mi filosofía se encierra en esto: «Hacer oidos de mercader,» «á palabras necias oidos sordos» «y no hay peor sordo que el que no quiere oir.»

ESCENA VI

DICHO, DOÑA DOLORES y PIO

DOL. Caballero....

PIO Aquí tiene usted á doña Dolores.

HERM. ¿Eh? ¡Ah! ¿Es la señora de Ruipérez á quien tengo el honor de saludar? [1]

DOL. Servidora de usted.

[1] Don Hermógenes, Dolores, Pio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HERM. Celebro tanto.... Acabo de llegar á este pueblo....
DOL. ¿Y busca usted á mi esposo?
HERM. Precioso, sí señora; es un pueblecito muy alegre.
DOL. (A Pío). (¿Qué dice este señor?....)
PIO (Me parece que es sordo).
DOL. (Por lo visto). ¿A quién tengo el gusto?.... (1)
HERM. ¿No está el señor de Ruipérez?
DOL. Sí, señor; pero en este momento está ocupado.
HERM. ¿Cómo? Advierto á usted que soy un poco..
DOL. ¡Ya, ya! Que mi esposo está ocupado. (Muy fuerte).
HERM. ¿Eh?
PIO ¡Ocupado! (Idem).
HERM. ¡Ah! Entonces volveré más tarde.
DOL. Como usted quiera. ¿Su nombre de usted para decírselo?
HERM. No, no me conoce. Volveré, volveré luego.
DOL. Pues vaya usted con Dios.
HERM. Servidor de usted. (Volviéndose de pronto). ¿Cómo?
DOL. No, nada.
PIO (Muy fuerte). ¡Nada!
HERM. ¡Ah! Creí que.... A los pies de usted. Que usted lo pase bien. (A Pío. Vase foro derecha).

ESCENA VII

DOÑA DOLORES y PIO

DOL. ¿Quién será este señor?
PIO ¡Pobre hombre! Está como un cacharro.
DOL. Veré si encuentro esa gelatina. (Se sienta, abre el libro y lo hojea).
PIO Doña Dolores, yo sentiría mucho estar molestando....
DOL. ¡No, hijo mío, qué has de molestar! (Leyendo). "Pato con guisantes."

(1) Pio, Hermógenes, Dolores.

PIO (Sentándose). Entonces esperaré á ver lo que dice don Saturio. Deseo saber lo que opina de la enfermedad de Carlos. ¿Qué tendrá el pobrecillo?
DOL. (Leyendo). "Hígado mechado."
PIO ¿Eh?
DOL. Leía aquí.
PIO ¡Ah! Creí que decía usted que tenía el hígado mechado, porque eso sería muy grave.
DOL. ¡Ya lo creo! (Oyese hablar á don Indalecio y á don Saturio que bajan por la escalera.) ¡Ah! Ya bajan.

ESCENA VIII

DICHOS, DON SATURIO y DON INDALECIO por la escalera, y MARUJA que sale de la cocina.

DOL. Qué hay, don Saturio; ¿cómo lo encuentra usted? (1)
SAT. Pues, señora, repito á usted lo que acabo de decir á don Indalecio. Respeto mucho el parecer de mis comprofesores de Madrid; pero, la verdad, yo en ese muchacho no encuentro nada de particular.
MAR. (Este va á descubrirlo todo.)
SAT. Le he reconocido detenidamente....
IND. Muy detenidamente. ¡Le ha dado un sobo, que ya, ya!
SAT. Y aseguro á ustedes que no hay lesión en ningún órgano importante. La temperatura es normal; la lengua no puede estar más limpia....
MAR. [¡Ya lo creo!]
SAT. El estómago está bien, el hígado lo mismo; el bazo, igual....
IND. Y los riñones en su sitio.
SAT. En una palabra, creo que se trata de una afección puramente nerviosa.
DOL. Bien; ¿pero será grave?
SAT. Tal vez.

(1) Pío, Dolores, Saturio, Indalecio, Maruja.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAR. (¡Ay, respiro!)
SAT. Estos desequilibrios nerviosos suelen traer funestas consecuencias. El asegura que siente unas cosas muy raras.... que ha tenido síncopes....
MAR. Sí, señor, sí.
PIO Es verdad.
SAT. Afirma que en Madrid le han dado muchos ataques.... y todo esto hace temer que, cuando menos se piense, pueda acometerle algún acceso. Estas perturbaciones llevan á veces hasta la locura.
IND. ¡Canastos!
DOL. ¡Dios mío!
PIO ¡Pobre Carlos!
SAT. No se alarmen ustedes. Para estos casos está indicada la hidroterapia, sobre todo las duchas. Las duchas son de un efecto maravilloso. Yo confío en poder curarle con eso y con la vida activa del campo, el ejercicio, la caza..... y una alimentación moderada y tónica.
IND. Eso, eso: buena carne y buen vino.
SAT. No, no conviene fatigar el estómago. Empezaremos con la leche. Pueden ustedes darle toda la que quiera; pero ninguna otra clase de alimento.
DOL. Descuide usted, que así se hará.
SAT. Que tome además un par de cucharadas al día de esa fórmula que he dispuesto. [Alude á una receta que trae don Indalecio.]
DOL. Perfectamente.
SAT. Conque, señores, voy á continuar mi visita.
IND. Hasta la tarde, don Saturio.
DOL. Que usted lo pase bien. (Dándole el sombrero.)
PIO Yo también me voy con usted.
SAT. ¡Ah! ¡Qué cabeza la mía! Ya me marchaba sin dar á usted (A don Indalecio.) lo que me entregaron ayer en Villarejo. Aquí tiene usted las cuatro mil pesetas del trigo. (Dándole billetes.)
IND. Muchas gracias.
PIO (Este trigo es el que le entusiasma á mi madre.)

SAT. ¡Ea, abur!
PIO Ustedes lo pasen bien.
IND. Buenos días.
DOL. Vayan ustedes con Dios. (Vanse por el foro derecha don Saturio y Pío.)

ESCENA IX

DOÑA DOLORES, DON INDALECIO y MARUJA: luego GREGORIA

IND. Estoy muy contento. La opinión de don Saturio me ha tranquilizado.
DOL. Pues á mí no. (1)
MAR. Ni á mí.
IND. ¿Por qué?
DOL. Ya has visto que no ha dicho una palabra de la operación esa que los médicos de Madrid consideran precisa.
MAR. Ni una palabra.
IND. Es verdad.
DOL. Y yo, francamente, si Carlitos no se mejora en unos días, creo que debíamos hacer un sacrificio y enviarlo á París.
MAR. Muy bien pensado.
IND. ¡A París! Eso cuesta mucho dinero.
MAR. No, tío; Carlos dice que con cuatro mil pesetas tiene bastante.
IND. ¿Y cómo lo sabe?
MAR. Yo no sé.... El ha dicho....
DOL. Habrá echado sus cuentas.
IND. Bueno, buéno; pues si llega el caso, ¿qué le vamos á hacer?..... Se le darán las cuatro mil pesetas. Nos figuramos que se ha perdido la cosecha del trigo.
DOL. Ea, yo me voy á casa de doña Rita, que tiene unas cabras muy hermosas, á ver si puede proporcionarnos la leche que se necesite. ¡Grego

(1) Dolores, Indalecio y Maruja.

ría! (A Maruja) ¡Dame la mantilla! (Maruja la ayuda á ponérsela.) ¡Gregoria!

GREG. (Saliendo.) ¿Llamaba usted?

DOL. Sí, vas á ir conmigo á un recado. Trae una jarra grande. [Vase Gregoria y vuelve en seguida con la jarra. A Indalecio.] Dame esa receta y de paso la dejaré en la botica.

IND. No, quiero llevarla yo mismo. Necesito encargar una botella de aquel vino de quina, que me sentó también hace dos años y que me abrió tanto el apetito.

DOL. ¡Pero, hombre!....

IND. Sí, hija, sí. Con estos disgustos no estoy yo en caja. Esta mañana, con el chocolate, no pude concluir el segundo panecillo. ¡Vamos!

DOL. Estate al cuidado por si Carlitos llama.

MAR. Vayan ustedes tranquilos. (Vanse Don Indalecio, doña Dolores y Gregoria por el foro derecha.)

ESCENA X

MARUJA y luego CARLOS

MAR. ¡Gracias á Dios que me quedo sola! ¡El pobre Carlos debe de estar desfallecido! Voy á subirle unos fiambres. (Abre la alacena.) ¡Me dio pollo! ¡Magnífico! Jamón cocido. Esto le gustará. A ver si hay más por aquí. ¡Truchas escabechadas! Perfectamente. ¡Tendrá un hambre atroz, por fuerza! Ahora pan y una botellita de vino. (Ha colocado en la mesa todo lo que dice.)

CAR. (Que baja mostrando gran debilidad y apoyándose en la barandilla de la escalera.) ¡Ay! Me flaquean las piernas! ¡Maruja!

MAR. ¡Carlos!

CAR. Desde arriba he visto salir á los tíos y vengo á que me des algo que comer. Ya no puedo más.

MAR. Precisamente iba á subir todo esto.

CAR. ¡Oh, felicidad! ¡Bendita seas Maruja de mi alma! (Se sienta y empieza á comer con voracidad.) ¡Pollo, jamón, truchas! ¡El ideal! Con todo esto soñaba yo estaba noche. (1)

MAR. No, con lo que has soñado es con otra cosa.

CAR. ¿Con qué?

MAR. Con el prestamista de Madrid.

CAR. ¿Eh?

MAR. La tía te ha oído repetir en sueños varias veces: "¡Zaragüeta!„

CAR. ¡Zapateta!

MAR. No, Zaragüeta.

CAR. No; si es que he dicho zapateta como pude decir otra cosa. ¿De manera que lo he descubierto todo?

MAR. No, tranquilízate. He hecho creer á los tíos que Zaragüeta es el apellido del médico de cabecera que te ha estado asistiendo.

CAR. Gracias ¡Qué prima tan buena.... y qué pollo tan rico!

MAR. Come despacio, que vas á atragantarte. Los tíos aún tardarán en volver. Ya estoy al cuidado. (Va á la puerta del foro derecha.)

CAR. ¿Y qué dicen, qué dicen los tíos? ¿Crees tú que les sacaré el dinero?

MAR. Es muy posible. Los veo en buen camino. (Volviendo al lado de Carlos.)

CAR. Con tal de que les veas camino de París....

MAR. ¡Valiente trucha!

CAR. No, las truchas luego. Ahora el jamón.

MAR. ¡Si á quien llamaba trucha era á tí!

CAR. ¡Ah! ¿Y don Saturio? ¿Qué dice el imbécil de don Saturio? Aun estoy resentido del reconocimiento.

MAR. No es tan imbécil como supones; la prueba es que asegura que tu no tienes ninguna enfermedad.

CAR. ¿Ha dicho eso? (Asustado.)

MAR. Sí, pero no te alarmes. Como no tiene motivos para dudar de esas cosas raras que tú dices que sientes, el buen señor sospecha que padeces una afección nerviosa.

(1) Maruja y Carlos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAR. Eso me conviene. Y esto también. La emprenderé con las truchas (Maruja vuelve á la puerta del foro para observar.) Me voy reanimando. ¡Riquísimas! El vinagrillo les da un sabor delicioso.

MAR. ¡Ah!

CAR. ¡Eh! (Levantándose.)

MAR. ¿Qué te pasa?

CAR. Creí que venían.

MAR. No, no te asustes. ¡Qué nervioso estás! (Se sienta Carlos y sigue comiendo.)

CAR. Naturalmente; ya has oído á don Saturio: esa es mi enfermedad.... y como te oí decir ¡ah! así, de pronto....

MAR. Si es que me olvidada de contarte lo que me pasa con Pío.

CAR. ¿Qué te pasa?

MAR. Me ha confesado el infeliz, que su madre le obliga á dejar la carrera de cura para que me haga el amor y se case conmigo. (Riéndose.)

CAR. ¡Esa sí que es trucha! ¡Claro! ¡Qué más quisiera ella que una nuera como tú!

MAR. (Se apoya en el respaldo de la silla que está enfrente de la de Carlos.) Pues el muchacho no me quiere.

CAR. ¡Qué estupido!

MAR. Y para librarse del compromiso en que le pone su señora madre, ¿qué dirás que me ha propuesto.

CAR. ¡Qué sé yo! Alguna tontería.

MAR. Que le diga yo á doña Blasa que no puedo aceptar las relaciones de su hijo, porque.... porque estoy comprometida contigo.... (Riéndose.)

CAR. (Dejando de pronto de comer.) Oye, oye, pues no me parece ninguna tontería.

MAR. ¡Calla, hombre, por Dios!

CAR. ¿Qué tendría de particular? (Levantándose.) Tú eres jóven, yo soy joven también: tú eres bonita, yo no soy feo.... Digo, me parece que no soy feo.

MAR. ¡Qué has de ser feo!

CAR. Tonto creo que tampoco lo soy; mi figura no es despreciable, y de mi conducta no hablemos.

MAR. ¡No! No hablemos de tu conducta.

CAR. Bien, mujer; pero ya sabes que estoy completamente arrepentido, y que de los arrepentidos es el reino de los cielos. ¡Y qué más cielo que esa cara tan remonísima!.....

MAR. ¡Chico, chico!....

CAR. Y esos ojos.... y esa boca.... y este cuerpecito.... (Ciñéndose con el brazo.) En fin, chica, que Pío no te ha propuesto ningún absurdo.

MAR. Sí, sí; como si fuera yo á creerme todo eso que dices. ¡Con la vida que has lleva, apenas tendrás tú compromisos en Madrid!....

CAR. ¿Yo? Te juro que no tengo más compromiso que el de Zaragüeta. De ese yo creo que no tendrás celos. (Sigue abrazando á Maruja).

MAR. Vaya, vaya, déjate de tonterías y sigue almorzando. (Rechazando suavemente á Carlos).

CAR. No: ya no puedo más. He comido como un buitre ¡Que bien me encuentro ahora! ¡Con el estómago lleno de alimentos y el corazón lleno de ilusiones!

MAR. (Que ha vuelto á la puerta del foro). ¡Ay, allí viene la tía! Recojamos todo esto; que no sepa que has comido nada. (Entre los dos guardan en la alacena todo lo de la mesa, sobre la cual quedan solamente los dos vasos y la botella con agua, que debe haber desde el comienzo del acto).

CAR. Volveré á mi estado de postración. (Se sienta en el sillón).

ESCENA XI

DICHOS, DOÑA DOLORES y GREGORIA que coge un vaso de encima de la mesa.

DOL. ¿Ha ocurrido algo? (A Maruja que ha ido al foro).

MAR. No, señora; aquí tiene usted al enfermo.

DOL. ¡Hola! ¿Y qué tal te encuentras?

CAR. Muy bien, digo..... así, así. Bien no me encuentro nunca. ¡Ay! (Suspirando).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GREG. Pues hoy tiene usted mejor cara. Ayer, cuando llegó usted, parecía un difunto. (1)

DOL. (No seas animal]. Dame. (Cogiéndole la jarra). Te traigo una leche riquisima. Recien ordeñada. Vas á tomar un vasito (Llenándolo de leche).

CAR. No, ahora no puedo más.

DOL. ¿Eh?

MAR. Se ha empeñado en no tomar nada. Quería yo haberle dado unos bizcochitos con vino....

DOL. No; ya sabes lo que ha dicho don Saturio. Leche y nada más que leche. Toma, toma. [Obligándole].

CAR. Pero encima del vinagre..... (Rechazando el vaso).

DOL. ¿Qué?

MAR. Se queja de que tiene el estómago como avinagrado

DOL. Esto te aliviará; necesitas alimentarte. Vamos, hijo, vamos.

MAR. [A Carlos]. Bebe, hombre, bebe.

CAR. (No hay más remedio) (Bebe en tres sorbos todo el contenido del vaso, mostrando repugnancia. Cuando se detiene al beber, doña Dolores le anima).

DOL. ¡Ajajá! Verás que bien te sienta. Con esto y con el ejercicio te restablecerás pronto. (Gregoria deja la jarra y el vaso sobre la mesa y vase á la cocina).

CAR. No, tía, no, yo necesito ir á París.

DOL, Bueno, si no hay otro remedio ya irás.

CAR. No hay otro remedio; créame usted á mí. [2]

DOL. Anímate, hombre; y anímale tú, mujer.

CAR. Ya me anima, ya.

MAR. Sí, señora; procuro distraerle.

DOL. Ante todo, lo que necesitas es no amilanarte. es preciso dominar los nervios. A tu edad las enfermedades, por graves que sean, se curan facilmente.

CAR. ¡Ay! (Quejándose deveras y llevándose las manos al estómago). [¡Las truchas!]

DOL. (¡Pobrecillo! Se le ve en la cara el sufrimiento.

(1) Gregoria, Dolores, Carlos y Maruja.
[2] Maruja, Dolores y Carlos.

(Aparte á Maruja). Indudablemente don Saturio no sabe lo que tiene este muchacho).

MAR. [No lo sabe, no señora: (Vase doña Dolores por la primera derecha.

ESCENA XII

DICHOS, menos DOÑA DOLORES

CAR. (Levantándose). ¡Ay, qué malo me siento! ¡Ay!

MAR. Cállate, hombre, no te quejes; si ya se ha marchado la tia.

CAR. No, si es que ahora me quejo de veras.

MAR. ¿Eh?

CAR. La leche y el vinagre; lo que me temía. ¡Tengo unos dolores horribles!

MAR. ¡Claro! Almarzaste con tal precipitación, que no podía sentarte bien.

CAR. No, si el almuerzo me á sentado perfectamente; pero ese vasito de leche ha sido una puñalada. ¡Ay! ¡Ya vuelven!

MAR. Voy á hacerte una taza de té.

CAR. ¡Sí, por Dios, dame algo! (Vase Maruja á la cocina).

ESCENA XIII

CARLOS y en seguida DON INDALECIO

CAR. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Hay providencia! Este es un castigo de Dios. (Sentándose al lado de la mesa).

IND. ¡Hola! ¿Tú por aquí? ¿Cómo estamos de ánimos?

CAR. Muy mal, tío, muy mal. [1]

IND. Esas son aprensiones.

CAR. No, ahora es de veras.

IND. Pero, vamos á ver: ¿qué es lo que sientes?

CAR. Pues siento.... unos dolores muy fuertes aquí.

IND. ¿En el estómago?

CAR. Sí, señor.

IND. Lo de siempre; debilidad y nada más que debi-

(1) Indalecio y Carlos.

lidad. [Reparando en la jarra]. ¡Ah! Ya han traido la leche.... Vas á tomar un vasito.

CAR. ¡No, por Dios! (Levantándose). Ya me han dado uno. [1]

IND. Tomarás otro. Don Saturío dice que tomes toda la que quieras. (Persiguiéndole con la jarra).

CAR. ¡Si es que yo no quiero!

IND. ¡Parece mentira! Una leche tan rica, tan mantecosa.... ¡Qué nata tiene! Esto se bebe solo. (Bebe en la jarra).

ESCENA XIV

DICHOS y DOÑA DOLORES

DOL. Pero, hombre, ¿te estás bebiendo la leche? [2]

IND. Era para animarle, mujer.

DOL. (Quitándole la jarra que pone sobre la mesa). A lo que debes animarle es á no estarse metido en casa. Le conviene andar, moverse....

IND. Tiene razón tu tía. ¿Por qué no vas á dar una vuelta por el pueblo?

CAR. No; me molesta andar hablando con la gente. (Sigue dando muestras de sentir un fuerte cólico).

IND. Pues sal por ahí, por el corral, [Primera izquierda] á la orilla del río, y vete hasta el cerro del Orégano.

DOL. El día está muy hermoso. Toma la escopeta, y á ver si te entretienes matando unos pajarillos. (3) (Dándole la escopeta, el zurrón y la canana).

IND. Sí, anda, anda. Los pondremos luego con arroz, que están muy ricos.

CAR. ¡Sí, señor, sí! Iré hasta el cerro del Orégano. (Vase corriendo por la primera izquierda).

ESCENA XV

DOÑA DOLORES y DON INDALECIO. Luego MARUJA

DOL. ¿Por qué no vas á acompañarle?

IND. Porque ahora tengo que hacer. Voy á subir al palomar.

(1) Carlos é Indalecio.
[2] Dolores, Indalecio y Carlos.
(3) Indalecio, Carlos y Dolores.

MAR. Aquí tienes el té. ¡Ah! ¿Y Carlos? ¿Está arriba?

DOL. No; ha ido á dar un paseo. ¿Qué es eso? [1]

MAR. Una taza de té; como se quejaba del estómago....

DOL: Pues se ha ido; ya no hace falta, llévatela.

IND. ¡No! ¡Trae acá! ¡Me la tomaré yo!

DOL. ¡Indalecio!

IND. Esto siempre prepara el estómago. [Se toma el té].

DOL. ¡Jesús, qué hombre! Maruja, ve á la habitación de Carlos y arregla aquello.

MAR. En seguida, sí, señora. (Vase por la escalera).

IND. Vaya, voy á dar de comer á mis palomitas.

DOL. ¡Con qué mimo las tratas!

IND. Ya lo creo. ¡Ayer ví que tenían cuatro pichones preciosos! ¡Con tomate estarán riquísimos. (Llega hasta la escalera.

ESCENA XVI

DICHOS y DON HERMOGENES

HERM. ¿Se puede?

IND. ¿Quién? (2)

DOL. Se me había olvidado decirte que antes había estado á buscarte este señor forastero.

IND. Adelante.

DOL. Háblale fuerte.

IND. ¿Pues qué ha hecho?

DOL. Nada; que es muy sordo.

IND. ¡Ah! ¡Adelante! (Fuerte).

HERM. ¿Es usted don Indalecio Ruipérez? [3]

IND. Servidor de usted,

HERM. Celebro tanto tener el gusto de conocerle. ¿Cómo está usted? Me alegro mucho, La familia buena, ¿eh? Tengo una verdadera satisfacción....

IND. [Pues, señor, él se lo dice todo]. Tome usted asiento.

HERM. ¿Cómo?

LOS DOS [Fuerte]. Que tome usted asiento. (Ofreciéndole una silla volante que habrá á la derecha del sillón).

[1] Dolores, Indalecio y Maruja.
(2) Don Hermógenes, doña Dolores, don Indalecio.
(3) Don Hermógenes, don Indalecio, doña Dolores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HERM. ¡Ah! Gracias. (Se sientan los tres. Don Indalecio en el sillón y á su izquierda doña Dolores).

IND. (¿Quién será este buen señor?) (A doña Dolores).

HERM. Ustedes extrañarán mi visita y voy á explicarles el motivo. (1)

DOL. [Ahora lo sabremos]. (A don Indalecio).

HERM. Yo me he visto precisado á salir de Madrid para venir á Salamanca; á donde llegué esta madrugada, porque tengo allí un cuñado bastante enfermo. Por fortuna se halla ya mejor.

DOL. Nos alegramos.

HERM. ¿Cómo?

LOS DOS Que nos alegramos. (Fuerte).

HERM. ¡Ah! Gracias. Supe allí que este pueblo estaba á muy corta distancia y me dije: aprovecho la oportunidad y me acerco á tener el gusto de saludar á los señores de Ruipérez.

IND. (¿Y para que querrá saludarnos?) (A doña Dolores).

DOL. [Ahora lo sabremos, hombre].

HERM. ¿Eh?

DOL. No, nada.

IND. ¡Nada! (Fuerte).

HERM. Ayer, antes de salir de Madrid, estuve en casa de su sobrino de ustedes....

DOL. ¡Ah! ¿Conoce usted á Carlitos?

HERM. ¿Eh?

IND. (Muy fuerte). ¡Carlitos!

HERM. Sí, Carlitos, Carlitos. Su patrona me dijo que se había ido en el express del Norte. Esto me sorprendió; porque, la verdad, no le creí capaz de marcharse así, sin decirme una palabra. Conmigo estaba obligado á obrar de otra manera.

IND. ¿Con usted, por qué?

HERM. (Sin oirle). En esta ocasion, francamente, se ha portado muy mal, pero muy mal.

DOL. Muy mal, ¿por qué razón?

IND. ¿Quién es usted?

HERM. ¿Cómo?

LOS DOS. ¿Que quién es usted? (Fuerte.)

(1) Don Hermógenes, don Indalecio, doña Dolores.

HERM. Seguramente no conocerán usted mi nombre. Su sobrino no les habrá hablado de mí. Me llamo, para servir á Dios y á ustedes, Hermógenes Zaragüeta.

DOL. ¡Cómo! (Levantándose.)

IND. ¿Es usted? (Levantándose.)

DOL. ¡El médico de Carlos! (A don Indalecio.)

IND. ¡Señor de Zaragüeta! (Se levantan los tres. Don Indalecio y doña Dolores abrazan cariñosamente á don Hermógenes.)

DOL. ¡Cuánto nos alegramos de verle por aquí. (1)

HERM. ¿Cómo? (Sorprendido).

LOS DOS ¡Que nos alegramos mucho de verle!

HERM. (¡Qué recibimiento tan cariñoso!) ¿Pero.... ustedes saben..., quién soy yo? (Con cierta escama).

DOL. ¡Sí, señor!

IND. ¡Ya lo creo! (Haciéndole sentar en el sillón).

DOL. Ya sabemos lo mucho que nuestro sobrino debe á usted.

HERM. ¿Eh?

IND. (Más fuerte). Que sabemos lo mucho que debe á usted nuestro sobrino.

HERM. No, mucho no. (2) (Se sientan los tres).

DOL. Sí, señor, sí. Es indisculpable que haya salido de Madrid sin despedirse de usted.

HERM. ¡A mí me sorprendió, porque como él es un muchacho tan delicado!....

DOL. ¡Muy delicado!

IND. Por eso ha sido una ligereza ponerse en camino sin decírselo á usted.

DOL. Luego le reñiremos los tres.

HERM. ¿Cómo luego? Pero ¿está aquí?

IND. Sí, señor.

DOL. Llegó ayer tarde y ha salido á dar un paseo.

HERM. No lo sabía. Me alegro mucho de que se haya decidido, por fin, á acudir á ustedes. Yo se lo aconsejé varias veces; pero el se resistía temeroso de darles un disgusto.

(1) Don Indalecio, don Hermógenes, doña Dolores.
(2) Don Indalecio, don Hermógenes, doña Dolores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOL. ¡Pobrecillo!
IND. ¡Nos quiere mucho!
HERM. Pues, yo, como la patrona no me dijo á dónde se había ido, aproveché mi venida á Salamanca para ver á ustedes y enterarles de la verdadera situación del muchacho, creyendo que la ignoraban.
DOL. Ya lo sabemos. (Muy fuerte).
IND. Y vamos á ver, con franqueza, ahora que él no nos oye, ¿qué opina usted de Carlos?
HERM. No se alarmen ustedes: en un joven todo eso no tiene importancia. Yo creo que se corregirá.
DOL. ¡Dios lo quiera!
HERM. ¡Si conocieran ustedes otros casos que tengo yo en Madrid!.... Lo de Carlitos no vale nada....
DOL. El médico de aquí, dice que es nervioso.
HERM. ¿Eh?
IND. Que es nervioso. (Muy fuerte).
HERM. Muy nervioso, mucho. Ya se lo conocí el primer día que fué á verme. Estaba el pobre chico, angustiado, asustadísimo; pero yo le dije: "no hay que afligirse; tenga usted más ánimo, yo le salvaré á usted." ¡He salvado á tantos!....
DOL. ¡Ya lo creo!
HERM. ¡Y si vieran ustedes que poco me lo agradecen algunos!
DOL. Pues nosotros, muchísimo.
IND. ¡Y se lo pagaremos como usted se merece!
HERM. Gracias, gracias. (Ya sabía yo que estos me lo pagarían).
IND. ¿De manera que usted no cree que conviene enviar á Carlos á París?
HERM. ¿A París? No veo inconveniente; pero, en fin, eso allá ustedes.... (¡A mí que me importa que le envíen á donde quieran!)
IND. (Distraído, hablando muy fuerte á Zaragüeta). ¿Te parece que?....
HERM. ¿Cómo?
IND. Nada, nada. (En voz natural á doña Dolores). ¿Te parece que le invitemos á comer?)
DOL. (Sí, hombre; es natural).

IND. ¿Usted no pensará regresar hoy mismo á Salamanca?
HERM. Sí, señor; quería, si fuera posible, marcharme esta misma tarde.
IND. Pero, ¿tanta prisa tiene usted?
HERM. Prisa, materialmente, no. pero....
DOL. Pues nada, se queda usted con nosotros hasta mañana. (Se levantan los tres).
IND. ¡No faltaba más!
DOL. ¡Verá usted el pueblo y los alrededores, que son preciosos!
IND. Y la iglesia, que es bizantina, según dicen.
HERM. ¿Eh?
LOS DOS Bizantina. (Levantando la voz cada vez más).
DOL. ¡Y oirá usted el órgano!
IND. (¡Qué ha de oir éste!)
HERM. Bueno, bueno; ya que ustedes se empeñan, me quedaré hoy aquí; pero van á permitirme escribir cuatro letras á mi hermana, que me espera esta noche.
IND Sí, señor; pase usted aquí, á mi despacho.
DOL. (Que ha ido al foro y mira por la puerta). ¡Ah! Allí va don Saturio.
IND. ¡Llámale, llámale!
HERM. ¿Eh?
IND. Vamos á presentar á usted al médico del pueblo.
HERM. Bueno. (Encogiéndose de hombros).
DOL. ¡Don Saturio! ¡Don Saturio!
IND. ¡Vaya con el señor de Zaragüeta? (Dándole palmaditas cariñosas en la espalda).
HERM. ¡Jé, jé! (Don Indalecio va al foro). (¡Pero que familia tan cariñosa! Si lo sé, pongo algo más crecidos los intereses).

ESCENA XVII

DICHOS, y DON SATURIO

SAT. ¿Qué es eso? ¿Se ha puesto peor el enfermo?
IND. No, señor; le llamamos á usted para presentarle á un compañero.

DOL. El médico de Carlos.
IND. El doctor Zaragüeta, que ha venido á Salamanca á ver á un enfermo y nos ha honrado con su visita
SAT. ¡Hombre, qué casualidad! (Acercándose). Tengo tanto gusto. . . . (1)
HERM. Servidor de usted.
IND. (A doña Dolores). (¿Está arreglado el despacho?)
DOL. No lo sé; voy á verlo.
IND. [Voy yo también á sacar el papel]. Ea, ahí se quedan ustedes. (Vanse los dos primera derecha).

ESCENA XVIII

DON SATURIO y DON HERMOGENES, después DON INDALECIO y DOÑA DOLORES

SAT. ¡Qué casualidad tan feliz, verle á usted por acá! (Le ofrece el sillón en que se sienta Zaragüeta; don Saturio, después de esa pausa característica de las visitas, da á Zaragüeta un cigarrillo).
HERM. (Estas presentaciones me molestan mucho. ¿Qué me importará á mí el médico del pueblo?)
SAT. (Ahora verá el doctor de la corte si valemos ó no valemos los médicos rurales). ¿Un cigarrillo?
HERM. Gracias.
SAT. Tengo una vivísima satisfacción en haber conocido á usted. Su nombre lo he visto siempre citado con elogio en los periódicos profesionales, y celebro tener ocasión de hablar con usted, para decirle mi opinión respecto de la enfermedad de su cliente, y saber si ha tenido la honra de coincidir con el diagnóstico que usted haya formado, y que yo ignoro completamente.
HERM. (¿De que me estará hablando este caballero?) (Echando bocanadas de humo y completamente distraído)
SAT. Después de sometido el paciente á un reconocimiento de auscultación y percusión, todo lo minucioso posible, me he convencido de que las vísceras importantes están en completo estado fisiológico; que en ninguna hay lesión apreciable, y que, en mi concepto, la afección radica única y exclusivamente en los centros nerviosos, tanto en el de la vida de relación cuanto en el de la vida vegetativa. Se trata, pues, en mi humilde concepto, de una verdadera adinamia nerviosa; una neurastenia, y por consiguiente, todo el plan terapéutico debe encaminarse á establecer el equilibrio entre los dos sistemas. ¿Está usted conforme conmigo?

(1) Doña Dolores, don Indalecio, don Hermógenes y don Saturio.

HERM. ¿Eh?
SAT. ¿Que si hemos coincidido en el diagnóstico?
HERM. (Con naturalidad). No he entendido una palabra de lo que usted me ha dicho.
SAT. (Picado). Pues creo que me he explicado con claridad. He dicho que se trata de una neurastenia. Ya se sabe lo que es una neurastenia. (Levantando la voz).
HERM. ¡Ah! Sí, la tenia. ¿Tiene usted la solitaria? (Salen doña Dolores y don Indalecio).
SAT. ¿Qué dice este hombre? (Levantándose).
DOL. ¿Ha visto usted que sordo es?
SAT. ¿Pero es sordo?
IND. Completamente.
SAT. Podían ustedes habermelo advertido. ¿Conque usted?. . . . [1] (Indicando el oído).
HERM. Sí, señor, sí: de éste, poco, y de éste, nada.
SAT. ¡Caramba, hombre, caramba!
HERM. ¿Eh?
SAT. (A gritos y al oído). ¡Caramba!
IND. (Fuerte á don Saturio, creyendo que habla con Zaragüeta). Hoy vendrá usted. . . . ¡Ah! Me había equivocado de médico. (Riéndose). Hoy vendrá usted á comer con nosotros. El señor Zaragüeta no se irá del pueblo hasta mañana. . . .
SAT. ¡Ah! Entonces ya hablaremos despacio (A Zaragüeta).

[1] Doña Dolores, don Hermógenes, don Saturio y don Indalecio.

HERM. ¿Eh?
SAT. Que ya hablaremos luego. [Fuerte].
HERM. Bueno. [¡Qué charlatán es este médico!] ¿Puedo pasar á escribir esa cartita? [A doña Dolores].
DOL. Cuando usted quiera.
HERM Con su permiso. (A don Saturio).
SAT. Y HERM. He tenido tanto gusto.... [A un tiempo los dos].
HERM. Servidor de usted. (Vase primera derecha).
SAT. Pues yo me marcho. ¿A las doce se come, eh?
IND. Sí; á las doce en punto.
SAT. No faltaré. Verán ustedes cómo el doctor Zaragüeta está conforme conmigo respecto á la entermedad de Carlitos: nervioso y nada más que nervioso; duchas y nada más que duchas. (Vase por el foro).

ESCENA XIX

DOÑA DOLORES y DON INDALECIO. Luego MARUJA

IND. Vaya, vaya, Dolores, á preparar al momento la comida. Es necesario que sea un verdadero banquete. Se trata de un hombre que estará acostumbrado á comer muy bien en Madrid.
DOL. Y se trata de tí, que siempre estás dispuesto para ello.
IND. No te digo que no. (Maruja baja la escalera).
DOL. ¡Ah! Maruja, di á Gregoria que vaya á escape á la carnicería por una pierna de carnero y que descuelgue uno de los jamones que hay en la despensa. [1]
MAR. ¿Pues?....
IND. Tenemos un huésped de importancia.
MAR. ¿Un huésped? ¿Quién?
DOL. El que menos puedes figurarte. El médico de Carlos.
MAR. ¿Don Saturio?
DOL. No; el de Madrid.

(1) Indalecio, Dolores y Marujo).

IND. Con el que soñaba anoche.
DOL. El doctor Zaragüeta.
MAR. ¡No es posible!
DOL. Sí, ha llegado hace un momento. Ahí está en el despacho, escribiendo una carta.
MAR. (Ay, Dios mío!) (Asustadísima.)
IND. Un señor muy simpático. (Abre la trampa de la bodega.)
DOL. Lástima que sea tan sordo.
MAR. [¡Es él!] ¿Pero á qué ha venido?
DOL. Tranquilízate; sólo viene á tener el gusto de conocernos.
MAR. (¡No saben nada!) ¿Y Carlos? ¿Le ha visto ya?
DOL. No; todavía no ha vuelto de paseo.
IND. Dolores, vamos á la bodega.
DOL. ¿Para qué?
IND. Para abrir el barril del vino de la Nava.
DOL Que baje Perico.
IND. Es muy torpe. Acuérdate de lo que pasó con aquel vino del Priorato. Dejó abierta la espita y se perdió casi la mitad. Lo embotellaremos nosotros, anda, anda.
DOL. Bueno.—Tú, saca los cubiertos de plata y que limpien la vajilla buena. (A Maruja.)
MAR. Sí, señora.
IND. (Que ha bajado ya dos escalones.) Los vinos buenos son para las ocasiones, y este de la Nava debe ser riquísimo. Tiene cincuenta y cuatro años, tu edad. ¡Figúrate si estará añejo!
DOL. Anda, hombre, anda.
IND. Haz el favor de no caerte (Bajan á la bodega.)

ESCENA XX

MARUJA y luego CARLOS

MAR. ¡Pobre Carlos! ¡Qué conflicto cuando los tíos lleguen á enterarse! Yo no sé qué hacer.
IND. (Desde abajo.) ¡Maruja!
MAR. (Asomándose á la trampa en cuclillas) Mande usted.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IND. Haz un plato de dulce; natillas, huevos, moles, un flan; lo que tú quieras.

MAR. Está bien, tio.—¡Para platitos de dulce estoy yo ahora! Y dicen que ese señor está aquí. [Mirando por la cerradura de la primera derecha] Si, allí está escribiendo ¡Qué escribirá, Dios mio!

CAR. (Por la primera izquierda.) ¿Qué es eso, qué miras?

MAR. ¡Ay, Carlos! Ven acá, por Dios.

CAR. ¿Qué pasa?

MAR. Mira quien está ahí dentro.

CAR. ¿Quién? (Dejando la escopeta, el zurron y la canana sobre el arcón.)

MAR. Mira y lo verás.

CAR. (Después de mirar.) ¡Za... Za... Zaragüeta! (Separándose de la puerta aterrado).

MAR. ¡El mismo!

CAR. ¡Ese hombre aquí! ¿Pero cuándo á venido? (1)

MAR. Hace un momento.

CAR. ¿Le han visto los tios?

MAR. Sí.

CAR. ¡Se ha descubierto todo!

MAR. ¡Por fortuna todavia no! Como yo les había dicho que ese señor era tu médico, por médico le han tomado, y sin duda para el error nos ha servido su sordera

CAR. ¿Pero estás bien segura de que los tios no sospechan nada?

MAR. Nada. Si hasta le han convidado á comer. Abajo están en la bodega, embotellando vino para obsequiarle. (To la está escena debe hacerse rapidísima).

CAR. ¡Ay, Maruja de mi alma! ¡Estoy perdido! ¿Qué hago?

MAR. No sé qué aconsejarte.

CAR. Mi único recurso es la fuga Me marcho, me marcho ahora mismo.

MAR. Pero, ¿á dónde?

CAR. No lo sé. A Madrid, á cualquier parte. Desde allí escribiré á los tios diciéndoles toda la verdad; pidiéndoles perdón, y si me lo conceden,

(1) Carlos y Maruja.

volveré.... y si no, adios para siempre, prima de mi alma. (Con cariño).

MAR. ¡Carlos!

CAR. No hay otro remedio, adios, adios. (Desde el foro) Pero, ¿á dónde voy yo si no tengo un céntimo? (Deteniéndose).

MAR Por eso no lo dejes. Te daré lo que guardo en la hucha.

CAR. Yo no sé si debo.... pero si debo. Dame lo que tú quieras.

MAR. Todo.

CAR. No: todo, no. Con veinte duros tengo bastante.

MAR. Voy á escape arriba. (Va e corriendo por la escalera)

ESCENA XXI

CARLOS, luego DON HERMOGENES, después PERICO, GREGORIA y PIO.

CAR. ¡Y que haya venido ese hombre á destruir todos mis proyectos! ¿Y por qué he de marcharme? El es quien debe irse. Yo haré que salga del pueblo inmediatamente. Los tios están abajo; esta es la ocasión. (Cierra la trampa de la bodega). Aquí te quiero, escopeta. (Coge la escopeta). Está descargada; pero el susto, se lo doy. No hay tiempo que perder. (Acercándose á la puerta primera derecha). ¡Ah! Ya sale. (Prepara la escopeta).

HERM. [Por la primera derecha pegando el sello en el sobre de la carta). ¡Qué señores tan apreciables! ¡Hasta me tenían preparado el sello! [1]

CAR. ¡Lárguese usted inmediatamente! (Apuntándole con la escopeta.)

HERM. (Asustado) ¡Carlos! ¡Carlitos!

CAR. (Apuntándole). ¡O se va usted ó lo mato!

HERM. ¡Favor! ¡Socorro! (Retrocediendo de espaldas hasta quedar como pegado en la pared entre la puerta del despacho y la de la leñera).

CAR. ¡Márchese usted!

(1) Don Hermogenes y Carlos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

HERM. ¡Que me matan! (Aparece Pio en el foro y Perico y Gregoria, por la puerta de la cocina. Don Hermógenes entra rápidamente por la primera derecha, cerrándola luego).

GREG. ¡María Santísima!

PER. Señorito, ¿qué hace usted?

PIO ¡Sujetadle, sujetadle! ¡Se ha vuelto loco! Ya lo temía don Saturio. (Pio y Perico sujetan por los brazos á Carlos, que se resiste).

CAR. ¡Dejadme, dejadme! ¡Ese hombre es un bribón!

PIO ¡Loco rematado!

PER. ¡Señorito, por Dios!....

CAR. ¡Dejadme, dejadme!

PIO ¡Encerradle, encerradle! (Todo esto casi á un tiempo y rapidísimo).

PER. ¿Dónde?

GREG. Aquí, en la leñera. (Abriendo la puerta de la leñera. Ayuda á Perico y Pio, y entre todos le obligan á entrar en la leñera y cierran la puerta).

PIO Y GREG. ¡Adentro!

PIO ¡Loco! ¡Loco rematado!

ESCENA XXII

DICHOS, menos CARLOS y DON HERMOGENES, después DOÑA DOLORES y DON INDALECIO por la cueva; luego MARUJA

PER. Ya está bien seguro. (Echando la llave de la puerta).

PIO ¡Qué desgracia, Dios mío!

GREG. ¡Qué susto me ha dado!

CAR. [Dentro]. ¡Abrid! ¡Abrid! (Golpes en la trampa. Los tres que están sobre ella se asustan y dan un salto.)

LOS TRES ¡Ay!

IND. (Abajo). ¡Gregoria!

DOL. (Idem). ¡Perico!

GREG. ¡Los señores!

LOS DOS ¡Abrid, abrid! (Perico alza la trampa y suben los dos precipitadamente).

DOL. ¿Quién ha cerrado aquí?

IND. ¿Qué sucede?

DOL. ¿Qué voces son esas?

MAR. (Que baja por la escalera). (¡Qué habrá pasado Dios mío!)

PER. ¡Ay, señor!

GREG. ¡Ay, señora!

PIO ¡Ay, don Indalecio! ¡Ay, doña Dolores! (1)

IND. Pero, ¿qué ocurre?

CAR. (Dentro). ¡Abrid esta puerta!

DOL. ¿Carlos ahí?

PIO ¡Le hemos encerrado!

IND. ¿Por qué?

PIO ¡Se ha vuelto loco!

MAR., DOL., IND. ¡Eh!

PIO Ha querido pegar un tiro á ese señor forastero.

IND., DOL. ¡Jesús!

MAR. [¡Qué atrocidad!]

PIO Le dió el acceso; lo que anunciaba don Saturio

CAR. (Dentro). ¡Mentira! ¡No estoy loco! ¡El señor de Zaragüeta es un pillo!

DOL. ¡Dios mío! ¡Decir que es un pillo, ese señor tan bueno!

IND. No hay duda; ¡se ha vuelto loco!

DOL. ¿Y dónde está ese caballero?

PIO Ahí se entró, en el despacho.

IND. Señor de Zaragüeta.... (Llamando).

DOL. Salga usted; ya no hay miedo.

IND. Se ha encerrado por dentro.

PIO Si estaba asustadísimo.

DOL. ¡Y no contesta!

IND. ¡Claro! ¡Que nos ha de oir! Déjale, ya saldrá.

DOL. ¡Es que hace falta un médico!

PIO Llamar á don Saturio.

IND. Voy á escape á su casa. (Vase corriendo por el foro).

PIO Yo voy á la botica, por si está allí. (Idem).

CAR. (Dentro). ¡Abrid, ó hecho la puerta abajo!

(1) Perico, doña Dolores, Gregoria, don Indalecio, Pio, Maruja.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOL. (Asustada). ¡Ay, Dios mío! (Separándose de la puerta).
PER. No tenga usted cuidado, que la puerta es muy fuerte. (Vase foro derecha).
DOL. ¡Virgen Santisima, qué desgracia tan grande! ¡Pobre sobrino mío!
MAR. Está usted muy impresionada tía. Gregoria, hazle un poco de tila. Ande usted á tomarla. Empujándola suavemente hacia la cocina). Yo me quedo aquí. (En voz muy fuerte para que lo oiga Cárlos).
GREG. Vamos, señora, no se aflija usted tanto.
DOL. ¡Pobre Carlitos! (Vase con Gregoria á la cocina). ¡Pobre sobrino mío!
MAR. ¡Tila! ¡Tila! [Cierra la puerta de la cocina).

ESCENA XXIII

MARUJA, luego CARLOS

MAR. Tiene que marcharse, no hay más remedio. (Abre la puerta, que dejará completamente abierta).
CAR. ¡Ay, Maruja de mi alma!
MAR. ¿Pero qué has hecho?
CAR. ¡Una atrocidad! Quise asustarle.... Me voy, me voy ahora mismo.
MAR. Toma el dinero. Tres mil doscientos reales.
CAR. ¿Todo? ¡Qué buena eres! Gracias, muchas gracias. (Besándole la mano) Adios, adios Maruja. Voy á ver si alcanzo el primer tren.
MAR. ¿Pero te dejas arriba la maleta?
CAR. Déjame de maletas. Tírame el gabán.... y un beso siquiera desde la ventana. (Vase Maruja corriendo por la escalera y Carlos por el foro derecha).

ESCENA XXIV

DON HERMOGENES, luego CARLOS

HERM. (Abriendo sigilosamente la puerta). Creo que no hay nadie; al menos yo no oigo nada. La sordera

tiene á veces sus inconvenientes. No, no hay nadie. Me largo. Esto ha sido una encerrona. (Vase por el foro y vuelve inmediatamente). ¡Huy! ¡Carlos otra vez! ¡Me ha visto! ¡Me va á matar! ¡Dios me valga! (Se mete en la leñera y cierra).
CAR. ¡Oiga usted! ¡Oiga usted! ¡Ah! ¿Te has metido ahí? Pues ahí te quedas. [Echando la llave y guardándosela). Ya me voy más tranquilo. (Llega al foro. Oyese hablar á don Indalecio y don Saturio. Volviéndo á entrar). ¡Dios mío, mi tio y don Saturio! ¿Qué hago yo? Saldré por el corralillo. (Dirigiéndose á la primera puerta izquierda).
DOL. Déjame en paz; no quiero nada. [Dentro de la cocina].
CAR. ¡Mí tía! Que no me vea. (Retrocede y entra por la primera derecha, que cierra).

ESCENA XXV

GREGORIA y DOÑA DOLORES por la cocina, DON INDALECIO, DON SATURIO y PIO por el foro derecha

GREG. Pero señora....
DOL. No tengo más que ganas de llorar.
SAT. (Presentándose seguido de don Indalecio y de Pío). Calma, mucha calma.
DOL. ¡Ay, don Saturio!....
SAT. Tranquilícense ustedes; esto ya me lo temia yo: pero para todo hay remedio. Carlos, ¿está en la leñera, eh?
DOL. Sí, señor. (1)
SAT. Pues abriremos.... (Acercándose).
PIO Tenga usted cuidado que estaba furioso.... [2]
SAT. A mí me respetará.
PIO Pero es que tiene escopeta....
SAT. ¡Ah! Eso ya varía. (Deteniéndose).
DOL. ¡Si ha querido pegar un tiro á su médico! (Don Saturio retrocede).

---

(1) Pio, don Saturio, doña Dolores, don Indalecio, Gregoria.
(2) Don Saturio, Pio, doña Dolores, don Indalecio, Gregoria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SAT. ¿Y le dá por los médicos? (1) Entonces tengamos precaución. Yo no me fio de los locos, sobre todo, cuando tienen escopeta. ¿Dónde está el doctor?

DOL. Ahí se metió, en el despacho. (Después de querer abrir) Sigue encerrado!

SAT. Llámele usted. Necesito consultarle.... (2)

DOL. (Muy fuerte) ¡Señor de Zaragüeta! ¡Señor de Zaragüeta!

IND. ¡Sí, sí, á la otra puerta!

SAT. ¿A cual?

IND. Digo que no oirá; como es tan sordo...

SAT. Cierto. Pues nada, yo creo que aprobará mi plan. ¿Qué hace Perico? Dile que traiga pronto lo que le he dicho. (A Gregoria que se va por el foro derecha).

PIO Ahora me parece que esté tranquilo; no se le oye. ¡Carlos!

DOL. ¡Carlitos! (Junto á la leñera).

IND. ¿Se habrá muerto?

SAT. No: Un síncope sin duda. No hay tiempo que perder. ¡Ah! Ya están aquí.

ESCENA XXVI

DICHOS, GREGORIA con un gran balde lleno de agua y PERICO con la bomba y manga de riego y la escalera de mano

DOL. Pero, ¿qué va usted á hacer? (Asustada).

SAT. La hidroterapia, señora; aplicarle una ducha. Eso le calmará.

DOL. ¿Y si se ha desmayado?

SAT. Le volverá en sí. (Han colocado el balde cerca de la puerta). A ver; aquí esa escalera. (La apoya sobre el montante de la leñera). ¿El agua está bastante fría. (Mete las manos). Sí.

(1) Pio, don Saturio, doña Dolores, don Indalecio y Gregoria.
(2) Doña Dolores, Pio, Don Saturio, don Indalecio y Gregoria.

DOL. Pero don Saturio....

IND. Déjale, que él sebe lo que hace. (Bebe de la jarra de la leche cuando no le miran).

SAT. El aparato no es muy apropósito; pero, en fin, como no hay otro.... Dame la manga. [Empezando á subir la escalera. Deteniéndose y bajando). (No, que tiene la escopeta). Perico, toma esto; sube tú. Pio dále á la bomba. (A Perico). Anda, asómate con cuidado por el montante. ¿Le ves?

PER. (Que ha subido). Allí, entre la leña se ve un bulto. (1)

SAT. Pues, apúntale bien. (A Pío). Y tú, fuerte [A Perico]. Y tú, duro y á la cabeza. (Ruido de agua. Véase la nota correspondiente).

HERM. (Gritando dentro muy fuerte). ¡Ay! ¡Ay!

SAT. Ya ha vuelto en sí. ¡Firme, firme!

HERM. (Dentro). ¡Ay! ¡Ay!

ESCENA XXVII

DICHOS, MARUJA. Luego CARLOS.

MAR. ¿Pero qué es esto?

CAR. (Saliendo). ¡Ea, basta ya! (Sorpresa de todos cuadro plástico). (2)

SAT. ¡Cárlos!

DOL. ¡Tú!

IND. ¡Tú!

PIO ¡El!

SAT. Pero, ¿quién está aquí?

CAR. ¡El pillo del señor Zaragüeta! ¡Le he encerrado yo! Ahí va la llave. (Don Saturio la coge y abre).

DOL. ¡Pero, Carlos!....

IND. ¡Pero, Carlitos!.... (3)

(1) Perico, don Saturio, Pío, Gregoria, doña Dolores, don Indalecio, Maruja.

(2) Carlos, Perico, Saturio, Pío, Gregoria, doña Dolores, don Indalecio.

(3) Don Saturio, Perico, Pío, Gregoria, doña Dolores, Carlos, don Indalecio, Maruja.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA XXVIII

DICHOS y DON HERMOGENES por la leñera

SAT. (A don Hermógenes que sale). Perdone usted la equivocación.

HERM. (Saliendo completamente empapado y vertiendo en la escena toda el agua que haya podido recoger en el sombrero). ¡Esto es una burla indigna! (1) ¡Vengan al momento mis tres mil pesetas! (Tiritando de frío).

IND. ¡Cómo!

DOL. ¿Eh?

CAR. ¡Sí, tío, sí! Este señor no es lo que ustedes creen; ha venido aquí solamente porque yo le debo esa cantidad!

IND. (A Carlos). ¡Tres mil pesetas de asistencia facultativa! (En voz muy alta á Zaragüeta). ¿Tres mil pesetas?

HERM. Sí, señor; tres mil, tres mil.

SAT. ¡Bonita cuenta! (A don Indalecio).

IND. ¡Qué escándalo!

HERM. Ea, venga en seguida ese dinero, ó le llevo á los tribunales.

IND. ¿A los tribunales este pobre muchacho? Tome usted, tome usted su dinero..... y vaya mucho con Dios. (Se lo entrega en billetes).

HERM. (Sacando los pagarés). Aquí están los justificantes..... (2)

CAR. (Arrebatándoselos). Traiga usted acá. Estos son papeles mojados. (Los rompe y los tira al balde).

HERM. Está perfectamente. Queden ustedes con Dios. (Vase corriendo por el foro derecha).

IND. ¡Vaya usted enhoramala!..... No lo ha oido. (Corriendo al foro, y muy fuerte). ¡Vaya usted enhoramala!

---

(1) Don Hermógenes, don Saturio, don Indalecio, Carlos, doña Dolores, Maruja. (Perico, Pio y Gregoria, segundo termino).

(2) Don Saturio, don Hermógenes, Carlos, don Indalecio, doña Dolores, Maruja. (Perico, Pio y Gregoria, segundo término).

SAT. ¡Tres mil pesetas de honorarios! Así se enriquecen algunos médicos de Madrid [1]

CAR. ¡Ay tío; ay tía! Ya me encuentro bien. ¡Mi enfermedad era.... ese médico! (Abrazándoles).

DOL. Sin embargo, te mandaremos á París.

CAR. No; ahora me quedo con ustedes. Ya iré allá cuando me manden á pasar la luna de miel con Maruja.

IND. } ¿Qué dices.)Con alegría).
DOL. }

CAR. Si ella quiere....

MAR. Yo contestaré cuando me convenza de que estás completamente bueno. (Con intención).

IND. ¡Anda con ella! (A Carlos). (2)

PIO ¡Ay, qué peso se me ha quitado de encima! Le diré á mi madre que os casais, y ya estoy libre.

CAR. Tú nos echarás las bendiciones.

PIO Con mucho gusto.

DOL. No salgo de mi asombro. ¡Vaya un chasco que nos ha dado el doctor Zaragüeta!...

IND. ¡Y le convidábamos á comer!.... En castigo, yo me comeré su ración. (Que pongan la mesa. (Al público).
Pero, antes, justo es que arrostre
el riesgo siempre temido.
Público, solo te pido
que no me des un mal postre.

FIN DE LA COMEDIA

---

(1) Saturio, Indalecio, Carlos, Dolores, Maruja y Pío. (Perico y Gregoria, segundo término).

(2) Saturio, Indalecio, Dolores, Carlos, Maruja y Pio. (Perico y Gregoria, segundo término).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTAS IMPORTANTISIMAS
PARA LA DIRECCION DE LA ESCENA

Los muebles de la sola son: una mesa de roble colocada á la izquierda, delante de la alacena; un arcón debajo de la ventana del corral; un sillón de cuero antiguo en el centro de la escena y seis sillas de lo mismo repartidas convenientemente.

La entrada de la huerta debe ser todo lo ancha posible. Forillo de paisaje muy alegre.

La puerta de la leñera muy sólida, de una hoja y con cerradura y llave *de verdad*. Abre hacia el foro sobre la escena.

La bomba de riego de jardín que se utilice para la ducha no necesita funcionar sino en la apariencia y ha de tener bastante grueso el tubo para que se suponga que arroja de una vez gran cantidad de agua. La manga de goma debe tener bastante longitud, para que al aplicar la boca por el montante no resulte con demasiada tirantez.

La leche que bebe Carlos en las escenas XI y XIII del acto 2º debe ser verdadera; pero si el actor encargado del papel es bilioso y teme que le haga daño, los autores, que no son crueles, consentirán que apure cualquier otro líquido blanco, por ejemplo, horchata ó lo que sea de más su gusto.

Todas las actrices vestirán traje de charras, acomodado á sus condiciones, y de charros vestirán también don Indalecio, Perico y Ambrosio.

Para que se oiga el cacareo y revuelos de las gallinas, bastará tener algunas en una cesta entre bastidores y moverlas bruscamente cuando llegue el momento.

El ruido del agua al salir de la manga debe imitarse colocando tres ó cuatro personas dentro de la leñera y haciendo junto á la puerta el ruido que se produce soplando con toda fuerza después de apoyar los dientes sobre el labio inferior.

Para la disposición de los grupos en las escenas principales de la obra, pueden verse las reproducciones publicadas en *Madrid Cómico* y *Blanco y Negro*.

REALIDAD

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

NOTAS IMPORTANTISIMAS
PARA LA DIRECCION DE LA ESCENA

Los muebles de la sola son: una mesa de roble colocada á la izquierda, delante de la alacena; un arcón debajo de la ventana del corral; un sillón de cuero antiguo en el centro de la escena y seis sillas de lo mismo repartidas convenientemente.

La entrada de la huerta debe ser todo lo ancha posible. Forillo de paisaje muy alegre.

La puerta de la leñera muy sólida, de una hoja y con cerradura y llave *de verdad*. Abre hacia el foro sobre la escena.

La bomba de riego de jardín que se utilice para la ducha no necesita funcionar sino en la apariencia y ha de tener bastante grueso el tubo para que se suponga que arroja de una vez gran cantidad de agua. La manga de goma debe tener bastante longitud, para que al aplicar la boca por el montante no resulte con demasiada tirantez.

La leche que bebe Carlos en las escenas XI y XIII del acto 2º debe ser verdadera; pero si el actor encargado del papel es bilioso y teme que le haga daño, los autores, que no son crueles, consentirán que apure cualquier otro líquido blanco, por ejemplo, horchata ó lo que sea de más su gusto.

Todas las actrices vestirán traje de charras, acomodado á sus condiciones, y de charros vestirán también don Indalecio, Perico y Ambrosio.

Para que se oiga el cacareo y revuelos de las gallinas, bastará tener algunas en una cesta entre bastidores y moverlas bruscamente cuando llegue el momento.

El ruido del agua al salir de la manga debe imitarse colocando tres ó cuatro personas dentro de la leñera y haciendo junto á la puerta el ruido que se produce soplando con toda fuerza después de apoyar los dientes sobre el labio inferior.

Para la disposición de los grupos en las escenas principales de la obra, pueden verse las reproducciones publicadas en *Madrid Cómico* y *Blanco y Negro*.

REALIDAD

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

EDICION ECONOMICA: TOMOS EN 8.° A DOS PESETAS

TRAFALGAR.—LA CORTE DE CARLOS IV.—EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO.—BAILÉN.—NAPOLEON EN CHAMARTIN.—ZARAGOZA.—GERONA.—CADIZ.—JUAN MARTIN EL EMPECINADO.—LA BATALLA DE LOS ARAPILES.—EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ.—MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815.—LA SEGUNDA CASACA.—EL GRANDE ORIENTE.—7 DE JULIO.—LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS.—EL TERROR DE 1824.—UN VOLUNTARIO REALISTA.—LOS APOSTÓLICOS.—UN FACCIOSO MÁS Y ALGUNOS FRAILES MENOS.

Tomando en la Administración los 20 tomos, 35 pesetas.

GRAN EDICION ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos *Episodios*, con más de 1.200 grabados. Precio en la Administración: encuadernados en rústica 128 pesetas: 168 en tela. Toda la obra pagada en la Administración 125 y 155. Idem á plazos 140 y 170. Para provincias, remitida por correo, sin certificar, 130 y 170, y á plazos 145 y 180. Por suscripción: cuadernos de cuatro entregas á peseta cada uno

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

DOÑA PERFECTA—Tomo en 8.° 2 pesetas.
GLORIA—Dos tomos en 8.° 4 pesetas.
MARIANELA—Tomo en 8.° 2 pesetas.
LA FAMILIA DE LEON ROCH—Tres tomos en 8.° 6 ptas.
EL AMIGO MANSO—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA DESHEREDADA—Dos tomos en 8.° 6 pesetas.
EL DOCTOR CENTENO—Dos tomos en 8.° 6 pesetas.
TORMENTO—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA DE BRINGAS—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LO PROHIBIDO—Dos tomos en 8.° 6 pesetas.
FORTUNATA Y JACINTA—Cuatro tomos en 8.° 12 ptas.
MIAU—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA INCOGNITA—Tomo en 8.° 3 pesetas.
REALIDAD—Tomo en 8.° 3 pesetas.
ANGEL GUERRA—Tres tomos en 8.° 9 pesetas.
TRISTANA—Tomo en 8.° 3 pesetas.

LA FONTANA DE ORO (1820-1821)—Tomo en 8.° 2 pesetas.
EL AUDAZ, *historia de un radical de antaño* (1864)—Tomo en 8.° 2 pesetas.
TORQUEMADA EN LA HOGUERA, *El artículo de fondo, La mula y el buey, La pluma en el viento, La conjuración de las palabras, Un tribunal literario, La princesa y el granuja, Junio*—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA SOMBRA, *Celín, Tropiquillos, Theros*—Tomo en 8.° de 360 páginas 2 pesetas.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la Admón. de *La Guirnalda* y *Episodios Nacionales*, calle de Fuencarral, 53, Madrid.

REALIDAD

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ARREGLO DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 15 de Marzo de 1892.

MADRID
Imprenta de LA GUIRNALDA
Calle de las Pozas, 12, bajo.

1892

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PERSONAJES		ACTORES
AUGUSTA	Srta.	Guerrero.
LEONOR (La Peri)	»	Martínez.
CLOTILDE	»	Morell.
LINA, criada de la Peri	»	Pineda.
BÁRBARA, íd. de Federico	»	Molina.
OROZCO	Sr.	Cepillo.
FEDERICO VIERA	»	Thuillier.
JOAQUÍN VIERA	»	Mario.
MANOLO INFANTE	»	García Ortega.
VILLALONGA	»	Montenegro.
MALIBRÁN	»	Balaguer.
AGUADO	»	Calle.
Criados de Orozco		»

La acción es en Madrid y contemporánea.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Serán furtivos todos los ejemplares de esta obra que no lleven el sello de *La Guirnalda* y *Episodios Nacionales*, cuya Administración, Fuencarral, 53, 2.° Madrid, servirá los pedidos que de ella se le hagan.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de don Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de Orozco, decorada y amueblada con elegancia y lujo. En el foro dos grandes puertas. La de la derecha conduce al billar, y por ella se descubre parte de la mesa, y se ven los movimientos de los jugadores. La de la izquierda comunica con el salón, y por ella se distingue parte de esta pieza y algunas de las personas que están en ella. Entre estas dos puertas, chimenea ó un mueble de lujo. En el lienzo lateral de la derecha, dos puertas: una conduce al despacho de Orozco; la más próxima al público, á la alcoba. En el lienzo de la izquierda, una puerta, por donde entran los que vienen de fuera de la casa, y un balcón.

Las dos puertas del fondo se cierran (cuando la acción lo indique) con vidrieras.

A la izquierda, cerca del espectador, una mesa con una planta viva, libros, lámpara de bronce, retratos y recado de escribir. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

VILLALONGA (que entra por la puerta de la izquierda.)
INFANTE (que sale del billar.)

Villal. (Mirando al salón.) Poca gente esta noche (á Infante.) ¡Hola, Infantillo!

Infant. Tarde vienes. ¿Has estado en el Real?

Villal. Sí, un rato. Y tú, ¿has comido hoy aquí?

Infant. No, hijo de mi alma. Hoy le tocó á ese fátuo de Malibrán, el aprendíz de diplomático, que no es, como sabes, santo de mi devoción.

Villal. Sí; su vanidad, sus pretensiones de cultura... ¡europeal y de galanteador irresistible, me sirven á mí para pasar ratos muy divertidos.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES		ACTORES
AUGUSTA	Srta.	Guerrero.
LEONOR (La Peri)	»	Martínez.
CLOTILDE	»	Morell.
LINA, criada de la Peri	»	Pineda.
BÁRBARA, íd. de Federico	»	Molina.
OROZCO	Sr.	Cepillo.
FEDERICO VIERA	»	Thuillier.
JOAQUÍN VIERA	»	Mario.
MANOLO INFANTE	»	García Ortega.
VILLALONGA	»	Montenegro.
MALIBRÁN	»	Balaguer.
AGUADO	»	Calle.
Criados de Orozco		»

La acción es en Madrid y contemporánea.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Serán furtivos todos los ejemplares de esta obra que no lleven el sello de *La Guirnalda* y *Episodios Nacionales*, cuya Administración, Fuencarral, 53, 2.° Madrid, servirá los pedidos que de ella se le hagan.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de don Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de Orozco, decorada y amueblada con elegancia y lujo. En el foro dos grandes puertas. La de la derecha conduce al billar, y por ella se descubre parte de la mesa, y se ven los movimientos de los jugadores. La de la izquierda comunica con el salón, y por ella se distingue parte de esta pieza y algunas de las personas que están en ella. Entre estas dos puertas, chimenea ó un mueble de lujo. En el lienzo lateral de la derecha, dos puertas: una conduce al despacho de Orozco; la más próxima al público, á la alcoba. En el lienzo de la izquierda, una puerta, por donde entran los que vienen de fuera de la casa, y un balcón.

Las dos puertas del fondo se cierran (cuando la acción lo indique) con vidrieras.

A la izquierda, cerca del espectador, una mesa con una planta viva, libros, lámpara de bronce, retratos y recado de escribir. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

VILLALONGA (que entra por la puerta de la izquierda.)
INFANTE (que sale del billar.)

Villal. (Mirando al salón.) Poca gente esta noche (á Infante.) ¡Hola, Infantillo!

Infant. Tarde vienes. ¿Has estado en el Real?

Villal. Sí, un rato. Y tú, ¿has comido hoy aquí?

Infant. No, hijo de mi alma. Hoy le tocó á ese fátuo de Malibrán, el aprendíz de diplomático, que no es, como sabes, santo de mi devoción.

Villal. Sí; su vanidad, sus pretensiones de cultura... ¡europeal y de galanteador irresistible, me sirven á mí para pasar ratos muy divertidos.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INFANT. A mí no me divierte.

VILLAL. ¿Pero no sabes lo mejor? (Con misterio.) Se atreve á poner los puntos á tu prima.

INFANT. ¡Quién!

VILLAL. Malibrán. Don Cornelio. Yo le nombro siempre así para hacerle rabiar. No dudes que el hombre quiere añadir á lo que llama *su estadística de amor*, este renglóncito: *Augusta*. Veo que no te causa risa, y que pareces así... no sé... ¡Ya...! te contraría la competencia. También tú, grandísimo corruptor de las familias, pretendes...

INFANT. ¡Jacinto!

VILLAL. Vamos, joven circunspecto, que á tí también, también á tí te gusta la primita. ¡Es tan mona, tan espiritual! No he conocido otra en quien tan maravillosamente se reunan la distinción, la belleza y el talento. Las tres gracias se encarnan en ella, formando una sola gracia, que vale por treinta. *Tu quoque*, Manolín...

INFANT. ¡Yo! No me conoces: A mi prima Augusta, bien lo sabes, la miro como hermana. Ella y mi tía Carlota son la única familia que me queda. Su marido es el amigo que más quiero en el mundo. No, no cabe en mí la villanía de galantear á la mujer de un amigo íntimo, hombre además de excepcionales condiciones morales, hombre único, lleno de méritos y virtudes.

VILLAL. Sí, sí, todo es verdad. Pero...

INFANT. ¿Pero qué?

VILLAL. Nada, hombre, nada. No es para enfadarse. Mucha virtud, mucha moral...

ESCENA II

LOS MISMOS; AGUADO

AGUADO. Felices, señores y milores. ¿Han visto ustedes los periódicos de la tarde?

VILLAL. ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

AGUADO. ¿Se han enterado ya de los escándalos del día? (Mostrando un periódico.) Otra irregularidad muy gorda en Cuba; pero muy gorda. Ya lo dije: de la remesa de empleados que mandaron allá hace tres meses, ¿qué otra cosa podía esperarse?

VILLAL. Ínclito Aguado, calma, calma, filosofía. Coge la primera piedra, amenaza con ella; pero no la tires.

AGUADO. Yo sostengo que ni esto es país, ni esto es patria, ni esto es Gobierno, ni aquí hay vergüenza ya. Pues digo: lo mismo que ese otro gatuperio, el crimencito de la calle del Pez; la curia vendida, y dos personajes de cuenta amparando á los asesinos.

INFANT. Señor de Aguado, ¿también usted se empeña en ser vulgo, ó en parecerlo?

AGUADO. Amigo Infante, usted es un ángel de Dios, que ha pasado su juventud en el inocente retiro de Orbajosa, á honesta distancia del mundo, que no conoce. Heredó usted una fortuna; hiciéronle diputado con un par de golpes de manubrio de la maquinilla de Gobernación; no ha vivido, no ha luchado; no conoce de cerca, como nosotros, la podedumbre política y administrativa... Pues yo les juro á ustedes que, si Dios no lo remedia, llegará día en que, cuando pase un hombre honrado por la calle, se alquilen balcones para verle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA III

LOS MISMOS; OROZCO (que se asoma á la puerta del billar sin pasar de ella, con el taco en la mano), AUGUSTA, MALIBRAN (que vienen del salón.)

OROZCO. Eh! padres de la patria, ¿qué hay? ¿Qué irregularidad es esa...? (Villalonga, Infante y Aguado, se acercan á la puerta del billar y hablan con él.)

AUGUST. (Á Malibrán, riendo.) Pero dígame usted, ¿es volcánica ó no es volcánica?

MALIB. ¿Qué?

AUGUST. Esa pasión de usted.

MALIB. ¡Pícara, añade á la crueldad el sarcasmo! Mire usted que... Bien podría suceder que la desesperación me arrastrara al suicidio, á la locura... ¡Qué responsabilidad para usted!

AUGUST. ¡Para mí! Pero yo ¿qué culpa tengo de que usted se haya vuelto tonto?... ¡Muerte, locura, suicidio! ¡Eso sí que es de mal gusto! No, el hombre de la discreción y de las buenas formas no incurrirá en tales extravagancias. Yo traduzco sus expresiones al lenguaje vulgar, y digo: Hipocresía, farsa, egoísmo.

MALIB. ¡Ay, Dios mío! Casi me agrada que usted me injurie. A falta de otro sentimiento, venga esa bendita enemistad.

AUGUST. (Con hastío.) Basta.

(Orozco se ha internado en el billar. Villalonga, Infante y Aguado vuelven al centro de la escena.)

AGUADO. (Con énfasis.) Horrible, horrible, vamos.

VILLAL. (Por Augusta.) Aquí está todo lo bueno.

AUGUST. Jacinto, dichosos los ojos... Aguadito, felices. Ya,

ya le veo á usted tan indignado como de costumbre. ¿Qué hay?

AGUADO. Pues nada, señora y amiga mía. Escándalos, miserias, irregularidades monstruosas aquí y en Ultramar, nuevos datos espeluznantes del crimen famoso... y, por último, crisis. Esto está perdido, pero muy perdido.

AUGUST. Pues verá usted como Villalonga, que es uno de nuestros primeros inmorales, sostiene que todo va bien.

VILLAL. Todo bien, perfectamente bien. Y sobre tantas dichas, la de verla á usted tan guapa.

AUGUST. ¡Noticia fresca!

MALIB. (Aparte.) ¡Qué linda y qué traviesa!... Inteligencia vaporosa, imaginación ardiente, espíritu amante de lo desconocido, de lo irregular, de lo extraordinario... ¡Caerá!

AUGUST. ¿Y en el Congreso?... (Se sienta.)

INFANT. Nada, una tarde aburridísima. El consabido chaparrón de preguntas rurales hasta las cinco, y á la orden del día la interesantísima y palpitante discusión sobre los derechos de... la hojalata. Y en los pasillos inmoralidad, y nada más que inmoralidad.

VILLAL. Es insoportable el tema de estos días en aquella casa. No se puede ir allí, porque ha salido una plaga de honrados... Vamos, es cosa de fumigarlos por honrados... precisamente por honrados del género infeccioso y coleriforme.

AUGUST. ¡Jacinto, por Dios!... (Á Aguado.) ¿Y usted no sale á defender la clase?

AGUADO. ¿Qué clase?

AUGUST. La de los honrados, hombre.

INFANT. Como no se trata de honradéz ultramarina, este

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Catón no se da por aludido. Hablamos ahora de honrados peninsulares.

AGUADO. Sí, sí, búrlese usted. Estos son ministeriales de la clase de *Isidros* ó del montón anónimo. Todo lo encuentran bien, y cuando se les habla del cáncer de la inmoralidad, alzan los hombros y se quedan tan frescos.

AUGUST. Tiene razón Aguado. Lo mismo les da á éstos el país que la carabina de Ambrosio. (Á Villalonga.) No se ría, Jacinto, que contra usted voy. Usted no tiene patriotismo, usted no se indigna como debiera indignarse, y esa sonrisa y esa santa pacherra son un insulto á la moral.

VILLAL. Pero, amiga mía, si esa nota de la indignación pública la dan otros, y la dan muy bien, ¿qué necesidad tengo yo de revolverme la bilis y hacer malas digestiones? Yo soy un hombre que, al levantarse por las mañanas, hace el firme propósito de encontrarlo todo bien, perfectamente bien. Es natural que así piense, cuando veo que los más indignados hoy son mañana los más complacidos.

AGUADO. Ó, en otros términos, que todos son lo mismo, y vamos tirando. Por lo demás, no es malo que se hable tanto de nuestros vicios, porque así los corregiremos.

AUGUST. ¡Ay, amigo mío, no sea usted cándido! Eso de la moralidad es cuestión de moda. De tiempo en tiempo, sin que se sepa de dónde sale, viene una de esas rachas de opinión, uno de esos temas de interés contagioso, en que todo el mundo tiene algo que decir. ¡Moralidad, moralidad! Se habla mucho durante una temporadita, y después seguimos tan pillos como antes. La humanidad siempre, siempre

igual á sí misma. Ninguna época es mejor que otra. Cuando más, varía un poco la forma ó el estilo de la maldad. Pero lo de dentro, crean ustedes que poco ó nada varía.

VILLAL. ¿Eh? ¿Se explica la niña?

MALIB. ¡Qué talentazo!

INFANT. (Que ha entrado en el salón y vuelve al instante.) Ya tienes ahí á la condesa de Trujillo con el marqués de Cícero y Pepito Pez, devorando las últimas noticias del crimen.

AUGUST. ¡Ay, dichoso crimen!

VILLAL. Pues á mí no me cogen.

MALIB. Ya resulta insoportable.

AUGUST. Sí; fastidiosísimo, repugnante. Y nuestra curiosidad es de lo más estúpido... Pero no podemos vencerla. Allá voy. (Pasa al salón acompañada de Infante. Aguado entra en el billar.)

ESCENA IV

MALIBRÁN; VILLALONGA

VILLAL. (Dirígese al billar y retrocede, sorprendiendo á Malibrán, que, embelesado, no quita los ojos de Augusta, hasta que la ve desaparecer.) ¿Y cómo va eso, amigo D. Cornelio?

MALIB. Pues... amigo D. Jacinto, esto va mal, muy mal. Nada, nada, lo que dije á usted. Nuestra sibila está enamorada; lo veo, lo estoy viendo... ¿No lo ve usted?

VILLAL. No, yo no veo nada. No quiera usted contagiarme de sus visiones malignas.

MALIB. Lo descubriremos, sí, señor, arrancaremos el velo del enredito. ¡Pues no faltaba más! Como el gran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Le Verrier descubrió el planeta Neptuno por el puro cálculo...

VILLAL. Pues no es usted poco científico...

MALIB. (Nervioso.) Por el puro cálculo, sí; estudiando las desviaciones de las órbitas de los planetas conocidos... pienso yo...

VILLAL. Descubrir el planeta ignorado...

MALIB. (Llevándole á la puerta del salón y mirando hacia éste.) Diga usted, ¿será el Trujillito ese, el oficial de artillería que acompaña á la condesa?... ¿Será Calderón, la ostra de la casa?... ¿Será, por ventura, Manolo Infante, que suele hacer de sigisbeo de Augusta, y que con su capita de pariente honrado me parece á mí que las mata callando?.., ¿Será...?

VILLAL. (Volviendo al centro de la escena.) Dígame, D. Cornelio, ¿ha pensado usted en Federico Viera?

MALIB. ¡Ah! (Con desdén.) No, ese no. Pero... quién sabe. Entre los amigos de la casa, entre estos pegajosos... con ribetes de parásitos, hay que buscar el documento humano que nos hace falta. Yo le juro á esa... que no se reirá de mí.

VILLAL. Al fin... ¡quién sabe!...

MALIB. ¡Quién sabe... sí!... Las mujeres... El demonio que las baraje.

VILLAL. Y á propósito de mujeres y de demonios, ¿va usted esta noche á casa de *la Peri*?

MALIB. Tarde... sobre la una. ¿Y usted?

VILLAL. Tal vez... (Viendo venir á Orozco.) ¡Chitón!

ESCENA V

LOS MISMOS; OROZCO, AGUADO, (que salen del billar.)

OROZCO. No es exacto, repito, y buen tonto sería yo si tal hiciera.

AGUADO. Pues á mí me han dicho que, sin tu auxilio, el *correccional de jóvenes delincuentes* no se construiría nunca.

VILLAL. También á mí me lo dijeron.

MALIB. Y á mí.

OROZCO. Habladurías. He contribuído á esta obra benéfica en la misma proporción que los demás iniciadores, y desempeño el cargo de tesorero de la Junta.

AGUADO. Ahí es donde caes tú, Tomás. ¡Si todo se sabe!

VILLAL. No le valen sus malas mañas.

AGUADO. La Junta no recauda lo bastante para continuar con método las obras. Llega un sábado, faltan fondos para pagar los jornales de la semana...

MALIB. Pues no hay que apurarse, porque el buen Orozco tira del talonario...

OROZCO. (Risueño y calmoso.) ¡Pues estaría yo lucido! No, esas generosidades caen ya dentro del campo de la tontería, y francamente, yo aspiro á que se tenga mejor idea de mí. El atribuir á cualquiera méritos que no posee, y que por lo disparatados no deben de lisonjear á nadie, constituye una especie de calumnia; sí, no reirse, una calumnia de benevolencia, que si no se cuenta entre los pecados, tampoco debe contarse entre las virtudes.

AGUADO. ¿De modo que, según ese criterio, yo soy un calumniador?

VILLAL. Todos calumniadores...

MALIB. Al revés... es decir, que calumniamos alabando, así como usted hace el bien, fingiendo que lo aborrece, sistema de hipocresía que no vacilo en llamar sublime.

AGUADO. El es un hipócrita, sí, y nosotros sus detractores implacables. Pues espérate, que ahora nos corregi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

remos. Yo saldré por ahí diciendo que eres un pillo, un hombre sin conciencia; diré más; diré que el tesorero este se da sus mañas para distraer fondos del *correccional* y aplicarlos á sus vicios.

OROZCO. (Con jovialidad.) Pues mira, si se dijera eso, alguien lo creería más fácilmente que lo otro, siendo ambas cosas falsas.

AGUADO. Ah! no creas que la opinión pública se deja extraviar tan fácilmente por los difamadores. Ya ven ustedes las atrocidades que han dicho de mí.

VILLAL. Sí, que te trajiste media isla de Cuba en los bolsillos.

AGUADO. Que si vendía los blancos como antes se vendían los morenos.

VILLAL. ¡Qué picardía! suponer que tú...

AGUADO. Pues si al principio se formó contra mí una atmósfera tan densa que se podía mascar, no tardé en disiparla con mi desprecio, y al fin la opinión me hizo justicia.

OROZCO. ¿Qué duda tiene?... Por supuesto, hay que desconfiar siempre de la opinión pública cuando vitupera, así como cuando alaba excesivamente, porque la muy loca rara vez sabe fijarse en el punto medio que constituye nuestra vulgaridad. Somos muy vulgares; pertenecemos á una época que se asusta de las situaciones extremas, y no gustamos de bajar mucho por no parecer tontos, ni de subir demasiado, por no incurrir en la ridiculéz de ser absolutamente buenos.

AGUADO. ¡Ridiculéz! Pues á tí no hay quien te libre de ser el primer mamarracho de la bondad. Aguanta el chubasco, y si no te gusta, corrígete de tu furor caritativo. De tí se cuentan horrores: que costeas solo ó

casi solo las obras del *correccional* para chicos; que te comen un codo las *Hermanitas de la Paciencia*. que vistes todo el Hospicio dos veces al año...

VILLAL. Y más, mucho más. Vomitemos todas las injurias de una vez. Que acudes á remediar todas, absolutamente todas las necesidades de que tienes noticia;

MALIB. Eso, eso... y vuelva usted por otra.

OROZCO. Bien, bien. Ahogado por vuestro zahumerio estúpido, os digo que sois los mayores majaderos que conozco. Jacinto, tu adulación me da náuseas. Y tú, Aguado maldito, eres tan tonto, pero tan tonto, que mereces que creamos las perrerías que decían de tí cuando volviste de Cuba.

ESCENA VI

LOS MISMOS; AUGUSTA, INFANTE (que vuelven del salón.)

AUGUST. ¿Quieren ustedes reirse? Quieren reirse de verás?

OROZCO. Ya nos hemos reído bastante. ¿Te parece que tenemos aquí pocos bufones?

AUGUST. Pues el que quiera divertirse, pase al salón. Esta noche tenemos á Teresa Trujillo de remate...

OROZCO. ¿Con el crimen? Vamos que á tí también te gusta esa comidilla. Gracias, no me divierte.

AUGUST. Graciosísima. Empeñada en que es verdad todo lo que cuentan los periódicos. No hay quien la sufra. Que el crimen es más hondo de lo que parece, y que están complicados dos ministros, y que la justicia... y los jueces... y el perrito y la mano que asomaba por la ventana de enfrente, y los dos hombres que entraron á las doce del día, y qué se yo... (se sienta.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA VII

LOS MISMOS; FEDERICO VIERA

AUGUST. (Aparte, viéndole entrar.) (Ah!... ya está ahí. No sé si podré disimular... cara mía, cuidado...)

OROZCO. (Saludándole.) Hola, Federiquín... Gracias á Dios.

AUGUST. (Alargándole la mano.) ¡Cuánto tiempo!... ¿Ha estado usted malo?

FEDERIC. Un poco.

AUGUST. Pues no se le conoce en la cara.

VILLAL. Si traes noticias patibularias, fresquecitas, pasa á la sección de lo criminal que preside la condesa de Trujillo.

FEDERIC. Ya la he visto al pasar. A la condesa le falta poco para traerse el verdugo en el bolsillo.

INFANT. Pues yo sostengo que es un crimen vulgar, adocenado, un crimen de pacotilla, y que no hay personajes encubridores, ni misterios de folletín.

AGUADO. Este archisensato quiere presentarnos los hechos arregladitos á un patrón de conveniencias curialescas.

AUGUST. Claro, hasta el crimen debe ser correcto, y los asesinos han de tener su poquito de ministerialismo.

INFANT. No es eso, no. Pero me parece absurdo mezclar en asuntos tan bajos á personas respetables.

OROZCO. ¿Quién podrá afirmar ni negar nada? Yo digo que si los misterios de la conciencia individual rara vez se descubren á la mirada humana, también la sociedad tiene escondrijos que nunca se ven, así como en el interior de las rocas hay cavernas donde jamás ha entrado un rayo de luz. En cuestión de enigmas

sociales, yo no afirmo nada de lo que la malicia supone, pero tampoco lo niego sistemáticamente.

FEDERIC. Muy bien dicho.

AUGUST. Yo no soy sistemática. Pero me inclino comunmente á admitir lo extraordinario, porque de este modo me parece que interpreto mejor la realidad, que es la gran inventora, la maestra siempre fecunda y original siempre. Rechazo todo lo que me presentan ajustado á patrón, todo lo que solemos llamar *razonable* para ocultar la simpleza que encierra. ¡Ay! los que se empeñan en amanerar la vida no lo pueden conseguir. Ella no se deja, ¿qué se ha de dejar? Este primo mío, (por Infante) empapado en esa tontería del ministerialismo, no quiere ver más que la corteza oficial ó pública de las cosas. Es la mejor manera de acertar una vez y engañarse noventa y nueve. Nadie me quita de la cabeza que en ese crimen hay algo de extraordinario y anormal. Sería ridículo y hasta deshonroso para la humanidad que los delitos fuesen siempre á gusto de los jueces.

MALIBRÁN, VILLALONGA. Bien, bien.

OROZCO. Mi mujer tiene razón. Convengamos en que lo extraordinario y misterioso, no por inverosimil deja de ser verdadero alguna vez.

INFANT. Claro, alguna vez.

AGUADO. Siempre, siempre.

MALIB. Hombre, siempre no.

AGUADO. Siempre digo.

FEDERIC. Tiene razón Augusta. Convengamos en que la realidad es fecunda, original, en que el artificio que resulta de las conveniencias políticas y judiciales nos engaña. Pero no nos lancemos por sistema á lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

novelesco, ni por huir de un amaneramiento caigamos en otro, amiga mía. La vida, por desgracia, ofrece bastantes peripecias inesperadas, lances y sorpresas terribles; y es tontería echarnos á buscar el interés febriscitante, cuando quizás lo tenemos latente á nuestro lado, aguardando una ocasión cualquiera para saltarnos á la cara.

AUGUST. Conforme. Pero yo no busco el interés febriscitante. Es que, sin darme cuenta de ello, todo lo vulgar me parece falso. Tan alta idea tengo de la realidad... como artista. He dicho.

VILLAL. (Aplaudiendo.) ¡Bonita paradoja!

AGUADO. ¡Pero qué ingenio el de esta pícara! (Todos aplauden.)

AUGUST. Gracias, amado pueblo.

FEDERIC. Tiene usted toda la sal de Dios.

AUGUST. (Aparte.) ¡Qué zalamerito viene esta noche...! (Alto.) Tilín, tilín, se suspende esta discusión.

MALIB. (Á Orozco.) ¿Carambolas, Tomás?

OROZCO. No, dispénseme la diplomacia. Me retiro. No me siento bien.

AGUADO. Jugaremos. (Mirando al reloj.) Poco tiempo tenemos ya. Estas gentes morigeradas, estos matrimonios modelo se recogen con las gallinas. (Malibrán y Aguado pasan al billar.)

AUGUST. (Á Infante, que se despide.) ¿Ya?... ven á comer mañana.

OROZCO. (Mirando al salón.—Aparte á Augusta.) Paréceme que la condesa quiere marcharse. No la entretengas.

AUGUST. Voy enseguida...

OROZCO. (Saludando á Villalonga.) Abur, Jacinto, hasta mañana. (Á Federico.) Adiós. Ya sé que es temprano para vosotros, perdidos. Aún podéis matar un rato en el billar.

VILLAL. Que descanses. (Acompaña á Orozco hasta la puerta del despacho, y pasa al billar. Augusta se dirige al salón; pero retrocede al ver á Federico solo en escena.)

ESCENA VIII

AUGUSTA, FEDERICO

AUGUST. (Airada, recelosa, bajando la voz.) Tengo que decirte que te estás portando indignamente.

FEDERIC. ¡Yo! ¿Por qué? (Va hacia la puerta del salón, atisba y vuelve.) También yo deseaba que estuviésemos solos para decirte...

AUGUST. No quiero saber nada. ¡Seis días sin verme!

FEDERIC. Por culpa tuya.

AUGUST. ¡No, tuya, tuya! No sé qué tienes en esos ojos... la traición, la mentira y el cinismo. (Muy agitada.) Me voy acostumbrando á la idea de que huyes de mí, atraído por personas indignas, que no quiero ni debo nombrar.

FEDERIC. ¡Qué desvarío! ¿Te espero mañana?

AUGUST. No, (Con energía.) no vuelvo más; no, no me mereces.

FEDERIC. Ya lo sé. ¡Pero tiene uno tantas cosas que no merece! ¡Dios es tan bueno! ¿Irás?

AUGUST. No quiero. Bien claro te lo digo.

FEDERIC. Te espero, ¿sí ó no?

AUGUST. He dicho que no... (Aturdida.) ¡Lo pensaré! No, no, y mil veces no. Si fuese, iría para injuriarte, para decirte que te me estás haciendo aborrecible.

FEDERIC. Pues para eso vas, y allí, muy tranquilamente, nos tiramos los trastos á la cabeza.

AUGUST. Cállate... Pueden oir. (Con miedo.) Te escribiré dos letras... No, no te escribo ni media letra; no, no, no.

FEDERIC. Pero...

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AUGUST. Basta... cállate... salgamos... (dirígese al salón. Durante las últimas frases aparece Malibrán en la puerta del billar y se detiene en ella con expresión de asombro)

ESCENA IX

FEDERICO, MALIBRÁN, VILLALONGA

MALIB. (Á Federico.) Brava mujer, ¿verdad? ¡Y qué alma, qué pasión!... qué genio...!

FEDERIC. (Aparte, con desdén.) Estúpido. (Se retira por el salón.)

VILLAL. (Saliendo del billar.) Oye, tú... (Á Federico que no le contesta.) Va disparado. Tocan á retreta, amigo Malibrán. Llegó la hora del desfile. Vámonos. En estas casas donde reinan el orden y las buenas costumbres, le echan á uno antes de media noche... ¿Y qué tal? ¿Hemos descubierto algo?

MALIB. (Aparte.) Reservaréme el privilegio de invención. (Alto.) Pues nada.

VILLAL. ¿De veras?

MALIB. Absolutamente nada. Seguimos á obscuras. (Salen por la izquierda.)

(Los criados apagan las luces del billar y comedor, cerrando ambas puertas. Retiran también las luces de la escena, dejando sólo una.)

ESCENA X

OROZCO (que sale de su despacho, sin traje de etiqueta.)
AUGUSTA

OROZCO. Ya se van... Gracias á Dios. La sociedad me cansa más cada día. (Se sienta en el sillón y apoya la frente en la palma de la mano.)

AUGUST. (Viniendo del salón.) Gracias á Dios que se fueron. Deseo estar sola. (Reparando en Orozco.) Ah! Estás ahí? ¿duermes?

OROZCO. No.

AUGUST. ¿Por qué no te acuestas?

OROZCO. No dormiré.

AUGUST. Padeces de insomnio. Tomás, tú no estás bien. Es preciso que te cuides y pongas orden en ese cerebro. Cavilas demasiado, te fijas más de lo conveniente en asuntos que no debieran interesarte en tanto grado.

OROZCO. Pues mis desvelos deben de ser contagiosos, porque tú también estas últimas noches estuviste muy despabilada.

AUGUST. Es que cuando te siento despierto, no puedo dormir. No creas; á mí no me importa. Resisto perfectamente los largos insomnios. Este cerebro mío, creo yo que es de piedra.

OROZCO. ¡Qué dicha!

AUGUST. Lo que á tí te pasa bien lo sé yo. Eres una alma fuerte, una voluntad poderosa, un espíritu superior. Pero como no tienes que luchar por la existencia, porque todos los problemas del vivir te los han dado resueltos, resulta que tus grandes energías están sin uso, y para que no se te pudran dentro, las aplicas á cualquier objeto. Ya te afanas por corregir á los criminales precoces; ya te interesas por las niñas abandonadas como si fueran tuyas, ó bien das en proteger á ingratos, en salvar de la miseria á los que se arruinaron por informales ó trampo sos... No, no, yo no te censuro que seas caritativo. Pero todo tiene su límite y su medida, hasta la bondad.

OROZCO. Vida mía, me juzgas mejor de lo que soy. ¿Y si yo te dijera que cumplo muy mal los deberes que me impone mi posición? Cree que algunas noches me

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quita el sueño la conciencia turbada, intranquila.

AUGUST. (Sorprendida.) ¡Tú... con la conciencia turbada; tú, el hombre mejor del mundo! Tomás, positivamente no estás bueno. (Con cariño.) Hijo mío, acuéstate y descansa. Si la conciencia te quita el sueño á tí, á tí, que eres tan bueno, ¿quién, dímelo, quién dormirá en este mundo? (Pasa á la alcoba.)

OROZCO. (Levantándose.) Bueno; te obedeceré! (Vacila; se vuelve á sentar.) No, no me acuesto. Mejor estoy aquí. ¡Qué dulce soledad! Aquí, solo, dentro del círculo de mis pensamientos, apartado de la sociedad, que en su comedia insípida me impone uno de los papeles más vulgares, restablezco mi personalidad, me gozo en contemplar los medios que empleo para mi propia corrección; examino mis ideas, peso mis acciones... Oh! no estoy satisfecho de mí, ni mucho menos... ¡Y esos necios creen...! Poco, muy poco he hecho para aliviar el mal humano... He de hacer más, mucho más...! Hay que seguir, hay que avanzar, avanzar siempre... hasta descubrir la fuente eterna, aunque no podamos beber en ella más que algunas gotas que nos salpican á la cara!... (Levántase.) ¡Cuán larga y compleja la humana labor! y el tiempo (mirando el reloj) con qué traidora sencilléz se escurre, se va, se pierde...! No, no, aunque mi mujer me riña, no me acuesto sin trabajar un poco. (Pasa al despacho.)

AUGUST. (Por la puerta de la alcoba, en traje de noche, con una luz en la mano.) Escribiré aquí... Cuatro palabras no más... (Reparando en la luz del despacho.) Ah! está allí... (Le observa desde la escena.) Hace un instante, hablaba de conciencia intranquila. Este hombre sin par no sabe lo que es vivir con los piés sobre la

tierra. El los tiene en las nubes, como los bienaventurados que vemos en los techos de las iglesias. No sé qué me pasa. Esta inquietud mía ¿qué es? Los remordimientos se confunden en mí con el temor de no ser amada. Más que el delito, me espanta la idea de una rivalidad humillante. ¡Conciencia extraña la mía! No conozco el remordimiento, sino cuando me lo traen los celos, y sólo cuando éstos me abrasan, reconozco y declaro que no soy buena... Lo que yo quisiera sería poder confiar á alguien este secreto que me abruma. Sí, aunque absurdo parezca, siento impulsos de abrir mi corazón delante de este hombre sin par, y contarle... confesar, sí, por consuelo y alivio del alma, no por renegar de mi error y prometer la enmienda. No: sé que no tendré fuerzas para enmendarme de verdad, ni hipocresía para parecerlo. No quiero, no, estafar la absolución... ¡Pero qué absurdos pienso! ¡Confesarme á Tomás!... Paréceme que tengo fiebre. (Se toca la frente, se toma el pulso.) Á estas horas, el insomnio y las cavilaciones me llevan á una verdadera locura. Como que á veces dudo si duermo ó estoy despierta. ¡Dios mío! ¿seré yo sonámbula? (Con terror.) ¿Incurriré en la tontería de contarle...? (Levántase.) No, despierta estoy... (se pellizca los brazos) y bien despierta.

OROZCO. (En la puerta del despacho.) ¿Pero estás aquí? Me has asustado.

AUGUST. Cuando me acostaba, creí sentirte inquieto y... ¿Por qué trabajas tan tarde?

OROZCO. Tengo la cabeza tan despejada como á las doce del día. Francamente, no veo la necesidad de dormir toda la noche.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AUGUST. Tu robusta naturaleza te engaña, querido. Imposible vivir así. Eres bueno, y por ser mejor te estás dando muy malos ratos. Es hasta un rasgo de soberbia el pretender salirse de la imperfección humana... ¡Ay, tengo miedo á la exaltación de tu cerebro! Por qué no duermes?

OROZCO. Descansa tú y déjame á mí.

AUGUST. Si yo tampoco siento necesidad de dormir.

OROZCO. Esta noche, sobre las mil cosas que en mi cabeza traigo, me intranquiliza la carta que recibí hoy de Joaquín Viera, el padre de Federico.

AUGUST. (Con viveza.) ¿Sí? ¿y qué es?

OROZCO. Me dice que llegará aquí del 26 al 28, y que viene á tratar conmigo de un asunto de intereses.

AUGUST. Sablazo seguro. Por amor de Dios, Tomás... ponte en guardia.

OROZCO. No caigo en qué podrá ser. Dejémosle venir.

AUGUST. ¡Qué infame! No se parece nada á su hijo, que, aunque mala cabeza y desordenado, tiene un fondo de caballerosidad que...

OROZCO. Es verdad. Tan noblote y simpático es el hijo como trapalón el papá.

AUGUST. Mucho cuidado con ese petardista, Tomás. Ponle mala cara cuando le recibas.

OROZCO. ¿Pero qué lío traerá ese hombre? Como si lo viera, me presentará algún antiguo y olvidado crédito de la *Humanitaria*. ¡Pero si por mi cuenta, no hay ninguno que no esté satisfecho!...

AUGUST. ¡Ay! esa maldita sociedad ha dejado tras sí un rastro vergonzoso.

OROZCO. Yo no soy responsable; pero disfruto del capital amasado con aquel negocio, en que trabajaron juntos mi padre (que Dios perdone) y este Joaquín Viera. No juzgo lo que hicieron. Después Joaquín, arruinado, huye al extranjero, y se dedica al chantaje y á mil trapisondas... Veremos con qué enredo se descuelga ahora... ¿Crees tú que...?

AUGUST. No sé... No entiendo...

OROZCO. (Muy inquieto.) No tengo sosiego hasta ver... (Levántase.) Examinaré el expediente de la *Humanitaria*.

AUGUST. ¡Por Dios! ¡ahora!...

OROZCO. No puedo contenerme. Yo soy así. El llanto sobre el difunto. Pronto saldré de dudas. (Pasa al despacho, cuya claridad debe verse desde la escena. En ésta no hay más luz que la de la vela que ha traido Augusta.)

AUGUST. ¡Dios mío! ¡qué hombre! Los dos padecemos insomnio, ¡pero por cuán distintos motivos! A mí me desvela en el pecado, á él la perfección... (Observándole desde el centro de la escena.) Ahora saca un legajo... lo desata... lo examina... Lee... Aprovechemos este instante. (Diríjese á la mesa en que hay papel y tintero.) Necesito que me pida perdón, que desvanezca este enojo, esta pena... No puedo soportar su amistad con esa mujer indigna. Y no le vale decirme que sus visitas son inocentes... Esta noche me propuso que nos viéramos mañana. ¡Y yo, tonta, respondí que no! ¡Tenemos á veces unos arranques de dignidad tan ridículos! Nada, nada; le citaré. (Escribe rápidamente.) «Aunque no lo mereces, necesito oir tus descargos, y acudiré á la hora de costumbre. Si tardas, te araño.» No, no; esto es humillante. (Rasga el papel, lo arruga, y al arrojarlo al suelo titubea, y al fin se lo guarda en el seno.) Escribiré otra. Principiaré muy incomodada, y con pocas ganas de perdonar. El es quien debe humillarse. Coquetea-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

remos. (Escribe.) «Amigo mío, es preciso que esto concluya, y que tratemos formalmente de nuestra separación definitiva.» Esto, magnífico. ¡Oh! no, no. Debo tratarle á la baqueta, vituperarle por su amistad con esa... ¡Maldita *Peri*, aborto del infierno! Esto no sirve. (Rompe la carta y se guarda los pedazos arrugados en el seno. Escribe otra vez.) «Imposible perdonarte tus visitas á esa mujerzuela. No vuelvas á presentarte delante de mí, si no me juras...» Eso, que jure, que se fastidie... No, no; tampoco esta sirve. ¡Qué tonta estoy! Conviene mucha suavidad... ternura... Si no, puede que su orgullo se alborote, y... No. (Guarda en el seno los restos de la tercera carta, y empieza otra.) «Eres un ingrato, y correspondes mal al inmenso cariño... Es menester que hablemos pronto... Mañana, ya sabes la hora...» Al fin acerté. Esta va bien. (Cierra la carta, y escrito el sobre, la guarda en el seno. Levántase.) ¡Tedio inmenso de esta vida, vendo mi alma por combatirte... (Como sosteniendo una lucha.) No puedo, no puedo ser de otra manera. Mañana romperé otra vez la regularidad enervante de esta vida; mañana probaré lo misterioso y desconocido, la miel del secreto que nos compensa de tanta insipidéz... (Desde el centro de la escena, mirando hacia el interior del despacho.) Hombre sin tacha, tus luchas son como una comedia que compones y representas para engañar el fastidio de esta normalidad que nos convierte la vida en un Limbo sin pena ni gloria. El bien ó el mal, esos dos guerreros que nunca concluyen de batirse, ni de vencerse, ni de matarse, no cruzan sus espadas en tu espíritu. En tí no hay más que fantasmas, ideas representativas, figuras vestidas

de vicios y virtudes, que se mueven con cuerdas. Si eso es la santidad, no sé yo si debo desearla... (Con arranque.) Pero lo que yo digo: los santos, estarían mejor en el cielo. La tierra, dejárnosla á nosotros, los imperfectos, los que sufrimos, los que gozamos, los que sabemos paladear la alegría y el dolor... Los puros, que se vayan al otro mundo. Nos están usurpando en éste un sitio que nos pertenece. (Mirando hacia el despacho.) Ya parece que se cansa de revolver legajos... se levanta.

OROZCO. (Con la lámpara en una mano, y varios papeles en otra.) ¿Aquí todavía?

AUGUST. Me iba ya.

OROZCO. Aguarda un poco. Hace tanto calor en ese despacho, que vengo á trabajar aquí. Me han puesto la chimenea que parece un infierno.

AUGUST. Trabajar...! tan tarde...!

OROZCO. Sí, tengo que escribir unas cartas...

AUGUST. Qué es esto? (Viendo el legajo que Orozco deja sobre la mesa.) ¿El expediente de la *Humanitaria*?

OROZCO. Sí... y por más vueltas que le doy, no puedo encontrar el dato que busco. No descubro ningún crédito pendiente... (Se sienta.) Además, traigo aquí otro asunto que quiero estudiar... y consultarte.

AUGUST. A mí?

OROZCO. Asunto por el que mostraste gran interés. ¿No te acuerdas? Aquel proyecto de institución para criar y educar niñas desvalidas. Tú me dijiste que te gustaría dedicar á esta obra benéfica todo el cariño, todo el interés, toda la atención correspondientes á los hijos que no hemos tenido.

AUGUST. Es cierto; lo dije.

OROZCO. Obra hermosa en verdad. Mira. (Dándole un papel.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este es el plan primitivo ideado por mí, y que á tí te pareció demasiado amplio. Este otro (dándole otro papel) es un borrón tuyo, modificando mi plan... Lee la nota que le puse. Verás que si yo pequé de atrevido, tú empequeñeces demasiado la institución. Examínalo todo, y proponme una solución intermedia más práctica que mi proyecto y menos meticulosa que el tuyo.

AUGUST. (Con hastío.) Bien. (Guarda los papeles en el bolsillo.)

OROZCO. (Mirándola sorprendido.) ¿Pero qué tienes, vida mía? Noto en tí cierta agitación.

AUGUST. Me has contagiado. No sé qué hay en mi cerebro. Pásame una cosa muy extraña.

OROZCO. ¿A ver?

AUGUST. Estas noches... se me figura que cuando duermo estoy despierta, y que cuando estoy despierta, duermo. ¡Qué desatino! Ahora mismo, imaginaba que entré aquí, no sé á qué hora, y que te hablé.

OROZCO. (Riendo.) ¿Dormida?

AUGUST. Sí... y que te dije muchas cosas, de un modo inconsciente... como si fuera yo una máquina de hablar.

OROZCO. ¿Y qué me dijiste?

AUGUST. Cosas... de esas que no se dicen nunca... no sé... Sácame de dudas. ¿Es cierto que te hablé?

OROZCO. No. (Recordando.) Ah! sí, anoche en este mismo sitio, ya un poco tarde, entraste y hablamos...

AUGUST. ¿Y qué te dije?

OROZCO. Algo que me sorprendió... sí.

AUGUST. (Con gran curiosidad.) Repítelo, por Dios!

OROZCO. Me dijiste... á ver si recuerdo. Ah! contestando á no sé qué expresión mía, dijiste: «Declaro que hay en mi espíritu una tendencia irresistible á prendarme de todo lo que no es común ni regular.»

AUGUST. Ya... sí.

OROZCO. Dijiste además «tengo antipatía al orden pacífico del vivir, á la corrección, á esto mismo que llamamos comodidades. Esto de hacer un día y otro las mismas cosas, el tenerlo todo previsto, el encontrar todo á punto, me entristece, me fatiga. Bendito sea lo inesperado, porque á ello debemos los pocos goces de la existencia.»

AUGUST. (Riendo.) Sí, sí. Y que me entristecía tener asegurados y distribuídos los afectos como las rentas... ya, ya recuerdo, me quejaba de este inmenso hastío de la buena posición, de este compás social, de esta educación puritana y meticulosa que nos desfigura el alma, como el maldito corsé nos desfigura el cuerpo.

OROZCO. Justamente. Te contesté lo que me pareció y...

AUGUST. ¿Y no te dije nada más?

OROZCO. Creo que no.

AUGUST. Estás seguro?

OROZCO. No recuerdo...

AUGUST. Pues bien despierta estaba cuando te lo dije.

OROZCO. Si tienes algo más que decirme, ahora...

AUGUST. No, no... Es que... No hagas caso.

OROZCO. Retírate ya.

AUGUST. Y tú?

OROZCO. Velaré un poco más. (La abraza.) Vete á descansar.

AUGUST. No trabajes, por Dios... tan tarde...

OROZCO. Pero, hija, ¿qué es esto? (Tocándola el seno al abrazarla.) Tienes el pecho lleno de papeles...

AUGUST. (Turbada.) No... qué?... papeles?...

OROZCO. Sí...

AUGUST. (Con una idea feliz.) Ah!... sí... lo que me has dado... eso de la fundación.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OROZCO. Ya... (Vacilando.) Pero... (Ademán de sacarle los papeles del pecho.)

AUGUST. Pero qué? dudas?... (Con valor temerario, mostrando el seno.) Sácalo.

OROZCO. (Después de vacilar un instante.) No. Déjame. (Empujándola hacia la alcoba.) Á dormir.

AUGUST. ¡A esperar! (Vase.) (Orozco se sienta y lee con profunda atención.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete lujoso en casa de *la Peri*. Es de día.

ESCENA PRIMERA

FEDERICO, LINA, después INFANTE

FEDERIC. ¿Está?

LINA. Sí. ¿Quiere usted pasar al tocador?

FEDERIC. ¿Hay alguien?

LINA. Sí, un señorito. Ha llegado hace diez minutos. En la sala está (señalando á la izquierda) leyendo los periódicos. Siéntese un ratito. Leonor sabe que es usted, porque me dijo: «Corre á abrir, que debe de ser ese.»

FEDERIC. Aquí todos somos *eses*... Díme: (llamando á la criada, que se retira) ¿Y quién es... ese?

LINA. Don Manolito Infante.

FEDERIC. ¡Infante!

LINA. Sí... Le diré á usted. Anoche estuvieron aquí de broma, hasta las tantas, el D. Manolito, ese otro, que también es diputado...

FEDERIC. Sí, Villalonga... buen punto.

LINA. Aquel otro tan estirado, que todo se lo sabe...

FEDERIC. Malibrán.

LINA. *Alias* D. Cornelio, justo... y el marqués, el marqués de casa. Jugaron, cenaron y se divirtieron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OROZCO. Ya... (Vacilando.) Pero... (Ademán de sacarle los papeles del pecho.)

AUGUST. Pero qué? dudas?... (Con valor temerario, mostrando el seno.) Sácalo.

OROZCO. (Después de vacilar un instante.) No. Déjame. (Empujándola hacia la alcoba.) Á dormir.

AUGUST. ¡A esperar! (Vase.) (Orozco se sienta y lee con profunda atención.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete lujoso en casa de *la Peri*. Es de día.

ESCENA PRIMERA

FEDERICO, LINA, después INFANTE

FEDERIC. ¿Está?

LINA. Sí. ¿Quiere usted pasar al tocador?

FEDERIC. ¿Hay alguien?

LINA. Sí, un señorito. Ha llegado hace diez minutos. En la sala está (señalando á la izquierda) leyendo los periódicos. Siéntese un ratito. Leonor sabe que es usted, porque me dijo: «Corre á abrir, que debe de ser ese.»

FEDERIC. Aquí todos somos *eses*... Díme: (llamando á la criada, que se retira) ¿Y quién es... ese?

LINA. Don Manolito Infante.

FEDERIC. ¡Infante!

LINA. Sí... Le diré á usted. Anoche estuvieron aquí de broma, hasta las tantas, el D. Manolito, ese otro, que también es diputado...

FEDERIC. Sí, Villalonga... buen punto.

LINA. Aquel otro tan estirado, que todo se lo sabe...

FEDERIC. Malibrán.

LINA. *Alias* D. Cornelio, justo... y el marqués, el marqués de casa. Jugaron, cenaron y se divirtieron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como demonios. Leonor pidió tres billetes de caballero y cinco de señora para el baile de esta noche en el teatro Real. El Malibrán dijo que no había ya billetes de caballero, y que apostaba una merienda en Aranjuéz á que no se conseguiría ninguno. Infante aceptó la apuesta, y dijo: «Mañana, antes de las once, están aquí los ocho billetes,» y ha cumplido... ¡pobrecito! Entró un momento antes que usted.

FEDERIC. ¡Caramba! (Receloso, mirando hacia la izquierda.) Sentiré que me vea.

LINA. ¡Quiá!... no le verá á usted...

INFANT. (Asomándose á la puerta.) ¡Federiquín... tú...!

FEDERIC. ¡Manolo... tú...!

INFANT. Sí, hijo de mi alma, yo soy; yo, tu siempre fiel amigo. No me riñas por verme aquí. Te contaré...

FEDERIC. Ya me lo ha contado ésta...

INFANT. Pero, díme, ¿y cómo...?

FEDERIC. No me riñas tú ahora, después que he sido yo tan indulgente...

INFANT. Pues indulgencia recíproca. Oye. He tenido el gustazo de ganarle una apuesta á Malibrán... Tontería, puerilidad si quieres. Este condenado amor propio... Ahora explícame tú...

FEDERIC. No vengo á traer billetes ni á ganar apuestas. Tengo que decir cuatro palabras á Leonor. (A Celestina.) ¿Tardará en salir?

INFANT. Pasa, hombre. Eres de confianza.

LINA. No hay nadie. El peluquero, lo modista y dos prenderas.

FEDERIC. Plantón tenemos.

INFANT. Pues yo no. Mira (dando los billetes á la criada) dale los billetes, y que se prepare para la meriendita que hemos ganado.

ESCENA II

FEDERICO; INFANTE

FEDERIC. Bueno, bueno, bueno... (Mira su reloj con impaciencia.) Las diez y media ya.

INFANT. ¿Qué te pasa? Estás inquieto... ¡Cuéntame, por Dios! ¿Quieres que te recoja luégo, y nos vamos á almorzar juntos?

FEDERIC. No, no cuentes conmigo. Hoy es para mí un día nefasto, con dificultades de tal magnitud, que no veo cómo saldré de ellas. Mi sistema, ante estos tremendos compromisos, consiste en la ausencia de toda previsión. En el momento crítico, discurro lo que debo hacer... y hecho. Obro por inspiración. En presencia del enemigo que me acosa, siento en mí algo del genio militar, y me descuelgo súbitamente con una combinación rápida y salvadora.

INFANT. ¡Tremenda vida! ¡Pobre amigo! Anoche, al salir del Círculo para venir acá, me dijo el primo de Villalonga que la suerte, ¡bribona! se había portado contigo infamemente.

FEDERIC. (Sombrío.) ¡Sí... noche más negra! Debí prever el desastre, pues cuando nos amenaza un día de prueba, la noche que le precede es siempre una noche de perros.

INFANT. Querido, á todo trance es preciso que pongas término á esa vida de angustias... No me digas que no puedes; no me digas... Ten presente cuánto te queremos todos tus amigos. ¿No te inspiro yo confianza?... ¡Hombre, por María Santísima! Pues qué, ¿yo no merezco?... ¡Tu amigo de la infancia... el que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fué tu camarada en la escuela, en el colegio, en la Universidad...!

FEDERIC. No hablemos de eso.

INFANT. ¿Y si yo insistiera en hablar y en pedirte que me confíes tus dificultades y en ayudarte á vencerlas?

FEDERIC. Te lo agradecería; pero no quiero perder tu preciosa amistad.

INFANT. ¡Perderla!

FEDERIC. Sí, perderla. Yo me entiendo. Los favores de cierta clase se pagan con el aborrecimiento. Querido Infantillo, cada cual es como Dios le ha hecho. Cuando un hombre padece ataques más ó menos agudos de esa terrible enfermedad que se llama insolvencia, si quiere conservar los amigos, lo primero que tiene que hacer es no deberles nada. Yo no puedo evitar que se apodere de mí una aversión insana hacia toda persona decente que viene en mi auxilio cuando me estoy ahogando. En fin, punto final.

INFANT. (Aparte.) ¡Qué hombre este! El orgullo le acabará. (Alto.) Pues quiera Dios que este día nefasto termine sin ninguna catástrofe. Para todo, para todo, ¿lo entiendes? cuenta conmigo. Verás cómo sales bien.

FEDERIC. Saldremos... sí. Hay fe en la Providencia. ¡Qué día, chico, qué día! ¡Mentira parece que tantos y tan diferentes males quepan dentro del término breve de unas cuantas horas! Porque á las dificultades de cierto género, pasajeras, sí, y de poca importancia, debo añadir hoy... Vamos, ¿te lo cuento?

INFANT. Hombre, sí. Venga.

FEDERIC. Pues... Ya sabes dónde vivo... Algunas noches, á la hora en que nos recogemos los madrugadores, es decir, los que nos acostamos de madrugada, me has dado convoy hasta la puerta de mi casa. ¿Recuer-

das que frente por frente á mi puerta hay un letrero que dice: *Santana. Géneros del Reino y extranjeros?*

INFANT. Sí; una tienda de ultramarinos. ¿Y qué?...

FEDERIC. Espérate. Más arriba del letrero, hay dos ventanas. Allí tiene su escritorio ese animal.

INFANT. ¿Qué animal?

FEDERIC. El tendero. Déjame seguir; el cual es tío de un sobrino... y éste, el sobrino... hortera de unos veinte años, guapín, sentimental, con el romanticismo dulzón de una libra de pasas convertida en persona, tiene el atrevimiento de hacerle guiños á mi hermana.

INFANT. Ah! ya...

FEDERIC. Y no es eso lo peor... lo terrible, querido Manolo, es que Clotilde se deja querer de semejante aborto... Ayer lo descubrí, y me volé. ¡Escena terrible en mi casa! Tengo que hacer un escarmiento en esas mujeronas que me sirven...

INFANT. Cuestión delicada es esa... Considera que tu hermana no vive en la esfera social que le corresponde. Está en la edad crítica del amor. No ve á nadie... ha visto á ese chico...

FEDERIC. (Irritándose.) Cállate, ¡Mi hermana dejándose impresionar por un tipo semejante! Quita; déjame. Tú conoces mis ideas; soy un botarate, un vicioso; pero hay en mi alma un fondo de dignidad que nada puede destruir. Llámalo soberbia si te parece mejor.

INFANT. Pues lo llamo, sí.

FEDERIC. No tolero que un vendedor de aceitunas ponga los ojos en Clotilde, y me resigno menos á que ella guste de semejante zascandil... Anoche... aún me dura el coraje, la excitación que el caso me produjo... al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

retirarme á casa, sorprendí al tipo ese, que furtivamente abría la puerta de la calle para salir...

INFANT. De modo que se colaba...? Y tú... (señal de agresión) le...?

FEDERIC. Le agarré del pescuezo... cree que si el sereno no me le quita de las manos, allí acaban sus atrevimientos y la mengua de mi nombre y de mi casa.

INFANT. Serénate... considera... Se comprende que no te agrade la elección de tu hermana. Pero fíjate en las circunstancias. ¿Acaso la has puesto tú en condiciones de elegir?

FEDERIC. ¡Malditas circunstancias! Sólo sirven de tapadera infame para cubrir los ultrajes al honor. Que mis ideas son anticuadas en este particular, lo sé, lo sé; pero... ¡qué remedio! Aunque me llames extravagante, te diré que no me cabe en la cabeza la igualdad. No soy de esta época, lo confieso; no encajo, no ajusto bien en ella. Ya conoces mi repugnancia á admitir ciertas ideas muy en boga. Eso que en lenguaje político se llama *pueblo*, yo lo detesto, ¡qué quieres que te diga! y no creo que con la gente de baja extracción, vayan las sociedades á nada grande, hermoso, ni bueno. Soy aristócrata hasta la médula; lo heredé de mi madre... Créelo; eso de la democracia me ataca los nervios. Gracias que no es verdad, ni hay tal democracia, pues si la hubiera, ¡Dios nos asista!

INFANT. ¿Que no la hay? Tu hermanita te sacará de dudas.

FEDERIC. Prefiero verla muerta.

INFANT. Piénsalo bien. Esas cosas se dicen pronto; pero luégo la señora realidad nos pone los puntos sobre las íes... Cálmate. Te afanas sin motivo. Examinadas con serenidad, tus desdichas no son tan fieras como las pintas.

FEDERIC. Es que aún hay más, Manolo.

INFANT. ¿Más?

FEDERIC. Te aseguro que... Hoy, poco antes de salir de casa, recibí una carta de mi padre, anunciándome que llega mañana á Madrid.

INFANT. Tu padre... ¿y qué?

FEDERIC. Pareces tonto... Mi padre. Y sigue la mala. ¿Á qué vendrá?

INFANT. Pues, hombre, vendrá... á verte.

FEDERIC. Es mi padre, y no puedo decir contra él ninguna palabra ofensiva... Pero harto sabes que nunca viene á Madrid sino para negocios y combinaciones que á mí me desagradan, me lastiman...

INFANT. Sí, ya... sé.. Por ahí suelen llamarle *el cometa*... ¿Pero á tí qué te importa?

FEDERIC. ¡Que qué me importa! Confiésame, querido Infante, que soy el hombre más digno de lástima que hay bajo el sol. (Entra Leonor presurosa por la derecha, abrochándose la bata.)

ESCENA III

LOS MISMOS; LEONOR

LEONOR. ¡Hola, micos! (A Federico.) Dispensa el plantón. (A Infante.) Y usted, niño simpático, sepa que se le quiere. ¡Viva la gente de arranque! Los billetes aquí, y el diplomático más corrido que una mona.

INFANT. No me lo agradezcas á mí, sino á él, á su fatuidad.

LEONOR. (Despidiéndole.) Con que... mil gracias, y...

INFANT. Ya, ya sé que estorbo...

LEONOR. Usted no estorba nunca: no, no; pero... cuanto más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pronto se largue, mejor... Confianza se llama esta figura...

INFANT. Abur, abur.

LEONOR. Y mil gracias otra vez. (Empujándole hacia la puerta.)

INFANT. Ya, ya me voy. ¡Infelíz amigo!

ESCENA IV

LEONOR, FEDERICO

LEONOR. Hay que echarte memoriales para verte. ¿Cómo estás? ¿Á ver esa carátula? ¿Palidéz tenemos, y ojos tristes?... ¡Ay, ay! ¡Pobrecito de mi alma! (Se sienta en un sofá.)

FEDERIC. ¿Y tú, qué tal?

LEONOR. Ya lo ves: vendiendo vidas. ¿Recibiste mi papel?

FEDERIC. Claro que lo he recibido, pues aquí estoy.

LEONOR. Pues te llamé... Verás... Supe ayer por Torquemada lo que te pasa, y la que te tiene armada para hoy ese pillo. Me entraron ganas de echar un capote por tí, como tú lo has echado por mí, cuando me he visto en la cuna de la fiera.

FEDERIC. Conozco tu buen corazón y tus desplantes de generosidad. Puesto que entre los dos hay confianza, hablemos. Nunca siento ante tí el embarazo que estas materias me producen ante otras personas con quienes tengo amistad.

LEONOR. Es que yo soy tu amiga... de la entraña, y los demás lo son de aquí. (Tocando la punta de la lengua.) Estoy contenta: esta mañana te eché las cartas, y en ellas ví que saldrías bien del soponcio.

FEDERIC. ¡Qué célebre! (Riendo.) ¿Y qué te dijo el náipe?

LEONOR. Primero salió *disgusto grande*... ya sabes, el *siete de espadas, en un corto camino, cuerpo y pensamiento de un hombre moreno*. La cosa era bien clara.

FEDERIC. Clarísima; ya lo creo.

LEONOR. No lo tomes á broma. Pues encendidas las velitas y dichas las santas oraciones, eché *lo que ha de venir*; y ¿qué creerás que salió? Pues *recelo por la mañana*, el caballo de bastos, que eres tú...

FEDERIC. Yo soy...

LEONOR. Salió después *la mujer de buen color*... que soy yo... y, por fin, el tres de oros... ¿Sabes tú lo que significa el tres de oros?

FEDERIC. Debe de significar una cosa muy buena... Pero vamos al grano, Leonorilla, que no hay tiempo que perder. ¿Tienes...?

LEONOR. ¿Vil metal? eso que el marqués llama *el nervio de las naciones?* No, hijo mío; estoy como el Gobierno. No tengo una peseta.

FEDERIC. Entonces... ¿á qué me has llamado? Yo creí que nadabas en la abundancia.

LEONOR. No, mico, yo no nado... en nada. Pero tampoco me ahogo en poca agua.

FEDERIC. Explícate.

LEONOR. En fin, muy poco tengo disponible; pero... dinero hay.

FEDERIC. ¿Dónde?

LEONOR. Qué sé yo... por ahí... en cualquier parte. Y habiéndolo, lo traeremos acá. Para no cansarte, haré lo que el Gobierno, *piznorar*. ¿No se dice así? Tengo alhajas, y buenas. Mira, tonto, la sota de espadas junto al tres de oros quiere decir que *la mujercita de buen color* se atufa, trinca sus joyas, y se va con ellas á Peñíscola. ¿Te parece bien?

FEDERIC. Paréceme atróz, y lo acepto por la terrible ley de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la necesidad, con pena, pero sin rubor. Pásmate, como se pasmaría el mundo si lo supiese. ¡Qué extrañas relaciones estas! No somos amantes, lo fuimos. Somos amigos tan solo; pero esta amistad nuestra es un fenómeno *psicológico* que... ¿Sabes lo que es psicológico?

LEONOR. Pis... pis... (Sin poder pronunciarlo.)

FEDERIC. Quiere decir *del alma*, un fenómeno...

LEONOR. Mira. (Con ademán de pegarle.) Haz el favor de no llamarme á mí fenómeno... ni tampoco á nuestra amistad.

FEDERIC. Quiero decir que esto nadie lo entiende más que nosotros. Por nada del mundo acepto yo, de un amigo de mi clase, ciertos favores. ¿Por qué los acepto de tí, sin que mi decoro se sienta herido? No puedo explicármelo. ¿Qué significa esta fraternidad que entre nosotros existe? ¿Se funda quizás en nuestra degradación? Yo envilecido, tú también; nos entendemos en secreto. Tal vez si tus auxilios se hicieran públicos, yo los rechazaría con horror... Y yo me pregunto: esta amistad nuestra, ¿no es de la mejor ley? No habrá en ella, escarbando mucho, algo á que pueda darse el nombre de virtud? No... ¡qué desvarío!... no puede ser.

LEONOR. No te devanes los sesos por encontrar el nombre de estas cosas... Son cosas, bien claro está... ¡cosas de la vida! ¡Cosas!

FEDERIC. Eso... cosas. ¡Qué confusión! Seremos tú y yo tan malos como parecemos?

LEONOR. ¿Quieres callarte?

FEDERIC. No es por alabarme; pero conviene recordar que yo también supe ayudarte en trances críticos de tu vida.

LEONOR. Justo, como yo á tí ahora. En fin, bueno debe de ser esto, porque yo, aunque corra mis temporales, siempre tiro hacia tí, como la cabra al monte. Cuando pasan muchos días sin verte, estoy intranquila; y si oigo decir que caes enfermo, me pongo de mal temple. Me enamoro de éste, del otro y del de más allá; poco me importa engañar cien veces al que más me entusiasma, y encajarle un sin fin de mentiras. Pues no teniendo amores contigo, como no los tengo, primero me corto la lengua que decirte una falsedad.

FEDERIC. (Aparte.) Sí, sí; en cuestión de amores, ella rueda por su lado, yo por el mío, y venimos á juntarnos en este punto inexplicable de nuestra confianza, que es para mi alma un gran consuelo.

LEONOR (Que le ha observado cariñosamente, tratando de penetrar el objeto de su meditación.) ¿En qué piensas, monín?

FEDERIC. En algo que á mí me pasa.

LEONOR. ¿Amores? Ah! pizpireto, no me lo niegues. Como no tenemos lío, puedes contarme tus penitas. Díme, ¿á qué señora engañas ahora, pillo? Porque señora ha de ser, y de las buenas.

FEDERIC. Pues... algo hay. Pero la confianza contigo tiene su excepción, y lo que es el nombre no esperes que te lo diga.

LEONOR. Bueno: guárdatelo. No le vaya á dar el aire. ¿La quieres mucho?

FEDERIC. Te diré... Me gusta. Es mujer hermosa, apasionada, muy superior á lo que yo merezco... Pero...

LEONOR. Pero... el perito ese quiere decir que no te entusiasma.

FEDERIC. Despierta en mí ilusión de amor. Pero no sé qué barrera, qué zanja infranqueable me separa de esa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mujer. Quizás sería mi felicidad si entre ella y yo pudiera existir esta confianza, esta sinceridad, este abandono mutuo de los secretos más penosos de la vida. Mi alma se divide... la parte que tengo aquí me vendría bien allá... para completar lo otro.

LEONOR. ¿Y piensas llevártela, canallita? Pero no nos descuidemos, hijo mío. (Llamando á la criada.) Lina. (Entra ésta.) Tráeme mis colgajos... (Dándole unas llaves.) Todas, todas. (A Federico.) Aquí escogeremos... (Vase la criada.)

FEDERIC. Ya ves que te hablo de mis... cosas, como tú dices. Cuéntame las tuyas.

LEONOR. ¡Ay! ¡las mías! son tan públicas, que en rigor, más que contarlas, debiera... desmentirlas, para figurarme que no son verdad.

ESCENA V

LOS MISMOS; LINA

LINA. (Trayendo varios estuches de joyas en un pañuelo.) Esto es lo que había en el armario de luna... Sabes? ahí está.

LEONOR. (Alarmada.) Quién?

LINA. ¡El marqués!

LEONOR. (Envolviendo las alhajas en el pañuelo y dándolas á Federico para que las oculte.) ¡Maldita sea su estampa! (A Lina.) Por nada del mundo le dejes entrar aquí. (Dirígese á la puerta amenazando con el bastón de Federico.) Mira: le metes en mi cuarto, le dices que no estoy; que espere allí. (Vase Lina.) No es por nada... No le temo ni me importa. Pero es una de nuestras primeras chinches... No quiero que se entere...

FEDERIC. No, por Dios...

LEONOR. Ya, ya entra. (Escuchando en la puerta del fondo, cerrada.) En todo quiere meterse, y si viera esto, la matraca sería tremenda. (Volviendo al sofá.) No temas... Lina le entretiene.

LINA. (Entrando por la derecha.) Ya está allá!

LEONOR. ¿Qué cara trae?

LINA. La de siempre, la fea. (Suena la campanilla.)

LEONOR. ¡Ay! ay! Apuesto que es *Ojirris*. Ahora que quiero estar sola...!

LINA. ¿Le abro?

LEONOR. ¿Será *Ojirris*?

LINA. Sí: le conozco en la manera de llamar. (Vuelve á sonar la campanilla.)

LEONOR. Corre, díle que se vaya y vuelva... No, no; díle que estoy en casa de mi prima, y le espero allá. (Sale Lina por el fondo. Leonor cierra la puerta y escucha.) Ya, ya va bien despachado... ¡pobrecito!

FEDERIC. Díme... ¿Pero quién es... *Ojirris*?

LEONOR. Perico, hombre, *Perico el gaditano*. Le llamo así porque bizca un poco del derecho.

FEDERIC. Ya...

LEONOR. Esto sí que es raro... Ya ves. El marqués loco por mí, y yo loca por ese mequetrefe. Es tonto, perdido, feo; y sin embargo, estoy loca por él. Lo que no quita que un día sí y otro también tengamos bronca. Ayer le tiré una bota á la cabeza, y le hice sangre en la frente. Después no tenía yo consuelo. Anoche, monos; pero luégo tocamos á reconciliación. Se va refunfuñando. Allá te espera. (Vase.)

FEDERIC. ¡Qué misterio en los afectos humanos! ¡Y hay quien pretende reducirlos á reglas y encasillarlos como las muestras de una industria!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEONOR. Sí que es raro lo que á una le pasa. Mírame chiflada por ese gitano y sin maldita confianza en él. No le fiaría valor de una peseta, ni nada tocante á las cosas de formalidad. (Desenvolviendo el lío de las alhajas.) Niño, que es tarde. (Examinando algunas joyas.) ¡Mira qué collar! Me lo dió Pepito Trastamara.

FEDERIC. (Abriendo un estuche.) ¡Ah! los tornillos que yo te dí.

LEONOR. Sí, hace cuatro años. Eso es lo que más falta me hace á mí, tornillos... ¿Y este aderezo? Me lo dió Aguado cuando volvió de la Habana... En fin, (escogiendo varios estuches) me parece que habrá bastante con esto. El solitario, el aderezo, los tornillos, la mariposa de brillantes que fué de la marquesa de Tellería... Con esto...

FEDERIC. ¿Crees que basta? No sabes la cantidad.

LEONOR. Sí que la sé, tontín. Por una casualidad tuve noticias de este apurillo tuyo. Fuí á ver á Torquemada para pagarle mil reales que le debía mi *Ojirris*, y me dijo aquel esperpento que ya no te da más prórrogas, y que si no recoges hoy el pagaré de trece mil pesetas, te echa al juez... Ahora á la calle, Leonor. (Dirígese á la puerta de la derecha y llama en voz baja.) Lina, tráeme el mantón, un pañuelo, zapatos. (Volviendo junto á Federico.) Díme: si yo no te hubiera llamado hoy, ¿habrías venido tú á contarme tu compromiso, y á pedirme que echara el resto por sacarte?

FEDERIC. (Después de vacilar.) Creo que sí.

LEONOR. ¡Viva la confianza! (Entra Lina con la ropa.) ¿Qué dice ese cataplasma?

LINA. Está muy ocupado.

LEONOR. ¿Qué hace?

LINA. Morderse las uñas.

LEONOR. ¿Le dijiste que mi tía Encarnación está enferma?

LINA. Que se ha muerto.

LEONOR. Mejor.

LINA. Y que estás allá. El muy escamón dijo: «Pues oigo voces en el gabinete,» le contesté que están aquí la Antonia y Malibrán. Como no puede ver á Malibrán, no se le ocurrirá meterse aquí.

LEONOR. Muy bien. ¡Pero qué talento tiene esta chica, y qué diplomática es! Bueno. Me vestiré en la sala. (Vanse por la izquierda.)

FEDERIC. ¡Qué criatura, qué arranques! Lo mismo absorbe una fortuna, que la regalaría si la tuviera. Ha arruinado á siete, que yo sepa, y á mí me comió lo que heredé de mi madre... ¡Pero qué gracioso desorden!

LEONOR. Ya estoy. (Coge las alhajas que antes apartó.) Al instante vuelvo: no te muevas de aquí. Voy á casa de Valentín, el portal de enfrente: me dará en seguida la cantidad redonda, porque es hombre muy cristiano, muy fino y me considera. (A Lina.) Tú vuelve allá, y entretenle con las bolas que se te ocurran. Después vuelves aquí, y recoges esto. (Las alhajas sobrantes.) ¡Aire! (Sale rápidameete por el fondo. Lina por la derecha.)

ESCENA VI

FEDERICO; LINA

FEDERIC. (Paseándose por la escena.) Quiera Dios que salgamos bien. Esa Leonor... ¡pobrecilla! Sí, malo es esto, muy malo, pero no había otra solución. Y á todas estas busco y revuelvo en mí, y mi orgullo no pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rece. ¿En dónde se ha metido ese loco? Andará huído por los rincones y escondrijos del alma. Veo en mí dos hombres: el Federico Viera, que todo el mundo conoce, y este otro; éste. (Señalándose.) ¿Cuál es el verdadero? (Parándose ante un espejo.) ¿El que veo, ó el que no veo? Me trastorna esta duda. (Tratando de ordenar sus ideas.) ¿En qué consiste que, cuando me agobia un pesar, lo primero que se me ocurre es venir á contárselo á... ésta? ¿Acaso le tengo amor? No, porque sus amantes no me infunden celos. Amistad, sí; pero ¿qué amistad es esta? ¿Por qué me inspira esta mujer una confianza que no siento por ninguna otra? (Herido por un recuerdo.) ¡Ah! ya no me acordaba. A las cuatro, entrevista con Augusta. ¿Por qué, al recordarlo, brota en mi alma una chispa... ¿de qué diré? de disgusto, de pena...? No puedo dudar que me interesa; y no obstante, algo daría yo porque se cansase de mí, y me propusiese el rompimiento. La amé y la seduje obedeciendo á estímulos obscuros de la imaginación y de los sentidos, y por ella ultrajé á ese hombre incomparable, á quien debo amistad, cariño, atenciones mil... ¿No es esto más villano que recibir auxilios de *la Peri*? Y sin embargo, el mundo no lo ve así. Por lo que aquí ha pasado hoy, algunos quizás dejarían de saludarme; por lo otro, me envidiarían. (Agitadísimo.) Lo indudable es que con unas y otras cosas, con el oprobio de mi hermana, con esta nueva aparición de mi padre, la vida se me está haciendo insoportable, pesadísima, (se sienta fatigado) y no puedo, no puedo ya cargar con ella. (Entra Lina, que viene á recoger las alhajas.) ¡Ah! se me ocurre una idea. Oye, Lina, me vas á decir

una cosa... pero sin engañarme... La verdad pura.

LINA. ¿A ver? No le diré mentira, ni verdad que no deba decirse.

FEDERIC. Está bien. Malibrán suele venir aquí algunas noches...

LINA. Y algunas tardes.

FEDERIC. ¿Le has oído hablar de mí, recientemente, ó de algo que conmigo se relacione?

LINA. (Recordando.) Sí.

FEDERIC. ¿Anoche quizás?

LINA. Sí... pero no sé si debo...

FEDERIC. Cuéntamelo; lo que tú no me digas, me lo dirá Leonor.

LINA. Pues dijo que es usted un perdido.

FEDERIC. ¿Y nada más?

LINA. Y jugador.

FEDERIC. *Pecata minuta*... A ver, haz memoria. Al hablar de mí, ¿nombró á alguna otra persona?

LINA. Don Federico, déjese de preguntas; yo no sé... Si se fueran á contar las cosas que aquí se oyen... (Suena la campanilla.) Es Leonor. (Sale.)

ESCENA VII

FEDERICO; LEONOR

FEDERIC. No me queda duda. Ya principia el rumor insidioso, traicionero, precursor de la difamación y del escándalo...

LEONOR. (Entrando presurosa.) Hecho todo. Venga un abrazo... en premio de mí... Iba á decir virtud... Pero no... son ¡cosas!

FEDERIC. (Abrazándola.) Eso es... cosas.

LEONOR. Aquí tienes... (Dándole billetes de Banco envueltos en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el pañuelo de las alhajas.) Vete corriendo á casa de Torquemada y refrégale los cuartos en la geta, para que vea ese puerco que aquí hay honor, limpieza de sangre, circunstancias y hombría de bien.

FEDERIC. (Sin decidirse á tomar el dinero.) Parece mentira que...

LEONOR. ¿Remilgos ahora, mico?

FEDERIC. No... (Con efusión.) Eres... no sé. (Leonor le introduce los billetes en el bolsillo.)

LEONOR. Vete... ya vas espirando.

FEDERIC. Dos palabras. Tengo que preguntarte... Malibrán...

LEONOR. Ah! sí... yo también quería decirte...

FEDERIC. Sé por Lina que anoche habló de mí. Quizás se permitió calumniar á alguna persona. ¿Recuerdas tú lo que dijo?

LEONOR. Nada, pamplinas...

FEDERIC. Cuéntamelas.

LEONOR. Eso es... entretente aquí, y olvídate de lo principal.

FEDERIC. (Confuso.) De qué?

LEONOR. Del judío ese, que á estas horas estará pensando que no le pagas, y...

FEDERIC. Ah! no sé cómo tengo la cabeza... Es tarde.

LEONOR. Y si te descuidas...

FEDERIC. Adiós, adiós. (Sale presuroso.)

LEONOR. ¡Pobre mico! Es el perdis más caballero que hay bajo el sol.

ESCENA VIII

MUTACION

Gabinete amueblado con dudosa elegancia. Ventanas al fondo y á la izquierda. Puerta á la derecha, por la cual se verifican todas las entradas y salidas. Chimenea, entredós, pupitre. Un sofá y butacas. Es de día.

AUGUST. Yo creí encontrarle aquí (Mirando su reloj.) Las cuatro y veinticinco. ¡Qué calor! (Se quita el abrigo y sombrero.) Hoy estaba más obligado que nunca á la puntualidad... ¡Por qué tardará tanto este hombre, el primer desocupado de Madrid!... Pobrecillo! sabe Dios qué líos, qué trapisondas!... De fijo que los amores de su hermana le llevan al disparadero. ¡Qué carácter! (Vuelve á mirar el reloj.) Cinco minutos más... (Con febril impaciencia.) No sirvo, no sirvo para esperar... Si habrá llegado su padre, *el cometa!*... No, no; decía la carta que del 26 al 28... ¿Qué día es hoy? (Meditando.) Si no puedo pensar nada. (Levántase.) ¡Ah!... un coche. (Se acerca al balcón.) No, no es; pasa... ¡Qué silencio ahora!... Otro coche... Como no sea éste, me entrará la desesperación... Sí, sí es... se acerca. ¡Ay! no sé qué tiene el coche en que viene él, que hace más ruído que los demás... Gracias á Dios, ya estoy contenta... Ya sube... Esa Felipa, cómo tarda en abrir!

ESCENA IX

AUGUSTA; FEDERICO

FEDERIC. Perdóname, vida mía, si he tardado un poco.

AUGUST. ¿Qué te pasa; qué ocupaciones...? ¿Ha llegado tu papá?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FEDERIC. No, mañana.

AUGUST. Ya sé lo de Clotildita. Me lo ha contado Manolo.

FEDERIC. (Con disgusto.) No hablemos de eso.

AUGUST. ¡Qué susto he pasado! Creí que no venías.

FEDERIC. Por Dios. (Cariñoso.) ¿Cómo podías suponer...?

AUGUST. Quita allá, embustero, farsante. A fe que estoy contenta de tí.

FEDERIC. Esta mañana, cuando recibí tu carta, dije: «Paces tenemos.»

AUGUST. Perdón habrá, si sales bien del juicio oral á que voy á someterte. Vamos á ver, procesado, conteste usted. ¿En dónde ha estado usted hoy?

FEDERIC. (Aparte, con recelo.) Si le habrá dicho Manolo...

AUGUST. ¿Qué asunto, qué negocio le trae á usted estos días tan sobresaltado?

FEDERIC. (Aparte.) No, Manolo es discreto. (Alto.) Pues nada, hija; asuntos, cosas mías que no pueden interesarte.

AUGUST ¡Que no me interesan! Vaya unas herejías que echas por esa boca! Si el amor tuviera su Inquisición, serías tú condenado á la hoguera por las atrocidades que dices contra el dogma. No, no debí escribirte hoy: ha sido una debilidad... Anoche no dormí pensando en tus traiciones.

FEDERIC. Pero sepamos qué traiciones son esas... No las conozco.

AUGUST. Hazte el tontito. Esa mujer indigna... ¿Qué se te ha perdido á tí en su casa?

FEDERIC. Vamos á ver... ¿quién te ha dicho...? Acaso Manolo...?

AUGUST. Manolo, por ser ministerial de todo, lo es hasta de tí, y siempre que te nombra te pone en las nubes.

FEDERIC. Entonces, Malibrán, que ahora se dedica á desacreditarme.

AUGUST. Quien me lo dijo añadió que ese trasto tiene gran influencia sobre tí.

FEDERIC. ¡Qué disparate!

AUGUST. Nada es disparate. El disparate no existe. Los hechos podrán ser ó no ser; pero no es la mejor manera de negarlos el decir que son absurdos. Convénceme, pues, de otra manera.

FEDERIC. Cómo?

AUGUST. Queriéndome mucho, como yo me merezco, y probándomelo. Si me quieres á mí, no podrás querer á otra.

FEDERIC. Pues eso, vida mía, más demostrado está que la redondéz de la tierra, más que la atracción de los cuerpos, más que...

AUGUST. (Riendo.) Basta... de matemáticas. Y ahora continúa el interrogatorio del procesado.

FEDERIC. Basta de curia, digo yo: la detesto. No te atormentes, querida mía! Si yo te quiero á tí sola, á tí; si por más que rebusque tu suspicacia, no verás en parte alguna... nada que pueda...

AUGUST. Sigue... ¿Por qué se te traba la lengua? Porque sólo la verdad la pone expedita y corriente; y tú me engañas...

FEDERIC. No por Dios. Podré tener... Yo te juro que no sé lo que es amor fuera de aquí. Lo demás, ¿qué te importa?

AUGUST. ¿Pues no ha de importarme? El amor, si es de ley, ha de completarse con la compañía y el apoyo recíproco, con la confianza absoluta, sin ningún secreto que la limite, y con la comunidad de penas y goces... Una queja tengo de tí, y es que nunca has querido confiarme secretos penosos que te amargan la vida. ¿Dices que me quieres? Pruébamelo. ¿Có-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo? Clavando en mi corazón parte de las espinas que desgarran el tuyo. ¡Ay! algunas de esas espinitas... verás qué pronto me las sacudo yo.

FEDERIC. (Aparte.) Corazón inmenso, no merezco poseerte.

AUGUST. Si me quieres de verdad, confíate á mí. Temes parecer indelicado, innoble. ¡Qué tontería! (Con veleidad graciosa.) Oye lo que se me ocurre. Gasta con todos ese orgullo, y suprímelo para mí. Tu delicadeza es mi enemiga, mi rival, y t ngo celos de ella. Le clavaría las uñas... Para que lo sepas todo: tu vida angustiosa, tu pobreza, sí, empleemos la palabra terrible, han sido un incentivo más del amor que te tengo. (Sonriendo.) Si fueras capitalista, yo no te habría querido. Si fueras un hombre metódico, que llevara sus cuentas por partida doble, créelo, me serías antipático.

FEDERIC. (Estrechándole las manos.) ¡Monísima! Tienes toda la gracia de Dios.

AUGUST. Yo soy así. Estoy cansada de la regularidad. Me ilusiona el desorden.

FEDERIC. Ah! ya te cogí; contradicción; si eres como dices, ¿á qué ese empeño de poner orden en mí?

AUGUST. Pues si hay contradicción, mejor. No retiro nada de lo dicho. Dame tu confianza. Destruye esta muralla que hay entre nosotros.

FEDERIC. ¿Y si yo te dijera que derribando esta muralla perdería tu estimación?... Yo no merezco el interés que te tomas por mí. Lo que de mí ignoras te seduce porque es misterio, porque es drama ó novela para tí...

AUGUST. (Con arranque.) ¡Pues fuera misterio... fuera lo novelesco y dramático! ¡Abajo el disparate que tanto me gusta! ¡Abajo el desequilibrio! ¿Que me contradigo? Bueno. ¿Que desmiento mi carácter? Mejor. ¿Que destruyo ese encanto, esa poesía, llamémosla así, de tu pobreza disimulada? Mejor. Este amor mío primero y último hace una revolución en mi naturaleza. ¿Qué significa esto? Es el paso del período soñador al período práctico, del noviazgo al matrimonio; la gran crisis de amor; el tránsito de la época legendaria á la época clásica. ¿Qué tal?

FEDERIC. (Admirado.) Divino.

AUGUST. Esto se llama erudición. Tontín, ¿no me comprendes?

FEDERIC. Sí, sí.

AUGUST. ¿Lo quieres más claro? Es preciso que nos volvamos muy prosáicos, muy caseros.

FEDERIC. Te desvanece tu propia bondad. ¿Cómo puede ser eso de volvernos tú y yo muy caseros?

AUGUST. Pues siendo.

FEDERIC. Con bienes comunes?...

AUGUST. Sí, sí.

FEDERIC. ¿Necesitaré traerte á la realidad? Olvidas...

AUGUST. Ah! ya... tienes razón. (Con desaliento.) Para lo que te proponía, necesito libertad, y no la tengo. Iba yo por los espacios imaginarios, como las brujas que cabalgan en una escoba.

FEDERIC. Vuelve á la realidad.

AUGUST. Vuelvo... y en ella te digo que... con arte todo es posible. Oyeme: te contaré una cosa interesante. Esta mañana me dijo Tomás: «Tengo un proyectillo para modificar la vida de ese pobre Federico, y librarle de la plaga de sus acreedores.»

FEDERIC. (Agitado.) No me hables de eso. ¡No sabes el daño que me causas!...

AUGUST. Considera que no es él quien te favorece, sino yo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FEDERIC. No puedo considerar tal cosa: Querida mía, si me amas, impide los favores de ese hombre á quien yo debería reverenciar, de un hombre cuya noble confianza pago con el mayor, con el más villano de los ultrajes.

AUGUST. (Con gravedad, después de una pausa.) Habíamos convenido en no hablar de eso... Quien le ultraja... no eres tú. Al acusarte, parece que me acusas á mí.

FEDERIC. Yo... á tí! jamás! Pero desde el momento en que me hablas de generosidades tuyas ó de tu marido, la cuestión moral se me impone, y veo planteado un dilema terrible.

AUGUST. ¿Es eso verdadera virtud ó simplemente falta de valor? Bueno: déjame á mí el pecado entero, y coge para tí todos los escrúpulos. (Se levanta airada.)

FEDERIC. Sosiégate... espera...

AUGUST. Lo diré todo de una vez. Reconozco, como nadie, el mérito de mi marido. Sólo yo, que vivo á su lado, sé bien toda la extensión de su bondad. Me inspira un cariño acendrado y puro, admiración, veneración, no sé qué... Yo reverencio á Tomás... le rezaría... pero te amo á tí.

FEDERIC. (Aparte.) Su valor es tan grande como su pasión. ¡Qué mujer!

AUGUST. (Impaciente por no recibir respuesta.) Será preciso que te lo repita? Él es un santo, y yo te quiero á tí. Aquí tienes las dos verdades capitales. ¿Crees que trato de buscar entre ellas una componenda hipócrita? No. Dejo los hechos como están. Tú eres cobarde y huyes. Yo soy valiente, y me paso la vida delante de estas dos verdades, mirándolas cara á cara.

FEDERIC. Tu tesón me abruma.

AUGUST. (Despechada.) Pero qué, ¿no tienes nada que contestarme?

FEDERIC. Ten calma... escúchame. Si he nombrado á tu marido, tú tienes la culpa. Ni de él ni de tí admito favores de cierta clase; y si insistes en ello...

AUGUST. Qué? Dílo.

FEDERIC. Lo comprendes sin que yo lo diga.

AUGUST. Sí lo comprendo (con aflicción) tú no me quieres, no me has querido nunca.

FEDERIC. Por Dios, vida mía... ven acá. (Tratando de abrazarla.) Ten juicio... considera...

AUGUST. Me perteneces, y quiero que participes de los bienes materiales que yo poseo. ¿Cómo he de soportar que vivas sujeto á mil humillaciones? No, no. Te someterás. Yo lo quiero, yo... lo haré.

FEDERIC. (Exaltándose.) Pues si persistes en tu loca idea, he de hablarte con claridad, como no lo he hecho nunca. Tiempo ha que me siento minado por una pena sorda y punzante... Cree que cuando entro en tu casa, y estrecho la mano de aquel hombre tan superior á mí, de tan elevado espíritu, de corazón tan grande y puro... no sé... no sé... Me creo el más abyecto de los hombres, y para adormecer mi conciencia, para acallarla por instantes tan sólo, necesito embriagarme, necesito un anestésico, vicios degradantes y obscuros, de esos en que la ansiedad ahoga el pensamiento y acaba por matarlo... No puedo, no puedo más. Eres muy bella, discreta, graciosa, por mil razones interesante, y digna de ser amada... Pero ¿por qué no eres mujer de otro hombre...? Perdóname si te ofendí. No es mi ánimo ofenderte. Deseo tu felicidad. Pero quiero convencerte de que yo no puedo dártela... Augusta: tú no

me conoces. Soy un perdido, un miserable. Huye, apártate de mí, si no quieres que te lleve á la perdición, al escándalo vergonzoso, peor que la muerte.

AUGUST. ¡Huir de tí! (Llorando.) No puedo.

FEDERIC. Me revelo á tí con absoluta ingenuidad. Soy ya bastante indigno, y no quiero serlo más.

AUGUST. ¡Farsa, comedia! Te rebajas, te humillas para conseguir de mí la separación que deseas.

FEDERIC. ¡Ay, no me conoces! ¡Qué sabes tú! Por algo te oculto las miserias de mi vida. Si conocieras ciertos oprobios que hay en mí, quizás no tendría yo que hacerte ningún argumento para que me dejaras.

AUGUST. ¡Dejarte! Nunca. (Con brío.) Porque si fueras un presidiario te querría lo mismo.

FEDERIC. ¡Corazón monstruoso, nada puedo contra tí! ¡Dispuesto estoy á seguirte, á dejarme arrastrar de tu locura, hasta donde quieras, hasta la condenación eterna... pero no me des nada... no quiero nada.

AUGUST. ¡Hipocresía!... Si lo has de tomar al fin, ¿á qué tanto...?

FEDERIC. ¡Que lo he de tomar!

AUGUST. (Con terquedad.) Sí.

FEDERIC. (Dominando un movimiento de ira.) Veo que los dos estamos dañados profundamente. Yo no puedo salvarme ya; tú sí. Estás á tiempo. Vuelve... allá, vuelve, y olvídame.

AUGUST. (Altanera.) Basta. Esto no puede ser. Tu moral de última hora es ridícula, poco delicada, inconveniente. Tienes razón... (Con ira.) Eres un... No debo decirlo... Tú sentirás la injuria, y me agradecerás que la calle.

FEDERIC. Sin oirla, sé que la merezco.

AUGUST. Y como no está bien que yo trate con hombres indignos... me marcho... sí... (Nerviosa y trémula, se pone el abrigo.) No aguanto más... Esto se acabó...

FEDERIC. (Aparte.) Se acaba... Mejor.

AUGUST. (Aparte.) ¿Pero será capáz de dejarme marchar?

FEDERIC. (Aparte, sentado y calmoso.) No se irá, no.

AUGUST. (Furiosa, queriendo aparentar desdén.) Bien, bien... pero no me marcharé sin decirte que te desprecio, que nunca te he querido... que...

FEDERIC. Y yo te digo que te querré siempre (con frialdad afectuosa), que serás para mí la mujer más digna de respeto...

AUGUST. (Aparte.) ¡De respeto! Si me abofeteara, si me escupiera, no me ofendería como ahora me ofende.

FEDERIC. Adiós.

AUGUST. (Va hacia la puerta, y echando de menos su manguito, vuelve á cogerlo.—Aparte.) ¿Pero me dejará marchar de veras? (Alto.) Adiós... (Va hacia la puerta.)

FEDERIC. Augusta.

AUGUST. (Retrocediendo vivamente.) ¿Qué, hijo mío?... ¡Ah! se me olvidaba también el pañuelo... (Lo coge.)

FEDERIC. (Cariñoso, pero frío, sin moverse del asiento.) No te vayas enojada conmigo... no creas...

AUGUST. ¿Enojada...? no. (Aparte.) Me retiene, quiere retenerme... Pues ahora, golpe maestro... Me marcho resueltamente.

FEDERIC. (Aparte.) No quiere irse. (Alto.) Ven acá. (Dando un paso hacia ella.)

AUGUST. (Aparte.) Aquí es la mía. (Alto.) Déjame. Adiós... (Sale resueltamente.)

FEDERIC. No se va... volverá desde la puerta... (Diríjese al fondo, y escucha.) Pues sí... se va... baja la escalera... La conozco. Volverá mañana.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

ACTO TERCERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La misma decoración del acto primero. Mañana

ESCENA PRIMERA

OROZCO; VILLALONGA

OROZCO. ¿Qué me cuentas?... ¿Pero cuándo ha sido eso?

VILLAL. Anoche ó ayer tarde... No estoy bien enterado de la hora. Lo que sí sé es que Clotildita, harta ya de la tiranía de su hermano, y queriendo arrollar los *obstáculos tradicionales* que la separaban de su horterita, alzó bandera revolucionaria y abandonó la casa de Federico, llevando su ropita en un lío colgado del brazo.

OROZCO. Me gusta el pronunciamiento.

VILLAL. Y viva la democracia.

OROZCO. ¿Y á dónde fué á parar con su cuerpo?

VILLAL. Pues se fué solita, por su pié, á casa de Infante, poniéndose bajo el amparo tutelar de Manolo, y de su tía Carlota. De modo que la tienes de vecina.

OROZCO. ¿Y Federico... intransigente... furioso...?

VILLAL. Atróz...

OROZCO. Pero si mil veces le hemos dicho mi mujer y yo: «tráenos acá á tu hermana, y no te cuides más de ella.» Pero su orgullo consideraba sin duda nuestra protección como una limosna humillante, y ya ves...

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Bien merecido le está! Tanto quijotismo viene á parar en que al fin hay que casar á la descendiente de los Vieras de Acuña con ese... ¿cómo se llama?

VILLAL. Santanita... Pues ten por cierto que nuestro amigo no transige.

OROZCO. Claro: pretendía sin duda que, viviendo su hermana como vive, le hubiera pedido su mano un Hohenzolleru ó un Hapsburgo. ¿De modo que cuando llegue el papá...?

VILLAL. Pero si ha llegado esta mañana... en el *express*... y al entrar en su casa se encontró sin la angelical criatura.

OROZCO. ¡Valiente cuidado le dará! ¿Has visto á Joaquín?

ESCENA II

LOS MISMOS; INFANTE (que entra precipitadamente.)

INFANT. Le he visto yo.

OROZCO. (Con jovialidad) ¿Y qué cáriz trae?

INFANT. Tan meloso, tan sutil, tan insinuante y seductor de palabra como siempre. (Á Orozco.) Me ha encargado que te anuncie su visita para hoy. Viene de Inglaterra con la máxima de que el tiempo es dinero. A las cinco.

OROZCO. Ya tenemos el cometa en el horizonte.

VILLAL. ¡Bienaventurados los pobres, porque no tenemos la influencia maléfica de esas estrellas con rabo!

INFANT. ¡Farsante igual! Estuvo en casa no hace dos horas, á ver á su hija. ¡Oh, qué escena tan conmovedora! Lloraron.

VILLAL. ¡También él!

OROZCO. Joaquín imita el llanto de las personas con una perfección que causa maravilla... (Á Infante.) Pero dime, Manolo, ¿estás contento con la lotería que te ha caído?

INFANT. Pues mira, cuando la vimos entrar anoche... estábamos comiendo... con su lío en el brazo, y detrás un mozo de cuerda con el baul, la primera impresión mía fué muy desagradable. Con cuatro palabras ingénuas, sencillas, dichas con alma, nos explicó su situación. Mi tía Carlota, única persona de viso que la trataba y solía visitarla, por haber sido muy amiga de su madre, la acogió del modo más cordial, y por mi parte no tardé en simpatizar con ella. A estas horas, tanto mi tía como yo le hemos tomado cariño, y abrazamos resueltamente su causa.

OROZCO. Es simpática como su hermano, y ninguno de los dos se parece al papá.

INFANT. ¿Simpática has dicho? Es un ángel.

VILLAL. ¡Eh! poco á poco. Si le habrá salido un rival á Santanita...

OROZCO. ¿Amor, Manolo?

INFANT. Ea, se acabaron las bromitas, y vamos á las veras... (á Orozco.) Yo vengo aquí con una pretensión...

OROZCO. (Vivamente.) ¡Ay, ay! Ya me duele... Me lo temía. Pretensiones á mí!...

INFANT. Pero, hombre, si no me has dejado hablar...

OROZCO. Si te veo venir. Lo de siempre. Esos mocosos quieren caer sobre mí como la langosta.

VILLAL. Inconvenientes de la fama, Tomás. Esos tórtolos inocentes te piden protección.

OROZCO. ¿A mí? ¿Pero qué protección he de darles yo?... Están frescos... Pero este Manolo...!

INFANT. Me dejas hablar, ¿sí ó no?

OROZCO. No; más vale que te calles. Como que el inocente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ese pedirá un destinito para poder casarse. Pues ¿quién mejor que tú?...

INFANT. No se trata de eso... todavía.

OROZCO. ¿Pues de qué?

INFANT. Quiero hablar con Augusta. Me entenderé mejor con ella. ¿Ha salido?

OROZCO. Creo que no.

INFANT. Que venga... Augusta. (Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)

OROZCO. Ya viene.

ESCENA III

LOS MISMOS; AUGUSTA

AUGUST. Ya, ya estoy enterada... Mi enhorabuena, Manolo, protector de los amantes finos, amparo de la inocencia.

OROZCO. Sí, pero nos quiere endosar á los tórtolos para que nosotros...

AUGUST. Les protejamos. Excelente idea. Yo me alegro, y tú también, Tomás.

OROZCO. Siga el jubileo en mi casa. En fin, Manolo, explícate.

INFANT. La joven... repito que es el mismo candor... Desde que entró en casa, no ha cesado de pedirme con verdadero afán que la traiga acá.

OROZCO. (A Augusta.) Ves?

AUGUST. Siempre hemos deseado traerla.

INFANT. Pero de visita... No; en mi casa vivirá hasta el día del bodorrio.

VILLAL. (A Orozco.) No puedes, no puedes librarte...

INFANT. Hoy, casi con lágrimas en los ojos, me ha repetido la súplica: «Lléveme usted, lléveme usted por Dios, á ver al Sr. de Orozco. Tengo que pedirle un favor.» No he querido decirle que sí ni que no hasta no consultaros... ¿La traigo, ó no la traigo?

AUGUST. Sí, sí, queremos verla.

OROZCO. Como has de reventar si no la traes... tráela.

INFANT. Vuelvo al instante. Dentro de diez minutos estamos aquí. (Váse y vuelve.) Y si está el novio en casa, ¿le traigo también?

OROZCO. No, hombre, guárdatele.

VILLAL. Sí, que lo traiga... (Váse Infante.)

AUGUST. Les protejeremos, sí. Lo primerito es casarles.

VILLAL. Sí, creo que es lo más urgente. Después, éste les señalará una pensión...

OROZCO. Yo? No puede ser; y lo siento, de veras lo siento.

VILLAL. ¡Hombre sin entrañas!

AUGUST. Hijo, en este caso has de desmentir tu fiereza, tu crueldad y tu tacañería. ¿Cómo vamos á dejar á esos pobres chicos...?

OROZCO. Tú, tú...

AUGUST. Pues yo, yo...

OROZCO. Adiós, Jacinto. Tengo que prepararme para recibir al *cometa*. (Vase por el despacho.)

ESCENA IV

AUGUSTA; VILLALONGA

AUGUST. ¿Pero usted se ha creído que no haría nada por ellos?

VILLAL. ¿Qué he de creer yo tal cosa? Conozco á Tomás aún mejor que usted... por lo menos, antes que usted.

AUGUST. ¡Pobres chicos! ¡Mire usted que enamorarse de balcón á balcón...! ¡Y aficionarse los dos al matrimonio, y no parar hasta realizarlo! ¡Qué honradéz y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

qué nobleza de ideas...! Nada, Jacinto, reconozca usted que el verdadero amor, el sentimiento primordial que mueve el mundo, no existe ya en toda su pureza más que en la clase de dependientes de comercio.

VILLAL. Por de contado, crea usted que Federico llevará muy á mal que ustedes favorezcan ese matrimonio.

AUGUST. ¿Lo cree usted? No... eso sería ya un fanatismo imperdonable. Se guardará muy bien...

VILLAL. Sermonéele usted...

CRIADO. (Anunciando.) El señor de Malibrán.

ESCENA V

LOS MISMOS; MALIBRÁN

MALIB. Señora y amiga...

AUGUST. ¡Qué sorpresa! No le esperaba. Viene usted como llovido del cielo.

MALIB. No vengo del cielo, sino que entro en él, pues entro donde usted está.

AUGUST. ¡Ay, Dios mío, cuanta finura!

VILLAL. Don Cornelio... (Saludándole.)

MALIB. Don Jacinto... Creí encontrar aquí á Joaquín Viera.

AUGUST. ¿Ha llegado? Presumo que es amigo de usted.

MALIB. Vivimos juntos algunos meses en Londres. Pues estuvo á verme esta mañana. Y á propósito, ¿es cierto que Clotildita...? Y Federico, ¿qué hace...?

VILLAL. Sí; de él hablábamos.

MALIB. Le compadezco... por eso, y por otras muchas cosas. Es un desequilibrado, un cerebral, una contradicción viva, una antítesis...

AUGUST. ¡Vaya, que no trae usted hoy poca sabiduría...!

VILLAL. Su trabajo le cuesta. ¡Hombre dado á las investigaciones...!

MALIB. No lo puedo remediar. Mi pedantería es hija de los desengaños, que me han obligado á estudiar la vida. Compadézcame usted en vez de zaherirme por lo que sé. Y sé más (con finezza de dicción y de intención), mucho más de lo que usted cree.

AUGUST. (Confusa, aparte.) ¿Qué quiere decir?

VILLAL. (Aparte.) Es mucho D. Cornelio este... (Alto.) Cuidado, amigo mío; tanta sabiduría se le podría indigestar, y...

ESCENA VI

LOS MISMOS; CLOTILDE, INFANTE (que entran por la izquierda); OROZCO (que sale del despacho.)

AUGUST. (Adelantándose á recibir á Clotilde.) Clotilde, hija mía...

CLOT. (Turbada.) Señora... (Aparte.) ¡Cuánta gente!... ¡qué vergüenza!

INFANT. (Á Villalonga.) Como no tiene costumbre de sociedad, la pobrecilla no acierta á decir dos palabras. ¿Verdad que es preciosa? ¡Y qué aire tan distinguido...!

AUGUST. ¡Cuánto gusto en verla por aquí...!

CLOT. Yo... señora... yo...

OROZCO. Clotildita...

CLOT. Don Tomás...

OROZCO. Serénese usted. Está entre buenos amigos, que desean su felicidad.

AUGUST. Nos ha dicho Manolo que deseaba usted hablar con Tomás.

(En un sofá colocado á la derecha, se sientan Augusta y Clotilde. Orozco en una silla próxima. Los demás en pié detrás del sofa ó por los lados.)

CLOT. Sí... es verdad, sí... (Aparte.) ¡Qué miedo! No acierto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á decir dos palabras... Yo creí que estarían solos...

AUGUST. Ya supongo... Mi marido y yo nos hacemos cargo de su situación, y estamos dispuestos á mirar por usted, á protegerla...

OROZCO. En lo que sea posible...

CLOT. Gracias, gracias. (Aparte, mirando furtivamente al techo y á los objetos más próximos.) ¡Ay qué casa tan preciosa! ¡Cuándo tendré yo una así!

MALIB. (Á Villalonga.) Es linda de veras... ¡y qué tipito tan aristocrático!

INFANT. Y sobre todo, qué inocente!

VILLAL. Sí, muy inocente... pero no te fíes...

OROZCO. Somos muy amigos de Federico... Bien sabe usted que le queremos mucho.

CLOT. Mi hermano es bueno... Tiene sus defectos...

OROZCO. Como los tenemos todos...

CLOT. Pero su corazón es noble.

OROZCO. También somos amigos de su papá de usted...

CLOT. ¡Qué bueno es!...

AUGUST. Sí, sí; muy bueno...

INFANT. ¡Pero qué candor!

OROZCO. Con sus defectillos, claro.

CLOT. (Vivamente.) Como los tenemos todos.

AUGUST. La resolución que usted ha tomado, es un poco grave... pero sin duda no podía usted seguir en compañía de su hermano.

CLOT. Ah!... no señora... imposible seguir... (Aparte.) ¡Ay, si se fueran esos, yo me explicaría...

OROZCO. Díganos usted...

INFANT. La pobrecilla no se atreve. Yo le ayudaré. Ya debéis comprenderlo. Quieren casarse...

CLOT. Eso es, casarnos...

INFANT. Y como son previsores, piensan en el nido... En

fin, que hay que empezar buscándole un empleo á Santanita.

OROZCO. Ya... su prometido, su novio de usted no tiene oficio ni beneficio. Vive con algún pariente...

CLOT. No señor. Diré á usted. El tío Santana le ocupaba en llevar la contabilidad, dándole una gratificación; pero los negocios de aquella casa hace un año que van de capa caída... « Qué hacemos, qué no hacemos.» Pues economías; y lo primero que se les ocurre es suprimir el chocolate del loro... Al pobre Pepe le tocó ser la primera víctima. Pero bien lo pagan, porque se quedaron sin contabilidad, y ahora cogen el cielo con las manos. Un comercio sin contabilidad, bien sabe usted que es como un corto de vista sin anteojos.

OROZCO. Cierto. (Admiración en todos.)

CLOT. (Aparte.) Gracias á Dios que me voy soltando.

AUGUST. De modo que hoy por hoy al pobrecito Pepe le vendría bien un destinito...

OROZCO. Eso, Manolo, tú... toma nota.

INFANT. De oficial quinto... sí.

CLOT. Pero como los destinos del Gobierno son tan inseguros, pretendemos además otra cosa, por lo que pueda tronar.

AUGUST. ¿Otra cosa?...

VILLAL. Pues no es corta para pedir la inocente.

CLOT. Diré á usted, Pepe es muy despejado, y aunque parece un alma de Dios, es hombre de fibra, sin carácter.

OROZCO. Lo creo.

INFANT. Y simpático... Le he visto hoy, y me ha entrado por el ojo derecho.

CLOT. Huérfano de padre y madre. Veintitres años. Des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los dieciseis trabaja y gana para mantenerse.

AUGUST. Vamos...

CLOT. En la partida doble hace primores; escribe cartas comerciales en francés; tiene título de Perito Mercantil, y se ganó un premio de Economía Política.

AUGUST. ¡Angel de Dios! Señores, es preciso que entre todos le protejamos.

CLOT. En casa del tío Santana... frente á donde yo vivía... llevaba solito todo el peso del escritorio... Nunca sirvió en el mostrador, que repugna á sus hábitos. Pero hoy está decidido á todo con tal de ganar para mantener á la familia. Es incansable en el trabajo. Sabe llevar los libros como los llevan pocos, y en las sumas largas no se le escapa un céntimo; por eso me determino á molestar al señor de Orozco, suplicándole...

OROZCO. Hija mía, yo no tengo casa de comercio.

CLOT. Ya lo sé... pero... Dispénseme si le molesto con mis pretensiones.

AUGUST. Acabe, acabe usted.

CLOT. Pues queremos que el señor de Orozco se interese con los señores Trujillo y Ruíz Ochoa, banqueros, en cuyo escritorio está vacante la plaza de tenedor...

MALIB. Pues esta inocentona no pierde ripio.

OROZCO. ¿Y está usted segura de que hay esa vacante?

CLOT. Como que hoy mismo fué Pepe á preguntar, y en efecto... no la han provisto. Si usted la pide, don Tomás, la plaza es nuestra.

AUGUST. Nada, nada; que Pepito será tenedor.

VILLAL. Tenedor... y ella cuchara... ¡Vaya una niña!

OROZCO. Yo veré... pero entendámonos, Clotildita. Ha pedido usted primero un destino de oficial quinto, después la plaza de tenedor. Supongo que será para

optar por una de las dos, en caso de que...

CLOT. No señor, no se trata de optar...

OROZCO. Entonces... pretende...

CLOT. Las dos plazas.

VILLAL. ¡Demonio con la joven angelical!

OROZCO. ¿Y desempeñará los dos?

CLOT. Perfectamente. Irá á la casa de banca antes y después de las horas de oficina. El destino del Gobierno querémoslo como ayuda en los primeros tiempos. Después lo dejamos. Pepe no ha nacido para oficinas... Tiene vocación de comerciante... pero en grande... sueña con ser rico, y lo será. Yo le ayudaré.

VILLAL. ¿Qué tal, infantillo?

INFANT. Que esta niña vale un imperio.

OROZCO. ¡Pero Clotildilta, acaparar dos plazas, cuando hay tantos que no tienen ninguna!

CLOT. Pues que se las busquen como puedan. Cada cual mire por sí.

AUGUST. Pero será quizás mucho trabajo...

CLOT. ¡Mucho trabajo! Todo el trabajo del mundo le parece poco para su ambición de ganar dinero. Y que hace falta sacarlo de una parte y de otra, porque las necesidades aumentan de día en día, y todo se está poniendo muy caro. La carne por las nubes; el pan...

VILLAL. ¿Pero has visto esto?

INFANT. ¡Qué monada!

MALIB. Es la reina de las hormigas.

CLOT. A Pepe no le asusta el trabajo. Hoy mismo... verán: por las mañanas emplea dos horitas en llevar las cuentas de una tienda de huevos de la Cava de San Miguel. De tarde, la misma faena en un establecimiento de ropas en liquidación, y por las no-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ches se pasa tres horas escribiendo en casa de un notario.

OROZCO. ¿Qué tal? Esto es... de oro.

AUGUST. ¿Y gana, gana cuartos?

CLOT. ¡Que si gana! Hay meses que pasa de treinta duros.

AUGUST. Con los cuales va viviendo; pobrecillo!

CLOT. Y le sobra. Vive como un anacoreta.

OROZCO. También ahorra?

CLOT. Ya lo creo. Yo no le permito que gaste más que lo preciso. Buena soy yo. Afortunadamente no tiene ningún vicio.

AUGUST. Y lo que le sobra, lo va guardando...?

CLOT. No señora... que se lo guardo yo. Así está más seguro.

MALIB. No he visto otra...

VILLAL. Todavía no se han casado, y ya se ha puesto los pantalones.

INFANT. De modo que todo aquel baul que llevó usted á casa lo tiene usted lleno de duros, picarona.

CLOT. No señor... Pepe sabe agenciarse para cambiar su plata por oro... aquí consigue una monedita, allá otra, y así vamos reuniendo...

VILLAL. Ya... y al fondo del baul.

CLOT. Al baul, no.

OROZCO. ¿Dónde guarda usted sus caudales, señorita?

CLOT. Aquí. (Señalando al cuerpo.) En un cintillo.

MALIB. ¡Qué portento de muchacha!

VILLAL. Aprendamos, aprendamos todos...

INFANT. Ahí tenéis la generación que nos ha de barrer... Estos, estos...

VILLAL. Acuérdense de lo que digo. Antes de cinco años, esos tendrán más dinero que nosotros.

AUGUST. Lo primero es casarlos... á escape.

INFANT. ¡Casarlos!... Bien se lo merecen!

CLOT. (A Orozco.) ¿Podemos contar con la plaza de tenedor?

OROZCO. No es cosa mía. Veremos...

AUGUST. Diga usted que sí.

CLOT. (A Infante.) ¿Y con la plaza de Oficial quinto? Apunte el nombre, D. Manuel.

INFANT. Haré los imposibles por conseguirlo.

CLOT. Ustedes son nuestra salvación. Hace un rato, hablando con Pepe de si pedíamos ó no este favorcito, decía él *mañana*; pero yo dije *hoy*, porque yo he creido siempre que eso de dejar las cosas para mañana es perder las buenas ocasiones, y que cuando se ocurre una medida salvadora, debe ponerse en práctica... al instante.

VILLAL. ¡Pero qué chiquilla...!

MALIB. Si todos los solteros que estamos aquí debiéramos pedir su mano.

INFANT. Envidiemos al gran Santanita.

VILLAL. Todos los presentes aceptamos la lección, y juramos proteger á esa pareja, ¡la pareja de los grandes destinos!

AUGUST. Sí, sí, aprended aquí, solterones empedernidos, holgazanes, polilla de la sociedad. Estos, estos son los seres providenciales, los que vigorizan la raza humana, los que hacen poderosas y ricas á las naciones.

CLOT. Gracias, gracias á todos. Nuestra gratitud será eterna.

(Entra un criado y da una tarjeta á Orozco.)

OROZCO. (Levántase y dirígese al otro lado de la escena. A Villalonga y Malibrán.) Ya tenemos al cometa en el meridiano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AUGUST. (Levantándose.) Perdóneme usted, hija. (Dirígese á hablar con Orozco y Villalonga.)

INFANT. (Á Clotilde.) Bien, bien. Así me gusta á mí la gente.

CLOT. Como soy tan corta de genio, no me atreví á hablarles de otra cosa.

INFANT. Qué?

CLOT. Pepe ha buscado ya la casa en que hemos de vivir. ¡Y qué casualidad! La que más le gusta es una que pertenece al papá de Augusta, el Sr. de Cisneros... Pues cuando tenga más confianza, le diré á esta señora que le hable á su papá...

INFANT. ¿Para que les baje el precio?

CLOT. Oh! no; eso nunca; es poco delicado. Para que nos ponga agua, y nos empapele la sala, que está muy fea.

INFANT. Yo me encargo de eso... yo.

AUGUST. (Á Orozco.) Por Dios, Tomás. Temo á tu bondad. Trátale como merece.

OROZCO. Descuída.

AUGUST. (Á Clotilde.) Venga usted conmigo. (Vánse por la puerta de la alcoba.)

INFANT. Vámonos al billar. (Salen por el billar.)

MALIB. (Á Orozco.) Yo dejo á usted.

OROZCO. Despacho pronto. ¿Quiere usted pasar al billar?

MALIB. No; me voy á mi casa ó al Ministerio. Tengo que escribir un sin fin de cartas urgentísimas.

OROZCO. Pues escríbalas usted en mi despacho, y luégo se queda usted á comer.

MALIB. Acepto con mucho gusto... lo primero nada más. (Entra en el despacho.)

ESCENA VII

OROZCO; JOAQUÍN VIERA

VIERA. (Abrazándole con efusión.) ¡Tomás de mi alma!

OROZCO. Joaquín... ¿qué tal... qué me cuenta usted?

VIERA. ¿Y tu mujer? ¡Siempre tan guapa, tan buena!... ¡Qué placer me causa verte!

OROZCO. ¡Cuánto tiempo!...

VIERA. Sí... Y tú estás bueno... buen color... Abrázame otra vez... aprieta, aprieta. Tomás, querido Tomás. Te conocí niño, después mozo, hombre al fin. ¡Cómo reverdecen en nuestra alma los antiguos cariños cuando vamos envejeciendo! Y ahora que me agobian tantas desdichas... ¡Ay, hijo mío! (Con emoción.)

OROZCO. Ya, ya sé que en Madrid ha encontrado usted algunas novedades poco gratas.

VIERA. No me digas... Á Federico me le encuentro medio trastornado... Mi hija... mi angelical Clotilde... Mejor que yo sabes tú lo ocurrido. Figúrate mi pena...

OROZCO. Me la figuro. Pero usted... creo yo... con tanto viajar y las largas ausencias, ha perdido el gusto de la familia, y vive usted demasiado suelto para afanarse por estas menudencias.

VIERA. No, hijo mío, no me juzgues así... Mi vida, ¡ay! es la contínua privación de los bienes que apetece mi alma. Nada más conforme á mi carácter que la estabilidad. Pues heme aquí privado de los goces del hogar, errante por naciones extranjeras, sin oir la voz de un sér amado, sin ver el rostro de una persona de mi sangre y de mi raza. ¡Qué sino el mío, Tomás! Tres grandes atractivos tiene la exis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tencia para mí: mis hijos en primer término; después la tierra, ó sea la propiedad; después los libros, ó sea el estudio y la contemplación de la Naturaleza. (Con ternura y acento firme.) Créelo, estos son los únicos bienes apetecibles, y además las únicas amistades fecundas y verdaderas: la familia, manantial de goces infinitos; el suelo, un pedazo de esa tierra que te devuelve generosa los cuidados que pones en ella; y por fin, el libro sano y ameno que te deleita, te calma y te instruye. Pues nada de esto me concede Dios á mí. Sin duda me priva de lo que más amo para concedérmelo en otro mundo mejor.

OROZCO. Así será. Pero debe usted, con su buena conducta en éste, asegurar la posesión de todos esos bienes en el otro.

VIERA. ¡Buena conducta! (Con asombro.) ¿Qué quieres decir?... Querido Tomás, no me ofendas con un juicio tan... ligero, tan impropio de la elevación de tu alma. O quizás pretendes que sólo es respetable la existencia de los capitalistas, y que la nuestra, la de los pobres, no merece que luchemos, que agucemos el ingenio por ella. No, hijo mío; el derecho á la vida nos corresponde á todos. No vayas á creer que ese derecho va exclusivamente adscrito á las acciones del Banco, al cuatro amortizable, y á la propiedad rústica ó urbana...

OROZCO. (Impaciente.) ¡Lástima de ingenio!... ¿Pero á qué tanto divagar?... No perdamos tiempo, Joaquín, y sepamos el objeto de su visita y de su viaje.

VIERA. (Con emoción, estrechándole las manos.) Tomás, Tomás, mucho me duele que todas mis aproximaciones á tí tengan siempre un objeto... poco grato, al menos

en apariencia. No puedes figurarte la pena que esto me causa.

OROZCO. (Sereno.) No se apure usted, y vea cuán tranquilo estoy.

VIERA. Te quiero... como á mis hijos... casi estoy por decir que más, más.

OROZCO. Gracias.

VIERA. Y no quisiera llegarme á tí sino con la cara risueña.

OROZCO. ¿Por qué la pone usted tan lúgubre?

VIERA. Lúgubre no... es que el asunto es un poco desagradable... Voy á parar á lo siguiente: Siendo tú quien eres, la conciencia más pura que hay bajo el sol, has de tener á gala y orgullo el devolver á sus legítimos poseedores lo que por olvido ó negligencia, no por malicia (con afectación), ¡no, no! está en tu poder.

OROZCO. ¿Y qué es eso que no me pertenece y que yo retengo?...

VIERA. (La mano sobre el pecho.) ¿Dudas de mi palabra?

OROZCO. ¿Pues no he de dudar?

VIERA. Pues mi palabra sola te ha de convencer, sin necesidad de apelar á la prueba fehaciente. Escúchame. ¿Te acuerdas de las obligaciones de *Proctor y Barry*?

OROZCO. Sí que me acuerdo. Todas fueron canceladas, parte el 78, parte el 82. Sobre esto no tengo duda. He revisado estos días el expediente. Todas, todas...

VIERA. Todas... (con sutileza) menos una. Tomás, aguza la memoria. Conozco mejor que nadie los asuntos de la *Humanitaria*, fundación mía y de tu padre. Canceladas las obligaciones... menos una.

OROZCO. Menos una, es cierto, que había sido reservada por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el viejo Proctor para su hija mayor, Adelaida. Dicha obligación la liquidamos cuando murió esta señora allá en...

VIERA. En Sidney. Pero no fué como tú dices, Tomás de mi vida. Haz memoria... no fué así. Liquidásteis una póliza, que esa señora poseía también; pero la obligación, que era de las de ocho mil libras, quedó pendiente, por no encontrarse el documento original. Se hizo una información, que no resultó clara, y el asunto quedó en tal estado. Los Proctor murieron todos en una serie de catástrofes horribles, naufragios, terremotos, epidemias... Sólo queda Benjamín, que recogió á los hijos de Adelaida, y que ha llegado hace poco de Australia.

OROZCO. ¿Y ese Benjamín es el que ha descubierto la obligación perdida?

VIERA. Cierto.

OROZCO. Comprendido... A ver... venga. (Con impaciencia.) Quiero saber qué trazas tiene ese documento.

VIERA. (Sacando un papel.) Ahí está. Examínalo con la proligidad que quieras. (Mientras Orozco examina con profunda atención el documento presentado por Viera, éste se levanta, y con las manos en los bolsillos se pasea por la habitación, hablando para sí.) Á ver por qué registro sales ahora, hipocritón, cuákero de mil demonios. Estás cogido. La red es hermosa, y admirablemente tejida con hilos legales; y por más que la busques, no encontrarás malla rota para escabullirte. (En alta voz.) ¿Qué piensas de eso? ¿Cabe en tí la sospecha ó el recelo de que la obligación pueda ser falsa?

OROZCO. No; es legítima.

VIERA. Luego, yo no soy un falsario, querido Tomás. Devuélveme tu estimación.

OROZCO. La deuda es legal: yo no lo niego; pero surge la duda de que esta obligación esté comprendida en el arreglo que se hizo en 1874. Es, por lo menos, discutible el derecho de Benjamín á realizar este crédito. (Levantándose, entrega la obligación á Viera.) Tome usted su papel.

VIERA. ¿Qué decides?

OROZCO. (Con frialdad y aplomo.) Decido... no pagar.

VIERA. ¿No reconoces la legalidad de la deuda?

OROZCO. La reconozco, pero la declaro prescripta.

VIERA. (Desconcertado.) Reflexiona, Tomás; no te arrebates. Benjamín pleiteará, y te verás metido en un lío espantoso, y perderás con costas.

OROZCO. (Paseándose y mirando al suelo.) Lo veremos. La cuestión es muy problemática.

VIERA. (Con mirada penetrante.) Tomás, eso es... indigno de un hombre como tú. Confórmate con el arreglo que te propongo, en nombre de Proctor, la mitad, cuatro mil libras.

OROZCO. No quiero... ¿Se sorprende usted?...

VIERA. ¿No he de sorprenderme? Soy un hombre muy escrupuloso en cuestiones de moral.

OROZCO. Pues yo no.

VIERA. Que no eres escrupuloso!...

OROZCO. ¡Qué cara pone usted!

VIERA. ¡Tomás, Tomás!

OROZCO. Me he cansado del papel de puritano que la opinión se empeña en hacerme representar.

VIERA. (Aparte.) ¡Pero este hombre se está burlando de mí!

OROZCO. Leo en el pensamiento y en las intenciones de usted como en un libro, amigo Viera. Usted ha visto en mí un ardiente apóstol de la moral pura, capáz de dejarse desollar vivo antes que retener un ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

ravedí que no le pertenezca, y se dijo: «Compro la obligación por una bicoca, lo cual no es difícil, porque los ingleses pasan por todo antes que pleitear en España; me presento con mis papeles en regla; el hombre se amilana; su inflexible rectitud hace mi negocio; cobro á toca-teja, y hasta otra.» ¿Es esto, sí ó no, lo que usted pensaba?

VIERA. Tomás, tú desvarías.

OROZCO. Pues ahora resulta que el hombre de conciencia rígida no existe más que en la infundada creencia de los necios que han querido suponerle así; resulta que Orozco es como todos los que le rodean, ni perverso, ni tampoco santo; que desea mantenerse en el justo medio entre la tontería del bien absoluto y el egoísmo brutal de otros; que no quiere dejarse explotar, sosteniendo el derecho estricto y la moral pura en cuestiones de intereses; de todo lo cual resulta también que al negociante que me escucha le ha salido mal la cuenta, y que por esta vez su maniobra ha sido un verdadero fracaso.

VIERA. (Tragando saliva.) Tú harás lo que gustes. Yo he cumplido contigo. Fracasadas mis gestiones conciliadoras, te entenderás con Benjamín, que inmediatamente entablará la acción correspondiente.

OROZCO. Ese señor hará lo que le acomode. Si quiere pleitear, que pleitee.

VIERA. Ya voy viendo que haces el papel de hombre recto en todo aquello que no afecta á tus intereses. Eso no está bien, Tomás, hijo mío. Yo te aseguro...

OROZCO. No asegure usted más que una cosa.

VIERA. ¿Qué?

OROZCO. Que no pago.

VIERA. (Con sofocada ira.) Pues me pones en un conflicto tremendo. De modo que si el inglés pleitea, y pleiteará, tendré que ponerme frente á tí y al lado suyo ¡qué cosa tan contraria á mis sentimientos!, porque no puedo negarme á ofrecer á la justicia mi conocimiento de la curia española y de cómo se llevan aquí los negocios de cierta clase.

OROZCO. Muy bien.

VIERA. No, no lo haré... Soy mejor que tú.

OROZCO. Lo celebro mucho.

VIERA. Aunque nadie me ha llamado nunca *el hombre modelo*, yo... tengo ideas claras de la justicia, de la propiedad, del derecho... Si no te quisiera como te quiero, te hablaría con mayor dureza. Tomás, Tomás, si aún conservas un resto de cariño para el que fué leal amigo de tu padre, para el que te tuvo tantas veces sobre sus rodillas; si mi voz, mi persona, estas canas hablan algo á tu corazón, trátame de otra manera. No, no puedo tolerar que te veas envuelto en un litigio dispendioso, después del cual, ganado ó perdido, tu honra quedaría por los suelos. No, eso no; tu buen nombre antes que nada. Tomás, hijo mío, es preciso que arregles esto. ¿No comprendes la necesidad imprescindible de cancelar la obligación? Estoy autorizado para negociar libremente, y te propongo una transacción. Si tú eres razonable, yo, en obsequio tuyo... Vamos, quédese la cosa en tres mil libras.

OROZCO. (Flemático, glacial.) Ni un cuarto.

VIERA. Piénsalo... piénsalo, por Dios. Te doy un día para pensarlo.

OROZCO. Aunque me dé usted un siglo, yo... no puedo darle nada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIERA. (Devorando su despecho.) Lo siento por tí... Cree que lo siento... Me das un golpe...

OROZCO. Un golpe tremendo, lo sé... Pero usted... ¡ah! usted es hombre de grandísima resistencia, y después del golpe, sigue tan terne en su campaña, y achicándose en sus pretensiones para asegurar un resultado cualquiera, llegará á proponerme dos mil libras.

VIERA. (Aparte.) ¡Da dos mil libras! (Alto.) Tomás, me ofendes con proposición tan humillante. Rebájate todo lo que quieras; pero no incurras en esa sordidéz vergonzosa.

OROZCO. Pero si yo no le propongo á usted las dos mil libras. Digo que usted las propondrá y que se las niego también.

VIERA. ¿Serías capáz de no recoger la obligación por esa miseria?... ¡Dos mil libras! Tú has perdido el juicio.

OROZCO. Concluyamos. (Con resolución.)

VIERA. ¿Das las dos mil libras?

OROZCO. No; es mucho. De algún tiempo á esta parte me he vuelto muy tacaño.

VIERA. (Riendo.) Ya lo veo... ya.

OROZCO. Doy... Advierto que esta proposición es cerrada, indiscutible. Usted la acepta ó la rechaza, y concluimos.

VIERA. (Con ansiedad.) A ver...?

OROZCO. Doy... mil doscientas libras.

VIERA. ¡Mil doscientas libras! ¿Y no se te cae la cara de vergüenza al hacerme tal proposición?...

OROZCO. No se me cae; vea usted, la tengo donde la he tenido siempre. A decidirse pronto.

VIERA. ¡Oh! lo pensaré... La cosa es grave... Tu obstinación...

OROZCO. Trato hecho.

VIERA. No, no te precipites. Siquiera mil quinientas, Tomás.

OROZCO. No aumento ni un chelín. Y es buen negocio para usted.

VIERA. Pues... por no reñir contigo, por conservar tu amistad... acepto... ¿Y cuándo?

OROZCO. Ahora mismo. Extenderé un talón.

VIERA. No, no.

OROZCO. ¿Qué quiere usted?

VIERA. Dame papel Londres. Una letra de mil libras á mi orden, y á cargo de tus banqueros, los Ruffer. Las doscientas libras me las das aquí en pesetas... ¿Qué cambio?

OROZCO. Pase usted á mi despacho.

VIERA. Ah! sí, tengo que escribir á Londres.

OROZCO. Ahí está Malibrán escribiendo cartas... Extienda usted la letra y la firmaré.

(Aparece Augusta en la primera puerta de la derecha, y se detiene en ella como esperando á que salga Viera para entrar.)

VIERA. Bueno.

OROZCO. Y si quiere liquidar las doscientas libras en pesetas, ahí está la cotización.

VIERA. Supongo que me las pondrás al cambio de 26,50.

OROZCO. Como usted quiera: no reñiremos.

VIERA. (Dirigiéndose al despacho.) Dura está la carne de la oveja... Pobre lobo, conténtate con una hilacha.

ESCENA VIII

OROZCO; AUGUSTA

AUGUST. ¡Qué hombre, qué mónstruo! cuéntame... Yo rabiaba de curiosidad, y abrí un poco la puerta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero no pude enterarme bien. ¿Le has dado algo?

OROZCO. Lo menos posible.

AUGUST. ¡Ay! deja que me reponga del terror que me causa.

OROZCO. ¿Terror?... A mí me divierte. Histrión más perfecto no creo que exista.

AUGUST. Pero qué...? Creí entender algo de una obligación olvidada.

OROZCO. Sí, de las de ocho mil libras.

AUGUST. ¿Pero es legítima? Porque ese sería capáz de falsificar...

OROZCO. Es legítima.

AUGUST. ¿Y qué... te has negado á pagarla?

OROZCO. Aunque bien pudiera sostenerse la prescripción, yo no la admito, no puedo admitirla, y el crédito ese, como deuda sagrada, debe pagarse.

AUGUST. Tomás de mi alma ¿serás capáz...?

OROZCO. Ten calma. No sabes...

AUGUST. Tu rectitud ha venido á ser una verdadera demencia. Esas deudas fiambres, obscuras y antediluvianas no se pagan nunca. Consulta el caso con todos los hombres de negocios, y verás...

OROZCO. No me hace falta consultar á nadie. Esa obligación pendiente pesa sobre mi conciencia, y no estaré tranquilo hasta que de ella no me descargue.

AUGUST. ¡La conciencia...! (Alarmada.) Explícate: ¿pagas...?

OROZCO. Sí; pero no he dicho que á Viera.

AUGUST. Pues no lo entiendo. ¿Es ó no Joaquín poseedor legítimo de la obligación?

OROZCO. Lo es. Hoy, antes que él viniese, recibí carta de Horacio Ruffer, en la cual me dice que Viera dió por esa obligación un diez por ciento de su valor nominal, es decir, ochocientas libras. Yo le doy el quince, mil doscientas libras.

AUGUST. Y negocio concluído.

OROZCO. Concluído por parte de él; por parte mía, no, porque pienso pagar íntegramente... De modo que aún tengo en mi poder (calculando) libras... seis mil ochocientas.

AUGUST. ¡Pagar íntegramente!... ¡y á quién! (Alarmada.) Ay, hijo, yo voy á llamar á un médico. Tú estás malo, Tomás... ¿Has pensado bien...? Explícame, por Dios.

OROZCO. Escúchame. Joaquín es un mónstruo; tú lo has dicho. Entre sus muchas responsabilidades ante Dios y los hombres, la más notoria es la perversa educación de sus hijos: el abandono en que los tiene, sin apoyo moral, sin medios honrosos de subsistencia. La penuria, la falta de autoridad doméstica, condujeron á Federico... bien lo sabes... á una vida de angustias humillantes. Por las mismas causas, Clotildita se ve precisada á buscar marido de una manera... poco decorosa. Y yo digo: ¿rectificar los errores de ese aventurero, no es un acto de alta justicia? ¿No procedo con absoluta equidad, sustrayéndole, con astucia no inferior á la suya, la mayor parte de lo que le pertenece, para mejorar con ello la existencia de sus infelices, olvidados hijos? (Augusta, paralizada por la estupefacción, no acierta á decir palabra alguna.) ¿Has oído aquello de que «ladrón que roba á ladrón...?» Pues sí, yo, yo le quito á ese tunante el valor casi íntegro del crédito que adquirió, se lo estafo con regocijo y satisfacción santa de mi conciencia.

AUGUST. ¡Oh, qué grandeza... increíble grandeza de alma! ¿Tú eres el ladrón... de ese...?

OROZCO. Y no sólo soy su ladrón (con elevado humorismo), sino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su asesino, porque le mato, le entierro, le doy por fenecido, puesto que entrego su peculio á sus herederos... ¿Lo comprendes ahora? Pues con las seis mil ochocientas libras, constituyo un fondo, que dividido en partes iguales, poniéndolo á nombre de Federico y de Clotilde, en títulos intransferibles. Federico podrá vivir de este modo en modesta holgura, y si es hombre capáz de apreciar los beneficios de la vida ordenada, no dudo que se corregirá de ciertos hábitos... En cuanto á Clotilde, no hay que decir que sabrá sacar partido de su herencia.

AUGUST. (En un rapto de entusiasmo.) Tomás, me rindo á tu bondad y á tu entendimiento, que ya me parecen sobrenaturales... ¡Qué hombre! ¡Qué gloria para mí tenerte! (Le abraza con efusión.) ¡Debo adorarte de rodillas! ¡Qué grande eres!... ¿Ves?... se me saltan las lágrimas de alegría... de admiración...

OROZCO. No creo que Federico, presentada la cuestión de este modo...

AUGUST. ¡Oh, no... imposible!

OROZCO. Háblale tú... explícale... Hazle comprender...

AUGUST. Veremos... Hoy vendrá á comer.

ESCENA IX

LOS MISMOS; VIERA, MALIBRÁN (que salen del despacho, ambos con varias cartas en la mano.)

OROZCO. (Tocando un timbre.) ¿Han escrito ustedes? Que lleven las cartas al correo. (Entra un criado, que recoge las cartas.)

VIERA. (Á Augusta.) Señora mía: dicha y honor grande es para mí besar sus piés, ponerme á sus órdenes y saludarla como gala de esta sociedad, compañera

de mi mejor amigo, y ángel de bondad y de virtud.

AUGUST. ¡Jesús, qué incienso!... Gracias, Joaquín... Me asfixia usted... (Á Malibrán.) ¿Pero estaba usted ahí?

MALIB. Tomás me ha permitido contestar aquí mi correspondencia extranjera.

AUGUST. (Con énfasis.) Ah! Flojitos negocios trae usted entre manos. Ya me figuro los sobres... «al canciller príncipe de Bismark... al canciller de Austria-Hungría... al *signor* Crispi...» ¡ja... ja...!

MALIB. (Aparte á Augusta.) Qué graciosa! Por burlarse de mí, ha sacado á relucir la *Triple Alianza*. Es que anda usted muy preocupada estos días...

AUGUST. Con qué?

MALIB. Con eso... con la triple alianza... (Aparte.) Vuelve por otra.

VIERA. No le haga usted caso. Hemos pasado el tiempo charlando. ¡Y qué historias me ha contado este don Cornelio, que todo lo sabe!... ¡Pero qué historias!... Estoy horrorizado, Augusta. ¡Las cosas que pasan en este Madrid...!

AUGUST. Sí, pasan cosas horribles, sobre todo desde que ha venido usted. (Á Malibrán.) Se queda usted á comer?

MALIB. No, gracias. Cómo en la legación turca. Y con su permiso... (Despídese Malibrán.)

OROZCO. Pero se va?

AUGUST. Sí, nos deja por los turcos.

VIERA. ¡Pero qué historias sabe este Malibrán!... ¡Y qué bien las cuenta!...

MALIB. Hasta la noche... (Vase.)

VIERA. (Á Augusta.) Usted, amiga mía, ha venido á desenojarme con su apacible y dulce trato, más propio de ángeles que de mujeres. Este hombre, á quien quiero como á un hijo, me ha tratado muy mal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AUGUST. Vamos, que no va usted descontento...

VIERA. Abusa de su superioridad, como todos los mimados de la fortuna. Tomás, díme: ¿qué bienes existen, dentro de lo humano, que tú no poseas? Todos los tesoros que Dios concede á los mortales, cuando se le antoja, han llovido sobre tu casa. Eres rico, vives estimado y ensalzado como un ídolo de estas muchedumbres burguesas que dan y quitan las reputaciones... y por encima de tantas glorias, hombre bendito, descuella la de poseer esta joya, cuyo precio ninguna lengua puede medir, ni ponderar... este ángel de fidelidad y de pureza que convierte tu casa en un cielo... esta mujer divina, en la cual la hermosura, con ser tanta, es eclipsada y obscurecida por la virtud...

AUGUST. Basta... (Aparte.) Me causa terror este hombre.

OROZCO. La adulación es la fuerza de los débiles.

VIERA. (Aparte.) La venganza es el placer de los dioses. (Alto.) Una sola cosa falta aquí.

OROZCO. Faltan tantas!...

VIERA. Vaya, que os he encontrado un defecto.

OROZCO. Habrá muchos.

VIERA. No, uno sólo... Que no tenéis hijos... *¡Macbeth no tiene hijos!*... Todavía... quién sabe! En eso os gano yo, que los tengo.

OROZCO. Para el caso que usted les hace...

ESCENA X

LOS MISMOS; CLOTILDE, INFANTE (que salen por la derecha.)

AUGUST. (Dirigiéndose á ellos.) ¿Se van ya? ¿Por qué no se quedan á comer?

INFANT. No, la tía Carlota tendría celos... (Por Clotilde.) Le hé enseñado toda la casa.

CLOT. (Aparte.) ¡Vaya con el lujo que gasta esta gente!

AUGUST. Es de usted.

CLOT. Gracias. Cuando Pepe gane mucho dinero, que lo ganará, y seamos ricos, tendremos una casa como ésta... ¿verdad?

AUGUST. Sin duda. (Continúan hablando.)

OROZCO. (Después de examinar un papel que le da Viera.) Está bien: liquidadas las doscientas libras á 26,50, resultan pesetas cinco mil trescientas. Extenderé el talón enseguida. ¿Y la letra?

VIERA. Si no me diste timbre.

OROZCO. Yo la pondré. (Dirígese al despacho.)

VIERA. Ah! mi hija... Clotilde...

CLOT. Papá...

VIERA. ¿Estás contenta?

CLOT. ¿Cómo no estarlo en esta casa?

VIERA. Sí, aquí moran todas las dichas.

ESCENA XI

LOS MISMOS; FEDERICO (que entra por la izquierda, y al ver á Clotilde y su padre, se detiene en la puerta.) Después OROZCO.

FEDERIC. (Aparte.) Mi padre... Clotilde.

AUGUST. (Viéndole.) Adelante...

VIERA. Ya tenemos aquí al caballero de los espejos... digo, de los escrúpulos.

AUGUST. Vamos, abrace usted á su hermana.

FEDERIC. Usted lo quiere?

AUGUST. Y lo mando.

VIERA. Quien manda manda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FEDERIC. Pues sea. (La abraza.)

AUGUST. Hay paces?

FEDERIC. Con ella sí, con ella sola. Desconoce la vida, y no sabe el daño que causa.

VIERA. Si la conoce... Esta sale á mí: tiene la veta económica. Tú sales á tu madre, toda imaginación y susceptibilidad.

INFANT. En fin, á lo hecho pecho, y puesto que Clotilde ha decidido por sí de su suerte, no hay más remedio que transigir.

FEDERIC. Yo... nunca.

VIERA. Yo sí... y les bendigo, y que sean felices. (Abraza á Clotilde.)

OROZCO. (Que sale del despacho con la letra de cambio y el talón. Á Viera.) Aquí está el talón... y la letra.

VIERA. Toma la obligación. (Recoge los valores que le da Orozco y los guarda en su cartera.)

FEDERIC. (Aparte, observándole.) Ha habido negocio. Recibe dinero.

VIERA. Pues sí, les doy mi bendición (mirando á Orozco) pero soy pobre, y no puedo darles nada más. (Á Clotilde.) No te importe. (Con fingida emoción.) Has caído en buenas manos. (Por Orozco y Augusta.) Ellos saben emplear en el alivio de todas las penas, en el remedio de las necesidades humanas, los inmensos bienes que Dios les ha concedido, y que por sus merecimientos y virtudes... les aumentará.

AUGUST. (Aparte.) Su frío sarcasmo me envenena.

OROZCO. (Aparte.) Nunca ví cómico igual.

VIERA. (Á Federico.) Y tú, buen mozo, (abrazándole) tampoco necesitas para nada de este viejo. Tampoco á tí te faltan apoyos, truhán. Nadie como tú. Tomás, Augusta, ¡cuánta gratitud os debo! (Casi llorando.)

No tenéis hijos, y me quitais los míos. Adiós, adiós.

OROZCO. (Dándole la mano.) Hasta otra.

VIERA. Ya no más. (Aparte.) Hipocritón, tengo quien me vengue. (Váse por la izquierda. Orozco le acompaña hasta la puerta.)

AUGUST. (Aparte.) Se va... Ya respiro.

CLOT. Adiós.

INFANT. Salgamos por aquí. (Por el salón.) (Augusta besa á Clotilde y la acompaña hasta la puerta del salón.)

OROZCO. (Á Federico.) Viejo menguado y torpe, ¡qué inocente va de la trastada que le juego!

FEDERIC. ¡Tú!

OROZCO. Yo.

FEDERIC. (Aparte, confuso.) ¿Qué pasa aquí? No entiendo una palabra. (Alto.) Y qué...? (Mirando alternativamente á Augusta y Orozco.)

OROZCO. Nada... (Mirándole fijamente.) Después te lo diré. (Cogiéndole por un brazo.) Ya te tengo cogido. (Augusta les mira desde el fondo de la escena.)

FIN DEL ACTO TERCERO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO CUARTO

Habitación modesta y desordenada en casa de Federico. La puerta de la derecha conduce á la alcoba; la del fondo á la sala. Por la de la izquierda entran los que vienen de la calle. Una mesa. Sobre ella papeles, libros, tazas, tintero, todo colocado desordenadamente.)

ESCENA PRIMERA

LEONOR (que entra de la calle); BÁRBARA

BÁRB. Que no la engaño á usted. No está.

LEONOR. Sí que está... Pásele recado. (Con altanería.)

BÁRB. Pero señora... (Aparte.) ¡Qué modos!

LEONOR. A mí no puede negarse. Dígale usted que soy Leonor... (Bajando la voz.) Leonor. Sé que está enfermo, y por eso he venido. Tengo que hablarle con precisión.

BÁRB. Vaya, le diré la verdad. (Bajando la voz y señalando á la derecha.) Está, sí... pero se ha echado un rato... Creo que ha cogido el sueño. Pasó muy mala noche, y por nada del mundo le despertamos.

LEONOR. Pero qué tiene?... Tu abandono... falta de asistencia. No saben ustedes cuidarle.

BÁRB. ¿Que no? Anoche, mi hermana y yo no hemos pegado los ojos... Tacitas de té y de tila, copas de Jeréz, cucharaditas de cloral, qué sé yo... Con nada se calmaba. Delirando toda la santa noche. Ya nos decía frases cariñosas, ya palabras malsonantes que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la avergüenzan á una. Y á lo mejor se echaba de la cama, se vestía de prisa y corriendo, y andaba por toda la casa hablando con... con nadie, porque nadie había; pero él hablaba como si viera fantasmas, ó personas figuradas por su imaginación. Pues esta mañana... crea usted que partía el corazón.

LEONOR. ¿Qué... qué hacía?

BÁRB. En su alcoba, junto á la cama, tiene un retrato de su mamá, en un cuadro magnífico ¡cosa buena!, así como de un palmo. Pues hoy, serían las nueve, después de hacer y decir mil disparates, descolgó el retrato, y abrazándole como se abraza á un niño, le daba besos y le decía cosas... Ay! mi hermana y yo nos echamos á llorar, y estábamos todos en casa como si se nos hubiera muerto alguien.

LEONOR. Pobrecito!

BÁRB. (Acercándose de puntillas á la puerta de la izquierda.) Me parece que está despierto y levantado, sí...

LEONOR. Ah! sí... aquí está. (Entra Federico por la derecha leyendo en un devocionario.)

BÁRB. Aquí tiene una visita. (Federico no contesta, absorto en la lectura.)

LEONOR. Pero chico... que estoy yo aquí.

FEDERIC. Ah!... Leonorilla. (Vuelve á leer.)

BÁRB. Por las trazas, tenemos en casa á la mismísima *Peri*. (Váse.)

ESCENA II

LEONOR; FEDERICO

LEONOR. Aquí me tienes. Te escribí... no me contestaste, ni fuiste por allá. (Observando que Federico, sin hacerle caso, se sienta con muestras de cansancio, y vuelve á fijar

su atención en el libro.) Pero, hijo, qué manera de recibir visitas!

FEDERIC. Ah! sí, dispensa... Leía... Este es el libro de oraciones de mi madre... el recuerdo más vivo que conservo de ella... Mi madre fué una santa, Leonor, una mártir. (Leonor hace un movimiento para coger el libro.) No, no... quita. Esto es sagrado, y no puede ir á tus manos.

LEONOR. Ay! es verdad.

FEDERIC. Te permito tocarlo... nada más que aplicar la punta de los dedos... (Leonor lo toca.)

LEONOR. A ver si se me pega algo.

FEDERIC. Basta...

LEONOR. No... verás cómo no se me pega nada.

FEDERIC. Ah! antes que se me olvide. (Deja el libro sobre la mesa, y abre un cajón de la misma, saca billetes y se los enseña.) Mira.

LEONOR. ¡Billetes! Ay! Déjame que los toque... Me muero por ellos.

FEDERIC. Para tí los quería.

LEONOR. ¡Chico!... ¿Qué? te ha soplado la musa?

FEDERIC. Con un poco de suerte, y algo que me dió mi padre ayer, al partir para Inglaterra, he reunido eso, que es para tí. No te doy la cantidad completa que me prestaste. El resto... cuando se pueda.

LEONOR. (Cogiendo los billetes.) ¡Ay, hijo de mi alma! Dame acá. Me hace una falta atróz. ¡Qué bonito es tener dinero! Él será todo lo vil que se quiera; pero ¡qué aburridos vivimos cuando no le vemos la cara!

FEDERIC. Venías por él?

LEONOR. No; es que tenía que hablar contigo de un asunto. (Aparte.) No me atrevo á decírselo. Me da mucha pena. (Alto.) Por lo que veo, nadas en la opulencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FEDERIC. ¿Nadar yo? Dí más bien que pataleo. Ya no tengo salvación. Cuando salgo de un compromiso, casi de milagro, viene otro, y después otro. Corren hacia mí, pisándose la cola. No veo ni aun probabilidades de evitar la insolvencia y la deshonra. (Sombríamente.) Soy hombre perdido.

LEONOR. No te aflijas, tontín. Confía en Dios. Puede que te caiga una herencia.

FEDERIC. (Agitado.) ¡Una herencia! Leonor... tus bromas me lastiman.

LEONOR. Pues yo también ando mal. Tengo que inventar algún negocio. Debo más que el Gobierno, y ese condenado *gaditano* va á dar con mis pobres huesos en un hospicio. Ahora está conmigo hecho una confitura. Como que necesita cuartos. Pues dice que soy yo otra como *La Traviatta* (riendo), y que él me va á redimir, á volverme honrada, y qué sé yo qué... ¡qué risa! Parece que ahora va á venir su padre, para quitarle de mí y llevárselo, y él pretende que, cuando su papá venga á verme, haga yo el papel de tísica arrepentida, tosiendo con sentimiento, y pintándome ojeras... vamos, como *La Traviatta*, para que el buen señor se ablande y nos eche su santa bendición... ¡qué risa! Con estas pamplinas, ello es que me está dejando por puertas. (Federico se muestra triste y caviloso, sin prestarle atención.) ¿Pero qué tienes hoy? ¿Estás enfermo... ¿qué te pasa?...

FEDERIC. Ya puedes figurarte... ¡Me pasan tantas cosas... tantas...!

LEONOR. Á mí no me la pegas tú. ¿Por qué no me confías tus secretos? Sé lo que son penas, y en lo tocante á penas de amor, no hay quien me gane. Podría poner cátedra de esto en la Universidad, y saldría yo con mi birrete color de rosa, y mi toga de batista, á explicar á los chicos el tratado de fatigas de amor.

FEDERIC. ¡Qué mona eres!... Figúrate cómo estaré, que ni con tus gracias puedo reirme.

LEONOR. (Aparte.) Malo está el pobre... No, no se lo digo... me volveré á casa sin decírselo...

FEDERIC. Y...?

LEONOR. Qué?

FEDERIC. ¿No tenías algo que decirme?

LEONOR. Sí... pero no... no era nada. (Aparte.) Pues sí, más vale que lo sepa, aunque le duela. (Alto.) Escucha... ¿te lo digo?

FEDERIC. Sí, mujer.

LEONOR. Sí, aunque te desagrade, es mejor, para que estés prevenido. Anteanoche, en casa, Malibrán se desbocó.

FEDERIC. ¿De veras?

LEONOR. El condenado vació de golpe el saco de las picardías, y allí saliste, chico, allí salió también ella... En fin, que lo sabemos todo. Basta de comedias conmigo.

FEDERIC. ¿La nombró? (Con vivo interés.) ¿Pero la nombró?...

LEONOR. Claro que sí. Los nombres son la salsa de estos guisos.

FEDERIC. Repíteme todo, todo lo que hablaron, aunque sea lo más indigno, lo más...

LEONOR. ¿Todo, todo?... Pero mira, no te enfades. Son cosas que dicen los hombres cuando hablan unos de otros... borricadas, simplezas. Ya puedes comprender. Es de clavo pasado que, tratándose de señora rica y galán pobre, lo primero que se ha de decir es que ella le paga las trampas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FEDERIC. No, no dirían tal atrocidad.

LEONOR. Sí que lo dijeron. Me parece que fué el marqués...

FEDERIC. ¿Y tú te callaste?

LEONOR. Buena soy yo para callarme, tratándose de tu honor, que es lo mismo que el mío... (desdiciéndose) digo, no... como el mío no, porque yo no lo tengo. En fin, te defendí como una leona, sosteniendo que tú no eres capáz de tomar dinero de ninguna mujer. Claro, había que decirlo así.

FEDERIC. Sigue. ¿Y qué más?

LEONOR. Pues dijo Cornelio... te advierto que se le fué un poco la mano en la bebida... dijo que se había propuesto averiguar... ya me entiendes... y que después de andar muchos días hecho un polizonte, os descubrió el burladero.

FEDERIC. ¿Y dónde... á ver... dónde dijo?...

LEONOR. Se lo calló muy bien callado, por más que los otros le marearon para que cantara.

FEDERIC. Es que no lo sabe.

LEONOR. Ay! no seas tonto. Lo sabe; se le conoce en la manera de decirlo.

FEDERIC. Pues mejor.

LEONOR. Mira, niño, ándate con tiento, porque es muy fácil que te veas envuelto en una cuestión muy mala. Por eso he querido prevenirte.

FEDERIC. Prevenido estoy, suceda lo que quiera.

LEONOR. No te envalentones. Mira que... ¿No temes á Orozco?... Dijo Malibrán que ese señor tiene cataratas, y que él se las va á quitar.

FEDERIC. Pues que se las quite. Mejor...

LEONOR. No digas tal.

FEDERIC. (Exaltado.) ¿Pues qué piensas tú? Si siento vivos deseos de enterarle yo mismo?

LEONOR. ¿Qué dices? Chico, tú no tienes tu cabeza buena. ¡Tú! ¿De manera que tú mismo dejarás al descubierto á la que te quiere tanto?

FEDERIC. Tienes razón... Tú conservas el sentido claro de las cosas, y yo lo he perdido completamente. Siento, pienso y digo los mayores despropósitos... (Con amargura.) Leonorilla... ¡Ay! tú eres la única persona que veo con gusto en esta ruina de mi espíritu. Entre tantas caras que me ponen un ceño antipático y hosco, sólo la tuya resplandece. ¿Verdad que es raro? Pero siempre ha de haber algo que no se entiende, y lo que no entendemos, adviértelo, es lo que más consuela. Las cosas muy sabidas y muy estudiadas, hastían el alma. Las que se nos presentan en términos vagos, confundiendo nuestra razón, son las que nos confortan y nos alientan.

LEONOR. (Aparte.) No tiene la cabeza buena, no. (Alto.) Pues para consuelo, para medicina de tu alma, aquí me tienes. Sigue mis consejos y verás. No te amilanes. Entre tú y Manolito Infante, cogéis á Malibrán y le metéis el resuello en el cuerpo. Yo puedo deciros de él cosas muy feas, pero muy feas... No tenéis más que amenazarle con publicarlas si no calla, y callará como un plato de habas... Así se hacen las cosas... y pecho á los rum-runes, y no hagas caso. Sigues, seguís achantaditos, y quién sabe si al fin, lo que hoy parece un peligro, será tu salvación.

FEDERIC. ¡Salvarme yo! No lo esperes.

LEONOR. Monín, tú estás mal, mal, mal, y el gusano que más te roe por dentro, es ese pícaro... vamos, el no tener... (Señal de dinero.) Si pudieras arreglarte... Si llegaras á contar con un tanto fijo...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FEDERIC. No hay posibilidad de que cambie mi manera de vivir.

LEONOR. Pues sí que la hay... ¿Te la digo? Pero no te me enfades. Pues... allá voy... Me parece una barbaridad que pases tantas amarguras, teniendo esa amiga tan ricachona.

FEDERIC. ¡Leonor! ¡También tú!

LEONOR. No, miquito, yo no digo que tú le pidas... digo que de ella debiera salir el ofrecerte una cantidad gorda, para que de una vez...

FEDERIC. (Irritándose.) Quita, quita. Déjame en paz.

LEONOR. Anda... tonto. Fuera remilgos. (Remedándole.) El honor... la *dignidáz*!... Vamos, que buenos miles podría darte... y algo me había de tocar á mí.

FEDERIC. (Con tristeza y desaliento.) ¿Por qué me lastimas, por qué me hieres así?

LEONOR. ¿Te incomodas? Pues tómalo á broma.

FEDERIC. Te lo tolero como chiste.

LEONOR. Eso, como chiste. ¿Sabes lo que dice mi marqués? Que el chiste de hoy es la seriedad de mañana.

FEDERIC. O en otra forma: que arrojas á la calle un chascarrillo, y sin saberlo has plantado la simiente de una tragedia.

BARB. (Entra por el fondo.) Un señor...

FEDERIC. ¿Quién?... (Aparece Orozco en la puerta del fondo.)

LEONOR. (Aparte.) ¡El marido de la de Orozco! Yo me las guillo. (Alto.) Quédate con Dios. (Aparte.) Se armó la gorda. (Váse.)

ESCENA III

FEDERICO; OROZCO

FEDERIC. (Con sorpresa y espanto, al ver avanzar á Orozco.) ¡Otra vez!...

OROZCO. (Con asombro.) ¿Qué?... Soy yo.

FEDERIC. (Desvariando, excitadísimo.) Tú... sí... ¿qué quieres?... ¡Otra vez ante mí!... déjame, déjame.

OROZCO. (Inquieto.) ¿Qué es esto?... ¿Qué te ocurre?

FEDERIC. Por tercera vez me visitas... Basta, basta. Ya te dije que no quiero, que no puedo...

OROZCO. (Confuso.) ¡Por tercera vez! Pero cuándo...?

FEDERIC. Anoche...

OROZCO. ¡Anoche! Tú deliras... ¡Pobre amigo! Si no nos hemos visto desde anteayer, cuando estuvo tu papá en casa...

FEDERIC. ¡Que no nos hemos visto!... (Turbado.) Tomás... tú no eres tú; no estás realmente aquí... Lo que veo es tu sombra, tu imagen, hechura de mi pensamiento, de esta idea infame, que habiendo agotado dentro de mí sus formas de suplicio, sale y me atormenta desde fuera.

OROZCO. ¡Qué disparate! Soy yo... Mírame, tócame. (Le abraza cariñosamente.) Soy tu amigo, que te quiero, que deseo salvarte de la miseria, de la deshonra...

FEDERIC. Ah!... (Dejándose abrazar, vencido de la emoción.) Perdóname... no sé lo que digo... Estoy enfermo... (Despejándose.) Anoche... efecto sin duda de las dificultades que me agobian... tuve horas de cruelísimo insomnio... después intensa fiebre... te ví... entraste en mi alcoba... salté del lecho... hablamos... te dije...

OROZCO. Vamos, que he venido á ser tu idea fija...

FEDERIC. Y al romper el día, después de un breve sueño en este sillón... entraste con la claridad del alba...

OROZCO. ¡Con el alba yo!... (Jovial.) ¡Qué madrugador me he vuelto! Vaya, chico, no más... basta. Acabarás por marearme á mí también... Conste que no nos he-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos visto... realmente, desde anteayer, y que ahora vengo á tratar contigo... ya supondrás de qué...

FEDERIC. Lo adivino... lo sé... y es inútil...

OROZCO. (Sentándose á su lado.) Aquel día, después de comer, te manifesté... ya lo sabes. Me respondiste que lo pensarías. Y anoche, Augusta me ha llenado de asombro diciéndome que te mostrabas inclinado á rechazar lo que te ofrecemos.

FEDERIC. Le dije... yo creí habértelo dicho también á tí... anoche... Pero pues aseguras que soñé... te lo digo ahora. Tomás, no puedo aceptar.

OROZCO. Pero qué razón...? Dame una razón...

FEDERIC. Que no quiero, que no puedo...

OROZCO. Advierte que es una herencia, herencia un poco extraño en la forma...

FEDERIC. Sí, la forma es hábil, exquisita, como invención de tu ingenio sublime, tan grande como tu generosidad.

OROZCO. No se hable de generosidad... No saques ahora el fastidioso argumento de tu delicadeza.

FEDERIC. Es mi razón suprema... y el único capital del pobre.

OROZCO. Eso es ya ingratitud, orgullo satánico.

FEDERIC. Es que yo sostengo que Satanás era un ángel... muy delicado.

OROZCO. Pase como chiste... Ea, al grano. Díme, ¿cómo te rebaja el beneficio otorgado por un amigo, y no te envilecen otras cosas? Tus expedientes angustiosos y degradantes para vivir no te sonrojan, y en cambio...!

FEDERIC. Es que son hábitos, y ya no puedo vivir sin ellos. Tomás, Tomás, me duele mucho decírtelo; pero te lo diré. Soy vicioso. La idea de una vida sosa y co-

rrecta, con el bienestar acompasado de un modesto rentista, me causa horror. No quiero esa vida, no la quiero. El veneno se ha adaptado á mi naturaleza, y ya no puedo existir sin él.

OROZCO. ¡Palabrería, farsa! ¿Cómo pretendes hacerme creer que prefieres esa vida de sobresaltos...?

FEDERIC. Créelo, sí. Detesto la tranquilidad. No sé cómo hacértelo comprender. Los conflictos diarios, las angustias, el no respirar, el no vivir, la excitante lucha, prodúcenme placer insano. Soy como el borracho incorregible que se siente envenenado por el alcohol, y lo apetece con todas las energías de su naturaleza. Yo apetezco el mal, el picor terrible de las dificultades pecuniarias, las emociones del azar, con sus desmayos hondos y sus alegrías delirantes.

OROZCO. Nada de eso pertenece á la realidad. O es un desvarío de enfermo, ó tus argumentos sirven para ocultar alguna poderosa razón, que ignoro. Hazte cargo de que tu padre, de un modo inconsciente, es quien...

FEDERIC. No nombres á mi padre. Obra tuya es esta idea, esta combinación que tiene una cara divina y un reverso diabólico. Te conozco bien. Tomás, despréciame, no hagas caso de mí. Yo no merezco ni que me mires siquiera.

OROZCO. No salgas ahora por ese registro de las alabanzas para aturdirme. No hables de generosidad. ¿Te molesta mi protección? Pues nada verás en mí que te la recuerde. ¿Quieres mostrarte ingrato? Mejor. A mí me gusta la ingratitud... Y si las anomalías de tu carácter te llevan á pagar este beneficio con alguna acción fea, aunque sea de las más villanas, á mí no me importa... Mejor. Me agrada recibir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mal por bien. Así se purifica nuestra voluntad; así se templa nuestro espíritu para adquirir firmeza y vigor, que lo hacen inconmovible ante los peligros de que le cerca la miseria humana; así nos aproximamos un poco á la Divinidad, que si nos parece tan grande, es por la indiferencia con que mira impávida, desde su altura, á los que continuamente la desprecian, la ultrajan ó la escupen.

FEDERIC. (Con exaltación.) Tomás, si te digo que me pareces sobrenatural, no expreso todo lo que siento... Déjame: tengo que añadir que... tu perfección me lastima... Yo también... á mi modo... quiero ser perfecto... yo también quiero acercarme á la divinidad... No me gusta que nadie suba más que yo:..

OROZCO. Pues te dejaré. (Aparte.) ¡Infelíz, qué pena dejarle así! (Alto.) ¿De modo que no hay manera de reducirte?

FEDERIC. No, no discurras más. ¿Para qué? Convéncete de que anhelo ser pobre. (Con sarcasmo.) Me ha dado por ahí... La riqueza te sirve á tí de escala para remontarte á la perfección; pues yo quiero que mi escala sea la indigencia. Penuria, vergüenza, mortificación, sufrimientos: eso es lo que necesito para regenerarme.

OROZCO. (Con humorismo.) ¿Santidad tenemos?

FEDERIC. ¿Por qué no? ¿Es que quieres tú monopolizarla?

OROZCO. De ningún modo.

FEDERIC. ¿Te molesta la competencia?

OROZCO. (Aparte.) ¡Perturbado está de veras! (Alto.) Díme, ¿te irrita la protección que hemos dado á tu hermana y á su novio.

FEDERIC. Sí... tal vez... esa es la causa de que no podamos entendernos.

OROZCO. Vamos, no sé cómo tengo paciencia para oirte. Lo que á tí te hace falta, bien lo sé yo...

FEDERIC. Una camisa de fuerza.

OROZCO. No: reposo, expansión, salir de Madrid. Vaya, te propongo una cosa. Vente conmigo á *las Charcas*.

FEDERIC. ¿Al campo? ¿Vas de caza?

OROZCO. Sí, esta tarde. Pasaremos allí los dos días de fiesta.

FEDERIC. ¿Quién va contigo?

OROZCO. Hasta ahora cuento con Aguado, con Calderón... También va Malibrán.

FEDERIC. ¿Le has convidado?

OROZCO. Se ha invitado él mismo. Hace tres días que no me deja á sol ni sombra. En fin, ¿vienes ó no?

FEDERIC. No puedo, no.

OROZCO. Sí... con los quehaceres que te agobian...

FEDERIC. Tengo una cita.

OROZCO. Mujeres... Oh! siempre en malos pasos.

FEDERIC. ¿Qué es eso de... mujeres? Habla con más respeto... Es una dama.

OROZCO. Peor para tí. ¿Esa es la santidad, ese es el ascetismo de que me hablabas antes?

FEDERIC. ¿Y qué tiene que ver? El amor no quita los principios... Yo tengo principios.

OROZCO. Que nadie entiende.

FEDERIC. Los entiendo yo, y basta.

OROZCO. Si soy lo que dices, tu idea representada en una sombra, debo entenderlos.

FEDERIC. (Irritado y nervioso.) Sombra ó realidad, tu presencia, tus visitas me mortifican horriblemente. Si me hicieras el favor de marcharte...

OROZCO. Sí, hombre...

FEDERIC. Y de no volver...

OROZCO. Como gustes. (Estrechándole la mano y contemplándole

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cariñosamente.) Quédate con Dios... (Aparte.) No le entiendo... Carácter indomable, cabeza perdida. (Alto.) Que descanses.

FEDERIC. Descuida... Descansaré!...

ESCENA IV

FEDERICO

FEDERIC. Se fué... ¡Qué consuelo! ¡Libre de ese hombre! Temo que vuelva. Huiré y me esconderé donde no pueda oir su voz, donde su mirada noble y profunda no me anonade... Imposible vivir así... Yo confiaba ¡menguado de mí! en que este secreto no se descubriría fácilmente, y ahora resulta que no tardarán en conocerlo todos nuestros amigos, medio Madrid, y él... ¡Pero qué hombre, santo Dios! ¿Por qué le hiciste de tan rara perfección para ponérmele delante en esta hora crítica de mi vida? ¿Por qué no es un malvado, un egoista sin entrañas, un envidioso, un falso al menos, siquiera un hombre vulgar, de estos que forman casi toda la trama del tejido social?... (Rehaciéndose.) Valor; esperaré á pié firme hasta que un amigo infame le revele la terrible, la ignominiosa afrenta. Sucederá entonces lo que es de rúbrica: el hombre ofendido me exigirá reparación; se la daré con la estúpida forma del duelo, y... ¡Cuán grotesca es la sociedad! Deberíamos todos embadurnarnos la cara con harina como los clowns, ó colgarnos cascabeles de las orejas, como los antiguos bufones, pues somos unos grandes mamarrachos. (Inquietísimo.) No sé qué hacer... No me atrevo á salir. Temo encontrármele en los pasillos... en la escalera... en la calle... No salgo, no.

Quiero estar solo. No me agrada más conversación que la mía, como la de un amigo que se despide... Porque yo me marcho, yo me rindo, yo no puedo vivir así. La vida, tal como la voy arrastrando ahora, es carga superior á mis culpas. Ya merezco el descanso... Ya... (Suena la campanilla.)

ESCENA V

FEDERICO; BARBARA

BÁRB. Señor... ahí está...

FEDERIC. (Aterrado.) Otra vez?... Cierra bien la puerta... echa el cerrojo... Como le dejes entrar, le recibo á tiros. (Saca un revólver del cajón de la mesa, y lo pone sobre la misma.)

BÁRB. Pero señor... si no es...

FEDERIC. Le siento próximo, le oigo... le veo; no se ha ido...

BÁRB. Si es el señorito Infante...

FEDERIC. No puede ser Infante. Te equivocas. No abras; te mando que no abras. (Suena la campanilla más fuerte.)

BÁRB. Que es don Manolo: le he visto.

FEDERIC. Que no abras te digo.

BÁRB. (Aparte.) Ya me da miedo este hombre. Abriré. (Vase.—Al empezar la escena VI, se obscurece la escena, y entra Bárbara con una lámpara, que deja sobre la mesa.)

FEDERIC. Infante... no puede ser. (Trémulo.) Es el otro, que no dejará de acosarme mientras yo tenga aquí una chispa de pensamiento...

ESCENA VI

FEDERICO; INFANTE

INFANT. Temí no encontrarte.

FEDERIC. Eres tú de verdad?... Sí...

INFANT. Dos palabras, nada más que dos palabras, y me voy... Pero estás malo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

FEDERIC. Sí.

INFANT. (Mirándole fijamente, alarmado.) ¿Qué tienes?

FEDERIC. Nada... la cosa más tonta... Que no duermo.

INFANT. Bah! Lo de siempre. Dificultades de... Porque tú quieres.

FEDERIC. Verás qué pronto las resuelvo ahora.

INFANT. Sí?... Cómo?...

FEDERIC. Poniéndome en salvo.

INFANT. ¡Huir tú! no me parece propio de tu carácter. Huir? ¿Y adónde te vas?

FEDERIC. Lejos, lejos.

INFANT. ¿Pero adónde?

FEDERIC. Á un país muy bonito. Es lejano y próximo. Dista mucho, y se llega en un soplo... El país del sueño, tonto. Verás cómo las dificultades no me siguen allá. Y si alguno de mis atormentadores va y me llama... verás como no despierto.

INFANT. Oh! Ten juicio... (Aparte, alarmadísimo.) ¡Pero qué malo está! (Ve el revólver sobre la mesa, y con rápido movimiento lo coge y se lo guarda.—Alto.) Mira, chico no hagas tonterías. (Con cariño.) Federico, por Dios, entrégate á mí, y te salvaré.

FEDERIC. No puedes.

INFANT. ¿Quieres que te traiga un médico?

FEDERIC. Médico? para qué?

INFANT. Tienes fiebre. Métete en la cama... No, mejor será que salgas, para que se te despeje la cabeza. Ahí tengo mi coche. Ven, y paseando hablaremos.

FEDERIC. Hablemos aquí. No puedo salir.

INFANT. Pues... dos palabras. ¿No sabes que ese majadero de Malibrán se ha permitido inventar una historia infame?...

FEDERIC. ¡Una historia infame!

INFANT. Sí, y contarla en casa de Leonor, en el Círculo, en todas partes. ¿Has visto mayor vileza? ¡Pretender empañar la limpia fama de mi prima con tan brutal calumnia! ¡Calumniarte también á tí!... Cuando lo supe, mi primer impulso fué buscarle, pedirle la retractación inmediata y categórica, y si á dármela se negaba, volverle la cara del revés.

FEDERIC. Vuélvesela... lo merece...

INFANT. No puedo soportar á ese hombre. La antipatía que me ha inspirado siempre, es ya un odio mortal. Si no se retracta, le abofeteo, le escupo... No es digno de que se guarden por él las formas que impone el fuero del honor.

FEDERIC. (Excitado.) Mejor es matarle... matarle como á un perro con hidrofobia.

INFANT. Pero antes de dirigirme en su busca he querido verte, porque me entró un recelo... Nuestra flaca naturaleza, la corrupción que respiramos nos inclinan siempre á la duda... Dudé, dudo, no te ofendas... He querido que disipes hasta la última sombra de recelo, que asegures en mí la confianza, la fe. Cuanto ha dicho ese infame.. es mentira. (Con interrogación solemne.)

FEDERIC. (Con calma y acento firme.) Cuanto ha dicho ese miserable... es verdad.

INFANT. (Aterrado.) ¡Verdad... verdad! Tú deliras... Por Dios, amigo querido... díme que deliras, díme lo; díme que sueñas.

FEDERIC. ¡Ojalá soñara!

INFANT. ¿Es cierto lo que escucho?... ¡Tú!... No, me engañas, te engañas tú mismo. Ese trastorno... ese mirar sombrío, demuestran que no eres dueño de tus propias ideas. Federico, tú estás demente, tú no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eres responsable de las graves palabras que has pronunciado.

FEDERIC. No, mi razón está aquí todavía. Si no estuviera, no padecería yo lo que padezco. No es demencia, no; es revelación deliberada y sincera, es descargo de un espíritu que no puede soportar ya el peso inmenso de sus propios errores... Anda, corre, vé y cuéntale esta verdad terrible á tu amigo, al que también á mí me distinguió y me distingue con amistad generosa que no merezco... cuéntale todo, y añade que no temo la muerte, que la deseo, que la necesito...

INFANT. (Con emoción.) Basta.

FEDERIC. Y en cuanto al indigno Malibrán, ahora...

INFANT. (Vivamente.) Creyendo falso lo que decía, pensé castigar su grosero lenguaje. (Con rabia.) Ahora que sé que es verdad, y por lo mismo que es verdad, juro que... ha de pagarme la infamia de haberla dicho.

FEDERIC. Va con Tomás á *las Charcas*.

INFANT. No irá, yo te lo aseguro.

FEDERIC. Descarga tu furor en mí, guardián caballeresco del honor de aquella casa.

INFANT. No me corresponde ese papel. No faltará quien te pida cuentas.

FEDERIC. Y las daré... ó no las daré.

INFANT. Pues, por la calidad de la persona ofendida, por la amistad que te profesaba, por los beneficios...

FEDERIC. No he querido recibirlos...

INFANT. No has querido; pero... lo hecho, hecho se queda. Bien enterado estoy de los planes de Tomás... Desgraciado, no tienes más que una solución...

FEDERIC. ¿Cuál?

INFANT. (Saca el revólver que antes guardó en su bolsillo, y lo

pone sobre la mesa.) Toma. (Se aleja, ocultando su emoción.)

FEDERIC. Ay!... Manolo... ¿Te vas... sin darme un abrazo...? el último...?

(Infante vuelve. Abrázanse cariñosamente sin pronunciar palabra. Retírase Infante muy conmovido.)

ESCENA VII

FEDERICO; AUGUSTA (que entra por el fondo al marcharse Infante.)

AUGUST. ¿Solo ya?

FEDERIC. ¡Augusta!

AUGUST. Yo, sí... no me riñas... Llegué hace un momento. Dijéronme que tenías visita... Esperé. (Con inquietud.) Díme, ¿qué hablabas con Infante?

FEDERIC. Nada. Manolo, como siempre, tan bromista... Pero tú... en mi casa!

AUGUST. Sí; ¿te contraría? Imposible dejar de venir... Oye: Tomás, en el momento de salir para la estación con sus amigos, díjome que acababa de separarse de tí, dejándote en un estado lastimoso... que padecías horriblemente, que... Figúrate mi ansiedad... Nada, no he podido contenerme... y aún me costó trabajo esperar á que obscureciera un poco más. Tomé un coche, y aquí me tienes... Díme, díme pronto, ¿qué es esto?... qué te pasa...?

FEDERIC. (Afectando serenidad.) Nada... si estoy bien... estoy mejor.

AUGUST. ¿De veras? Ah! Tomás exageraba...

FEDERIC. Sin duda. Cuando él estuvo aquí no me sentía yo tan bien como me siento ahora.

AUGUST. Cuéntame. Quizás disputásteis. Ya, ya entiendo... la terrible cuestión. Su bondad y tu delicadeza, no pueden concordarse, no ajustan, no casan bien. Yo espero que al fin...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FEDERIC. Sí, sí, yo también lo espero...

AUGUST. Luego, ya no estás tan intransigente.

FEDERIC. No... ya no... ¿para qué?

AUGUST. (Con alegría.) Ah!, al fin te sometes á mi voluntad. ¡Qué alegría me das! Te convences de la necesidad de cambiar de vida...

FEDERIC. Oh! sí cambiaré de vida muy pronto. El cansancio de ésta es ya intolerable.

AUGUST. Pues mira (recorriendo la habitación y examinándola rápidamente) lo primero que tienes que hacer, con la herencia de tu papaíto, es tomar otra casa. Qué mala y qué fea es ésta, querido!

FEDERIC. La tengo buscada ya.

AUGUST. Y dónde? Como ésta, piso bajo?

FEDERIC. Sí... más bajo todavía... digo, no... alto, altísimo.

AUGUST. Pero que sea bonito, alegre...

FEDERIC. Sí, muy alegre... y ahora... verás cómo ya no tendrás que reñirme, ni llamarme orgulloso.

AUGUST. (Recelosa.) Oh! tú me engañas... No sé qué noto en tí. (Mirándole fijamente.) Federico, mírame.

FEDERIC. Ya te miro.

AUGUST. No, tú no estás bien. (Suspirando.) ¡Qué sobresalto... cuando entré en esta casa, sentí una angustia...! ¡Ay qué mal vives aquí! (Examinando lo que hay sobre la mesa.) Déjame, déjame revolverte todo. ¡Ah! qué librito de misa es éste?

FEDERIC. El libro de oraciones de mi madre. Suelo leerlo cuando siento depresión del ánimo y aburrimiento del vivir. Me consuela mucho.

AUGUST. Es precioso ¡Pobre Josefina! Bien lo usaba la pobre... ¡qué estropeadito está! (Federico hace un movimiento para tomar el libro de sus manos.) Déjame, déjame que lo examine bien. (Hojea el libro.) Y aquí

hay algunas palabras apuntadas por ella con lápiz.

FEDERIC. Me gusta leer aquí, porque me parece que en estas páginas se esconde, para acecharme, el espíritu de aquella santa mujer. Razón tiene mi padre en decir que salgo á ella... á él no. Mi hermana es la que sale á él. Díme que no me parezco nada á mi padre; dímelo... (Con exaltación.)

AUGUST. Sí, hombre, te lo diré.

FEDERIC. Cuidado, no se te caigan unas florecitas que hay entre las hojas.

AUGUST. Sí, aquí hay una... mira... una espuelita de caballero. (Mostrando la flor.) ¡Qué monada! ¿Y dices que sueles leer aquí?

FEDERIC. Sí... alguna vez... cuando estoy triste.

AUGUST. Pues no será muy divertido. Aquí veo latín y castellano... (Lee con entonación solemne.) *Ossa arida, audite verbum Domini...* Y esto, ¿qué quiere decir?

FEDERIC. *Huesos áridos, oíd la palabra del Señor.*

AUGUST. ¡Ay, me da escalofríos...!

FEDERIC. Refiérese á la resurrección de los muertos...

AUGUST. El día del juicio... sí... (Le da el libro.) Toma.

FEDERIC. Para mí, este libro es la cosa de más mérito que existe en el mundo. Ni las piedras preciosas de más valor, ni las obras de arte más perfectas se igualan á esta incomparable joya.

AUGUST. Ah! sí.

FEDERIC. Pues bien: para que veas si te estimo, Augusta... te lo regalo.

AUGUST. Sí... lo acepto... (Mirándole receloso.) Pero... no sé...

FEDERIC. Y cuando yo esté ausente, lees en él y te acuerdas de mí.

AUGUST. Pues mira, yo también te haré á tí un regalito.

FEDERIC. Qué?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AUGUST. Quiero sorprenderte. No te lo digo.

FEDERIC. Dímelo.

AUGUST. Esta tarde estuvieron en casa unos hombres... ¡qué tipos tan ordinarios y repugnantes! Tomás les citó, y allí dejaron unos papeles llenos de garabatos, con tu firma.

FEDERIC. ¡Mis pagarés!

AUGUST. Sí; ya estás libre de esas horribles cadenas.

FEDERIC. Augusta, vida mía, márchate. Yo te ruego que me dejes. (Excitado.)

AUGUST. Por qué?... Temes?

FEDERIC. Sí; temo que venga...

AUGUST. Quién?

FEDERIC. (Delirante.) Tomás viene... le siento... le veo.

AUGUST. (Aterrada.) ¿Estás loco?

FEDERIC. (Señalando á la izquierda.) Por allí... La puerta se abre... Pero no le ves? no le ves?

AUGUST. ¡Deliras, pobrecito mío!

FEDERIC. Que entre. Mejor.

AUGUST. No hay nadie... Ni el más ligero rumor se siente.

FEDERIC. Ah! lo mismo que anoche. Entró sin hacer ruído. Pero yo le oigo y le veo, aunque no quiera verle ni oirle, porque le tengo aquí (en la frente), cara, voz, ojos, cuerpo y vida del hombre que ultrajé, y aquí se juntan su afrenta y mi gratitud, mi infamia y su generosidad!

AUGUST. Por piedad, querido mío!

FEDERIC. (Con brío, adelantándose hacia la puerta, como para recibir á alguien.) No te vuelvo la cara. Aquí estoy, aquí estamos... Entra... Se retira. Pero sabe que no le temo, y volverá.

AUGUST. Por tu vida, ¿qué dices?

FEDERIC. ¿Pero no le ves? Sale... va por allí... se aleja, se pierde en la obscuridad... Pero volverá.

AUGUST. (Abrazándole.) Cálmate... No me asustes. Me muero de miedo.

FEDERIC. (Se desprende de sus brazos, y saca del bolsillo el revólver.) Cuando vuelva, no me encontrará!

AUGUST. (Aterrorizada.) ¿Qué es eso? ¿Qué haces? (Quiere abrazarle de nuevo, y él la rechaza.) Federico, amor mío...

FEDERIC. Sé lo que debo hacer.

AUGUST. ¿A dónde vas? (Deteniéndole por un brazo.)

FEDERIC. (Rechazándola.) A donde debo ir. A la paz de mi alma, al descanso de mis huesos. Pido á Dios que me perdone! (Entra precipitadamente en la alcoba, y cierra la puerta por dentro.)

AUGUST. (Corriendo hacia la puerta y tratando de abrirla.) ¿Qué es esto? Cierra. ¡Federico! (Suena un tiro.) ¡Jesús! (Cae sin sentido.)

FIN DEL ACTO CUARTO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO QUINTO

La decoración de los actos 1.° y 3.° Es de noche. Apagadas las luces del salón y billar. Una sola lámpara alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA

VILLALONGA; AGUADO

AGUADO. Pero...?

VILLAL. Pues nada...

AGUADO. Y...?

VILLAL. Sólo sé lo que sabe todo el mundo.

AGUADO. Menos yo. Cuando en la mañana del 2 se recibió en *las Charcas* tu telegrama anunciando lo ocurrido, Tomás y Calderón tomaron el tren para venirse á Madrid. Yo me quedé entretenido con mi escopeta. Llego hoy, ávido de noticias, y las primeras que recibo parécenme un tanto fantásticas.

VILLAL. Pues lo real y positivo es que el pobre Viera se quitó la vida al anochecer del día 1.°, en su alcoba...

AGUADO. Pero de las averiguaciones judiciales, ¿qué resulta?

VILLAL. Pues nada... un suicida más, un desengañado, un impaciente, un...

AGUADO. No filosofes... Díme, ¿y no aparece ninguna relación, ningún hilo...?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VILLAL. Hilito? No. Sólo las criadas estaban allí cuando ocurrió la catástrofe.

AGUADO. Lo más grave del caso... (Habla al oído de Villalonga.)

VILLAL. (Con gravedad) Sí; pero eso... los amigos leales de esta casa debemos desmentirlo con indignación, procurar que la especie no corra, y que el escándalo se ahogue en su origen...

AGUADO. Oh! sí... es una infamia... Pero tú... en confianza ¿qué opinas?

VILLAL. Yo... nada... Sí, opino, como tú, que es grosera calumnia; y por excepción, abandono la bendita calma que Dios me ha dado, para protestar, para indignarme... Además, el procedimiento contrario tiene sus quiebras. Ya ves el *siniestro* del pobre Malibrán. Por si dijo ó no dijo tales ó cuales tonterías en casa de *la Peri*, Infante le acometió á la salida del Círculo...

AGUADO. Se batieron? Por eso Malibrán no pudo ir á *las Charcas*.

VILLAL. Batirse no... Infante, que es hombre de coraje, y enemigo de fórmulas, se insinuó con él de un modo tan violento y expeditivo, que el pobre diplomático no podrá ya cautivar á las damas con su belleza.

AGUADO. ¿Qué me dices?

VILLAL. Ha perdido un ojo, ó lo perderá.

AGUADO. Infante... (Señal de puñetazo.) le...

VILLAL. Le deshizo media cara, y además... al caer al suelo la víctima, se torció un pié!

AGUADO. ¡Qué atrocidad!

VILLAL. ¡Pobre don Cornelio! Yo digo que va ganando, porque tuerto, se parecerá á Camöens, y cojito, se parecerá á Byrón, que son sus dos ídolos... En fin, lo más triste de todo esto es la trágica suerte de

nuestro pobre amigo, tan simpático, tan caballero... Ayer, en el entierro, pasé un rato...

AGUADO. Mucha gente?

VILLAL. Muchísima. En el cementerio nos encontramos á la pobrecita Leonor, hecha un río de lágrimas... Y el día anterior, en el depósito judicial, ¡impresión más terrible no he recibido nunca!... Pues allí también Leonor... de guardia día y noche, arrimada á un árbol, sin comer más que pan y algún fiambre que le llevaba *Ojirris*.

AGUADO. Pues mira tú, esa fidelidad de perro me entusiasma.

VILLAL. Augusta tiene razón. ¿Te acuerdas de aquella noche? Nada hay tan ingenioso como la realidad, la gran artista...

ESCENA II

LOS MISMOS; INFANTE

INFANT. *Bon soir.*

AGUADO. Hola, paladín de la honra, mantenedor valiente del... de la...

VILLAL. De la moralidad...

AGUADO. Vengan esos cinco. Sabe usted si está aquí Tomás?

INFANT. No, le he dejado en el 3 de esta calle. Va á una junta de accionistas de no sé qué...

AGUADO. Ya sé. Pues allá le cojo... ¿Y Augusta?

INFANT. Creo que tiene jaqueca...

AGUADO. Sulúdela en mi nombre. (Á Villalonga.) ¿Vienes?

VILLAL. Pues no hay un alma aquí, me largo también.

INFANT. Abur.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA III

INFANTE; AUGUSTA

INFANT. (Acercándose á la primera puerta de la derecha.) Si se habrá acostado...

AUGUST. (Sale cautelosamente, envuelta en una cachemira, en actitud doliente.) Ah! Manolo... gracias á Dios que vienes...

INFANT. Estuve á prima noche; pero dormías, y no quise molestarte... ya puedo darte la seguridad que deseas... Todo arreglado.

AUGUST. ¿Has hablado con ellas?

INFANT. Sí; y he recompensado con largueza, como deseabas, la noble conducta que observaron contigo.

AUGUST. ¡Pobrecillas! Nunca les agradeceré bastante aquel acto de compasión y generosidad. Me conocían, sí... Comprendieron los peligros de mi presencia en aquella casa, y me encerraron no sé dónde... en un cuarto lóbrego y estrecho... ¡Qué instantes, Manolo, qué horas! No sé cuánto tiempo estuve allí... Desde mi encierro, oí el tumulto de los vecinos, de la policía al invadir la casa... Dios me inspiró la idea salvadora de mandarte llamar, de poner mi suerte en tus manos... Acudiste, y me sacaste de aquella situación, cuya gravedad me espanta todavía.

INFANT. ¿Y á quién sino á mí, más que amigo hermano, podías confiar pena y conflicto tan graves? Por respeto á tí, por compasión, desde que pusiste en mí tu confianza, decidí hacerme digno de ella. No temas nada. De tu presencia en aquella casa no hay ni puede haber el más leve indicio en el proceso. Es un hecho que hemos escamoteado á la realidad. No existe más que en la imaginación de los forjadores de leyendas.

AUGUST. ¡Ay, primo mío, cuánto tengo que agradecerte! Pero el juez...

INFANT. Te lo repito: nada temas. Los dos testigos, Claudia y Bárbara, nada depondrán contra tí. Están bien cogidas y aseguradas.

AUGUST. ¡Qué gran consuelo me das! Mi vida no es vida...

INFANT. El tiempo te irá serenando, y tu conciencia adquirirá la paz que ahora no tiene... ni puede tener. (Bajando la voz.) Debo advertirte que á Tomáa han llegado, no sé por qué conducto, algunas de las hablillas con que alimenta su insana curiosidad este vulgo que aquí solemos ver, y que te acompaña, te recrea y te adula, mientras no llega una ocasión en que pueda decapitarte. Las muchedumbres, aunque vistan frac, no perdonan, y fácilmente guillotinan ó arrastran hoy á los que ayer adoraron.

AUGUST. (Con inquietud.) Sí... Tomás sabe... no diré que todo... parte sí... algo... no sé qué. ¿Qué grado de culpa verá en mí? ¿Su calma es la expresión más refinada del desprecio con que me mira?

INFANT. No te atormentes, y espera resignada y animosa, con la entereza que da un arrepentimiento sincero. Ten por seguro que Tomás...

AUGUST. ¿Me interrogará...? ¿Crees tú...?

INFANT. Creo que sí, y mi opinión, Augusta, es que debes... entregarte sin condiciones... decir toda, absolutamente toda la verdad. Á un hombre como ese, no se le puede decir menos que al confesor. Este es mi consejo leal, consejo de hermano. Tu salvación es esa; no hay otra para tí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AUGUST. Quizás tengas razón. ¡Confesarme á él!... ¿Y si yo te dijera que ya lo he hecho...? ¡Oh, yo estoy loca! No sé lo que digo ni lo que pienso. Me atormenta una duda... Verás... Anoche tuve pesadillas horribles, una tras otra, y ratos de insomnio febril. Pero no puedo distinguir lo real de lo soñado. Mis actos despierta, mis sueños dormida se confunden, se amalgaman, y no los puedo separar. La impresión que más claramente subsiste en mí, entre tantas impresiones borrosas y turbias, es... que me levanté de la cama, pásmate, que fuí al despacho de Tomás, que entré y me puse de rodillas ante él, y le confesé todo... pero todo, todo...

INFANT. ¿Estás segura...?

AUGUST. No, y ese es mi suplicio... Lo sospecho. Es como un recuerdo de lo que fué, como un temor de lo que pudo ser. No puedo explicártelo. ¿Crees tú en el sonambulismo?

INFANT. Te diré. (Mirando por la izquierda.) Me parece que Tomás viene. Hablemos de otra cosa. Teresa Trujillo inconsolable por no verte. (Entra Orozco.) Aguado, nuestro gran moralista, me encargó...

OROZCO. (Á Augusta.) Qué tal, vida mía? te sientes mejor?

AUGUST. Sí... un poquito mejor. ¡Qué tarde vienes!

OROZCO. Una reunión fastidiosa...

INFANT. Pues á recogerse. No estorbo más. (Á Augusta.) Celebro tu alivio, prima. Mañana, á paseo.

OROZCO. (Saludándole.) Adiós... Ya es hora de que descanses tú también.

INFANT. (Aparte.) Y que lo necesito de veras... ¡Qué día! (Váse.)

ESCENA IV

AUGUSTA; OROZCO

Augusta, arrebujada en su cachemira, se acomoda en una butaca á la derecha. Orozco sentado junto á la mesa.)

OROZCO. ¿Qué?... ¿tienes frío?

AUGUST. (Temblando.) Un poco... pero ya voy entrando... en calor. (Aparte.) Su mirada me desconcierta.

OROZCO. No es tarde. Si te encuentras bien, hablaremos un poco de asuntos que á entrambos nos interesan.

AUGUST. (Aparte, con espanto.) Llegó el momento de las explicaciones. Estoy perdida. ¿Lo sabe ó quiere saberlo? (Mirándole fijamente.) ¿Quién podrá descifrar el jeroglífico de ese rostro de mármol?

OROZCO. (Aparte, mirándola con atención profunda.) ¿Será capáz de confesar? Me temo que no.

AUGUST. (Aparte.) No nos acobardemos. Me adelantaré gallardamente á sus preguntas. (Alto.) ¿Por qué me miras así? ¿Es que quieres decirme algo, y no te atreves?

OROZCO. Te observo temerosa, y esperaré á que te tranquilices.

AUGUST. (Aparte.) ¡Temerosa yo!

OROZCO. Ya sé que eres valiente. No necesitas demostrármelo con palabras. Yo también lo soy, más que tú, mucho más, pues tengo ánimo suficiente para poner la verdad sobre todas las cosas, para reducir á la insignificancia los afectos más hondos, cuando contradicen el sentimiento puro de la humanidad y de la vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AUGUST. Ya sé que eres un hombre... único. Has cultivado la vida interior; has conseguido lo que imposible parece en la flaqueza humana, esclavizar las pasiones, subirte á las alturas de tu conciencia eminente, y mirar desde allí los actos de tus semejantes, como el ir y venir de las hormigas; aislarte, y no permitir que te afecte ninguna maldad, por muy cerca que la tengas. ¿Es esto así? ¿Te he comprendido? (Orozco hace signos afirmativos.) ¿Y quieres que yo te acompañe en esa purificación? Ay! bien quisiera, pero no sé si podré. Soy muy terrestre, peso mucho, y cuando quiero remontarme, caigo y me estrello.

OROZCO. La gravedad del espíritu se disminuye limpiando el corazón de malos deseos. Mi ilusión, mi sueño, eran iniciarte en un sistema de vida que empieza siendo espiritual y difícil, y acaba por ser fácil y práctico. Confíate á mí por entero... Revélame todo lo que sientes, y después que yo lo sepa, hablaremos.

AUGUST. (Aparte.) ¡Confesar! ¡Qué terror siento! Si me hablara un lenguaje humano, que moviera mi corazón y mi conciencia, me conquistaría... pero esos pensamientos tan sutiles no se han hecho para mí, amasada en barro pecador.

OROZCO. ¿No contestas á lo que te digo? Descúbreme tu interior; pero con efusión perfecta.

AUGUST. (Aparte.) Lo sabe, y quiere arrancarme la confesión. ¿Se lo dijeron? se lo dije yo? Esta duda me enloquece. Tomemos la ofensiva. (Alto.) ¿Qué quieres que te descubra? ¿Sospechas de mí?

OROZCO. (Con determinación levantándose.) Inútiles y ridículos circunloquios! Desde que apareció muerto Federico

Viera, tu nombre anda en lenguas de la gente. No necesito añadir más. Lo que haya de verdad en esto, tú me lo has de decir. Si es falso, desmiéntelo; si no lo es, sépalo yo por tí misma. En esta ocasión solemne he de saber lo que eres y lo que vales...

AUGUST. (Turbada.) Pero tú... crees?

OROZCO. Yo no creo ni dejo de creer nada. Espero á que tú hables.

AUGUST. (Aparte, aterrada.) ¡Confesar!... antes morir. Siento un pavor... (Alto.) Pues te diré: extraño mucho que des asentimiento á esas infamias.

OROZCO. (Flemático.) Luego es falso lo que se dice.

AUGUST. Y lo dudas?

OROZCO. No afirmo ni niego... ¿Por qué tiemblas? Tu cara es como la de un muerto.

AUGUST. Estoy enferma.

OROZCO. Enferma de susto. Tranquilízate: toma el tiempo que quieras para pensarlo. Mira, yo me siento aquí á leer un poco, y en tanto, tú recoges tu conciencia, y decides delante de ella lo que debes responderme. (Se sienta, toma un libro ó revista y lee.)

AUGUST. (Aparte, sin moverse en el asiento, arropándose.) Lo sabe... Ese lenguaje claramente lo indica... ¡Qué actitud tan extraña! ¡Oh, su santidad me hiela!... ¿Y si tras esa mansedumbre rebulle el propósito de matarme? ¡Ay, siento un escalofrío mortal!... ¡No, no confieso!

OROZCO. (Gravemente, apartando la vista de lo que lee.) ¿Piensas, Augusta, ó es que te has quedado dormida?

AUGUST. No duermo, no.

OROZCO. ¿Tienes frío?

AUGUST. Un poco... (Temblando.) Pensaba en esa tontería... en tu sospecha. ¿Quién te la sugirió?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OROZCO. Curiosidad por curiosidad, creo que la mía debe llevar la preferencia. Habla tú primero.

AUGUST. ¿Cómo, por qué medio han nacido en tí esas ideas?

OROZCO. (Con ligera inflexión festiva.) Por adivinación.

AUGUST. ¡Virgen Santa, mis temores se confirman... Anoche, en aquel delirio estúpido...! ¡Miserable de mí, vendida neciamente! (Alto, tragando saliva.) Adivinación has dicho? No puede ser. Alguien me acusó...

OROZCO. Quizás.

AUGUST. (Aparte.) Dios mío, sácame de esta incertidumbre, y separa en mi mente las acciones reales de las fingidas por el cerebro enfermo. (Rehaciéndose.) Oh! no es posible que yo hablara... no puede ser. Me estoy atormentando con un recelo pueril. Animo... y nada de confesión.

OROZCO. (Aparte.) Esto sí que es difícil de extirpar. El desgarrón de este sentimiento, que me arranco para echarlo en el pozo de las miserias humanas, ¡cómo me duele! Al tirar, me llevo la mitad del alma, y temo que mi serenidad flaquee... Si salgo triunfante de esta prueba, ya no temeré nada; dominaré el mundo, y nada terrestre me dominará...

AUGUST. (Aparte, sofocada, limpiando el sudor de su frente.) No sé qué siento en mí... un prurito irresistible de referir la verdad... entera... sin omitir nada... absolutamente nada.

OROZCO. (Prosiguiendo su monólogo.) ¡Pero cómo duele esta amputación! (Mirándola furtivamente.) Era el encanto de mi vida. Inferior á mí por su inconsistencia moral, su amor me daba horas felices. La pierdo. Quizás será un bien esta viudéz que me espera; quizás este lazo me ataba demasiado á las bajezas materiales... Me convendrá seguramente perder el único afecto que al mundo me ligaba... ¿Y si no lo perdiera? ¡Si con un acto de hermosa contrición se eleva hasta mí! (Volviendo á mirarla.) !Ah, no tiene alma para nada grande!

OROZCO. ¿Has pensado, Augusta?

AUGUST. No pienso... Todo está pensado ya. (Aparte.) No sé qué hacer ni por dónde salir...

OROZCO. ¿Has examinado tu conciencia, Angusta?

AUGUST. (Sacando fuerzas de flaqueza.) Sí, sí... Mi conciencia... no tiene nada que examinar.

OROZCO. ¿Está serena y callada? ¿No te acusa de ninguna acción contraria á las leyes divinas... ó siquiera á las humanas?

AUGUST. (Aparte.) Me confieso á Dios, á tí no.

OROZCO. ¿Qué dices?

AUGUST. No he dicho nada. (Aparte, con brutal entereza.) Me arriesgo á todo... Salga lo que saliere, negaré.

OROZCO. ¿Insistes en llamar absurdos los rumores...?

AUGUST. (Aparte, desconcertada.) ¿Poseerá alguna prueba material?

OROZCO. ¿Callas?

AUGUST. ¿Rumores? A mis oídos no han llegado. (Aparte.) Dios mío, acábese esta lucha horrible. (Vacilando.) No sé... Su perfección, si lo es, no hace vibrar en mí ningún sentimiento. Si viera en él la expresión humana del dolor, de los celos...!

OROZCO. ¿Qué piensas?

AUGUST. No pienso... es que me asombro de que creas semejante desatino. (Aparte.) Si tiene pruebas, que las tenga... Ya no me vuelvo atrás.

OROZCO. ¿De modo que lo niegas?

AUGUST. (Después de una pausa.) Lo niego.

OROZCO. ¿Y lo juras?

AUGUST. ¿Á qué viene eso de jurar?...

OROZCO. (Aparte.) Me engaña miserablemente. Peor para ella. Desgraciada, quédate en tu miseria y en tu pequeñéz.

AUGUST. (Aparte, recelosa.) ¿Me crees? Crees lo que digo?

OROZCO. Sí... (Se aparta de ella y pasea por la habitación: aparte.) Me he quedado solo, solo como el que vive en un desierto...

AUGUST. (Aparte.) No me ha creído... Y yo siento un vacío en mi alma... Me siento divorciada, sola, como si en un páramo viviera.

OROZCO. (Aparte.) Mi mujer ha muerto. Soy libre. Ningún cuidado me inquieta ya, si no es el de mi propia disciplina interior.

AUGUST. (Aparte.) Si en él viera yo el noble egoísmo del león que se enfurece y lucha por defender á su hembra...

OROZCO. ¡Pero qué solo estoy! Murió el encanto de mi vida... ¿Flaqueará mi ánimo en esta crisis tremenda? ¿Me dejaré arrastrar de este impulso maligno que en mí nace, ó más bien resucita, porque es resabio de mis dominadas pasiones de hombre? (Detiénese detrás del sillón en que está Augusta, contemplándola. Ella no le ve.) ¿Por qué no te impongo un cruel y ejemplar castigo; por qué no te...? (Apretando los puños, la amenaza; mas al instante recobra su grave actitud.)

AUGUST. (Aparte, encogiéndose y cerrando los ojos sobresaltada, al sentirle detrás.) ¿Qué hace? No atrevo á moverme, ni á mirar siquiera para atrás. Dios me ampare.

OROZCO. (Dominándose, con suprema violencia sobre sí.) ¡No, no te iguales á lo más bajo, á lo más grosero de la humanidad... Déjala.

AUGUST. (Volviéndose, aterrada.) ¿Qué... qué hay?

OROZCO. (Con el acento grave y frío de siempre.) Nada... pero es muy tarde... ¿No te acuestas?

AUGUST. (Aparte.) El acento de siempre. (Alto, levantándose.) Sí... me acostaré. (Dirígese paso á paso á la puerta de la alcoba, meditando.)

OROZCO. (Sin mirarla, inmóvil, en el centro de la escena.) No, los brutales instintos no destruirán, en un instante de flaqueza, el reposo supremo que adquirí á fuerza de mutilar y mutilar pasiones y afectos miserables. Elévate, alma, otra vez, y mira desde lejos estas bastardías liliputienses.

AUGUST. (Deteniéndose en la puerta de la alcoba.) ¡Divorciados para siempre!... Aún podría...

OROZCO. Qué?... vuelves?

AUGUST. (Disimulando.) No... sí... es que presumo que estaré desvelada... y... me llevo un libro para leer. (Diríge-se á la mesa y trata de elegir un libro entre los que allí hay, tomando y dejando volúmenes y examinándolos rápidamente. Orozco la contempla en silencio.) No sé qué siento. El alma se me desgaja. Si fuera posible decir toda la verdad, toda...

OROZCO. (Aparte.) Su alma no está serena. La mentira la embravece como el viento á la mar.

AUGUST. (Aparte.) Y toda la verdad, toda, toda, es imposible de decir... Diría que me siento menos arrepentida que culpable, y que ningún afecto, ninguno, borrará de mi corazón la imagen del pobre muerto. Diría que entre tu santidad, que admiro, y mis debilidades, de que me acuso á Dios, hay un abismo que humanamente no puedo salvar... ¡Contradicción, pena horrible sin el recurso de poder aliviarla confesándola!... ¿Cómo decirte que me infundes veneración, ternura fraternal, pero que el amor, la flor de la confianza humana, no puede nacer en esta unión árida y glacial?... No sé ver juntamente en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tí al esposo y al sacerdote... Sepáralos, y quizás nos entenderemos. (Angustiada.) ¡Y si esto digo, no habrá perdón, no puede haberlo!... ¡Y si miento, tampoco! (Con resolución.) ¡Imposible! (Dirígese á la alcoba sin llevar el libro.) Dios me perdonará... cuando lo merezca.

OROZCO. Pero al fin... no llevas el libro...

AUGUST. (Con calor.) No lo necesito... Leeré en mí misma. (Vase.)

ESCENA ÚLTIMA

OROZCO solo. (Después la imagen subjetiva de Federico Viera.)

OROZCO. Leer en sí misma... Falta que se entienda. (Siéntase meditabundo.) ¡Dominada la pavorosa crísis...! ¡Fuera locuras impropias de mí! Los celos, ¡qué estupidéz! Las veleidades, antojos ó pasiones de una mujer, ¡qué miseria! Elevar tales fruslerías al foro de una conciencia pura, empapada en el bien supremo, es lo mismo que si, al ver una hormiga, ó cuatro, ó cien, llevando á rastras un grano de trigo, fuéramos á dar parte á la guardia civil y al juez instructor. No... conservemos nuestra calma frente á estas agitaciones microscópicas, para poder despreciarlas más hondamente... (Levántase agitado.) Quiero salir... me ahogo, necesito respirar el aire libre, contemplar el cielo, las estrellas sin fin... Ah! qué diría esa inmensidad de mundos, si fuesen á contarles que aquí, en el nuestro, un gusanillo insignificante llamado mujer amó á un hombre en vez de amar á otro! Si el espacio infinito se pudiera reir, ¡cómo se reiría de las bobadas que aquí nos

revuelven y trastornan! Pero para reirse de ellas, era menester que las supiera, y el saberlas sólo le deshonraría... (Volviendo al proscenio.) Siéntome otra vez asaltado de la idea que fué mi suplicio ayer, hoy también... la maldita representación del trágico suceso... Quiero reconstruírlo, determinar sus móviles, y no alcanzo... ¡Ah, sí!... (Con inspiración súbita.) Parece que mi razón se ilumina con poderosa luz, sí... y poseo la verdad... (Exaltado.) Ya, ya encontré la exacta lógica de... (El salón se ilumina.) ¿Qué es esto?... ¡Encendido el salón!... (Acércase á la puerta.) Parece que alguien entra en el salón... Sí, una persona... un hombre... (Vuelve al proscenio restregándose los ojos.) Sin duda sueño... Mis ideas se lanzan fuera de mí. (Se ilumina el billar.) Luz también en el billar... Alguien está allí... Le conozco... Federico... (La imagen de Federico aparece en el billar.) Te conocí... te esperaba. Tu presencia no me causa terror, imagen del que fué mi amigo. Vivo te amé, muerto me inspiraste ódio. (La imagen se desvanece.) No te alejes, ven... Este sentimiento infame me acongoja, me empequeñece, y con poderosa voluntad lo arranco de mi alma. Vuelve á mí... quiero verte. (La imagen vuelve á mostrarse.) Eres mi idea fija, como yo fuí la tuya. Eres mi propio pensamiento, la luz que alumbra mi razón, revelándome el sentido de tu lastimosa tragedia y los móviles de tu muerte... Sé que moriste por estímulos del honor y de la conciencia, porque la vida se te hizo imposible entre mi generosidad y tu delito, entre el bien que te hice y el mal que me hiciste. Si en tu vida hay no pocas ignominias, tu muerte es un signo de grandeza moral. Tú y yo nos elevamos so-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre toda esta miseria de las pasiones, del ódio y del vano juicio del vulgo. No sé aborrecer. Me has dado la verdad: yo te doy el perdón. Abrázame. (Dirígese hacia la imagen, que se desvanece cuando Orozco le tiende los brazos.)

FIN DEL DRAMA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MIEL DE LA ALCARRIA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSE FELIU Y CODINA

Estrenado en Madrid, en el TEATRO
DE LA COMEDIA, la noche del 8 de Enero de 1895.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.
—
EUSEBIO SANCHEZ, EDITOR
AGUILA NUMERO 12. APARTADO POSTAL 511.
1895.

REPARTO.

PERSONAJES	ACTORES
ANGELITA (19 años)....	Srita. Carmen Cobeña.
RAIMUNDA (35 años)...	Sra. Rosa Tovar.
ENGRACIA (39 años).....	„ Sofía Alverá.
GERVASIA (22 años).....	Srita. María Cancio.
SIMONA (parienta).....	„ Francisca Alvarez.
PETRA (parienta).....	„ María Diez.
RUPERTA (moza del pueblo).....	„ Concepción Bermejo.
CLEMENTE [56 años]...	Sr. Miguel Cepillo.
MAURICIO (76 años)....	„ Emilio Mario.
SANTIAGO (25 años)....	„ Emilio Thuillier.
LORENZO (20 años).....	„ F. García Ortega.
DAMIAN (40 años).....	„ José García.
LUCIO (mozo del pueblo).	„ Fernando Santés.

Una monja, parientes, parientas, mozos y mozas.

La acción de los actos primero y segundo se desarrolla en una casería de la Alcarria, á algunas leguas de Brihuega, y en esta última villa la acción del acto tercero.

EPOCA, LA ACTUAL.

DERECHA É IZQUIERDA LAS DEL ACTOR.

Propiedad del Editor, asegurada con arreglo á la ley.

ACTO PRIMERO

Pieza anchurosa en la planta baja de una casa de labor. Paredes enlucidas con friso de azulejos. Techo de viejo artesonado. Al fondo y á la derecha, una ancha puerta sin hojas, por la cual se ve la cocina. Todo el fondo de esta última lo ocupa el hogar de frente con gran chimenea y lumbre; á cada lado, un escaño de mampostería cubierto con esterillas, y delante, uno ó dos asientos de los llamados posones. Al rededor de la cocina, corren los vasares y la espetera, con vasos, platos y utensilios de metal, limpios y relucientes. A un lado, una alacena. Una ventana lateral, y alta, da luz á la cocina. A la izquierda del fondo, puerta que sale á la pieza de ingreso en la casa. Frente á esta puerta un gran armario ó escaparate, en cuyos anaqueles se ven colocadas bandejas y fuentes de plata labrada, y una vajilla de porcelana, todo de gusto y trabajo antiguos. Al lado derecho de la escena, una ventana con postigo de una sola hoja, con cristales que se abren hacia dentro y girando en dirección opuesta al público. Al lado izquierdo, en segundo término, una puerta. En primer término, hacia la izquierda, una mesa larga de encina. Sillas y escabeles repartidos por la escena. En la pared, una estaca de la cual penden una escopeta y arreos de caza. Sobre la puerta del fondo una imagen de la virgen, empotrada en el muro.

ESCENA PRIMERA.

GERVASIA, MAURICIO. La primera está limpiando y acomodando los bártulos de la cocina; el segundo entra por foro abrigado con una anguariana, al hombro una caña de pescar, y al brazo una cesta cubierta con un paño.

MAUR. ¡Qué remusguillo corre, Gervasia!
GERV. ¡Don Mauricio! Buenas tardes. ¿Viene usted de pescar?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

REPARTO.

PERSONAJES	ACTORES
ANGELITA (19 años)....	Srita. Carmen Cobeña.
RAIMUNDA (35 años)...	Sra. Rosa Tovar.
ENGRACIA (39 años).....	„ Sofía Alverá.
GERVASIA (22 años).....	Srita. María Cancio.
SIMONA (parienta).....	„ Francisca Alvarez.
PETRA (parienta).....	„ María Diez.
RUPERTA (moza del pueblo).....	„ Concepción Bermejo.
CLEMENTE [56 años]...	Sr. Miguel Cepillo.
MAURICIO (76 años)....	„ Emilio Mario.
SANTIAGO (25 años)....	„ Emilio Thuillier.
LORENZO (20 años).....	„ F. García Ortega.
DAMIAN (40 años).....	„ José García.
LUCIO (mozo del pueblo).	„ Fernando Santés.

Una monja, parientes, parientas, mozos y mozas.

La acción de los actos primero y segundo se desarrolla en una casería de la Alcarria, á algunas leguas de Brihuega, y en esta última villa la acción del acto tercero.

EPOCA, LA ACTUAL.

DERECHA É IZQUIERDA LAS DEL ACTOR.

Propiedad del Editor, asegurada con arreglo á la ley.

ACTO PRIMERO

Pieza anchurosa en la planta baja de una casa de labor. Paredes enlucidas con friso de azulejos. Techo de viejo artesonado. Al fondo y á la derecha, una ancha puerta sin hojas, por la cual se ve la cocina. Todo el fondo de esta última lo ocupa el hogar de frente con gran chimenea y lumbre; á cada lado, un escaño de mampostería cubierto con esterillas, y delante, uno ó dos asientos de los llamados posones. Al rededor de la cocina, corren los vasares y la espetera, con vasos, platos y utensilios de metal, limpios y relucientes. A un lado, una alacena. Una ventana lateral, y alta, da luz á la cocina. A la izquierda del fondo, puerta que sale á la pieza de ingreso en la casa. Frente á esta puerta un gran armario ó escaparate, en cuyos anaqueles se ven colocadas bandejas y fuentes de plata labrada, y una vajilla de porcelana, todo de gusto y trabajo antiguos. Al lado derecho de la escena, una ventana con postigo de una sola hoja, con cristales que se abren hacia dentro y girando en dirección opuesta al público. Al lado izquierdo, en segundo término, una puerta. En primer término, hacia la izquierda, una mesa larga de encina. Sillas y escabeles repartidos por la escena. En la pared, una estaca de la cual penden una escopeta y arreos de caza. Sobre la puerta del fondo una imagen de la virgen, empotrada en el muro.

ESCENA PRIMERA.

GERVASIA, MAURICIO. La primera está limpiando y acomodando los bártulos de la cocina; el segundo entra por foro abrigado con una anguariana, al hombro una caña de pescar, y al brazo una cesta cubierta con un paño.

MAUR. ¡Qué remusguillo corre, Gervasia!
GERV. ¡Don Mauricio! Buenas tardes. ¿Viene usted de pescar?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAUR. Te diré. Del río vengo; pero pescar, nada he pescado. (*Deja la caña y cesta, y se quita el abrigo*).

GERV. (*Sin dejar su faena*). ¿No han picado las truchas?

MAUR. Ni una sola en toda la mañana. (*Siguiéndola*). ¿Querrás creerlo?

GERV. Sí, señor, que lo creo. Esa es la pesca que se trae usted todas las veces que baja al río.

MAUR. ¡Jé, jé, jé!.... ¡Verdad, verdad! A fé á fé, que por mi no queda. Tú habrás oido que el Señor le dijo á Lázaro: «levántate y anda.» Pues al pescador de caña le dijo: «siéntate y bosteza.» Yo cumplo religiosamente el precepto: me paso las horas mortales con la caña tendida.... ¡al higui, al higui!.... ¡Jé, jé, jé!..... Pero los condenados no pican.

GERV. ¡Vea usted, qué bribones!

MAUR. Pues aun así.... Mira tú.... Yo pescaría, si pudiese ir al río toda la semana. Porque.... ¡es claro! ¿qué menos de una semana para coger una anguila?

GERV. ¿Y por qué no baja todos los días?

MAUR. ¡Eso es! ¡No tengo yo aquí mis obligaciones! ¡Buena andaría la hacienda!

GERV. La hacienda, ella se ayuda con lo que rinde y lo que vale, y no necesita cansar al amo.

MAUR. ¿El amo?.... Esta no sabe ni siquiera la mitad de la misa.

GERV. Ya se ve; como que es misa mayor.

MAUR. Para que te conste, madre doctora, este gallo viejo, no canta aquí en su corral. ¡Yo soy un extraño en esta casa!

GERV. ¡Vamos, señor!.... ¿Pues no está usted en casa de su hijo?

MAUR. No estoy sino en la de mi yerno.

GERV. Hijo ó yerno, ¿qué más dá?

MAUR. Ya te lo explicará tu suegra cuado te cases.

GERV. Bueno, pues también está usted en casa de su nieta.

MAUR. ¡Ah, esa sí! ¡Esa sí que es hacienda mía! ¿Y por dónde anda la picaruela que aun no vino á saber lo que pescó el abuelo?

GERV. Al colmenar se fué con los parientes que llegaron este medio día.

MAUR. Por obsequiarles. ¡Si ella está en todo! (*Abriendo la ventana*). Dices bien. Allí en las colmenas la distingo. (*Gesticulando y alzando la voz*). ¡Eh, chiquitina!.... Ya me ha visto. ¡Jé, jé, jé?.... ¡Cómo se agita, salta, corre!.... Es una mariposa. ¿Has visto tú, preciosidad como esa? (*Cierra la ventana*).

GERV. No, señor, no. Ni abuelo más chocho. Así no me extraña verle á usted siempre tan retozón y tan dicharachero.

MAUR. Ciertamente; mucho, mucho. ¡Y cuánto se ríe la chiquilla conmigo! ¡La he criado tan bulliciosa!

ESCENA II.

DICHOS, LORENZO por el foro. Trae en una mano una orza de miel colgada de una cuerda sujeta á las asas; de la otra mano, un barrilito también de miel, y asimismo pendiente de una cuerda, y al hombro la manta y un costal que se supone contener nueces y las balanzas de pesar la miel.

LOR. A la paz de Dios.

GERV. Ya está de vuelta nuestro melero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAUR. Y qué á tiempo llegas, muchacho.
GERV. (*Muy obsequiosa*). Ven, y siéntate á la lumbre.
LOR. No tengo frío. (*Deja en la alacena la orza y el barril, y sobre un escaño, la manta, el costal y las balanzas*).
MAUR. ¡Pues mira que sopla un cierzo!....
GERV. ¡Anda, hijo, que tomarás un tente en pie!
LOR. A su hora. No traigo hambre.
GERV. ¿Ni un vasito de vino?
LOR. Nada.
GERV. (*En voz baja*). ¡Te lo doy del rancio!
LOR. Ni del rancio. No traigo sed.
GERV. Con una rosquilla.
LOR. Gracias.
GERV. ¡Pues condénate, desabrido! Que te hizo Dios más seco que una gavilla de sarmientos.
MAUR. ¡No seas cerril, hombre, y déjate regalar! Que al cabo no es costal de paja este pimpollón alcarreño.
GERV. ¡Mala vergüenza, que ha de requebrarme el abuelo, estando aquí un mozo!
MAUR. ¿Pues qué le vale á este ave zonza, sino el medio siglo de más que traigo á cuestas? (*A Lorenzo*). Si me pillas cincuenta años antes, no eras tú quien se bebía el vino rancio.... ni quien se comía las rosquillas.
GERV. ¡Miren lo que me pierdo!
MAUR. Por haberte retrasado. En mis tiempos no les parecía yo á las mozas gavilla de sarmientos.
GERV. Buen pescador haría usted entonces.
MAUR. ¡Y entonses si que picaban!
GERV. ¡Ay, que don Mauricio!

MAUR. Alégrate, hombre. ¿Qué te sucede para que siempre te veamos con esa cara de entierro?
LOR. Si no es que me pase nada. Dios me ha hecho así. ¿Está en mí el dimudarme? Eso no es facultativo.
GERV. Ya se lo que tú tienes. ¡Ay!.... Desvanecido. ¿Qué ventolera te ha dado ahora?
LOR. (*A Mauricio*). ¿No quiere usted la cuenta?
MAUR. ¿Qué tal se ha vendido la miel?
LOR. De vacío vengo. Y más que hubiera llevado. Revañé la orza en Guadalajara.
MAUR. ¡Dame entonces lo que traigas, que buena falta nos está haciendo!
LOR. (*Dáadole un puñado de monedas que trae en el pañuelo*). ¡Ahí va!
GERV. ¿Pues no dice que le está haciendo falta? (*Riéndose*). ¡Qué gracioso!
MAUR. Voy á apuntar la entrada de este socorro. (*Saca de la alacena un cuaderno, tintero y pluma, y se sienta á la mesa; cuenta detenidamente el dinero, y apunta en el cuaderno*).
GERV. (*Al otro lado de la escena, bajando la voz, á Lorenzo*). ¡Qué humor de viejo!
LOR. ¡Si, humor!
GERV. Di que eres un hurón, y quisieras que todos padeciésemos de itericia.
LOR. Lo que tiene el abuelo es mucha pesadumbre, que no puede con ella.
GERV. Y por eso se la deja arriba, guardadita en su arca.
LOR. Es que desimula. ¿Ves tú lo que quiere á la señorita? Pues porque no se le pegue á ella la tristeza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GERV. ¡Mientras no se nos pegue á todos la tuya!....

LOR. A mí que me dejen. ¿Le digo yo algo á nadie?

GERV. Aunque no digas. ¿Crees tú que á mí se me escapa? ¡Rústico, gañán!... Tú estás enamorado de la señorita.

LOR. (*Después de una breve perplejidad*). Pues sí que lo estoy.

GERV. ¿Te has vuelto loco?

LOR. Ella no lo sabe, ni lo sabrá en toda la vida; con que me parece que estoy cuerdo.

MAUR. ¿Sabes que te sobran aquí unos reales? (*Oyéndose fuera voces y risas*). ¡La niña!.... (*Acudiendo á la ventana*). ¡Ya viene! (*Entrega á Lorenzo el cuaderno, tintero y pluma*). Guarda esto; ajustaremos más tarde la cuenta. (*Lorenzo guarda lo dicho en la alacena*). ¡Oid, oid, qué bullicio! ¡Es una campanilla de plata!

ESCENA III.

DICHOS Y ANGELITA.

ANG. (*Desde la puerta*). ¡Abuelito!

MAUR. ¡Hola, hola!.... Princesita de la sangre, ¿qué escapatoria ha sido esta?

ANG. Adivine lo que le traigo. (*Mostrándole un paño doblado, que cubre unos panales*).

MAUR. Rayos del sol y puñaditos de estrellas.

ANG. Ahora va usted á ver.

MAUR. Nunca se viene sin traerme su regalejo.

ANG. (*Mirando hacia fuera*). Adiós.... Que no tarden ustedes. A las cuatro es la

reunión.... Hasta luego. (*Entra en la escena*). Pues.... un par de panales chorreando miel y cortaditos por estas manos. Para que se relama usted. (*Descubre los panales sobre la mesa*).

MAUR. ¡Jesús, Ave María!.... Pero, ¡tú te has atrevido!....

ANG. A mí no me pican las abejas.

MAUR. (*A los otros*). ¡Es una valiente!

LOR. Sí, que lo es. Ya la vide yo andar en las corchas, y.... como en un palomar.

ANG. Las abejas me conocen; saben que soy la princesa heredera de los colmenares. Allá me entro yo tan intrépida, sin ponerme antifaz, ni manoplas, ni nada. Y levanto la montera de una colmena y corto lo que quiero de los panales, sin que una sola de las señoras saque el aguijón para tirarme una estocada. ¡Y cuidado, si son bravías! Conmigo, no. Se levantan por el hueco en pelotón, y revolotean, y zumban.... ¡hu, hu?.... Pero no es que me injurien, ni que me amenacen. Es que me arrullan, que me cantan, diciéndome: «¡Toma nuestra miel, tómala, que para tí la labramos.

MAUR. Y para el regalón del abuelo. (*Dando los panales á Gervasia*). ¿Con quién te venías riendo?

GERV. Con los parientes, sería.

ANG. Los de Valderrebollo, que han venido más temprano. La Simona y la Blasa y los demás. Fuimos á recorrer la huerta y al abejar, y nos alejamos por el monte hasta el segundo molino.

MAUR. ¡Lo que habeis andado!

ANG. Pues ahora se han ido por la carretera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abajo, al encuentro de los de Brihuega y Torija, que vendrán en el coche del tío escribano Yo me he quedado, porque tengo que vestirme de gala.

GERV. El vestido nuevo.

MAUR. ¡Pues, no, que no!

GERV. ¡Poco maja que va á estar con todo aquel aderezo encima! ¡Y decir que no tiene puntada que no la hayan dado esas manitas de plata! Pero, ¿quién la ha enseñado á hacer tales primores?

ANG. ¡Oh! pues si hubieses conocido á mi madre.... Esa sí ... ¡pobrecita!.... ¿Verdad, abuelo?

MAUR. Dios la tenga en la gloria.

ANG. Mi madre, sí. En cada mano tenía ella un amuleto para hacer maravillas.

MAUR. Era una bendición de Dios.

LOR. *(Que ha seguido con atención esta última parte del diálogo desde el hogar).* Sí, que lo era.

MAUR. *(Volviéndose á Lorenzo).* ¿Te acuerdas tú?.... Este la conoció. *(Recobrando de golpe su jovialidad).* Pero tratemos de lo alegre.... ¡de lo alegre!.... De nuestra función, nuestra fiesta de esponsales. *(Lorenzo se pone á atender con inquietud).* ¿Tenemos ya prevenida la cuchipanda?

GERV. Sí, señor. De Brihuega traje esta mañana el chocalate y los bollos.

ANG. Y he hecho yo dos fuentes de natillas para los golosos.....

MAUR. ¡Natillas también!

ANG. Cosa exquisita. Y una bandeja más grande que una alberca, colmadita de bizcochos bañados.

MAUR. ¡Digo, digo!

ANG. ¡Al golosazo, cómo se le está haciendo la boca agua!

MAUR. Lo único que me sobra en este convite son los convidados.

ANG. Ahora empieza en el Ribazo la animación y el bullicio.

MAUR. Y el gasto de chocolate. Prepara el molinillo, Gervasia.

ANG. Ya se concluyeron en esta casa la quietud y la soledad. ¿No hemos vivido aquí bastante tiempo, como dos excomulgados, sin trato de alma viviente; usted pescando, yo cosiendo ó bordando, ó refugiada en la lectura de versos y folletines?

MAUR. Pero, ¿tan abrigaditos los dos, tan en sosiego!

ANG. Y tan hastiados, ¡ea!..... La verdad. Esto es muy triste. Que entre la vida en el Ribazo. Parientes, visitas, conversaciones, obsequios. Que huela esto á tomillo y á romero; á primavera, á los diecinueve años que Dios me deja tener. Además, yo maduro mi idea. ¿Cuánta fatiga no nos cuesta el lograr que mi padre haya vuelto por fin á la Alcarria? Ahora que ya le tenemos aquí, lo que pretendo es que no nos abandone otra vez.

MAUR. ¡Ojalá fuera posible!

ANG. Espero que lo sea. Porque.... mire usted.... yo, á fuerza de cavilar, he dado en una sospecha; y pienso que los cinco años que ha tardado padre en resolverse á venir por acá, después de la muerte de mi madre, no los tardó porque les

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

detuvieran sus negocios, como él afirma: La razón es otra. La razón es que, como la desgracia.... ¡válgame Dios!... como la desgracia le pilló lejos de aquí, tan lejos.... comenzó á imponerle respeto la idea de que iba á regresar, y de que entraría en casa y en el nido ya no estaría la pobre avecilla.... Y de este modo ha ido retardando, retardando... Porque hay que hacer memoria de cómo quería él á mi madre.

MAUR. Sí, sí, basta; ya te he entendido.

ANG. Por otro lado, yo creo que padre tiene resentimiento con nosotros. Y muy justo. Hay que confesarlo. Sobre todo, con usted, abuelo.

MAUR. ¿Cómo?... ¿Por qué?.... ¿Qué dices?

ANG. Tiene en el alma el dolor de no haber visto morir á su esposa. Yo me lo explico. Es un desconsuelo. Y de eso, ¿quién tuvo la culpa? Usted que no le advirtió de la gravedad del mal, en los dos años que duró aquella agonía. Ni me dejaba á mí que se lo escribiese.

MAUR. No lo quería la enferma.

ANG. Porque siemprs esperaba curar. Y así se murió. Luego, de repente, la noticia. Un golpe á traición.

MAUR. ¡Hija mía!.... No te ocupes ahora....

ANG. Todo eso quiero enmendarlo. ¡Y lo consigo! Padre se queda con nosotros.

MAUR. ¡Como tú te empeñes!.... ¡Brujilla!

ANG. Lo difícil era traerle. Vea usted si le he traído.

MAUR. Ciertamente; en eso triunfaste. Ojalá te salgas del todo con la tuya. Que si te saldrás.... Volvamos á nuestra fiesta.

GERV. Hay que sacar las bandejas y la vajilla del escaparate.

MAUR. (*Sacando una llave de entre algunas que lleva en un manojo*). Toma y despacha.

ANG. Ya era hora de que volviese á abrirse este armario.

GERV. (*Que ha tomado la llave*). Hoy se repica gordo. (*Abre el escaparate y va sacando lo que ha dicho; debe quedar en los estantes lo suficiente para que sigan bien provistos y decorados*).

LOR. (*Que durante la última parte del diálogo ha estado en el fondo, junto al hogar se acerca ahora al proscenio con inquietud*). Pero, ¿qué ha llegado el amo?

ANG Está aquí desde ayer tarde.

MAUR. ¿No sabías que se le aguardaba para hoy?

LOR. ¿Y hoy es el día de los dichos?

ANG. Hoy viene don Wenceslao á pedir mi mano para su hijo. Luego, la presentación del novio á la familia reunida. Los dichos, mañana.

LOR. ¡Negado de mí!

MAUR. ¿Qué es lo que te pasa?

LOR. Sin haberme enterado de que hoy había de ser todo eso....

GERV. Como no te han pedido licencia....

MAUR. Lástima que no hayas puesto tú el visto bueno.

LOR. No lo dije por tanto, sino que.... ¿Y cómo viene el señor?

ANG. Ahora cuando de la vuelta, podrás saludarle.

LOR. (*Impaciente y violento, coge del escaño la manta y se la echa al hombro*). Como

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hai de tomar otra vez el camino. (*Se dirige turbado y presuroso hacía la puerta del fondo*).

MAUR. (*Deteniéndole*). Tú te quedas aquí, donde haces falta.

LOR. ¿Yo, qué falta hago en esta función?

MAUR. No es hoy día de paseo. (*Lorenzo deja la manta*) Mira; ya debe estar llegando tu amo,

ANG. (*Llegándose á la ventana*). No; es Santiago el que se apea.

MAUR. Sal á cogerle la yegua al novio, cara de viernes.

ANG. ¡Ay qué muchacho! (*Lorenzo se dirige perezosamente hacia la puerta*).

GERV. (*Que ha ido sacando del armario bandejas, platos, marcelinas y vasos, y dejándolos en la cocina, cierra los cristales y devuelve la llave á Maurioio*). La llave, señor. (*Entra en la cocina*).

LOR. (*Parado en el umbral de la puerta del fondo*). Ya no soy menester. Se apea él solo. (*Se hace adentro al aparecer en la puerta Santiago*).

ESCENA IV

DICHOS y SANTIAGO por el fondo, con capote de monte, sombrero hongo de anchas alas, espuelas y en la mano un látigo.

SANT. (*Desde la puerta*). ¡Ah, de casa!

MAUR. (*A Angelita*). Un pobre á la puerta.

ANG. Entra, entra.

SANT. ¿Hoy no dan limosna?

ANG. (*Cogiéndole de la mano*). Vamos, pasa, romancero.

MAUR. Ahí tienes; la limosna y el santo. No hay más que llevar. (*A Lorenzo que iba á salir*). Cuelga el capote.

LOR. ¿No hay que acomodar la yegua?

MAUR. Después.

LOR. Será después.

SANT. (*Que ha estado quitándose el capote, al dárselo á Lorenzo con zumba*). Adios, Lorenzo.... ¿Cómo estás, hombre?....

LOR. Pasando vamos.

SANT. Pasar, ya es gran cosa. ¿Qué era de tí? Ya iban días que no nos veíamos.

LOR. Como yo estoy en lo mío, y usted está en lo suyo, pues claro que nos podemos ver.

SANT. ¡Hombre, ni que fuéramos dos enemigos!

LOR, Es un decir.

SANT. Pues no lo digas.

LOR. (*Después de colgar el capote*). Voy á acomodar la yegua.

SANT, Vé y acomoda la yegua. Que Dios te lo pague, hombre. (*Lorenzo se va por el fondo*). ¡Pobre diablo!.... (*Riéndose*).

ESCENA V

DICHOS, menos LORENZO.

ANG. ¿Has visto á la tia abadesa?

SANT. Cumplí escrupulosamente el rito.

ANG. Así quedas bien. Hoy no podía faltarle tu visita.

SANT. Y he visto á toda la comunidad. Te saludan.

ANG. También padre ha ido al convento.

SANT. Le dejé en el locutorio.

ANG. Siete años que no veía á su hermano.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SANT. ¡Siete años!
MAUR. Dos que lleva fuera cuando enviudó, y cinco más que ha tardado luego.
ANG. ¡Si tendrán ambos cosas que decirse!
SANT. Sobre todo, proponiéndose don Clemente volver á ausentarse mañana mismo.
MAUR. ¡Erre, erre!
SANT. Así se lo he oido.
ANG. Luego entraré yo con la rebaja.
MAUR. Como esta gitana no le hechice....
SANT. ¡Ya lo creo que le hechiza! ¿Quién no cede á la dulzura de ese melindre?
ANG. Siéntate. (*Santiago se sienta á la derecha de la mesa*).
SANT. ¿Y no hay obsequio?
ANG. (*Al cabo de allá de la mesa*). Hay lo que tú apetezcas. ¿Quieres catar mis natillas?
SANT. Eso luego. Por ahora me satisfago con un sorbo de nuestro vinillo alcarreño.
ANG. ¡Gervasia!
GERG. (*Desde la cocina*). Ya lo he oido. Voy, voy.
MAUR. Saca un jarro de ese vino. Ya sabes; el de los buenos mozos. (*Gervasia pone en la mesa dos vasos de los llamados de Avemaría, y un jarro de vino.*
SANT. (*Invitando á Mauricio á que se siente*). Ande usted, don Mauricio
MAUR. Yo soy gran devoto del onceno.
SANT. Usted no nos estorba.
ANG. Si que estorba, porque se ríe de lo que nos decimos.
SANT. Ande usted; que el vino á solas no es regalo. (*Mauricio se sienta frente á Santiago, el cual echa vino en los dos vasos*).
MAUR. [*Alzando el vaso*]. Ave María.

SANT. (*Lo mismo*). Ave María. (*Beben*). También he saludado á los de Valderrebollo. Me pararon en la carretera.
ANG. Cierto; que por ella se fueron ahora poco.
MAUR. Buen enjambre de zánganos.
ANG. Me alegro de que te hayan visto. ¡Vendrías tan guapo, caballero en la yegua!
SANT. Guapísimo. Imagina tú. De esto si que se va á reir el abuelo.
MAUR. Lo que hago yo es buscar donde guarecerme, porque en comenzando los piropos....
ANG. ¡Vaya si venías apuesto! Te he visto yo desde allí. (*Señalando á la ventana*).
SANT. Como venía era muy contento, borbollándome la dicha en el corazón, desafiando al mundo. Y la felicidad es el gran afeite para hacer los rostros bien parecidos.
ANG. Así tendré hoy el mío.
SANT. Tú siempre estás encantadora.
ANG. Conque te lo parezca á tí....
SANT. A mí y á todos los que me tienen envidia.
MAUR. (*Levantándose y apartándose*). Ya empezó la pedrea.
SANT. ¿No lo sabes?.... (*Advirtiendo el movimiento de Mauricio*). ¿Se aparta usted?.. Venga acá don Mauricio.
MAUR. Esa es música para dos. (*Volviendo á sentarse*).
ANG. No nos decimos nada que espante.
SANT. Ni que sea un secreto. Que nos queremos mucho.
ANG. Y que nos ha hecho Dios el uno para el otro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

SANT. ¡Boquita de bendición!
ANG. (*De brazos sobre la mesa, en actitud íntima de amorosa abstracción*). Yo si que bendigo la tuya.
SANT. ¿Por qué?
ANG. Porque me dijo amores. (*Mauricio vuelve á apartarse; los novios no lo echan de ver*). Hasta que tú no me hablaste, yo ignoré que tenía juventud, y que era bonita, y que ya estaba en disposición de conquistar un novio. (*Mudando de tono*). Desde hoy vas á serlo deveras.
SANT. ¡Y con qué gana morderé el anzuelo! (*Ruido de cascabeles fuera*).
GERV. (*Acudiendo de la cocina á la ventana*). Ahí llega un carruaje.
ANG. Serán los de Brihuega.
GERV. Doña Engracia es, que viene solo en una jardinera. (*Vase apresurada por el foro derecha*).
MAUR. ¿Esa también?
ANG. (*Yendo á la puerta*). ¡La tía Engracia!
MAUR. Ella es. ¿No te lo han advertido los cascabeles?

ESCENA VI

DICHOS Y ENGRACIA.

ENG. (*En la puerta besándose con Angelita*). ¿Cómo está mi prenda?
ANG. Bien venida.
ENG. Abuelo, buenas tardes.
MAUR. Guarde Dios muchos años á la ricahembra.
ENG. Señor novio.... aunque usted no quiera....

SANT. Señora tía....
ENG. Futura, hijo. Todavía no....
SANT. Pero muy al caer.
ENG. El que caiga será usted, que es quien se casa. (*Siétase*). ¿Y cómo va por acá?
ANG. Ya ve usted; muy bien. Todos muy contentos.
MAUR. ¿Y usted? Tan frescota siempre y tan empavesada.
ENG. Ya estás viendo que no he faltado.
ANG. No iba á usted á ser tan pícara.
ENG. Pepa, no... A mí hija no la traigo.... Se lo he dicho: «Tú, no.» Porque la pobrecita.... En fin.... (*Mirando á Santiago*).
SANT. Pues lo sentimos mucho.
ENG. Ya, ya....
ANG. Buen réspice la aguarda.
ENG. Yo, sí; no he querido dar ocasión de comentarios. En seguida se habla.... Eso sí; me he venido con anticipación, porque en el coche, apretujada entre los otros.... Se lo dije á Percúdez, el farmacéutico: «Présteme usted su jardinera, porque de lo contrario, se la hago rabona á mi primo y á mi sobrina.» ¡Ya lo creo! El boticario conmigo.... ¿Qué quieres, boca? con los mejores arreos mandó enjaezar.
MAUR. Ya hemos oído el campanilleo.
ENG. Y te digo la pura, hija mía: quiero que me lo agradezcas.
ANG. Ya se ve que sí.
MAUR. Luego; luego serviremos el chocolate.
ENG. Porque pienso estarme con vosotros lo más que pueda. Te falta tu madre... Dios la haya perdonado.... y en siendo

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se trata de boda, hay que guardar el majuelo.

SANT. En este pago no entran gorriones.

MAUR. No hacen falta bausanes.

ENG. Para bausán, ahí estaba usted.

MAUR. ¡Que no fuera ello cierto, para espantar pájaros y.... pájaras!

ENG. Pues por tí, sobrina.... como lo oyes. Hago un verdadero sacrificio; porque abandonar yo mi rinconcito de Brihuega, y mi tertulia, y mi balcón á la calle de las Armas, los días de mercado.... Y luego, que no hay allí gira de campo, ni bateo, ni fiesta, á donde Pepa y yo no vayamos convidadas. Es un sacrificio el ausentarme; ya verás cómo tu padre me lo agradece.

MAUR. Y los de Brihuega también.

ENG. El abuelito siempre con esa chispa.

MAUR. Se corre la pólvora, porque usted llega.

ANG. Y por el feliz motivo que la trae.

ENG. ¡Sí, sí!.... Muy feliz motivo. Estarás contenta, ¿verdad?..... mielecita de la Alcarria.....

ANG. ¡Podría no estarlo!

ENG. Sea enhorabuena, hija; que para tí ha sido todo en nuestra casa. Para tí el patrimonio, para tí la boda, para tí la fama. Naciste á tiempo.

SANT. (*A Mauricio*). Empalagosa viene.

MAUR. No; empalagada.

ENG. No se sentirá tan gozoso tu padre.

ANG. Sí, por cierto.

ENG. Aunque lo disimule. ¡Pobre Clemente! Por él, sobre todo, me he decidido á venir. Hay que distraerle, porque encuentra aquí recuerdos.....

ANG. También encontrará dichas.

ENG. ¿Tú qué sabes? ¿Tú qué sabes?

ANG. Pues, ¿qué hay?

MAUR. (*Interponiéndose vivamente*). Que arriba espera el vestido nuevo, y que vienen los convidados, y que la novia no va á estar compuesta. (*Coge á Angelita de la mano, separándola de Engracia y dirigiéndola hacia el fondo*).

SANT. (*A Engracia*). Señora.....

ENG. ¡Si no digo nada!.... Pues, ¿yo que he dicho?

MAUR. ¡A vestirse! ¿Qué calma es ésta?

ANG. (*A Santiago*). ¿Te marchas tú?

SANT. A ver si llega tu padre. Tengo tan poco que andar.....

ANG. Hasta luego.

MAUR. (*Llevándola de la mano*). ¡De prisa! (*Mirando á Engracia*). ¡Maldita cotorrona! (*Vase con Angelita por el foro derecha*).

ESCENA VII.

ENGRACIA y SANTIAGO

ENG. ¡Qué farsante es este viejo! Mire usted si no sabrá la niña....

SANT. No, señora; no sabe nada.

ENG. Por mí no lo ha descubierto.

SANT. Cerquita le anduvo. Pero Dios es Todopoderoso.

ENG. ¡Ay, si no lo fuese, qué fraterna le caía á usted encima, ahora que le tengo á mano!

SANT. ¡Suéltela, señora! ¿Necesita usted sangre? Yo la ofrezco mi cabeza inocente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ENG. ¿Sabe usted, por qué no ha venido mi Pepa?

SANT. ¿Por qué?

ENG. Porque yo se lo he aconsejado: «Pepa, no vayas.» ¡Picaronazo! ¡Bien se ha reído usted de nosotras!

SANT. Señora, yo nunca.....

ENG. A mi Pepa la tenía usted tan consetida.... Me decía la critura: «¡La peté, mamá; yo creo que la peté!.....»

SANT. Por dirigir cuatro piropos y bailar unas polcas.....

ENG. ¡Oh, bailando, bailando, habría usted dado el resbalón! Pero le tocaron música más sonora, y se marchó usted á bailar con la otra orquesta.

SANT. Rodaron las cosas.....

ENG. A la postre, ¿qué es casarse? O vender ó comprar. Y no hablará usted mal de la feria. El negocio que hace es redondo.

SANT. Mejor de lo que usted se figura.

ENG. Miel de la Alcarria.

SANT. Sí, señora; así la llaman.

ENG. Mucho dinero.

SANT. Y mucha hermosura y mucho corazón.

ENG. ¡Uf!.... ¿Se hace usted el romántico?

SANT. El enamorado.

ENG. La dote, hijo, la dote. Esa es la madre del cordero. Las dehesas, los montes, y las majadas y los pares de mulas.....

SANT. ¡Oiga, oiga! ¿Me trae usted ecos de la chismografía? Pues, atienda; que me importa responder y dar el quite á esos tijeretazos. Sí, señora; yo soy muy claro; aunque cursé en la corte, he vuelto á traerme de allá mi franqueza lugareña, y no quiero que se me tenga por más

santo de lo que soy. ¿La dote, dice usted? Justamente, la dote. Por ella pensé yo en boda, y tras de ella vine yo á este sitio.

ENG. Tampoco ha vuelto usted tartamudo.

SANT. Vivía yo con el ánimo ocioso.... aunque bailaba polcas con su Pepa de usted. Me era indiferente cualquier partido; casarme ó no casarme. Pero mi padre decía que á mí me tocaba redimir del cautiverio el patrimonio de nuestros mayores.... Porque eso ya lo sabe aquí todo el mundo.

ENG. Sí, señor; sí.

SANT. Somos hidalgones rancios; pero hoy por hoy, sin otra sombra que nos cobije más que la de nuestro árbol genealógico, ¡Si nos picará el sol!

ENG. Por la frescura no se le conoce á usted.

SANT. Sórdidos y aleves eran, pue, los pensamientos que yo alimentaba, cuando alguien que los conocía empezó á decirme, señalando á esta casa:—«¡Lo que hay allí!.... Miel de la Alcarria.... ¡Cosa soberbia!»—¡Ay, doña Engracia de mi alma! Decidíme y me arriesgué. ¡Bendita la hora en que tal hice!..... ¡Miel blanca, pura, dulcísima, mi doña Engracia!..... ¡Qué interesante, qué deliciosa criatura, aquí recogida, quieta, arrimada al amparo y al cariño de ese vejete solitario! Un corazón sano, que echó flor á la caricia de mi primer requiebro; dieciocho años como un mazo de lirios, lozanos y frescos; una juventud ardorosa y cándida, que para mí rompió en su primer arrebato. La miel

sobre hojuelas, amiga mí; pero, ¡qué hojuelas! ¿eh?..... ya ve usted qué hojuelas.

ENG. Lástima que á ese sér tan poético, no le deje volar el lastre de una herencia tan prosáica.

SANT. Somos jóvenes, enamorados, el mundo es nuestro, y la verdadera opulencia de nuestra vida será querernos. ¿Hemos de sacrificarla porque la fortuna levanta un montón de riquezas entre los dos?

ENG. Nada de eso. ¡Jesús, qué lástima! A lucirlo, á gozarlo, á recorrer el mundo en tren de recreo.

SANT. ¡Quiá, hija mía! Tenemos otros proyectos. Paletos somos los dos, y le profesamos mucho cariño á este pedazo de nuestra tierra. ¿Saben ustedes para qué quiero yo esos terrones que me trae Angelita? Para gozarme destripándolos y revolviéndolos con la cuadrilla de mis gañanes. Se verá aquí un labriego titulado, un rico hombre del terruño, como en los tiempos añejos de Juan Pascasio y doña Flamba. Ardasé el mundo en ostentaciones y fiestas al lado de allá de estos cerros. Yo aquí me quedo con mi paleta; en nuestra Alcarria. Regiré mis labranzas, perfeccionaré mis cultivos, aumentaré las rentas y el caudal, no por avaricia, sino por decoro. Y si algún día, á ese manso y humilde Tajuña que corre por allá abajo, le diere la ocurrencia de desmandarse y subiera á invadirnos y desvastarnos, en medio de la inundación, sobre cualquiera de los maderos que flotasen, habían de vernos á

Angelita y á mí, que nos íbamos pobres, despojados, perdidos, siguiendo la corriente en busca de otro sitio donde poner á salvo nuestro amor. Pero, ¡qué estoy ahora charlando!.... Mil perdones. Usted era la que se subía al púlpito, y al cabo he sido yo quien ha echado el sermón.

ENG. Sí, por cierto. Pero como si se lo hubiera usted predicado al negro del cuento.

ESCENA VIII.

DICHOS Y MAURICIO por el fondo izquierda.

MAUR. (*Dirigiéndose airado á Engracia*). ¡Ea!... se salió con la suya.

ENG. ¿Todavía dura eso?

MAUR. Ya está ¡le chiquitina sospechosa, deseando saber.... Y le faltaban ocasiones para ponerse alerta.... Bastábale á usted con haber venido justo á la hora del chocolate, que es lo único que se le ha perdido por acá.....

ENG. Oiga usted. Ya no necesito venir al Ribazo para merendar. Ni me hace falta pretexto para presentarme en este sitio cada y cuando me plazca.

SANT. Son chanzas de don Mauricio.

ENG. Ribazos somos y no sabemos las vueltas que pueda dar al mundo.

MAUR. ¿A qué nos pone un pleito cualquier día?

ENG. Bien pudiera; sépalo usted. Porque si se apura, los papeles nó están muy claros. Pero ya le consta á Clemente que no

quiero darle guerra. Muy al contrario. Por algo, allá en tiempos, hubo lo que hubo; y si no se hubiera atravesado... En fin. El se casó, yo no había de vestir imágenes.... y para ciertos disparates sólo Dios tiene remedio.

MAUR. (*Excitado*). ¿Que disparates?.... ¿De qué disparates habla usted? ¡No agraviemos, no agraviemos!.....

ENG. Usted es quien se pica. Yo no digo nada. (*Volviéndose á Santiago*). ¿He dicho yo algo?

MAUR. Harto deja comprender.

ENG. Y aunque dijera. Yo no le quito á un alma la gloria ó el purgatorio que Dios le haya dado; pero de lo que ha sucedido en la tierra se puede hablar....

MAUR. ¡No, señora! ¡no se puede! No lo quiere Clemente; no lo tolera.

SANT. Vamos, don Mauricio.

MAUR. Tiene usted muy mala lengua. A usted ¿qué le hizo aquella pobrecita?....¡Tanto como sufrió la desgraciada!.... Sufrió mucho.... (*Sollozando*). ¿No lo vimos todos, lo que sufrió? ¡Disparate!.. ¿Y por qué dice que Dios puso el remedio? ¿Por qué se la llevó á la infeliz... porque se la llevó después que nos la hubo devorado la enfermedad?..... (*Llora*). ¡Que nos la devoró!.... Lo estuvo viendo todo el que aquí entraba ... Nos la devoró poco á poco. hasta que en dos años no quedaron para la tierra más que los huesos. Cinco años han transcurrido.... Cumplidos ya... El día de santa Teresa. Cinco años, y parece que aun se la oye allá arriba, con

aquel plañido de día y de noche, y aquella oración á la Virgen Santísima.....

SANT. Vamos, abuelo, abuelito,

ENG. No se trostorne usted.

MAUR. Y me la está austed ofendiendo. Eso no es noble, no es cristiano, Tengo aquí el clavo, aquí en el corazón.... y usted viene y lo ahonda. ¡Mala lengua!

ENG. Perdone usted; venga acá.

MAUR. ¡El cielo nos guarde de una mala lengua! (*Vase por el foro irritado y sollozando*).

SANT. ¡Engracia, por la Virgen del Madroñal! Ténganos usted misericordia.

ENG. Si vuelvo á despegar los labios.... ¡Jesús! Aunque se me pudra la palabra en la boca.

ESCENA IX.

SANTIAGO, ENGRACIA Y GERVASIA por el fondo.

GERV. Ya viene el señor.

SANT. Muy bien. Le saludo y prosigo mi marcha. (*Toma sucapote y vase por el fondo*).

GERV. Y llega con él un coche lleno de señoras.

ENG. ¡Qué animación! ¡Cuántos años que no se veía en esta casa!.... (*Ruido de conversación y risas fuera*).

ESCENA X

DICHOS, SIMONA, PETRA y algunas otras parientas, por el fondo derecha. La primera y una ó dos más, visten de paletas acomodadas, con mantilla de galón; Petra y las restantes, de señoras, con mantón y mantilla de velo. Salen charlando atropelladamente y riendo.

GERV. (*Desde el umbral*). Pasen las señoras. muy buenas tardes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIM. Mía quien está aquí. La prima Engracia.

PETRA ¡Esta faltaba!

ENG. (*Acudiendo y besando á todos*). ¡Simona!.... ¡Lo que has engruesado!..... ¿Y esta es la Petra? Te encuentro desconocida, mujer. ¿No te prueba bien el matrimonio. Ya le diré yo al truhán de tu marido.

PETRA El no tiene la culpa.

ENG. (*Volviéndose á las otras*). ¡Cuánto bueno, cuánto bueno! ¿Habeis venido en el coche?

PETRA Se han bajado los hombres para que subiesen ellas.

GERV. ¿No se quitan ustedes las mantillas?

ENG. Eso es. Poneos á gusto, que en nuestra casa estamos. (*Se quitan las mantillas y mantones, y los recibe Gervasia*). Acomódalas tú.

GERV. Lo haré en seguida. (*Deja las mantillas y mantones doblados sobre una silla, y entra en la cocina donde aviva la lumbre del hogar, echando leña y soplando*).

ESCENA XI

ENGRACIA, SIMONA, PETRA y parientas en la escena. GERVASIA en la cocina. CLEMENTE, por el foro derecha con MAURICIO, que le sigue, mostrándole miramiento y humildad.

MAUR. Entra. Ya estás en tu casa. Tomarás reposo....

CLEM. (*Entrando lentamente*). Sí.... El que se pueda. (*Se sienta á la izquierda*).

ENG. ¿Cómo va desde esta mañana, primo?

CLEM. ¡Oh, ¿que ya estabas tú aquí?

ENG. Vine en la jardinera de Percúdez. Como él me pretende....

CLEM. Ya me han contado en Brihuega.... ¡Válganos el Señor!.... ¿Cuándo sentarás esa cabeza?

ENG. Por de pronto, nos sentaremos nosotras. (*Van á sentarse.*)

GERV. [*Saliendo de la cocina.*] ¡Arrímense las señoras al hogar, que le he puesto una lumbre muy hermosa!

ENG. Di-s te lo dé de gloria, hija mía, porque el frío va arreciando. (*Entranse todas en la cocina y se sientan junto al hogar, unas en los escaños y otras en los posones, y continúan charlando y riendo durante las escenas siguientes. Gervasia coge las mantillas, y se va por la izquierda. Mauricio anda inquieto por la escena; mientras dura el diálogo anterior mira á Clemente, y duda en acercarse á él, lo que verifica al cabo de una pausa.*)

MAUR. En los siete años que tuviste abandonadas tus heredades, no se ha distraído un celemín de grano, ni una azumbre de vino, ni un ochavo de tu dinero.

CLEM. (*Con blandura.*) Lo supongo así. No hay por qué darme cuentas.

MAUR. (*Sacando un cuaderno*). Aquí las tienes. No ha crecido la hacienda, eso no, porque hijo mío, esta pobre cabeza no valía para tanto gobierno. Pero aquello que lo tuyo ha rendido, á tu disposición está; sin merma te lo encuentras.

CLEM. ¡Hombre, don Mauricio!.... (*Rehusando el cuaderno*). ¿Quién le pide á usted eso? Mi hacienda quedó para los que en ella quedaron.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAUR. No ha sido menester.
CLEM. ¿Entonces, de qué han vivido ustedes?
MAUR. De lo poquito que era nuestro. Las colmenas pertenecían á tu mujer. Y la enfermedad, el entierro, la educación de Angelita..... Todo lo han costeado nuestras abejas.
CLEM. Cuanto hay aquí debe pasar mañana al dominio de Angelita. Rinda usted, cuando sea hora, las cuentas á su marido. Yo me marcharé sin llevar de aquí, ni una hierba, ni una semilla.
MAUR. ¿Sigues en tu propósito de marcharte?
CLEM. ¡Oh, sí! Mañana.
MAUR. ¿Por qué te destierras así?
CLEM. No me hable de eso, don Mauricio.
MAUR. ¿Nunca volverá á ser esta tu casa?
CLEM. Fué mi paraíso; harto lo sabe usted. Luego... Me obliga usted á recordarlo.... Luego me arrojaron el desengaño y el ultraje.
MAUR. ¡No, no!.... Delante de Dios aseguraría.....
CLEM. Inútil conversación, don Mauricio. Aborrecí estos sitios, los abandoné. Hoy que vuelvo á ellos, me rechazan igualmente; donde quiera, me sale al paso el recuerdo palpitante.... Lléguese usted y escuche lo que murmura aquel corro de mujeres, lo que se recorta y saja al amor de aquella lumbre, bajo la campana de nuestro hogar. Don Mauricio, aquello vive y alienta todavía; persigue, asalta, y yo huyo. Estos sitios me son intolerables.
MAUR. ¿También tú hija?.... ¿No quieres á tu hija?

CLEM. Solo por ella he vuelto á pasar aquel umbral. La familia de Santiago exigió mi presencia, y he venido. Le doy en dote mi patrimonio entero.....
MAUR. ¿Y tu cariño?..... ¡Tu cariño!
CLEM. ¡Basta, don Mauricio! Nos atormentamos.
MAUR. ¡Silencio¡ Ahí está la niña.
CLEM. ¿No sabe nada?
MAUR. Yo la he defendido.....
CLEM. Bien hecho. Que no lo sepa.

ESCENA XII.

DICHOS, ANGELITA por la segunda puerta izquierda, vistiendo traje nuevo.

ANG. *(A Clemente)*. ¿Ha venido ya mi forastero? *(Le abraza)*. ¡Buenas tardes, padre!
CLEM. Guárdete Dios, pimpollo, lucerito.
MAUR. ¿No la estás viendo, que gentilísima viene?
ANG. Como que hoy es mi primer día de gala.
SIM. ¡Ay, qué guapa, se parece á la novia!
ENG. ¡Que se vea, que se vea!.... *(Unas se levantan y salen á rodear á Angelita; otras atienden á la escena sin dejar su sitio junto á la lumbre)*. Deslúmbranos con ese lujo.
ANG. Lujo, no tal. ¡Si es muy sencillo!
CLEM. Pero muy elegante.
PETRA ¿Quién lo ha hecho?
MAUR. Ella; es su propia modista.
ANG. *(Cogiéndose del braazo de Clemente y paseándose)*. Ayúdeme usted á lucirlo.
PETRA Cierto que el traje es precioso.
ENG. No está mal.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAUR. ¿Tiene usted algún pero que ponerle?
ENG. ¡Para hecho en casa!
MAUR. Ya se vé. (*A las otras*). Como ella se viste por el figurín de Guadalajara....
SIM. ¡Vaya que das gozo!
ENG. Hija, así engalanada, ¿cómo te pareces á tu madre!
SIM. Vente á la lumbre con nosotras.
PETRA Anda; presidirás el corro.
ENG. Es que fuera de allí, se queda una yerta.
ANG. Vayan ustedes. Yo con mi padre. (*Vuelven Engracia y las otras á ocupar su sitio junto al hogar. Clemente se sienta á la izquierda*). Eso es. Ahí sentadito, y yo á su lado. (*Se sienta junto á Clemente*). ¡Gualquiera me separa á mí del lado de usted!
CLEM. ¡Muy bien, muy bien!.....
ANG. Ni á usted del mío.
MAUR. (¡Qué zalamera!)
ANG. Tengo muchas cosas de que hablemos. Siete años; siete alcancías llenas, llenas.
CLEM. Todos tus ahorros.
ANG. Sí, todas mis economías de cariño y expansion. ¡Y he ahorrado tanto!.....
CLEM. Pues, ¿y el abuelo?
ANG. El abuelo me dejaba que arrinconase para usted.
MAUR. Yo, con poquito me socorría.
ANG. Vera usted qué caudal tengo aquí reunido. (*Señalando al corazón*). Caricias, mimos, confidencias.... también alguna quejilla....
CLEM. ¡Qué criatura!
ANG. Y sobre todo..... una manita de reprimenda..... Porque lo primero, será regañarle.

CLEM. ¡Oiga?..... A ver, á ver.
ANG. No, ahora no. Lo dejo para cuando ya haya dado el sí á Santiago. No fuera usted á enojarse y me dejara compuesta y sin novio. ¡Ya le tomaré á usted por mi cuenta!
CLEM. (*A Mauricio*). Es un diablillo.
MAUR. ¡Tiene una chispa!..... ¡Y qué genio! ¡Lo que es el geniecito!....
ANG. ¿Por qué me le asusta usted? Nada de eso, padre. No me coja usted miedo.
CLEM. ¡Miedo de tí! Todo lo contrario.
ANG. De manera, ¿que ya no huye usted?
CLEM. ¡Huir! ¿Quién dijo tal cosa?
ANG. Bueno; huir ó marcharse. ¿Tampoco se marcha?
CLEM. Eso, mañana sin falta.
ANG. Pero, ¡qué prisa!
CLEM. Ya sabes que es necesario.
ANG. ¿Por qué es necesario?
CLEM. Imprescindible.
ANG. Dejémoslo ahora. Ya veremos lo que tasa un sastre... ó lo que taso yo, que soy modista. (*Levántase*). (Esto es muy raro).

ESCENA XIII.

DICHOS Y LORENZO por el foro derecha.

LOR. Esos señores.... Los del Castillón.... Que ahí llegan.
MAUR. ¿Ya han descabalgado?
LOR. No, entodavía. Es que los vide subir por el repecho.
MAUR. ¡Y te dejé alerta para que les sirvieses al apearse! Sal á recibirles. (*Lorenzo va á salir*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CLEM. Aguarda. (*Lorenzo se detiene*) ¿Quién es éste?
ANG. ¿No le conoce usted? Este es Lorenzo.
CLEM. Si, sí.... Lorenzo.
LOR. Para servir á Dios y á usted.
MAUR. Huérfano de Matías. el guardabosque.
CLEM. ¿Se murió tu padre?
LOR. Solo estoy en el mundo.
CLEM. Pues aplícate, hombre. Te has hecho un mocetón.
ANG. Tiempo hemos tenido, los que éramos pequeños, para llegar á grandes. ¿No es verdad, Lorenzo?
LOR. Sí, señorita.
MAUR. ¡De prisa ahora lo que te he mandado! Y ayuda luego á Gervasia cuando se sirva el refrigerio.
LOR. Bien está. (*Desde la puerta*). Los del Castillón. Ya echaron pie á tierra.
ANG. ¡Ya están ahí!
CLEM. (*A Lorenzo*). Introdúcelos en el estrado. (*Vase Lorenzo*). Aquí te quedas. hija mía. Vamos, con Mauricio.
MAUR. Yo, ¿qué papel tengo allí?
CLEM. Se le debe oir á usted también.
MAUR. Pues ya sabes. Yo, que sí. Todo lo que la muchacha quiera. En fin, vamos. (*Vanse los dos por el foro derecha*).

ESCENA XIV

ANGELITA, ENGRACIA, PETRA, SIMONA Y PARIENTAS.

ANG (*Parada en la puerta del fondo*). Ya estamos en el momento solemne. La verdad es que no me siento tan gozosa como debiera. Esa resistencia de padre á

quedarse en el Ribazo .. No es á humo de pajas, no.... ¡Vaya, si tiene su intriga! Hay algo; algo que padre no quiere descubrirme, ni el abuelo tampoco. (*Mirando el grupo de junto al hogar*). A éstas se lo hago yo explicar. Porque éstas lo saben. Lo sabe la tía Engracia.... ¡Para que no se lo tenga referido á las otras! (*Acercándose al corro*). ¿Cómo va eso?
ENG. Adiós, mielecita.
ANG. Sigan ustedes, sigan. ¿Quién pagaba la fiesta?
ENG. La teníamos muy en paz.
ANG. Vamos, que de algo se murmuraría.
SIM. Por estas cruces, que no.
ANG. ¡Y yo que me llegaba á meter mi bazal..
ENG. Para todo hay remedio. Siéntate. ¿Y contra quién venías?
SIM. ¿A murmurar del novio?
PETRA ¿Del suegro
ANG. Pues.... de mi padre.
ENG. ¿Deseas cortarle un sayo á tu padre?
ANG. Háganme un ladito. (*Se sienta en el corro*). Nada maligno, por supuesto, ni que se oponga al amor y respeto que me inspira. Pero, vamos á ver, ¿no merece que le critiquen por su obstinación en vivir ausente de los suyos?
ENG. ¡Ah! ya.....
ANG. Yo digo que esa porfía tiene su misterio. ¿En qué consistirá?
ENG. La verdad es que ya debiera esta niña hallarse al corriente de las cosas de la familia. Y así, con delicadeza, bien se le puede contar.....
PETRA Ya es una mujer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIM. Y va á casarse.
ANG. Y están ustedes rabiando por decírmelo.
ENG. No te vayas á disgustar.
ANG. ¡Dios mío! pero, ¿es algo tan grave?
ENG. ¡Vamos, que algo conoces!....
ANG. Nada absolutamente.
ENG. Pues verás, hijita mía.... Reveses que dispone Dios.....
ANG. Con tiento, muy bajito, que están ahí los criados.

ESCENA XV.

DICHOS, GERVASIA Y LORENZO por la segunda puerta izquierda; luego MAURICIO, que atraviesa por el fondo.

(Gervasia saca un mantel, con el cual cubre la mesa, ayudándola Lorenzo. Luego van sacando bandejas de refrescos, bollos, bizcochos bañados, fuentes de natillas, tarros de miel y todo lo que es menester para la merienda. En el corro sigue la conversación en voz baja, desprendiéndose de los gestos y actitudes de las interlocutoras, y singularmente de los de Angelita, cómo va adelantando la explicación que hacen á esta última).

GERV. Ven acá; cubriremos la mesa. Tira tú por ahí. ¡Que tires, encantado! (*A Lorenzo que se distrae mirando á Angelita*). Tráete ahora las fuentes y las bandejas. (*Lorenzo sale por la puerta dicha las veces que sea oportuno durante el diálogo, y va sacando el servicio; Gervasia lo coloca todo convenientemente sobre la mesa. Por el foro cruza Mauricio de derecha á izquierda*). ¡Uy!..... ¡cómo la mira el gran babieca!... Mientras, se la están concediendo á otro. ¿Despachas?

LOR. (*Saliendo*). Ya voy.... Como no estoy suelto en estas faenas....
GERV. ¡Anda, y no te embobes! ¡Si no es para tí!
LOR. Ya sé yo eso.
GERV. (*Acomodando en la mesa las fuentes y bandejas*). Las natillas.... los bizcochos..... Con tanta miel y tanto azúcar, ¡quién pudiera poner en esta mesa el plato más dulce, que es el que falta! ¿No atinas cual?
LOR. Tú te lo dirás todo.
GERV. El de la satisfacción. Porque bien decías tú, que todo el humor que aquí se gasta es postizo. Me lo ha contado ahora el mayoral que trajo á las señoras, y.... ¡vamos, que no sospechaste tú la razón que tenías! Por supuesto, me lo ha explicado el mayoral con toda reserva.
LOR. Entonces, haz por guardársela.
GERV. Es historia vieja, solo que..... ya se ve.... ahora, con el reclamo de la boda, ha vuelto á sacar la cabeza.
LOR. Voy por los jarros del vino.
GERV. Parece que hubo aquí una desazón muy gorda.
LOR. A tí, ni á mí, ¿qué se nos da?
GERV. ¡Baja la voz, maldito, que está allí la señorita! Una muy negra; lo peor que puede ocurrir en un matrimonio. Por eso se marchó el amo.
LOR. El amo se fué porque le dió la gana.
GERV. (*A un lado moderando la voz*). Se fué, porque descubrió que su mujer..... (*En este momento suspende el diálogo de los dos criados, el grito que lanza*

Angelita junto al hogar, poniéndose viva y fieramente en pie en medio del corro, herida por la revelación que de las parientas acaba de escuchar, después de haber estado hablando con ellas cautelosamente).

ANG. ¡Mi madre!.... ¡Silencio, basta, callen esas bocas!.... *(Se lanza fuera del corro, avanzando hacia el proscenio).*

ENG. Oye, ven.....

GERV. La señorita.... Callemos. .. *(Vase por la izquierda. Lorenzo la sigue).*

ANG. *(Tapándose el rostro con las manos).* ¡Jesús! ¡Santísima Virgen!.... ¡Qué desatino, qué villanía!.... ¿Quién es aquí la loca? ¿Ustedes ó yo? .....

ENG. *(Siguiendo á Angelita, lo mismo que las demás).* Ya te hemos dicho que no te arrebataras.

ANG. ¡Mi madre!.... ¿Pero es cierto que me hablaban ustedes de ella?

ENG. Descanse en paz. La llamó Dios á su presencia.

ANG. ¡Oh, sin duda alguna! Consigo la tiene Dios en el cielo. Pero aquí en la tierra, yo, su hija, digo que miente.... ¡miente! todo el que refiera esa infamia que acabo de escuchar.

ENG. ¡Tú lo has exigido!

PETRA ¡Nos has sonsacado!

ANG. ¡Señor, Dios mío, qué malo es el mundo! Se ausentó el esposo, y fué necesario inventar una explicación que envenenase la gloria que aquí teníamos! ¡Ah, no! ¡Cómo ha de ser esa la causa de aquella partida! ¡cómo ha de creer mi padre eso que le atribuyen!.... *(A Engracia).*

Ni usted debiera creerlo tampoco. Ni usted, ni esas, ni nadie. ¡O no entrar en esta casa, trayendo en la cabeza el pensamiento que nos insulta! ¡Decir, suponer, imaginar siquiera!..... ¡Madre, madre de mi alma!.... ¡Madre mía!

ESCENA XVI

ANGELITA, ENGRACIA, SIMONA, PETRA, PARIENTAS, MAURICIO, con un legajo de papeles. Este atraviesa cruzar por el fondo de izquierda á derecha; al observar la alteración de Angelita, penetra en la escena. Luego GERVASIA.

MAUR. ¿Qué tiene la niña?

ANG. ¡Abuelo, venga usted á imponer silencio á esta gente. *(Bajo).* ¡Hay que echarlas!.... Tenía usted razón; que démonos solos, ¡solos!

MAUR. ¿Te han dicho?.....

ANG. No sabe usted que vil impostura.

MAUR. *(Rompiendo á llorar).* ¡Hijita de mi corazón!

ANG. *(Sorprendida).* ¡Qué!

MAUR. *(A las otras, con amargura).* ¡Así Dios se lo pague, buenas mujeres!

ANG. *(Bajo).* ¿No las echa usted?

MAUR. *(Abrazándola y hablándole bajo).* Es tarde; ya han venido ahora. No podemos. Habría escándalo.

ANG. Que lo haya.

MAUR. ¡Y en qué ocasión.... Está allí el padre de Santiago

ANG. Aunque esté.

MAUR. ¡Ya te explicaré luego.

ANG. Pero, ¿qué puede usted explicarme?

MAUR. No provoques á esta gente, no la hosti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gues. (*Dirigiéndose á las otras con fingida obsequiosidad*). Perdonen ustedes.

PETRA No hacemos caso de ese pronto.

ENG. Es una chiquilla.

MAUR. (*A Angelita*). Ya hemos concedido tu mano. Ahora voy con las escrituras. Se está tratando de la dote.

GERV. (*Saliendo por el fondo*). Ahí llegan los de á pie.

MAUR. Salgan ustedes á recibirles. En seguida va á servirse la merienda. (*Vanse Engracia y las demás por el fondo derecha*).

ANG. ¡Ay, abuelito de mi alma!

MAUR. ¡Válganme las ánimas benditas! (*Vase por el mismo lado*).

ESCENA XVII.

ANGELITA.

ANG. ¡Oh, la acusaron!.. ¡La calumniaron!.. Yo no creo en tu culpa; no, madre mía. ¡Yo te defiendo, yo creo en tí!.... Me dejaste en la tierra para eso, y... ¡te lo juro en este momento en que por aquella puerta va á penetrar el hombre amado, dueño de mi felicidad: yo no seré suya, no pensaré en mí ni en él, hasta que no haya conseguido el rescate de tu memoria adorada. Esta será mi empresa, madre mía! Y yo la cumpliré. ¡Te lo juro!

TELON RAPIDO.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

LORENZO, GERVASIA, RUPERTA, LUCIO, MOZOS Y MOZAS del pueblo. Aparecen los mozos y mozas colocados en parejas, acabando de bailar al son de guitarras y discantes que figuran haber tañido otros mozos puestos á un lado. Lorenzo está sentado al hogar, de espaldas á la escena. Gervasia á bailado con Lucio. Risas y algazara.

LUCIO ¡Bien se ha bailado!

RUP. No puedo con mi alma.

GERV. (*Dirigiéndose á la mesa*). Andar, que han dicho los amos que hubiera su miaja de remojo.

LUCIO. ¡Vivan mil años! (*Se acercan todos á la mesa, en la cual habrá jarros de vino, miel, bollos y otros restos del agasajo servido en el acto anterior. Los mozos comen y beben*). ¿Y tú?... ¡Lorenzo!... ¿no te arrimas un zurriagazo? (*Gritándole desde la mesa*).

LOR. (*Desde su sitio*). Déjalo.....

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gues. (*Dirigiéndose á las otras con fingida obsequiosidad*). Perdonen ustedes.

PETRA No hacemos caso de ese pronto.

ENG. Es una chiquilla.

MAUR. (*A Angelita*). Ya hemos concedido tu mano. Ahora voy con las escrituras. Se está tratando de la dote.

GERV. (*Saliendo por el fondo*). Ahí llegan los de á pie.

MAUR. Salgan ustedes á recibirles. En seguida va á servirse la merienda. (*Vanse Engracia y las demás por el fondo derecha*).

ANG. ¡Ay, abuelito de mi alma!

MAUR. ¡Válganme las ánimas benditas! (*Vase por el mismo lado*).

ESCENA XVII.

ANGELITA.

ANG. ¡Oh, la acusaron!.. ¡La calumniaron!.. Yo no creo en tu culpa; no, madre mía. ¡Yo te defiendo, yo creo en tí!.... Me dejaste en la tierra para eso, y... ¡te lo juro en este momento en que por aquella puerta va á penetrar el hombre amado, dueño de mi felicidad: yo no seré suya, no pensaré en mí ni en él, hasta que no haya conseguido el rescate de tu memoria adorada. Esta será mi empresa, madre mía! Y yo la cumpliré. ¡Te lo juro!

TELON RAPIDO.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

LORENZO, GERVASIA, RUPERTA, LUCIO, MOZOS Y MOZAS del pueblo. Aparecen los mozos y mozas colocados en parejas, acabando de bailar al son de guitarras y discantes que figuran haber tañido otros mozos puestos á un lado. Lorenzo está sentado al hogar, de espaldas á la escena. Gervasia á bailado con Lucio. Risas y algazara.

LUCIO ¡Bien se ha bailado!

RUP. No puedo con mi alma.

GERV. (*Dirigiéndose á la mesa*). Andar, que han dicho los amos que hubiera su miaja de remojo.

LUCIO. ¡Vivan mil años! (*Se acercan todos á la mesa, en la cual habrá jarros de vino, miel, bollos y otros restos del agasajo servido en el acto anterior. Los mozos comen y beben*). ¿Y tú?... ¡Lorenzo!... ¿no te arrimas un zurriagazo? (*Gritándole desde la mesa*).

LOR. (*Desde su sitio*). Déjalo.....

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GERV. Llégate siquiera, y haz el acato mientras vuelven los señores.

LOR. (*Yendo á la mesa*). Ahí estabas tú para eso.

RUP. Quita, que nos has dejao á todas más feas de lo que somos.

LOR. Yo no bailo.

GERV. Pues en cuanto venga la señorita, tú bailarás; mas que rabies. Como que pa eso, pa que rabies, estás elegido con la obligación de sacar á la novia al ruedo en nombre de tóos.

RUP. ¿Por tóos baila éste?

LUCIO ¡Ya tiés que bailar!

LOR. Estoy yo pa danzas.

RUP. Ahí llega el acompañamiento.

ESCENA II.

DICHOS, MAURICIO; ENGRACIA, SIMONA, PETRA y otros parientes.

LUCIO ¡Dios guarde á los novios!

MOZOS ¡Salud!

PETRA No vienen los novios, no vienen.

MAUR. (*Saliendo con Engracia del brazo*). Descanse aquí, mi simpática doña Engracia. (*La ofrece silla, en la cual ella se sienta*).

ENG. ¡Qué blando se pone el clima, don Mauricio!

MAUR. (*Confidencialmente*). ¿No ha vuelto á preguntar la chiquitina?

ENG. No, señor; no ha vuelto. Aquello fué tan so o un chaparrón de verano.

MAUR. Dios quiera que con la ceremonia y el

barullo, se haya desvanecido la nube. Usted no le dé pábulo!

ENG. No señor; no le daré. Echo un candado á mi boca, y le entrego á usted la llave.

MAUR. Pero, ¿no se queda usted con la ganzúa?

ENG. ¡Buena se puso la niña!

GERV. Pero, ¿y los novios? ¿Se ha quedaó con ellos en arras el señor cura?

SIM. El coadjutor fué quien les tomó los dichos.

MAUR. La niña se ha subido á su cuarto. (*A Engracia*). Muy inquieta estaba. Viene en seguida.

ENG. Y el novio se fué con su padre, á dejarle otra vez archivado en el Castillón.

MAUR. (*Volviéndose á los otros*). Y.... vamos á ver. ¿No se había armado la danza.

GERV. Sí, señor.

MAUR. ¡Adelante! (*Recorre el grupo*). ¡Oiga, oiga! Todas las buenas mozas del pueblo.

ENG. Usted, ¿qué entiende ya de buenas mozas?

MAUR. Todavía, todavía queda la devoción. ¡Como no he sido hereje!....

GERV. Ahora, en bajando la señorita, romperá otra vez el son.

LUCIO Ella tié que abrir vez con Lorenzo.

ENG. Pavoneate mozo.

LOR. No cansaré yo las guitarras.

ENG. Y á eso, ¿y qué va á decir el novio?

GERV. Pues, nada; porque como no se baila agarrao.....

MAUR. ¿No se baila agarrado?.... Ya no podré yo bailar.

ENG. Claro; faltándole la muleta.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA III.

DICHOS, DAMIAN, por el fondo derecha. Trae colgando de una correa, por delante del pecho, una urna ó pequeño escaparate con una imágen del Niño Jesús. Trae también una cesta al brazo.

DAM. Bendito y alabado.
GERV. El señor Damián.
MAUR. Entre, hermano demandadero.
DAM. ¡Uy, cuanta gente!
ENG. Persignese, que encuentra la casa llena de pecadores.
DAM. ¿Bailaban? Si no hay malicia, el baile no le asusta al niño.
MAUR. ¡No asusta á los viejos!.....
GERV. ¡Ay! ¡Trae usted al Niño!
DAM. Siempre me acompaña. *(Descubre la urna).*
GERV. Venid á verle. ¡Qué hermoso!
DAM. Aquí le dejo para que le adoren. *(Deja la urna sobre la mesa; los paletos acuden).*
SIM. *(Besando la urna).* ¡Si parece de carne!
GERV. ¡Qué rico!
DAM. Ahí tiene el cepillito para las limosnas. *(Volviéndose á Mauricio).* Salia á dar mi vuelta pór esos pueblos, y me encargó la madre abadesa que trujese á ustedes la visita del Niño, lo cual ha de ser bien para los novios.
MAUR. Sí, en verdad. Tome usted para el cepillo.
ENG. Tome, hermano. *(Ambos le dan dinero).*
DAM. Sea por Dios. *(Echa el dinero en el cepillo de la urna).*

ENG. La abadesa está en todo.
DAM. ¡Oh! Esa es una señora, y parece un obispo. Además, me manda traer unas frioleras para obsequio de los convidados que ustedes tengan.
MAUR. Aumentado se lo vean la abadesa y el convento. ¡Gervasia! *(Gervasia toma y retira la cesta).*
DAM. Y, finalmente, que en manos de ustedes ponga este pliego. *(Saca un pliego grande y se lo da á Mauricio).*
MAUR. Eso es.
ENG. ¿La carta dotal?
MAUR. Que se la envió á ella para que la apruebase. Como es una persona de tantas luces.....
DAM. Dice la señora que el documento le parece muy bien.
MAUR. ¿Y no descansa usted un rato?
DAM. Sí, me siento. ¿Donde ha de ser?
ENG. El hermano quiere tomar algo.
GERV. Venga á la lumbre.
DAM. Sí; cerca de la alacena, mejor. Las dulzuras para el cortejo.
ENG. ¿No le gustan al Niño las golosinas?
DAM. Quebrantan el ayuno y no corroboran. *(Gervasia le conduce á la cocina y le da de merendar).*

ESCENA IV

DICHOS, ANGELITA por la izquierda.

RUP. ¡La señorita! Ya viene.
LUCIO Buenas tardes, usted y la compañía.
RUP. Y sea para bien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANG. ¡Hola, Rupertal.... ¿Cómo te vá, Lucio?.... ¿Y vosotros?.....

MAUR. (*A Engracia*) Está nerviosa.

LUCIO Aquí á festejar á usted.

MAUR. Y te aguardan para que empieces el baile. Con que.... ¡animarse!

ANG. Deténgase. No puede ser ahora. Me duele la cabeza; hoy volvía á picar el sol.

MAUR. ¿Estás mala, hija mía?

ENG. ¿Qué tienes, perla?

ANG. Nada, un poquito de melindre. Déjenme, que ello pasará.

MAUR. (*Apenado, á Engracia*). ¡No se templa esta gaita!

ANG. Bailaremos esta noche.

LUCIO Lo que usted disponga.

ANG. Ea, pues.... Hasta luego.

LUCIO Hasta más ver.

RUP. De aquí á la noche. (*Vanse los mozos formando comitiva. Gervasia, Simona, Petra y parientas les siguen, Lorenzo ha desaparecido por la izquierda*).

ESCENA V

ANGELITA, ENGRACIA, MAURICIO Y DAMIAN.

MAUR. (*A Angelita*). ¿No adviertes quien está allí? (*Mostrándole á Damián que está junto al hogar, comiendo*).

ANG. ¡Ah! el señor Damián

DAM. Para lo que guste mandarme.

MAUR. Ha traído una demostración de bocaditos y cubiletes de las monjas.

DAM. Y quedaba la madre aguardando á ustedes.

ANG. ¡Cuanto lo siento!.... Hoy ya no podemos ir. Se ha pasado la hora y nos cogería la noche.

DAM. Será mañana.

ANG. Dígale usted que me ha pesado mucho. Bien sabe ella lo que la quiero, y que aquí somos obedientes siervos suyos.

ENG. ¿Y qué tal se encuentra la prima Raimunda?

DAM. Sor Magdalena, querrá usted decir.

ENG. Bueno; es lo mismo.

DAM. Ella se hace la sana y la fuerte, pero es á puro de voluntad, que la tiene muy obstinada, con perdón sea dicho. La verdad del caso es que se mortifica mucho.

ENG. Siempre halló el mismo placer en tiranizarse. ¡Qué afición á la cuaresma!

MAUR. Habiendo carnavales.

ENG. Para ella, nunca. Había salido tan severa y tan arisca.... Así paró, finalmente, en una celda, Por allá me espere muchos años.

MAUR. ¡Lo que esperará! Porque detrás de los carnavales, querrá usted gozar la piñata.

ANG. (*Impaciente*). ¡Qué buen humor tiene usted hoy, abuelo!

MAUR. Todos, todos lo tenemos. Así celebramos tu felicidad.

DAM. Yo seguiré mi ruta con el Niño, si ustedes no ordenan otra cosa.

MAUR. Vaya muy enhorabuena. Lleve este puñado de castañas. (*Se lo alarga*).

ANG. Y ese recado á la tía.

ENG. Muchas memorias de mi parte.

DAM. Ustedes lo pasen bien. (*Toma la urna*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del Niño y se va después de dársela á besar á los otros).

ENG. Yo voy á escribir á mi Pepa. He de contarle todo lo de aquí.

MAUR. ¡Buena irá la carta!

ANG. ¡Sí, buena!

ENG. (*A Mauricio*). No llegará la sangre al río. Hasta después. (*Vase por la izquierda*).

ESCENA VI.

ANGELITA Y MAURICIO.

MAUR. Buena ocurrencia has tenido aplazando el sarao para la velada.

ANG. Calle usted...

MAUR. Verás estos muchachos como nos divierten.

ANG. Aquí no habrá baile, ni diversión, ni nada.

MAUR. ¡Qué es lo que dices!

ANG. No quiero yo fiesta. ¡Si creerá usted que es cierto que estoy para músicas y cabriolas!....

MAUR. ¡Angelita! ¿No te dije?.....

ANG. Sí; me dijo usted, que no había que promover escándalo; que era preciso disimular. Y esto es lo que estoy haciendo.

MAUR. ¡Por la sangre del Redentor, hija mía! Que me tienes atribulado.

ANG. ¿Y padre, donde está? ¿Cree que no hemos de hablar, que ha de marcharse hoy, como se propone, sin oir á su hija, sin que le tenga puesta en cruz ante el umbral de nuestra casa? ¿Donde está padre.

MAUR. Déjale; no quieras....

ANG. Búsquele, tráigale aquí.....

MAUR. No puedes tú hablarle.....

ANG. Vaya usted y vuelva con él.....

MAUR. ¡Ea, basta! Que no permito.....

ANG. ¡Abuelo!

MAUR. Quítate eso de la cabeza. Adiós. (*Va á marcharse*).

ANG. ¡Abuelo!.... ¡Abuelo!....

MAUR. (*Deteniéndose*). ¡El genecito! Guárdese y cúmplase; ya voy por tu padre. (*Llegando á la puerta del foro*). No es necesario.

ESCENA VII.

DICHOS Y CLEMENTE.

CLEM. ¿Me buscaba usted?

MAUR. La niña... Yo no se.... Que quiere hablarte.....

CLEM. ¿Tú, Angelita?

ANG. (*Arrojándose á los brazos de Clemente, y ocultando la frente en el pecho de éste*). ¡Padre!....

CLEM. ¿Qué es eso, hija mía?

ANG. (*Levantando la frente y separándose de su padre*). ¡Padre, ya se el motivo porqué huyó usted del Ribazo,

CLEM. (*Dolorosamente sorprendido, dirigiéndose á Mauricio, más con el gesto y la mirada que con la voz*). ¿Lo sabe?

MAUR. (*Por detrás de Angelita, lloroso, anonadado*). Sí.

CLEM. ¿Qué patraña te han contado?.. ¿Quién se ha atrevido?.....

ANG. No hay que acusar á nadie. Yo misma

he salido al encuentro de la murmuración.

CLEM. ¿Y qué desacuerdo habrás cometido?

ANG. Necesitaba saber las razones del desabrimiento de usted. Ya las conozco ahora.

MAUR. (*Sentado á la derecha, acurrucado en la silla llorando*). ¡Pobrecilla, pobrecilla!

CLEM. (*Al otro lado, de pie*). La habrán engañado.

ANG. Quien me engañaba eran ustedes. Y no debian, no; mal hecho, muy mal hecho. Dejándome así en la ignorancia..... pues, ¿qué ha sucedido? Que no he tomado parte ninguna en el infortunio; que mis alborozos dentro de esta casa han sido insultos al dolor que en ella existía; mis bendiciones, blasfemias; hasta mis rezos desabridos é ingratos, porque no ponía en mi oración toda la ternura, toda la piedad, todo el fervor con que hube de acariciar el recuerdo de mi pobre difamada, de mi muerta escarnecida. (*Se deja caer en una silla*).

CLEM. Todo lo que puedan haberte dicho, ó hayas tú imaginado, es mentira

ANG. Con esa negación obstinada me cierra usted el camino por donde yo quiero ir. ¿Qué teme usted? ¿Que yo crea la vil invención? ¿Que ponga fe en aquella culpa, uniéndome á los maldicientes, y á usted, y á mi abuelo?

MAUR. ¡Yo, no; hija mía, yo, no!

ANG. Cierto; usted no lo cree, no puede creerlo. Pero se ha rendido ante el poder de la calumnia. ¡Yo, no! Yo.... carezco hasta ahora de pruebas; pero digo y

sostengo que la acusaron falsamente. Yo se que aquella criatura, dulce y sencilla, no podía conocer la culpa. ¡Jamás! ¡Madre de mi alma! ¡Si yo te veo, si yo te hablo! ¡Si puestos los ojos allí, en el cielo, la distingo que viene á mí, como una aparición de la Virgen María!

MAUR. (*Cogiéndole las manos y besándoselas*). ¡Bendita seas!.... ¡Bendida, bendita! ¡Consuelo de mis lágrimas, socorro de mi vejez!

ANG. (*Abrazándole*). ¡Sí; venga usted, viejecito mío! Venga á mi lado. Nosotros la redimiremos, le devolveremos la honra que la han quitado. No sé cómo, no sé por dónde; pero la verdad ha de estar oculta en alguna parte. En mí ha de haber puesto Dios el poder, la gracia de redimir á la madre mía. (*Clemente conmovido, vuelve el rostro para ocultar su emoción; luego se sobrepone y separa á Mauricio de Angelita*).

CLEM. Da usted lugar á que piense Angelita que, en efecto, la engañamos.

ANG. Ciertamente; lo pienso así. Pero, no importa. Yo tengo mi convicción; yo llegaré á la victoria. (*Sentándose á la derecha, inquieta y pensativa*). ¿Qué plan he de trazarme, Dios mío?.... ¿Dónde está el esfuerzo, dónde el sacrificio?

CLEM. (*A la izquierda, bajo á Maurício*). No ha debido usted asentir.

MAUR. (*Dominado*). Tú eres más fuerte.

CLEM. Sea usted fuerte también. Negar es lo pío y lo generoso.

MAUR. Te sobra la razón. Hice mal lo enmen-

daré. (*Clemente descuelga una escopeta de una estaca*). ¿Sales á cazar?

CLEM. Doy una vuelta por el soto. Si viene Santiago.... Nos quedan algunos cabos que atar. En el soto estoy.

MAUR. Allá te lo acompañaré. (*Vase por la izquierda*).

ESCENA VIII.

ANGELITA Y MAURICIO.

ANG. Venceremos, abuelito.

MAUR. ¡Eh, aparta, simplecilla! Diste crédito á un enredo.

ANG. Pues, ¿no convenía usted ahora mismo?....

MAUR. Tú, ¿por qué me haces caso... ¿Se yo, por ventura, lo que me digo?.... Chocheo, hija mía. Soy un vejestorio. Estoy lelo.

ESCENA IX.

ANGELITA, MAURICIO Y SANTIAGO por el fondo.

SANT. Angelita, ¿es verdad que estás indispuesta?

ANG. ¿Quién te lo ha dicho?

SANT. Esas señoras, que están paseando por la huerta.

ANG. Ya han visto ellas que era un pretexto.

MAUR. Está bien y gozosa. Y se le invita á usted al sarao de esta noche.

SANT. Con los mozos del pueblo. También me lo han noticiado. Y que tú abrirás la danza.....

ANG. ¡Lo que te han dicho esas señoras!

SANT. Siendo tu pareja ese muchacho.... ese criado de ustedes.....

MAUR. Lorenzo. Lo han tramado los propios chicos para más risa.

ANG. Pues ni estoy enferma, ni va á haber baile.

SANT. De todo me alegro. Con la juventud del lugar, buena cara y poca franqueza. Y con ese repartidor de vuestras mieles... Puesto que ahora viene á propósito.... ya supondrás que no incurro en la tontería de pedirte celos.

ANG. Tuviera que ver.

SANT. Pero, lo mío, conmigo.

ANG. ¡Más que tuya soy!

SANT. Pues, mira; ese Lorenzo.....

ANG. Vamos á ver. ¿Qué le sucede?

SANT. Sucede que ese muchachón melancólico.... ¿Saben ustedes, por qué lo está?.... Es caso de risa.... ó tal vez de lástima.... En fin, que tenemos á ese belitre enamorado de mi novia.

ANG. ¡Calla, por Dios!..... ¡Jesús!

MAUR. ¡Qué visiones ven ustedes, los amantes!

SANT. Como lo digo, es un rival.

ANG. Jamás se ha permitido el pobre.....

SANT. Peor que peor. El que no puede á voces, ama á la chita callanda, y cuando menos se piensa, en uno de los zangalones nuestros, de pañizuelo y albarcas, revélase un Nemoroso, que se viene con su égloga y su elegía. Por algo ven la luz en ese rincón de España, patria de la miel; y más, que quien junto á la orza vive, no es mucho que se le derrita la boca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN · DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANG. En fin tranquilízate; no he de bailar con él.
SANT. Ni prestarle alas.
MAUR. Será conveniente, por si acaso.

ESCENA X

DICHOS, GERVASIA, después LORENZO, ambos por el fondo.

GERV. Señorita, ya viene Lorenzo con los tarros para el Castillón.
SANT. ¿Qué dice esta?
MAUR. ¡Ah! Unos tarros de nuestra rica miel, que manda Angelita á su señor padre de usted.
LOR. (*Saliendo con unos tarros de miel*). Acá traigo esto. (*Deja los tarros sobre la mesa*).
ANG. Anda y llévales tú, Gervasia.
GERV. Muy bien está. (*A Lorenzo*). ¿Dónde te habías metido?.... ¿No se fué con la azada á los bancales? ¡Y es fiesta de guardar y día de los dichos!
SANT. Como en esos dichos, nada le dicen á él.... ¿Verdad, Lorenzo?
LOR. A mí nada.
MAUR. Este ni dice, ni oye. A su obligación.
GERV. Pero no hay por qué huir.
SANT. (*A Lorenzo con zumba*). Está furiosa la Gervasia. ¿Le das penitas?
LOR. ¡Yo, qué he de darle!
MAUR. Si no son novios.
GERV. No, señor, no hablamos. ¡Lorenzo conmigo!.... ¡Si usted supiera la función de pólvora que se trae en la cabeza!
SANT. ¿Como es eso?.... ¿Piensas tal vez en alguna emperatriz?

LOR. No haga caso de esta.
SANT. Pues para un pobre diablo como tú ¿qué mejor proporción?
GERV. Todos se lo dicen.
SANT. No sueñes, muchacho. Para volar, es preciso tener alas, y el que sin ellas quiere hacerlo, patalea y bracea, pero no sube.
LOR. Ya se yo eso.
SANT. No sueñes.
LOR, No sueño yo, don Santiago.
SANT. Quiero decirte, que no te extravíes; que no des que reir. Voy en busca de don Clemente.
MAUR. Acompaño á usted: en el soto le está aguardando.
ANG. (*A Santiago, deteniéndole*). Después que hables con mi padre, vuelve. También los dos hemos de conversar.
SANT. ¿Y no me acompañas un momento?
ANG. Necesito quedarme.... Pero salgo contigo hasta la vereda. (*Vanse Mauricio, Santiago y Angelita*).

ESCENA XI

LORENZO Y GERVASIA.

GERV. (*Llegándose á Lorenzo*). El novio lo sospecha.
LOR. ¡Qué, sospechar!.... Lo sabe de cierto.
GERV. Te ha cantado buen responso.
LOR. Ha querido humillarme; allá se lo goce. Yo nada; yo, adentro todo.... todo á la cueva.
GERV. ¿Qué remedio tienes?
LOR. ¡Que no soy nadie!.... Pues si yo fue-

ra alguien..... Si pudiese sahumar el cortijo conforme sahumo una colmena, para que las abejas se aturdan y caigan cuando cato la miel.... ¿á ese panal quién se habría acercado aunque fuera..... no digo ese caballero noble del Castillón, pero ni tampoco el mismísimo don Apóstol de Castilla? Mas como no puedo..... Por eso me aguanto; porque no puedo.

GERV. Déjalo ya, y no te machaques. De aquí á después.

LOR. Anda con Dios. (*Vase Gervasia con los tarros*).

ESCENA XII.

LORENZO Y ANGELITA.

ANG. (*Mirando afuera desde la puerta del fondo*). ¡Cómo me enoja esta gente!.... ¡Que se marche ya!.... ¡Que se vayan todos!.... Cuando yo me aproximo, lisonjas y caricias; después que he pasado, la parlería otra vez, la injuria sorda.... ¡Qué cólera, señor! (*Viendo á Lorenzo que se ha hecho atrás, hacia el hogar*). ¿No tienes tú qué hacer?

LOR. Ya se ve que tengo.

ANG. ¡Y estás aquí mano sobre mano!

LOR. A mis faenas iba, sinos que.... como hai visto que usted lloraba.... Desde ayer la veo llorando..... ¡Qué tiene usted?

ANG. Nada. ¡Qué te importa? Vete, no quiero conversación con persona humana. Aborrezco á todo el mundo.

LOR. Eso, bien hecho. Pero á mí.

ANG. ¿No oyes que á todos?.... Todos sois difamadores; los parientes, los amigos, los criados. ¡Vé á murmurar, vé á escarnecer! Allá, al corro de mujeres ó al de la servidumbre.

LOR. Yo no he murmurado.

ANG. Como los demás.

LOR. ¡A ver cuándo!.... ¡A ver dónde!.... ¡Si yo!.... ¡Vaya!....

ANG. ¡Déjame!

LOR. ¡Yo qué he de murmurar, sabiendo que todo es falso!

ANG. (*Vivamente, acercándose á él*). ¡Todo!... ¿Verdad que todo es falso?

LOR. Como la palabra de Judas.

ANG. Y, ¿por qué, Lorenzo?

LOR. (*Después de vacilar*). Yo digo que es falso.

ANG. ¡Ah, buen Lorenzo! Tú eres leal, tú agradeces el pan que has comido en casa, tú no olvidas que aquí naciste. ¡Habla, y que Dios te premie!

LOR. (*Turbado*). Yo digo que es falso.

ANG. ¡Sí, sí, lo es! Pero tú tienes noticia.... Tú te fundas..... ¡Confíate á mí, Lorenzo!

LOR. (*Violento*). Señorita.... no puedo hablar.

ANG. ¡Pues ello es forzoso! Escucha, ven ... Nadie sabrá que me he enterado por tí. ¿Es esto lo que te inquieta? No te receles. Dí que has encendido una hoguera en mi alma. ¡Dí, lo que sabes, dí! (*Lorenzo calla puestos los ojos en el suelo inquieto y rudo*). ¿Te empeñas en que no has de hablar?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOR. No puedo.
ANG. ¿Qué es lo que te cierra la boca?
LOR. Tengo en ella una mordaza.
ANG ¡Arráncala! ¿No consideras lo que te pido? ¿Has pensado el bien que voy á recibir de tí!.... ¡La honra de mi madre, la revelación de su inocencia! ¡Por deber, ó por gracia, ó por limosna, tiende tu mano, Lorenzo, y hazme ese bien! (*Lorenzo calla*). ¿Te abstinas aún? Vienes obligado á despojarte del misterio. ¡Obligado, ya lo creo! Tú acabas de decirme: ¡Eso es falso!
LOR. Como que es falso.
ANG. Así lo afirmaste. Y, ¡qué malo serías si ocultases el fundamento de lo que afirmas! Mejor te estuviera no decirme nada. ¿Por qué me lo has dicho, desalmado, por qué me lo has dicho?
LOR. (*En un arranque*). Usted, ¿por que me mandaba al corro á murmurar?..... Allá, con los otros.... Y yo no soy como los otros.
ANG. ¡Peor, eres mil veces peor! Aquí hay una superchería, una apariencia..... ¡No se qué, Dios mio!.... Algo que alucina é in ama. Tú solamente conoces la verdad y no la muestras. ¡Tú eres el traidor, el enemigo!....
LOR. ¿Qué falta hace? Si fuera para la dicha de usted.... Pero, ¿no se casa sin tropiezos con quien ha querido?
ANG. ¿Tienes impuesto el silencio?
LOR. Ya ve usted. Juré no hablar y no hablo.
ANG. ¿Y á quién:.... ¿Quién vale tanto contra mí, que soy tú amiga de la infancia?

LOR. ¡Contra usted no vale nadie! ¡Si yo pudiera!.... Más, ¡cuántas cosas no haría un hombre. si no fuera por eso..... porque no puede!
ANG. ¡Oh, Dios mío!..... ¡Y no cederá! Lo estoy viendo. ¿Cómo he de reducir con mis pobres manos esa dureza que es la de un roble?.... ¿Qué quieres, Lorenzo? ¿Cuál es el camino de tu corazón? ¡Dímelo! ¿Con qué blanduras se te doma? ¿Qué te ofreceré? Soy rica...
LOR. (*Haciéndose un paso atrás*). ¿Y á mí qué?
ANG. ¡No, no.... perdona! Yo te diera todo este patrimonio que es mi dote. ¡Daría la vida, cuanto más la fortuna!..... Pero, no.... escucha, ven· no te agravies, no te ofrezco dinero. Ya ves que no me propongo comprarte. Mas ¿cómo vencerte entonces?
LOR. Hay que dejar eso, (*Dando un paso hacia el fondo*). Dejarlo.....
ANG. ¡Oh, cielo santo!.... ¡Madre mia! (*Resuelta, inspirada*) ¡Ah! ¡Oye! ¿Es verdad? Me lo han dicho.... ¿Es cierto que tú piensas en mí?
LOR. (*Turbado*). Yo.... señorita.... (*Rudamente*). También eso hay que dejarlo. (*Otro movimiento para salir*).
ANG. ¡No.... no huyas! ¡Contéstame! A esta pregunta bien puedes contestarme.
LOR. Ese es asunto mío.
ANG. Te engañas. Ahora es de todos. Mio y de los mios, y de mi madre muerta, y de la tierra y del cielo.... ¡Respóndeme! ¿Es cierto que me quieres? ¿Estoy yo en tu alma?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOR. Aunque esté usted.... ¡que sí, está!... ¿Monta eso algo para nadie?

ANG. ¡Era verdad!

LOR. Yo me lo sufro. á ninguno falto. ¡Sí, señora! ¡Ya lo he soltado! ¿Fué cosa rara, ni delito, ni irreverencia, echar de ver que era usted buena y que era usted hermosa?... Eso allá, lejos, cuando aun no habia cuajado aquí dentro el juicio. Usted entró antes que él, y lo que estuvo, ya estuvo.... ¡que si llego á tiempo!.... Harto conocí después que esa había sido una gran majaderia.

ANG. ¿Y es verdadero amor lo que me tienes?

LOR. Dicen, que es eso. Pero cuando se piensa en una mujer, y no se la alcanza, y se la pierde.... yo no se si esta agrazón que aquí se trae es voluntad ó es encono. En fin, gran castigo es, llámenle como quieran. Pero si es castigo, y no tiene indulto.... ¿qué remedio? Sufrir el azote y tragar el veneno.

ANG. ¿Nada ambicionas?

LOR. Es claro.

ANG. (*Pensativa*). Pero sufres ... Estás celoso. Y cuando se tienen celos.... Si yo los tuviera..... Si otra mujer fuese la amada de mi Santiago, ¿qué habría de hacer ella si quisiera reducirme, sobornarme..... tenerme sometida á su antojo? (*Herida de la idea*). ¡Ah!..... ¡bien lo se yo!.... (*Vacilando*). ¡Pero es que así, Dios mío!... (*Con entereza*). Pues solo así. ¿Me falta el tesón? No puede faltarme. ¿Renuncio á mi empresa? No, no renuncio. (*Yendo á Lorenzo*). Obtener de tí esa revelación que

me niegas, es mi deber primero, el ansia mía más poderosa. Mi riqueza no te seduce; voy á ofrecerte mi felicidad. Escucha. Aunque me ames, pobre Lorenzo... tú lo reconoces... yo no te he amado. Yo tuya.... eso no puede ser.

LOR. Bien se me alcanza.

ANG. ¿Te atormenta que vaya á ser de otro?

LOR. Ya ve usted.....

ANG. Oyeme, pues. ¿Y si yo te prometiese que no habias de verme poseida por nadie?

LOR. (*Vivamente*). ¿Ni por el del Castillón?

ANG. (*Con esfuerzo doloroso*). Ni por él. (*Pausa breve. Lorenzo dirige su mirada á la puerta, luego á la ventana, como buscando á Santiago*).

LOR. (*A Angelita*). Eso.... eso no lo prometerá usted.

ANG. Y lo cumpliré, si te lo prometo.

LOR. ¿A truco de que yo hable?

ANG. Sí.

LOR. ¿Y cómo podría ser?.... ¡Si están usted y él tan rendidos, y tan adelante los tratos, y el señor cura ya empieza el domingo á echar las publicatas!.... Todo ese apaño, volverse atrás, solamente por mí!.....

ANG. ¡Si no es por tí, desdichado! Es por mi madre.

LOR. Sobre que eso.... después que yo hubiera hablado, al día siguiente se deshace.

ANG. ¿Desconfías?.... Tienes razón. He de darte seguridad.....

LOR. Se hace imposible, porque..... como habia de ser duradera.....

ANG. Seguridades.... las habrá.... ¿cuál te satisface? Yo te la doy, dí la que quieras.

LOR. ¡Ea, que habrá que dejarlo!

ANG. No. Hay clausuras, hay votos.... Entraré en un claustro. ¿Es para tí seguridad? Me encerraré en un convento. ¿Estarás pagado?

LOR. Señorita.... que eso ciega.... que ese ya es mucho poder.... y para un pobre diablo como yo, según me llamaba ahora mismo el del Castillón.... Eso ya no es soñar, ni es dar que reir.

ANG. Pues yo te lo otorgo. ¿Estarás pagado?

LOR. (*Lentamente*). ¡Sí, señora! Si de esa maña.... ¡Aunque se pierda mi conciencia!.... ¡De esa maña, sí! Yo se lo digo á usted todo.

ANG. ¿Y me probarás que es cierto?

LOR. Como que iremos á donde por sí misma adquiera la prueba.

ANG. ¿A dónde?

LOR. Usted ha de verlo.

ANG. Vamos, pues. Guíame; ahora mismo.

LOR. (*Sin moverse*). Pero, ¿me ha prometido usted ya?....

ANG. (*Con dolor, vacilando*). ¿Quieres mi promesa?

LOR. En teniéndola, de usted me fío.

ANG. Pues bien..... (*Se detiene pesarosa*). ¡Ay, mi Santiago!.... Espera; quiero ver antes á mi prometido. Necesito verle. Bien comprendes que es justo.

LOR. ¿Le llamo?

ANG. (*Mirando por la ventana*). No; viene aquí. Déjame con él. Sal por esa puerta. (*Señalándole la izquierda*).

LOR. ¿Pactado está?

ANG. Aun no está pactado. Aguarda. Después que hable á Santiago. Vete; yo te llamaré.

LOR. Estoy alerta. (*Vase por la izquierda*).

ESCENA XIII.

ANGELITA Y SANTIAGO.

ANG. (*Cogiendo ambas manos de Santiago*). Ven, Santiago, y oye lo que va á decirte esta criatura que te adora.

SANT. ¿Tienes algún disgusto, Angelita? ¿Qué sucede?

ANG. Lo que sucede aquí ya debes tú saberlo. Yo no he conocido hasta ayer lo que tan cerca de mí ocurría; y desde que lo sé, lloran mis ojos y tengo la razón perdida.

SANT. ¡Hicieron al fin su obra las buenas gentes!

ANG. ¡Tú no lo creas, Santiago! ¡Tú no!....

SANT. Yo no lo creo.

ANG. Ayúdame pues.

SANT. Con todo mi aliento.

ANG. Hemos de traer la luz del sol á que disipe esta noche negra.

SANT. Es nuestro deber.

ANG. ¡Y hay que cumplirlo! Porque.... (*Con tristeza*). Santiago.... amado mío.... lo que hemos de alcanzar es la prueba positiva de que mi madre no delinquió.

SANT. ¿Dónde está esa prueba? Yo voy en su busca al centro de la tierra.

ANG. Está aquí; la posee Lorenzo.

SANT. ¡Lorenzo! Pues que declare.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANG. Espera. Lorenzo ha crecido en el Ribazo. ¿Qué habrá visto? No lo sé; pero él conoce la historia del engaño ó de la traición. A ese mozo he oído lo que á nadie más de cuantos me rodean. La afirmación rotunda de que es fábula todo lo que se dice.

SANT. Pues, ¿cómo lo calla ese insensato?

ANG. ¡Ay, Santiago! El hablará. Mas ¿sabes á qué precio he de poseer su secreto? Es verdad que Lorenzo me ama. Exige que no sea tuya.

SANT. Nuestra perdición es lo que exige.

ANG. Y hay que otorgársela.

SANT. ¡Que se la otorguemos!.... ¿Tiene ya tu promesa?

ANG. Nada he prometido antes de conocer tu voluntad.

SANT. Pues bien; no, no prometas. Ese pacto es imposible. ¡No, Angelita mía, no prometas! Además, ese canalla puede engañarte.

ANG. Si me engañase ¿qué ventaja conseguía Mi ofrecimiento fuera nulo.

SANT. Aunque diga verdad..... Atiéndeme. Nuestra abnegación sería estéril. Lo que anhelas es emplear la revelación para desmentir á las gentes. Pues bien; óyeme. Ese objeto no lo conseguirás; no se consigue en el mundo. La difamación atiende al relato del mal porque con él se regocija; ante la prueba del bien, es incrédula, es rebelde.

ANG. ¡Tan malo es el mundo, Dios mío!

SANT. ¿Para qué, pues, sentenciarnos? Nosotros aquí en la intimidad de nuestro hogar, desagraviaremos la memoria de tu

madre. Crearemos un culto para ella, y su recuerdo será mantenido como en un templo, sobre el altar. La opinión mundana nos es indiferente.

ANG. Pero ¿y mi padre? El no. Allá los extraños; más yo quiero que mi padre vaya á rezar á la sepultura que hoy no visita.

SANT. Eso es justo, eso es necesario, tienes razón.

ANG. Mira, por consiguiente, cómo es necesario y justo el sacrificio.

SANT. No me resigno á él. Lorenzo debe hablar por ley de su conciencia.

ANG. No lo creas; nada dirá.

SANT. Le obligaré por la fuerza.

ANG. Respétale. Es mi única esperanza.

SANT. ¡Tu esperanza y tu valedor soy yo! ¿Dónde aguarda ese bellaco?.... Llámale. ¡Lorenzo! (*Lorenzo aparece instantáneamente en la puerta de la izquierda*).

ESCENA XIV

DICHOS Y LORENZO.

SANT. Si no eres loco ó no estás ébrio, date cuenta de la demasía á que te arrojas. Tu pretensión es insolente. ¿Sabes lo que pediste?

LOR, (*Sin mirar á Santiago, dirigiéndose á Angelita*). Nada he pedido,

ANG. Mía fué la oferta.

LOR. De usted fué.

SANT. Mas tu la aceptas. Ahí está el desmán.

ANG. Ten calma, por Dios, Santiago.

SANT. ¿Quieres cobrar merced por el bien que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dispenses? Te la pagaremos, mas no exijas imposibles. Si te vendes, ponte un precio que pueda pagarse.

LOR. (*Siempre dirigiéndose á Angelita*). Usted ha sido la que lo ha puesto.

SANT. (*Cogiéndole de un brazo*). ¡A mí! Vuélvete. ¡Háblame á mí! ¡Muéstrame el rostro!

ANG. ¡Santiago!

SANT. No le defiendas. (*Lorenzo se deshace de Santiago, mirándole sin decir palabra*). ¡Si he de arrancarle el secreto y el alma!

LOR. El alma, pudiera ser; el secreto ... ¡ese no!.... está más adentro.

ANG. No le someterás. Es indomable.

SANT. He de ver si lo es. (*En ademán de acometer á Lorenzo; éste espera impasible*).

ANG. (*Deteniendo á Santiago*). ¿Vas á trabarte con él?

SANT. ¡No le ampares, por favor!

ANG. Es mi única esperanza.

SANT. ¡Yo soy, he dicho, tu esperanza! ¿Qué remedio te vendrá de su mano, que no pueda dártelo la mía? (*A Lorenzo*). ¡Vete! (*A Angelita*). Despídele. Yo soy capaz de todo; yo me basto. Tu padre convencido; ¿esto te satisface?

ANG. Esa es mi ambición.

SANT. Yo la colmaré. (*A Lorenzo*). Márchate; para nada ha menester la señorita de tu generosidad. (*A Angelita*). Yo haré la luz en las tinieblas.

ANG. ¡Cómo ha de poder!

SANT. Mejor que este rústico. ¿Qué hay aquí? una falsedad que ha tomado medros; la bola de nieve que rodó sin un obstáculo que la desmenuzase. Fía en mí. ¡Si eso será fácil! Yo lo haré todo; persuadiré á don Clemente. (*Por Lorenzo*). Este, que se vaya.... Despídele.... ¡Vete! Díselo.

ANG. (*A Lorenzo*). Sí; retírate. (*Lorenzo va á salir*).

SANT. Y.... escucha. (*Lorenzo se detiene*). Todavía no soy aquí el amo; lo seré en breve. Así que eso ocurra, ¿sabes cuál será mi primera providencia?

LOR. Puedo irme ya desde ahora.

SANT. En eso harás bien. Márchate hoy, porque te echaría mañana. (*Lorenzo va á salir*).

ANG. (*Parándole*). Entra á despedirte.

SANT. ¡No! No vuelvas por acá.

LOR. Lo que ella manda. (*Vase por el fondo izquierda*).

ESCENA XV.

ANGELITA Y SANTIAGO.

ANG. Los dos solos nada podremos.

SANT. Tu misión es augusta, y porque la realizaras me sentiría capaz.... te lo afirmo.... de estrujar mi corazón y ponerte en las manos de otro hombre. Pero no es preciso..... Yo quiero ser el autor de tu contento; yo he de ser quien te corone.

ANG. ¿Qué es lo que meditas?

SANT. Ante todo, hablar á tu padre; persuadirle de que se hace á sí mismo, y nos hace á todos, víctimas de una tenacidad injustificada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANG. ¿Y no he de oirlo?
SANT. Tú impedirías la claridad y la crudeza.
ANG. (¡Oh! Yo lo he de oir). Adios, pues.
SANT. Hasta muy pronto. (*Vase Angelita por el fondo derecha*). ¿Qué es lo que hay aquí?.... Una suposición, un amaño. Para desvanecerlo confío en el buen discurso de don Clemente.
ANG. (*Desde fuera, juanto á la ventana*). ¡Santiago!
SANT. (*Abriendo la ventana*). ¡Ahí estabas!...
ANG. Viene mi padre. Habla con él.
SANT. Aléjate.
ANG. Déjame á mí. Ahí le tienes. (*Quítase de la ventana*).

ESCENA XVI

SANTIAGO, CLEMENTE Y MAURICIO, por el fondo derecha. A su tiempo ANGELITA.

CLEM. (*Dejando la escopeta*). ¿Se hablan ustedes por la ventana con Angelita?
MAUR. Eso es pelar la pava á la inversa: el novio dentro y la novia en la calle.
SANT. Deje usted á un lado sus chanzas, pobre don Mauricio.
MAUR. (*Atemorizado*), ¿Por qué?.....
SANT. Don Clemente, es necesario que hablemos.
CLEM. ¿No acabamos de hablar en el soto?
SANT. Sí; de la dote, de dominios y cosechas. Trátase ahora de materia más honda.
MAUR. ¡Válgame el Señor!
CLEM. He demorado mi marcha bajo condición de que no se me enojaría.

MAUR. (*Suplicante, atribulado*). ¡Déjelo usted, Santiago! ¡Por caridad!
SANT. (*A Clemente*). Tiene usted que oirme.
MAUR. (*Separándose*). ¡Virgen santa de la Cueva!
SANT. Y usted también, don Mauricio. Lléguese acá.
MAUR. (*Huyendo hacia el hogar*). ¡Yo, no! ¡Yo, no!.... Nada tengo que oir. Yo, á mi rincón, á mi rincón. (*Siéntase junto al hogar, tapándose el rostro y los oidos con las manos*).
CLEM. Y yo me niego á escuchar y á responder una sola palabra.
SANT. No puede usted negarse, porque va en ello la felicidad de su hija.
CLEM. ¿No he venido á dársela? ¿No le entrego mi fortuna, y la caso con usted, su enamorado?
SANT. Pues todo lo arroja ella por ese recuesto abajo y deja que lo lleve el río, si usted no honra y venera la memoria de su madre.
CLEM. Que desista de tal sacrificio; sería ocioso (*Va á marcharse*).
SANT. (*Deteniéndole*). Me pertenece ya el derecho de pugnar por la rehabilitación de aquella víctima, en cuya inocencia creo firmemente. Defiendo la fé de Angelita y la mía.
CLEM. Ambos son ustedes jóvenes; son generosos. Asimismo yo era crédulo al bien; era creyente.
SANT. Y luego fué usted un iluso. Me son conocidos, como lo son de toda la comarca, los sucesos que aquí ocurrieron hace siete años; y me pregunto cómo fué po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sible que un turbión de apariencias engañosas y ambiguas ofuscase el entendimiento de usted, induciéndole á ser tan cruel y tan injusto,

CLEM. *(Resolviéndose, después de una breve lucha)*. No soy yo hombre á quien jamás hayan gobernado la alucinación y la vehemencia. Y.... sin embargo, vea usted; ya está dando al traste con toda mi calma, y aquí concluye la reserva que me había propuesto observar. Cruel é injusto no lo he sido. Va usted á ser muy pronto el jefe de este hogar por mí abandonado, y me importa muy altamente la cuestión que suscita, para que no me revele contra esos dictados. Los siete años que he pasado solo y errante los he vivido de la única satisfacción de haber hecho justicia.

SANT. Me place que así se declare usted.

CLEM. ¡Sí, me declaro! Ante mi hija sostúveme impenetrable porque el silencio con ella me pareció caridad y nobleza. Ahora que usted se le une, ya me estrecha y me agobia esa porfía, y se perturba mi ánimo, y siento que se me enciende en impaciencias irresistibles.

SANT. Las mismas que sentimos nosotros.

CLEM. *(Volviéndose hacia el hogar)*. Acérquese, don Mauricio.

MAUR. *(Desde su sitio)*. ¡No tendréis lástima de mí!

SANT. *(Llegándose al hogar)*. Le llama don Clemente.

MAUR. *(Acercándose)*. ¿Qué me quieres?

CLEM. A este hombre honrado expliqué yo las razones de mi conducta extrema. Hable él y diga por su fe si en mis actos ha habido injusticia.

MAUR. *(Lleno de tribulación y pena)*. ¡Yo no sé, pobre de mí!.... ¡Si yo no sé!.... Me hablaste tú, y con tal demostración lo hiciste que se me partió el alma y me llené de vergüenza; ¡pero no te creí, no! Busqué medios de disuadirte y no pude hallarlos; yo no tenía otra prueba sino la voz de mi hija; aquella desgraciada, que hasta el instante de su agonía estuvo repitiéndome que era inocente; y me preguntaba sin cesar cómo pudo formarse á tus ojos una fábula que la acusara. ¿Qué fué, entonces, aquello?.. ¡No lo sé yo!. .. ¡Si se hubiera dicho que lo que sucedió aquí fué un caso de encantamiento, una nechicería!..... He llorado siete años, hundido en esta impotencia.... Y lloraré hasta la última hora de mi vida. Dejadme llorar. ¡Qué queréis que haga!.... La cabeza ya no me vale; soy un viejo bobo. Yo allí, allí á esconderme. No me traigas por testigo de nada. ¡Dejadme en paz! *(Vuélvese al hogar)*.

CLEM. *(Dejando que se aparte Mauricio y acercándose á Santiago, después de una breve pausa)*. Usted no ignora que cierta noche, hace siete años, sonó dentro de mi casa un tiro.

SANT. No lo ignoro.

CLEM. Aquel tiro yo lo disparé.

SANT. Enhorabuena. ¿Y supo usted si mataba á un ladrón?

CLEM. ¡Ay, plugiera á Dios! Si aquel hombre que allanaba mi techo honrado y dicho.

so, no hubiese sido más que un ladrón yo le habría ofrecido la llave de mis arcas y hubiérale dejado libre la puerta, encubriéndole para que saliera con mi oro robado, Le habría despedido besando su mano como la de un bienechor.

SANT. ¿Habló él con usted?

CLEM. Le hice fuego en cuanto le distinguí. pudo correr, y allá, sobre la broza del bosque, fué á dar con su vida agonizante. No hablé con él, ni hubiera podido, pues el miserable expiró á la mañana siguiente, sin haber recobrado el sentido, en el camastro del guardabosque que le recogió.

SANT. Siendo así, ¿en qué se fundó su seguridad de que no fuese un ladrón?

CLEM. No lo era, porque aquel hombre no entraba aquella noche por primera vez en mi casa. Otras veces había entrado, siempre valido de mis ausencias, y en las riquezas mías jamás puso mano. De otra parte, aquel hombre era un aventurero de mala especie; hijo del país, vuelto á él tras de mil locas vicisitudes buscador de dotes, que no atrapaba por razón de su ínfima estofa, aunque enloquecía á las muchachas; ratero de honras, y de esas algunas llegó á atropellar según se corria.y él se jactaba. Ese era el hombre que escalaba de noche las bardas de mi quintería.

SANT. ¡Pues bien! Ni aun siendo así, discurrió usted con juicio prudente y recto. Tendré pecho para decírselo claramente, por más que me aventure al agravio.

CLEM. ¿Qué va usted á decir?

SANT. Oiga usted lo que digo. Que en el Ribazo se amparaban por entonces otro recato y otra honra, además de los de su esposa de usted. Aun dado, pues, que un amante fuera el hombre que aquí penetraba, bien podía ser, las que le atrajesen, otras liviandades y otras culpas.

CLEM. (*Sin alterarse*). Eso mismo que usted piensa ahora, pensé yo en aquella ocasión. Y pensábalo sin fundamento alguno, por pura sutileza de mi espíritu, que retrocedía ante el desengaño inminente. Sin razón, digo. en qué fundarme; pues mi hermana, públicamente preterida por aquel rufián, en público delante del lugar entero, le había castigado con ignominiosos desprecios. Ella, por otra parte, era libre; yo no limitaba su voluntad; cualquiera que fuese el hombre que la agradase, podia ser suya lícitamente, sin secretos, sin vergüenzas y sin peligro. ¿No es verdad eso?

SANT. (*Empezando á persuadirse*). Sí, es verdad.

CLEM. Pues bien; aunque así me alcanzaba en mis horas de meditación, gozábame en acariciar la misma sospecha que usted ha revelado. ¡La propia felicidad es alevosa. y procura conservarse aun á costa del bien ajeno! Tuve, sin embargo· fortaleza para provocar el fin de aquellas perplejidades.

SANT. (*Ansioso y afectado*). ¿Qué hizo usted?

CLEM. Fuíme derecho al hallazgo de la certeza. Saqué á mi hermana de esta casa, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la dejé en ese pueblo vecino, Archilla, en la de unos parientes. Acompañándola, fueron las dos criadas; quedéme solo con mis yunteros. Rodeé la despedida de publicidad y alarde, con lo cual no hubo nadie en el término, desde el enemigo rondador hasta la última comadre, á quien se ocultase que en el cortijo no se hallaba más que una mujer, la mía. Ocho días después fingí una ausencia. El galán acudió. Acudió la primera noche. Mi ignominia estaba averiguada. ¡Oh! la pagó con la vida. ¡Le abrasé!

SANT. ¡Buena justicia!

CLEM. Ya voy pareciéndole á usted justo. Después de aquel lance callé. Don Mauricio fué el único á quien hice explicación de mi agravio. A la ingrata, desleal, no le impuse otro castigo sino el de mi apartamiento. Sin un adios, sin anunciar siquiera el propósito, al día siguiente me marché de aquí. No tomé otra venganza; no hubo más expiación. Reconozca usted ahora que no fuí cruel ni injusto.

SANT. *(Bajando la frente)*. No lo fué usted.

CLEM. *(Tendiéndole la mano)*. ¿Lo siente usted así?

SANT. *(Estrechándosela)*. Así lo siento. *(En este momento aparece Angelita al otro lado de la ventana y contempla con asombro y dolor á Clemente y Santiago estrechándose la mano. Sigue luego atendiendo el diálogo).*

CLEM. Que lo sepa Angelita.

SANT. Angelita no puede saberlo. Para ella la

virtud de su madre es dogma, y no se dejará persuadir ni por la misma evidencia.

CLEM. Sin embargo, ya es hora.....

SANT. Hora es, don Clemente, de que acuda usted á salvar la dicha de esa noble criatura.

CLEM. ¡Yo! ¿Cómo he de hacerlo?

SANT. Decídase á una piadosa ficción. Diga usted á Angelita que cree en la inocencia de su madre.

CLEM. ¡Mentir! Eso jamás.

ANG. *(Desde la ventana)* ¡No, padre! ¡No, Santiago! ... ¡Mentir, no! Eso, yo no lo quiero.... ¡no lo quiero! Aguardad. *(Se quita de la ventana).*

MAUR. *(Que se ha levantado)*, ¡Lo habrá oido todo!

SANT. ¿Que vamos á decirla?

CLEM. La verdad. Desde este instante, la ficción es ya imposible. *(Angelita aparece en la puerta del fondo, con ademán severo. Santiago la recibe con la frente baja; Clemente, silencioso, más entero; Mauricio, atribulado llorando).*

ANG. Mentir, no. ¿Os propondríais engañarla á ella, que lo ve todo desde la otra vida. *(Después de recorrer la escena con la mirada, dirígese á Santiago, la voz temblorosa y sorda, pero en tono resuelto).* Bien ves que el sacrificio es necesario. Lo voy á aceptar.

SANT. Sí, acéptalo.

ANG. ¡Ha caido tu fe!

SANT. ¡La he defendido!

ANG. ¡Todos me abandonais! No importa; id,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dejadme. Yo sola emprenderé el camino.

SANT. Oyenos, Angelita.....

ANG. ¡Ni razones, ni consuelos!.... Nada me sirve.

CLEM. Fuerza te es considerar.....

ANG. Déjeme usted también, padre.

CLEM. ¡Sí! Yo sí, te dejo. Aplacé mi partida, y he hecho muy mal. Harto me pesa. Salvad la felicidad que aquí todavía os quede. Yo os libro del espectáculo de mis rencores.

ANG. Usted no puede marcharse.

CLEM. Nada me detiene ya.

ANG. ¡Padre mío!

CLEM. No me vereis; olvidadme, aborredme: Adios. Ojalá no hubiera venido. (*Vase por la izquierda*).

ESCENA XVII.

DICHOS, menos CLEMENTE.

SANT. Luchas contra la fatalidad.

ANG. Déjame que luche.

SANT. ¿He de dejarte sola?

ANG. Mi abuelito me acompaña.

MAUR. (*Corriendo á ella*). ¡Sí, yo contigo!.... ¡Déjame contigo! Tú das aliento y esperanza.

ANG. Busque á Lorenzo; tráigalo aquí.

MAUR. Voy á llamarle. (*Vase por el fondo*).

ANG. (*A Santiago*). Y tú.....

SANT. ¿Qué quieres de mí?

ANG. Me has prometido ayudarme. Todavía puedes hacerlo.

SANT. ¿Qué dispones?

ANG. Sigue á mi padre. Impide su partida, oponte á ella, y si no lo consigues, marcha con él, no pierdas su rastro; que por tí sepa yo donde he de hallarlo.

SANT. Así lo cumpliré. (*Va á salir y se detiene al ver á Lorenzo*).

ESCENA XVIII.

SANTIAGO, ANGELITA; MAURICIO Y LORENZO.

MAUR. (*Entrando*). Ya le traigo.

SANT. (*A Angelita, mirando á Lorenzo que se ha quedado en el umbral*). Ahí está Lorenzo.

ANG. (*Cogiendo la mano de Santiago*). Si este hombre cumple su oferta, yo no he de vacilar: le inmolaré mi dicha.

SANT. Como él haga tal milagro.... ¡vé! ¡y sacrifícale también la mía!

ANG. Sigue á mi padre.

SANT. No le abandono. (*Vase por la izquierda*).

ESCENA XIX.

ANGELITA, MAURICIO Y LORENZO.

ANG. (*Volviéndose con resolución*). Lorenzo. (*Este avanza, y ella le dice, llevándole aparte de Mauricio*). Nuestro pacto está cerrado.

LOR. Me tiene usted pronto.

ANG. ¿Dónde se halla esa prueba, esa revelación?

LOR. No está lejos.

ANG. ¿Dónde?

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOR. Allá abajo. En Brihuega, en el convento; la abadesa.....

ANG. (*Llevándole más allá; espantada*). ¡Ella!

LOR. Pues ella.

ANG. (*Amedrentada*). ¡Oh, misericordia!... ¡Allí está el misterio, allí la culpa!..... ¡Tras de aquellas rejas!.... (*Recobrándose*). ¡Allá voy!.... No retrocedo.... ¡No, madre mía! Iré valerosa, tengo corazón. (*A Lorenzo*). Vas á conducirme en seguida; sin pensarlo un instante más. Dispón bagaje para el abuelo; déjalo en la senda cubierta. Iremos por el torrente. ¡Mucho sigilo! Que nadie observe nuestra salida. (*Lorenzo se va por el fondo, Angelita se vuelve á Mauricio*). ¡Deprisa!.... Vamos á marchar.

MAUR. ¿Marchar á esta hora?

ANG. Sí; usted me acompaña. ¡Deprisa! Tome un abrigo.

MAUR. ¿Y tú?

ANG. De mi no cuide. No tenemos tiempo. En marcha; al instante.

MAUR. ¿A dónde, hija mía, á donde?

ANG. ¡A mi conquista, abuelo! ¡A mi santa empresa. [*Dirigiéndose hacia la puerta*

TELON RAPIDO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Locutorio de un convento. Estancia reducida, de paredes blanqueadas, con friso de madera. En la pared del fondo, á un metro próximamente del suelo y algo ladeada hacia la izquierda, la reja, cuadrilonga, más ancha que alta, de negros hierros que se cruzan formando estrechos cuadrillos, por entre los cuales se ve el interior del locutorio, suficientemente iluminado. Detrás de la reja, una cortina corrediza. Delante de la reja, una mesa y dos sillones de vaqueta. Detrás, y muy cerca también de ella, dos sillones como los de la parte de afuera. A la derecha del fondo, la puerta reglar, espaciosa y cerrada por dos hojas macizas, claveteadas, con cerradura grande y fuerte. Estas hojas al abrirse hacia adentro, descubren un pasadizo largo débilmente iluminado, cuyo ángulo lejano tuerce á la derecha, figurando conducir al interior del convento. En primer término del lado derecho, la puerta de ingreso en el locutorio, la cual comunica con la portería y el vestíbulo. Al lado izquierdo, en segundo término, un tragaluz con reja y postigo. Del techo pende un farol, cuya candileja está encendida. Cuadros viejos de santos, en las paredes. Sillas de vaqueta convenientemente distribuidas. Debajo de la mesa un brasero de caja claveteada. A la izquierda de la reja el torno.

ESCENA PRIMERA.

ANGELITA Y MAURICIO. Por la reja llegan los sonidos muy lejanos y confusos del rezo de las monjas. Después de breve pausa, salen por la izquierda Angelita y Mauricio, apoyándose éste en aquella.

ANG. Ya hemos llegado. ¿Lo ve usted? Ahora puede descansar. (*Le hace sentar en un sillón junto á la mesa*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOR. Allá abajo. En Brihuega, en el convento; la abadesa.....

ANG. (*Llevándole más allá; espantada*). ¡Ella!

LOR. Pues ella.

ANG. (*Amedrentada*). ¡Oh, misericordia!... ¡Allí está el misterio, allí la culpa!..... ¡Tras de aquellas rejas!.... (*Recobrándose*). ¡Allá voy!.... No retrocedo.... ¡No, madre mía! Iré valerosa, tengo corazón. (*A Lorenzo*). Vas á conducirme en seguida; sin pensarlo un instante más. Dispón bagaje para el abuelo; déjalo en la senda cubierta. Iremos por el torrente. ¡Mucho sigilo! Que nadie observe nuestra salida. (*Lorenzo se va por el fondo, Angelita se vuelve á Mauricio*). ¡Deprisa!.... Vamos á marchar.

MAUR. ¿Marchar á esta hora?

ANG. Sí; usted me acompaña. ¡Deprisa! Tome un abrigo.

MAUR. ¿Y tú?

ANG. De mi no cuide. No tenemos tiempo. En marcha; al instante.

MAUR. ¿A dónde, hija mía, á donde?

ANG. ¡A mi conquista, abuelo! ¡A mi santa empresa. [*Dirigiéndose hacia la puerta*

TELON RAPIDO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Locutorio de un convento. Estancia reducida, de paredes blanqueadas, con friso de madera. En la pared del fondo, á un metro próximamente del suelo y algo ladeada hacia la izquierda, la reja, cuadrilonga, más ancha que alta, de negros hierros que se cruzan formando estrechos cuadrillos, por entre los cuales se ve el interior del locutorio, suficientemente iluminado. Detrás de la reja, una cortina corrediza. Delante de la reja, una mesa y dos sillones de vaqueta. Detrás, y muy cerca también de ella, dos sillones como los de la parte de afuera. A la derecha del fondo, la puerta reglar, espaciosa y cerrada por dos hojas macizas, claveteadas, con cerradura grande y fuerte. Estas hojas al abrirse hacia adentro, descubren un pasadizo largo débilmente iluminado, cuyo ángulo lejano tuerce á la derecha, figurando conducir al interior del convento. En primer término del lado derecho, la puerta de ingreso en el locutorio, la cual comunica con la portería y el vestíbulo. Al lado izquierdo, en segundo término, un tragaluz con reja y postigo. Del techo pende un farol, cuya candileja está encendida. Cuadros viejos de santos, en las paredes. Sillas de vaqueta convenientemente distribuidas. Debajo de la mesa un brasero de caja claveteada. A la izquierda de la reja el torno.

ESCENA PRIMERA.

ANGELITA Y MAURICIO. Por la reja llegan los sonidos muy lejanos y confusos del rezo de las monjas. Después de breve pausa, salen por la izquierda Angelita y Mauricio, apoyándose éste en aquella.

ANG. Ya hemos llegado. ¿Lo ve usted? Ahora puede descansar. (*Le hace sentar en un sillón junto á la mesa*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAUR. Fatigadito vengo. ¡Ya no valgo nada
ANG. ¡Se ha empeñado usted en que yo fuese en el arre!
MAUR. Era mucha jornada para tí, dijecito mío. Con la impaciencia que tú traias, nos hemos metido por las trochas más difíciles. ¡Y á qué paso! Te habrías deshecho los pies. Yo en seguida me habré repuesto.
ANG. (*Aplicando el oido junto á la reja*). Las monjas están en el coro.
MAUR. ¿No te lo venía diciendo? La novena de Animas. Era inútil apresurarnos para llegar á esta hora. En fin, tendremos paciencia Dime, ya que se queda Lorenzo allá fuera, ¿por qué venimos al convento? ¿Qué te propones hija? Explícame este viaje.
ANG No me pregunte.... Déjeme. Yo se á lo que vengo.
MAUR. Bien es que me entere yo.
ANG. (*Impaciente*). Luego lo sabrá usted todo.
MAUR. ¡El geniecito!..... Como tú quieras. (*Levantándose con trabajo*). Pues me he cansado de verdad.

ESCENA II.

DICHOS Y LORENZO.

LOR. La señora no puede en este momento venir al locutorio. Está en la novena. Quedó la portera en llamarla así que se concluyan los rezos.
MAUR. Veremos si acude, porque no siendo esta hora ordinaria.
ANG. Nada importa. Ella bajará.

MAUR. ¿Se ha consumido el brasero? Naturalmente; á estas horas.... Bien se agradecería un poco de rescoldo.
ANG. (*Hurgando solícitamente con la badila en el brasero*). Ni chispa.
MAUR. Sea por Dios.
ANG. ¿Tiene usted frío?
MAUR. Estaba la noche de invierno. (*Se deja caer en el sillón, envolviéndose en la anguarina*).
ANG. (*Cogiéndole las manos*). ¡Heladito llega!.... ¡Si está tiritando! ¿Se siente usted mal?
MAUR. No, mal no; pero medianejo, medianejo.
ANG. ¡Pobre abuelo mío!..... ¡Claro! Con tanta emoción desde ayer.....
MAUR. ¡Me haceis llorar!.... ¡Resucitais todas mis penas!
LOR. La portera tenia allí una lumbre muy rica.
ANG. Eso es. ¡Qué buena idea le ocurre á Lorenzo! Váyase á la portería, y allí al calorcito, se rehace usted, y echa su sueño tan hermoso. Vamos.
MAUR. Mira; ello será fuerza, si he de cobrar ánimo para volvernos.
ANG. Para volvernos; ahí está.
MAUR. Pues voy á la portería.
ANG. No necesito ahora de usted; le avisaré cuando me haga falta. (*Arropándole y conduciéndole hasta la puerta*).
MAUR. Luego saré otro hombre.
ANG. Ciertamente.
MAUR. A la portera le voy á dejar todos mis alifafes. (*Vase acompañado de Angelita, la cual vuelve á entrar después de un momento*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA III.

ANGELITA Y LORENZO.

ANG. (*Moderando la voz*). Aquí he venido fiándome de tu palabra. Concluye tus explicaciones. En el camino, mi abuelo nos oía; nada te he preguntado. Ahora estamos solos. Habla.

LOR. Sí, señorita.

ANG. (*Sentándose á la izquierda*). ¿Tú estás seguro de lo que has dicho?

LOR. (*De pie junto á ella, conteniendo asimismo la voz*). Como de que nací de morirme.

ANG. Y esa certeza, ¿cómo la alcanzaste?

LOR. Por lo que vide con mis ojos.

ANG. ¿Qué vieron?

LOR. Lo que vieron.... Aunque lo guardé muy clavao, nunca hice de ello cuenta, hasta que más tarde sonó lo que oyeron mis oidos.

ANG. Dí, aprisa; no te entretengas.

LOR. Porque lo que yo vide cuando chicuelo, fué que en mi casa.... la del montaraz, que era mi padre, allá en el bosque contíguo á la granja.... Allí viviamos.

ANG. ¡Sí, sí!..... adelante.

LOR. Pues miraron estos, que una noche, allí en la caseta, había un hombre moribundo. Cuando el disparo que le acababa de tender, sonó el traquido en toda la selva. ¡Y bien que lo oimos nosotros! Cenando estábamos. Se había recogido

padre muy tarde.... Y padre cogió su escopeta y echose al campo. «A ver lo que ocurre.» Poco tardó en volver. Volvía con el otro. Y el otro.... ¡mala herida que traiba!.... Allá lo tendimos y no se abrieron sus ojos ni su boca. Murióse el hombre, y á la tarde siguiente vinieron por el cadáver y lo enterraron.

ANG. ¡Continúa!

LOR. Después que nos hubimos quedado solos, díjome el viejo con su traza tan arisca: «Muchacho, que hay que guardar la boca, que el no guardarla traería desazón y mengua para nuestros amos.» ¡Para nuestros amos! Le juré silencio. Y desde entonces, hasta que le llamó Dios, que no fué tardío, á cada instante solía el viejo decirme: »Loronzo, punto en boca.» Yo: «Punto en boca.» Hasta hoy.

ANG. ¡Continúa!

LOR. Cuando me hice grande, comencé á sentir las hablillas que por ahí corrían.

ANG. ¡La impostura, la calumnia!

LOR. Tal la llamaba yo para mi capote. «¿Disparatará esa gente con lo que dice? ¡Esto es un falso testimonio!».... Pero mas que lo fuera.... yo, punto en boca. Lo jurado. Hoy, sí; hoy me descoso los labias y se lo digo á usted. Ha sido esa una patraña muy grande, señorita, una mala fama de gente ignorante y ciega, porque.... Oiga usted esto.... Lo que toca al lance.... Es verdad que aquel debió ser un lance de amores ocultos.

ANG. ¿Y piensas tú?.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

LOR. No pienso más ni menos de lo que me consta. Por lo que ocurrió.... Y lo que ocurrió fué, que ya muy avanzada la noche, cerca de la amanecida, llamó á nuestra puerta una mujer. Ya digo.. Sola venía, recatada, más amarilla que una defunta. Buscaba al herido; ya le halló muerto. Ni lo que dura un padre nuestro se detuvo junto á él. Y volvió á salir como perseguida.

ANG. ¿Y aquella mujer?

LOR. Aquella mujer no era la del amo.

ANG. ¿Era?.....

LOR. ¿Ve usted donhe estamos ahora? Pues la que está más adentro.

ANG. (*Levantándose agitada*). ¡Allí, entre aquellas sombras! (*Mirando á la reja*). ¡Ellas me darán la luz!

LOR. Bien ve usted que no la engañaba; ahí tiene mi secreto. Debí guardarlo, porque á truco de lo que remedio, espía soy de otra culpa. Al cabo lo he vendido. Perdónemelo Dios, y mi padre, y aquellos con quienes me creíba en obligación. Pero éste manda, éste arrea, éste azuza.... (*Dándose en el pecho*). Y cuando aquí se siente uno que muerde la viborilla, ¡entonces se hace uno renegado, y dá la vida, y se juega la gloria! (*Pausa. Angelita sin atender á Lorenzo, mira por la reja, acercándose á ella. Suena en el interior del convento una campana*).

ANG. Silencio. Llaman á la abadesa.

LOR. ¡Cierto; es una señal!

ANG. (*Escuchando*). Ha cesado el canto. Ve-

te; ella va á venir. (*Empujándole hacia la puerta*).

LOR. (*Al salir obligado por Angelita*). Bueno. Allí aguardo. (*Vase*).

ESCENA IV

ANGELITA, RAIMUNDA. Más tarde una MONJA. Raimunda aparece en el aposento interior del locutorio.

ANG. (*Hecha á un lado de la reja, pegada á la pared entre aquella y la puerta seglar*). ¡Estoy temblando!..... ¡Ay, qué dura prueba!.... ¡Por tí, madre!... A tí me encomiendo.....

RAIM. (*Llegada á la reja*). ¿Ave María Purísima?.....

ANG. (*Sin moverse; en voz baja y temblorosa*). Sin pecado concebida.

RAIM. ¿Quién es?

ANG. (*Mostrándose*). ¡Tía, soy yo!

RAIM. ¡Oh, que es mi sobrinita amada, nuestro tarrito de miel! ¡Sientate, hija mía! (*Angelita se sienta en uno de los sillones contiguos á la reja. Raimunda lo hace en uno de los que están al lado de allá*). ¿Cómo á estas horas? Ya no te esperaba. Vienes á traerme mi parte de enhorabuena en tu festividad de hoy! ¡Cuéntame; háblame de tus regocijos, de tu novio, de todas tus dichas!

ANG. (*Después de un breve momento de duda*). ¡Tía, no traigo enhorabuenas!

RAIM. ¡Jesús! ¿Qué dices?

ANG. Ya no tengo yo novio, ni alegría, ni esperanzas de gloria en el mundo. Soy una afligida criatura que llega hasta el pie de esta reja, implorando un gran be-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

neficio, una gran caridad, una obra santa de misericordia.

RAIM. ¡Tú, Angelita!

ANG. ¡Concédamela usted!.... Dios manda hacerlas.

RAIM. ¿Y lloras?

ANG. Amargamente.

RAIM. ¿Por qué razón?

ANG. Por mi madre.

RAIM. (*Aterrada, y cogiéndose á los listones de la reja.*) ¡Por tu madre!.....

ANG. Por ella.

RAIM. (*Alza la mirada*). ¡Señor, Dios mío!...

ANG. Lloro por mi madre sacrificada, calumniada, desconocida por el esposo que la adoró. Me la acusaron, me la acusan de haber infamado.... Dicen.... ¡No sé, no sé! Yo no acierto á repetir semejante hatajo de torpezas.... Ignoro aun si las comprendo. Una falta que no fué suya, un delito ajeno que salpicó de lodo su frente limpia.... ¡Lloro esta injusticia, me muero de aquel dolor!

RAIM. (*Dominando su honda inquietud*). Angelita.... niña amada.... Oyeme. Es necesario que me atiendas. Bien sabes cuánto te quiero, ¿no es verdad?.... tú bien lo sabes. Pues mira, debes alejar de tu mente esas ideas. Recóbrate hija mía. Torna á tus festejos, á tus dulces amores, á tus bienandanzas.

ANG. No. Eso es imposible, porque hice un juramento.

RAIM. ¡Un juramento! ¿Y cuál?

ANG. Aquella mancha, señora, necesita ser purificada; aquel castigo demanda una reparación. Obtenerla, es lo que he jurado.

RAIM. Aquí no te la pueden dar. Vienes engañada.

ANG. (*Poniéndose en pie, bajando la voz*). Sor Magdalena, en ese claustro se refugió la que en el siglo fué pecadora.

RAIM. (*Airada, imponente*). ¡Calla! Te lo mando. Palabras de insulto son las tuyas.

ANG. ¡De insulto!..... ¡No! ¡de insulto, no!... ¡Si digo que vengo suplicante, humilde!.... ¡Si soy una mendiga!.... Oigame con reposo. La revelación... yo no la quiero para divulgarla. Sea la confidencia cautelosa, aquí, en este sitio oculto, y en voz tan débil.... tan débil, que solo pueda enterarse mi padre con el oído pegado á estos hierros.

RAIM. ¡No, no! Aquí no se encuentra lo que buscas.....

ANG. ¡Mireme, que caigo de rodillas, beso estos hierros, se me deshace el corazón en lágrimas!.....

RAIM. (*Atribulada, descubriendo al fin su agitación*). ¡Basta, no prosigas! Aparta, déjame. Vé á serenar tu locura y tu descomedimiento.

ANG. Vine para no volverme.

RAIM. (*Retirándose de la reja*). Me retiro yo entonces. Adios.

ANG. Es en vano que huya. (*Asida á la reja*). Yo no me voy, yo continúo asida á estas barras.....

RAIM. (*Precipitándose á la reja*). ¡Silencio!

ANG. Y mis lamentos entrarán por esos pasadizos, hasta el último rincón de la clausura.

RAIM. ¡Modera la voz!.... Guarda respeto... Ya te escucho.... Habla. (*Déjase caer*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vencida en el sillón y queda en él absorta, desconcertada, con la cabeza baja. Su propósito es de oir y no contestar).

ANG. ¡Sí, hablaré hasta que brote el calor en ese espíritu helado! No tema los reproches de mi padre, ni los míos tampoco. Olvidaremos aquel daño, para vendecir la merced. Nuestro cariño hacia usted, crecerá; la gratitud lo hará inmenso. Yo grabaré en estas baldosas con mis labios, el nombre de mi bienhechora. Y nuestra alquería desolada, volverá á sonreir como en otro tiempo. ¡Cuánto bien, solo con extenderse esa mano!.... ¡Y qué ejemplo de virtud, y qué acto de justicia!.... ¿Cuál sería el alma que no se rindiera? ¡Si usted es buena, si usted nos quiere!.... ¡Hable!.... Lo pido yo, lo clama el cielo. Nada todavía!... ¡Hable, responda! Parece que en usted la calumnia se ha hecho piedra. (*Pausa. Raimunda sigue silenciosa é inmóvil*). ¡De suerte, que no hallo piedad! Ni ruegos, ni lágrimas.... todo es inútil. Ya lo ves, madre mía; no hay redención para tí. La ignominia te acompaña en vida y muerte. Iré á borrar con mis piés el sitio de tu huesa; que nadie la conozca, que nadie pueda decir: «Aquí enterraron á la mujer culpable, á la perjura.» ¡Que así te llaman! Tal juicio dejaste. ¡Y quien puede no te acude! en una celda del convento, allí tienes otra tumba; allí yace sepultada tu honra.

RAIM. (*Levantándose con efusión y arranque*). ¡No, te engañas! Su honra vive. De honra y virtud murió tu madre coronada. Yo hablo de ella á Dios en todas mis horas; rezo por su bienaventuranza eterna. Ama tú el recuerdo suyo; eleva por ella tu oración más pura. ¿Querías un grito de mi corazón? Oyelo, Angelita. Tu madre fué una santa.

ANG. ¡Sí, sí!.... ¡Benditas palabras!.... ¡Que las oiga mi padre! Le traeré conmigo á que usted se las repita. Y al solicitar él la prueba de que no son mentirosas, usted también será honrada y santa: va usted á hacerle toda la revelación.

RAIM. ¿Qué más pretendes de mí? ¿Lo que he dicho no basta?

ANG. ¡Cómo puede bastarme! Lo que ha dicho no desvanece el error. Y mantenerme el error es mantenerme la calumnia. Lo que aquí hace falta, es una franca confesión.

RAIM. La confesión obliga al sigilo, y tú amas á un hombre, y vas á ser suya, y á él harás dueño de tus secretos.

ANG. Es verdad; sí. Quiero á un hombre; pero ya están rotos los lazos que á él me ligaban. No he de ser suya.

RAIM. ¿Cómo es posible?

ANG. Vengo á recluirme en el convento.

RAIM. ¡Será eso cierto!

ANG. Sí; al lado de usted, siempre á su lado.

RAIM. ¿Quieres vestir el hábito?

ANG. Obligada estoy. Lo he prometido.

RAIM. ¿A quién hiciste tal promesa?

ANG. (*Rápidamente*). A mi madre.... Le he ofrecido este voto. Y ahora se lo ofrezco á usted.

RAIM. ¿A tal sacrificio te dispones?

ANG. Resueltamente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RAIM. ¿Y cuándo entrarás en la reclusión?

ANG. Así que oiga á mi padre invocar con amor el nombre de mi madre.

RAIM. (*Después de pensar un momento*). Júramelo por la memoria de tu madre.

ANG. Por ello lo juro y en el nombre de Dios.

RAIM. Pues bien.... (*Suena dentro la campana. Toque igual al de la vez anterior*). Me llaman á mí.

ANG. ¡No me deje usted!.... ¡Concluya! (*En el interior del locutorio aparece una monja; Raimunda se vuelve y se acerca á ella, hablando las dos brevemente*). Iba ya á acceder. ¡Señor que no desista! (*La monja se va; Raimunda se acerca otra vez á la reja*).

RAIM. Es tu padre el que viene á verme. Hállase en el otro locutorio.

ANG. Dios nos le envía en tal momento.

RAIM. Dice que viene á despedirse.

ANG. Sí; se desterraba otra vez. ¡Ya no tendrá motivo!

RAIM. No; le he llamado aquí. Yo también voy hacer mi sacrificio.

ANG. ¡Oh, qué contento y qué felicidad! (*Corre á la puerta*). Ya viene. ¡Padre, padre, venga usted! (*Entra Clemente; ella cierra la puerta, corre á él, le estrecha en sus brazos*). ¡Mi madre fué inocente! Ahora va usted á verlo.

ESCENA V

DICHAS, CLEMENTE.

CLEM. Ya me han dicho que aquí estabas.

ANG. (*Volviéndose á él*). Ni una palabra. Ahí está quien debe hablar. Llegue, padre y escuche. (*Le conduce á un sillón inmediato á la reja, Raimunda está en pie detrás de los hierros, aguardando en actitud resignada, bajos los ojos y cruzadas las manos*).

CLEM. (*Llegado ya á la reja*). ¿Qué es esto hermana?

ANG. Mi anhelo que se cumple, mi conquista que está hecha; ¡que mi madre era inocente!

CLEM. ¿Qué pasa aquí?

ANG. Oiga á su hermana. Ella es quien la vindica.

CLEM. (*A Raimunda*). ¿Me engaña esta criatura?

RAIM. (*Con voz apagada, sin levantar los ojos*). No; no te engaña.

CLEM. ¿Qué puedes decirme? ¿Palabras huecas como los demás? ¿Qué sabes tú de mis desdichas?

RAIM. Yo se la verdad. Tú vas á oirla.

CLEM. ¡Oh. Dios!.... Me asombras. Ya te escucho. (*Siéntate*).

ANG. Yo guardo esta puerta. (*Cerrando la de la izquierda*).

RAIM. (¡Ayúdame Dios mío!) (*Pausa larga. Raimunda, inmóvil, siempre en la actitud expresada, vacila antes de comenzar su relación; Clemente, sentado, espera sorprendido y ansioso; Angelita, de pie á la izquierda, separada de la reja, en actitud prudente y respetnosa, vuelta de espaldas á aquella, sigue anhelante el relato de Raimunda, que ésta al fin empieza con frase tarda y voz apagada*). Clemente, una mujer delinquió en tu casa; pero esa mujer no fué la tuya. Otra, además de ella, vivía á tu lado.... recuérdala, orgullosa y austera. Esa fué

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la que delinquió. Vas á saberlo todo. Para mí eran las visitas nocturnas de aquel hombre que te puso en sospecha; y cuando me sacaste de la quintería y me condujiste á Archilla, tu resolución vino á turbar los desvaríos de aquella falta. ¡Dura separación nos impusiste! Al cabo simulaste una partida, yo la creí verdadera; llamé al hombre amado para vernos en mi estancia del cortijo, el abrigaño seguro de nuestros amores, y aquella noche terrible, aquella noche, el enemigo, á quien heriste de muerte al pie de tu cercado, iba á buscar, no á la mujer que junto á ti guardaste, sino á la otra, á la que presumías lejos; á ella, que, enajenada y pecadora, había tenido valor para salir del pueblo, para recorrer sola el camino desierto, largo y obscuro que la separaba, del cortijo. Desde la ventana, amparada por la noche, ví llegar al dueño y señor de mi conciencia; desde allí le ví caer.... Salí de la granja, busqué al herido: ya le hallé muerto, y huí camino otra vez del pueblo, donde amaneció sin que nadie hubiese sospechado mi fuga. Al día siguiente me noticiaron que tú habías emprendido un viaje largo y remoto. Al otro día me vine al convento. (*Pausa. Clemente llora, la frente entre las manos, sentado en el sillón. Angelita llora también, afectada por la escena, y mirando á su padre*). Ahora me despido de ti para siempre. Tu presencia me sonroja y me intimida. Adios. No vuelvas á llamarme á esta reja.

CLEM. ¡Aguarda!.... ¡y llora conmigo!.... ¡Lloremos por nuestra víctima!.....

RAIM. ¡Adios, adios, Clemente!

CLEM. ¡No! no te vayas aún. Quiero que al tiempo que me veas llorar, me oigas bendecir. Porque, en medio de estas tristezas, apunta una gloria, y amanece en mi vida, tras de una noche larga y tempestuosa.

ANG. (*No pudiendo ya contener la emoción*). ¡Padre!

CLEM. (*Recibiéndola en sus brazos*). ¡Tú, hija, tu has producido estas venturas!

RAIM. (*Impaciente*). Despidámonos ya, Clemente.

CLEM. Vuelve á tu retiro, hermana. Has hecho una buena obra. Dios te lo pague.

RAIM. (*Acercándose del todo á la reja, con intención, mirando á Angelita*). He cumplido la promesa que hice á tu hija.

ANG. Sí, es cierto. Yo cumpliré á usted la mía.

CLEM. ¡La tuya!

RAIM. ¿Y cuándo?

ANG. En seguida, dispuesta estoy. Así que se abre esta puerta. (*Raimunda corre la cortina y se va*).

ESCENA VI.

ANGELITA Y CLEMENTE

CLEM. ¿De qué habla mi hermana? ¿Qué promesa le has hecho?

ANG. Padre, hecha está y hay que cumplirla. He de entrar en el convento.

CLEM. ¡Tú!.... ¡Oh, eso no!

ANG. Ahora mismo. Esa es la promesa.

CLEM. Jamás daré mi consentimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANG. El de esa pobre mujer ha sido una acto de cruel abnegación. En usted confía, sabe que la amparará con su silencio. En mí, no confía.... y tiene razón, yo lo conozco. Hay que dar á la abadesa una seguridad firme; que no la atormente el miedo de verse murmurada por el mundo, cuando ya al mundo no pertenece. Que me tenga á su lado; que custodie ella misma su secreto.

CLEM. No, hija, no. No puedes separarte de mí. Me quitarías la vida.

ANG. ¡Ay!.... ¡La vida me dejo yo entre vosotros! Pero es preciso. Conseguí mi ambición. Ese es el precio. ¿Lo defraudaría ahora? Padre, en este santo negocio no ha de haber engaño. Va usted á consentir. Es fuerza pagar lo que debemos.

CLEM. ¡Ha de ser mi expiación! Inclino mi frente.

ANG ¿No le dejo feliz, no he consolado sus duelos?.... ¡A sus haciendas ahora, á vivir tranquilo, puro de rencores y de sospechas! Allá con el pobre abuelito... ¡Qué alegría para ese anciano! Voy á llamarle. (*Desde la puerta*). ¡Abuelo, abuelo!.... Está en la portería.

CLEM. Y Santiago está con él. Bajó acompañándome.

ANG. Cierto; cumplía mi encargo.

ESCENA VII.

DICHOS, MAURICIO, SANTIAGO.

ANG. ¡Abuelito, viejito mío!..... ¡Venga, venga también! ¡Abráceme y béseme!

(*Yendo á sus brazos, acariciándola*). Abrace á mi padre. (*Conduciéndole á abrazar á Clemente*). ¡Dios me ha valido abuelo! ¡Triunfé!

SANT. ¡Se logró tu afán!

MAUR. [*Tembloroso, anhelante*]. ¿Es cierto?

CLEM. Sí, lo es, don Mauricio. ¡Venga usted acá! (*Abriéndole los brazos*).

MAUR. (*Volviéndose á Angelita, acariciándola con transporte*). ¡Y es ella, hijo mío!.... ¡Es ella quien lo ha hecho!.... Este angel de nuestra guarda. ¡Ella, que obra milagros lo mismo que una santita! Así pues, nos volvemos los tres juntos á nuestra casa. (*A Santiago*). Y usted forma en el convoy.

SANT. ¿Es verdad?.... Vamos.....

ANG. No; no es verdad. Yo no vuelvo.

MAUR. (*A Clemente*). ¿Qué es lo que dice?

SANT. ¿Por qué, Angelita? (*Llevándosela aparte*). ¿Por la exigencia de ese bellaco?

ANG. Porque lo prometí.

SANT. ¿Con quién?.... ¿Con alguien más?....

ANG. Conmigo misma.

SANT. ¡Ah! ¡No es contigo, no!.... Ya adivino.....

ANG. Nada adivines. Detén tu pensamiento. Sé caballero. Calla y respeta mi obligación.

SANT. Callar mis sospechas, bien. Pero, ¡Perderte! Eso es imposible.

ANG. ¡Calla, Santiago!.... ¿Por qué has venido?

MAUR. Pero, ¿es un sueño esto?.... ¡Tú dejarnos! ¡Yo no lo quiero!

CLEM. (*Bajo á Angelita*). Hija, yo le suplicaré á mi hermana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANG. ¡Dejadme, dejadme en paz! ¿No me estais viendo que también lloro? Mis lágrimas son más amargas aún que las vuestras. Soy la más débil. ¡Oh, no! Ya no lloro. Vedlo; animosa estoy y no lloro. (*Yendo á la puerta del fondo*). ¿No abren todavía? ¿Por que tardan? (*Dando golpes en la puerta*). ¡Abran! ¡Vengan ya por mí, que no puedo más, que vacilo, que desfallezco!.... (*Apoyándose con las manos en la puerta y la frente en las manos*).

SANT. ¡Oh, amor y bien mío! No pise tu planta ese umbral. (*Oyese detrás de la puerta ruido de llaves*).

ANG. (*Volviéndose*). ¿Oyes? Ya van abrir.

CLEM. ¡Oh, Dios piadoso!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, UNA MONJA, luego RAIMUNDA.

(La puerta se abre de par en par; una monja con el velo al rostro es quien la abre y se queda luego inmóvil á un lado, cerca del umbral, en la parte de dentro).

SANT. (*Haciéndose atrás aterrado*). Se abre la sepultura.

ANG. (*Reprimiendo su dolor*). Sí, abierta está. Y á mí me espera.

SANT. ¡Yo lograré que se cierre otra vez! ¡Oigame la abadesa! [*Dirigiéndose á la puerta*]. ¡Sálgan, escúchenme todas las reclusas de esta casa!.... Usurpan mi derecho; me despojan, ¡Es mia esta mujer! ¡Mía, porque me ama! Oiganlo bien: me ama. Sus botos serán blasfemos, porque apartará de Dios su pensamiento para ponerlo en mí. Y vendré yo á esas rejas y dominaré en su espíritu, y el templo y el locutorio, todo el santurio será para nosotros sitio de impiedad y perdición.

ANG. Basta, Santiago. Son inútiles tus voces. (*En el ángulo del pasadizo aparece Raimunda con el rostro velado; allí se detiene muda é inmóvil*). ¿No ves allí? Ya tardo. (*Reuniendo á todos en torno de ella*) Adiós, padre.... Adios, abuelito. No se desconsuele. Aquí me tendreis; vendreis á verme los dos, [*A Santiago cogiéndole la mano*]. Tú, no, Para tí es la despedida eterna. Adios. Ha sido necesario. ¿No me prometiste ayudarme en mi empresa?

SANT. ¡Te quiero tanto!

ANG. Sí; yo también te quiero. De nuestro amor es obra esta reparación. Amar es esto. unirse para el gozo y para el sacrificio. La felicidad engalana el cariño; el sufrimiento lo consagra. Llora pobre Santiago, pero resignate; así me habrás querido bien.

SANT. ¡Oh, noble heroína!.... Hágase tu generosa voluntad. Yo te consagro mi martirio. Mi martirio que será perpétuo, porque no te olvidaré.

ANG. ¡Yo á tí tampoco! Allí viviré recluida con la memoria tuya. Y no será sacrilegio, no; Dios no lo reprobará, porque yo le diré· «¡Señor, tú me has asistido, te traigo la ofrenda de mi agradecimiento!» Y mi ofrenda es tu cariño, Santiago; y cuanto más piense en tí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más grande será la ofrenda. (*Vuelta hacia los demás desde la puerta reglar*). Adios. (*Mauricio la besa un pliegue del vestido, Clemente en la frente. Grupo*).

MAUR. ¡Ve cuántas lágrimas!

ANG. Es cierto. Aquí todos lloramos; pero mi madre sonríe.

CLEM. Por tí rogaremos todos.

ANG. Por mí, no. (*Señalando al cielo*). ¡Por ella.. todo por ella! (*Introdúcese en el pasadizo con pie vacilante. La abadesa da un paso para recibirla. Clemente contempla á su hija con amor y admiración. Mauricio se deja caer desconsolado en un sillón. Santiago llora apoyado en el hueco de la puerta. Esta se cierra. Cae el telón*).

FIN DEL DRAMA.

MAR Y CIELO

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

DON ANGEL GUIMERÁ

Y TRADUCIDA DEL CATALAN

POR

DON ENRIQUE GASPAR

Estrenada con extraordinario aplauso en el TEATRO CALVO-VICO de Barcelona, el 26 de Julio de 1888 y en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid el 20 de Noviembre de 1891.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEXICO

EUSEBIO SANCHEZ, EDITOR
AGUILA 12

1898

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más grande será la ofrenda. (*Vuelta hacia los demás desde la puerta reglar*). Adios. (*Mauricio la besa un pliegue del vestido, Clemente en la frente. Grupo*).

MAUR. ¡Ve cuántas lágrimas!

ANG. Es cierto. Aquí todos lloramos; pero mi madre sonríe.

CLEM. Por tí rogaremos todos.

ANG. Por mí, no. (*Señalando al cielo*). ¡Por ella.. todo por ella! (*Introdúcese en el pasadizo con pie vacilante. La abadesa da un paso para recibirla. Clemente contempla á su hija con amor y admiración. Mauricio se deja caer desconsolado en un sillón. Santiago llora apoyado en el hueco de la puerta. Esta se cierra. Cae el telón*).

FIN DEL DRAMA.

MAR Y CIELO

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

DON ANGEL GUIMERÁ

Y TRADUCIDA DEL CATALAN

POR

DON ENRIQUE GASPAR

Estrenada con extraordinario aplauso en el TEATRO CALVO-VICO de Barcelona, el 26 de Julio de 1888 y en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid el 20 de Noviembre de 1891.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEXICO

EUSEBIO SANCHEZ, EDITOR
AGUILA 12

1898

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

REPARTO EN LOS DOS TEATROS

EN BARCELONA

PERSONAJES	ACTORES
BLANCA.	Doña Luisa Calderon.
SAID	Don Rafael Calvo.
CARLOS.	„ Donato Jimenez.
FERRAN	„ Ricardo Calvo.
JUAN	„ Carlos Sanchez.
HASEN	„ Antonio Perrin.
MALEK	„ Jose Calvo.
OSMAN	„ Fernando Calvo.
MAHOMET.	„ Pedro Moreno.
GUILLEN	„ Jaime Rivelles.
ROQUE	„ Francisco Perrin.

EN MADRID

BLANCA.	Doña Luisa Calderon.
SAID	Don Ricardo Calvo.
CARLOS.	„ Donato Jimenez.
FERRAN	„ Jose Perez.
JUAN.	„ Ramon Vallarino.
HASEN	„ Jaime Rivelles.
MALEK	„ Jose Calvo.
OSMAN	„ Manuel Molina.
MAHOMET.	„ Eduardo Lopez Chico.
GUILLEN	„ Fernando Calvo.
ROQUE	„ Enrique Paradas.

Corsarios, Marineros, Soldados, etc.

Año 1630.—Izquierda y derecha, las del actor.

ACTO PRIMERO

Cámara de un bajel de corsarios argelinos. El palo mayor atraviesa la escena. En el fondo derecha, la puerta de un camarote. A la izquierda, la escala que conduce á cubierta; por encima del último escalón se divisa el cielo entre las jarcias. En el lado derecho una gran porta sobre la que descansa un cañón, y por la que se ve el agua y el cielo. A la izquierda la litera del Said. Delante del palo mayor, entre la puerta del camarote y la de la escala, cajas y sacos; encima de ellos un farol grande apagado. Mesas y escabeles, armas suspendidas, cadenas, garfios é instrumentos de abordaje cubren la escena. Cae la tarde.

ESCENA PRIMERA

Said *dormido en la litera.* Hasen *de pie al lado suyo.* Juan *recostado junto á la mesa.* Mahomet *sentado en el suelo y limpiando varias armas que entrega á* Osman *para que las suspenda por las paredes y del palo mayor.*

Mah. Ten, cuélgala; ya está.
(*Dándole el arma que acaba de limpiar.*)
Osman ¿Qué hay en la hoja?
Mah. (*Devolviéndosela.*)
Sangre de la otra noche. Nada.
(*Se la entrega de nuevo.*)
Osman (*Al pasar junto á Juan, que se sorprende como si lo despertara.*)
Quita.
Mah. Ya vendrán á limpiarla otros combates.
Sangre lava la sangre.
Osman (*Mirando por la porta al pasar.*)
Por las olas
como delfines avanzamos. Fresca
sopla la brisa. ¿Sientes? Si no amaina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

REPARTO EN LOS DOS TEATROS

EN BARCELONA

PERSONAJES	ACTORES
BLANCA.	Doña Luisa Calderon.
SAID	Don Rafael Calvo.
CARLOS.	„ Donato Jimenez.
FERRAN	„ Ricardo Calvo.
JUAN	„ Carlos Sanchez.
HASEN	„ Antonio Perrin.
MALEK	„ Jose Calvo.
OSMAN	„ Fernando Calvo.
MAHOMET.	„ Pedro Moreno.
GUILLEN	„ Jaime Rivelles.
ROQUE	„ Francisco Perrin.

EN MADRID

BLANCA.	Doña Luisa Calderon.
SAID	Don Ricardo Calvo.
CARLOS.	„ Donato Jimenez.
FERRAN	„ Jose Perez.
JUAN.	„ Ramon Vallarino.
HASEN	„ Jaime Rivelles.
MALEK	„ Jose Calvo.
OSMAN	„ Manuel Molina.
MAHOMET.	„ Eduardo Lopez Chico.
GUILLEN	„ Fernando Calvo.
ROQUE	„ Enrique Paradas.

Corsarios, Marineros, Soldados, etc.

Año 1630.—Izquierda y derecha, las del actor.

ACTO PRIMERO

Cámara de un bajel de corsarios argelinos. El palo mayor atraviesa la escena. En el fondo derecha, la puerta de un camarote. A la izquierda, la escala que conduce á cubierta; por encima del último escalón se divisa el cielo entre las jarcias. En el lado derecho una gran porta sobre la que descansa un cañón, y por la que se ve el agua y el cielo. A la izquierda la litera del Said. Delante del palo mayor, entre la puerta del camarote y la de la escala, cajas y sacos; encima de ellos un farol grande apagado. Mesas y escabeles, armas suspendidas, cadenas, garfios é instrumentos de abordaje cubren la escena. Cae la tarde.

ESCENA PRIMERA

Said *dormido en la litera.* Hasen *de pie al lado suyo.* Juan *recostado junto á la mesa.* Mahomet *sentado en el suelo y limpiando varias armas que entrega á* Osman *para que las suspenda por las paredes y del palo mayor.*

Mah. Ten, cuélgala; ya está.
(*Dándole el arma que acaba de limpiar.*)
Osman ¿Qué hay en la hoja?
Mah. (*Devolviéndosela.*)
Sangre de la otra noche. Nada.
(*Se la entrega de nuevo.*)
Osman (*Al pasar junto á Juan, que se sorprende como si lo despertara.*)
Quita.
Mah. Ya vendrán á limpiarla otros combates.
Sangre lava la sangre.
Osman (*Mirando por la porta al pasar.*)
Por las olas
como delfines avanzamos. Fresca
sopla la brisa. ¿Sientes? Si no amaina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

posible es que en Argel nos encontremos
antes de cuatro dias.

MAH. Si es que el Arráez
lo quiere así. Ten. (*Dándole otra arma.*)

OSMAN ¿Cómo? ¿No le basta
la presa de Mallorca? Me parece
que galeras como ella ya no hay muchas.

MAH. ¿Te cansa el trabajar? A caza doble....
¡doble parte!

HASEN (*Con mal reprimida impaciencia.*)
Sáid duerme; despertádmelo,
y al mar os tiro á entrambos de cabeza.

OSMAN Baja la voz (*A Mahomet, con quien sigue hablando.*)

HASEN ¡Malditos!

JUAN (*Aparte con profunda tristeza.*)
Si como ellos
tuviera el alma yo, fuera, olvidando,
feliz también; pero ¡ay! ¿cómo se olvida?

OSMAN ¡Hasén!

HASEN ¿Qué quieres?

OSMAN ¿Y la fiebre? ¿Dura?

MAH. Y lo que aún durará.

HASEN (*Siempre desabrido.*) No; ya ha pasado;
pero el reposo le conviene.

OSMAN ¿Luego
la herida?....

HASEN Por fortuna, no fué nada.

MAH. ¿Cómo?

HASEN (*Satisfecho.*)
Yo estaba allí, siempre en mi sitio;
ya sabéis cuál En el bajel, apenas
dió el cuerno la señal del abordaje,
mi hacha empuño, y le sigo como debe
seguir en el peligro el perro al amo.
De un salto aborda la enemiga nave;
yo, tras él voy. Cuando de pronto un arma
le amenaza mortal; el aire corta
mi bien asido hierro; al bajar silba,
y abierta por mitad rueda en el puente,
cual rajada sandía, una cabeza.
Lo de este fué un rasguño, hecho en el brazo
por uno que, al herir, ya estaba muerto.

OSMAN Si viviese Ismael.... ese entendia
la ciencia de curar.

HASEN Como ninguno.

MAH. Ya sana tiburones. (*Riense.*)

OSMAN Dos pedazos
hizo la bala de él.

MAH. (*Riendo.*) Más feo que antes
la muerte lo dejó.

OSMAN Por Sáid lo siento

HASEN No hay por qué. Ya lo cura la cristiana.

MAH. Cuando manos tan finas cuidan de uno,
bien se puede estar malo.

HASEN (*Con enojo.*) Las mujeres
que él caza sobre el mar en su galera,
son del harem tributo y ni las mira.

OSMAN Dicen que iba á ser monja.

MAH. (*Riendo.*) ¡Pues buen cambio!

OSMAN ¡Juan!

JUAN ¿Qué?

OSMAN Acércate.

JUAN No; dejadme.

OSMAN ¡Qué hombre!

MAH. Toma. (*Dando su puñal con mango en forma de cruz.*)

OSMAN ¡Vaya un puñal! (*Colgándolo en sitio visible.*)

MAH. De los cristianos.
Ten cuidado con él; parado corta.
Aunque ya viejo soy no he visto caza
como ésta desde que ando en el oficio.
Por un lado la moza, aunque no es nuestra;
luego el viejo, su padre, que el rescate
pagará bien; es rico. Añadid carga,
patrón y marineros.

OSMAN ¿Y son muchos?

HASEN Veintiocho ó más.

MAH. Pues quince mil doblones
se pueden dar en junto por lo bajo.

OSMAN ¡Quince mil! A ser mios.... ¡Qué ya quince!....
¡Mil que fueran tan sólo!

MAH. Nunca estorban.
(*Sáid se despierta y escucha.*)

OSMAN ¿Qué harias de ellos á tu edad?

MAH. Tenerlos.

OSMAN ¡Tenerlos! (*Riendo con desprecio.*)

HASEN Pues y tú, ¿qué harias?

OSMAN Darlos.
Con mil doblones y yo en tierra, nadie
más dichoso en el mundo. En Argel vive
la mujer á quien amo; el padre es rico;
yo no. Con esa suma fuera mia.

MAH. Pues róbala.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OSMAN ¡Jamás!
MAH. ¿Lo haces por gusto
tan sólo de robar á cada instante,
y á ella que te hace falta la respetas?
(Los otros rien.)
OSMAN ¿Qué entiendes de eso tú? Sí, me ama; pero
también ama á los suyos y sería
partirle el corazón. ¡Primero de otro!
SAID ¡Osmán!
OSMAN ¡Mi amo!
SAID En Argel los mis doblones
que ambicionas tendrás por ese anillo.
(Arrojándole uno que se habrá quitado.)
OSMAN ¡Cómo!... No puede ser. *(Trata de devolvérselo.)*
SAID Tómalo; es tuyo.
MAH. (¡Necio, todo lo da!) *(Murmurando con los otros.)*
OSMAN *(Agradecido.)* ¡Sáid!
SAID Buena suerte.
HASEN ¿Lo hace él? Bien hecho está. *(A Mahomet.)*
SAID ¿De otro la vieras?
OSMAN Antes que presenciarlo, por la borda
de cabeza en el mar me arrojaria.
SAID Bien *(Satisfecho.)* Salid *(A los otros.)* ¡Hasén!
(Llamando.)
HASEN ¡Mi amo!
SAID *(A los otros que aun no se han marchado.)*
¡Afuera he dicho!
(A Hasén, iracundo.)
Ponme bien esta venda que se afloja.
Me la atas siempre mal.
(Los otros suben.)
HASEN Señor....
JUAN *(Aparte desde la mitad de la escala.)*
De nuevo
con mi esposa soñé. ¡Triste pasado!
¡Quién del pecho arrancármelo pudiera!
SAID *(A Hasén que continúa vendándole.)*
¡Mal rayo! Quita; vete; tú no sabes.
Haz que venga al momento la cautiva!
(Hasén va en su busca y vuelve antes que los prisioneros.)

ESCENA II

SAID, HASEN, *luego* BLANCA *y* CARLOS.

SAID ¡Si viviese Ismael!.... Ya de Osmán hice

todo un hombre feliz. Ahora este nudo
(Impaciente.)
me aprieta y me lastima. Y bien, la esclava,
¿qué hace, Hasén, que no viene. ¿Ves? La sangre
vuelve á brotar de nuevo por tu culpa. *(Con ira.)*
(Aparecen Blanca y Carlos.)
HASEN Señor....
SAID ¡A latigazos en la espalda
te haria aprender yo. Cristiana, acércate.
HASEN (Si otro me hablara así, lo aplastaria.)
SAID *(A Blanca, con aspereza.)*
Véndame como hiciste esta mañana.
Se ha vuelto á desatar. ¿Qué te detiene?
BLANCA (Perdonadme, Jesús, si otra vez toco
la mano de este infiel.
SAID *(Impaciente y con rudeza.)*
Pronto, cautiva.
CARLOS (¡Que esto sufra!)
SAID ¡Mas, cómo! ¿Aún con esposas?
¡Y su padre también! ¡Por Alá! Espera.
¿Qué te he mandado yo? *(A Hasén.)*
HASEN Las ligaduras
quitarles quise.
SAID ¡Y bien!
HASEN Malek se opuso.
Dice que él manda aquí cuando estás malo.
SAID ¿Sí? *(A Blanca.)* Acércate. A Malek dile que venga
(A Hasen.)
pronto ó yo voy por él. ¡Fuera estos hierros!
(Quitándole los suyos á Blanca.)
¡Qué temer de un anciano y de una niña!

ESCENA III

SAID, BLANCA *y* CARLOS.

SAID Ven tú. *(A Carlos.)*
CARLOS No, bien están.
SAID ¿Qué dice?
BLANCA Nada.
Yo misma acaso pueda. *(Desligando á su padre.)*
SAID *(Pensando en Malek.)* (¡Me cree enfermo!)
CARLOS (Mejor fuera morir.) *(A Blanca.)*
BLANCA *(Aparte á Carlos.)* (Si; mas cual mártires
luchando por la fe.
SAID ¡Vamos! ¡Despacha!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(A Blanca con indiferencia, tendiéndole el brazo herido.)

CARLOS (¡Y en mi presencia! ¡Ay, Dios! ¿Cómo á esta gente
no la ha tragado el mar?)
BLANCA Ya está.
SAID Tampoco
sabes tú. ¿Y aun no viene? ¿Pues qué aguarda?
(Por Malek.)
¿Ya estás contenta?
BLANCA ¿Yo?
SAID De verte libre.
CARLOS ¡Libre en tu nave!
SAID (Me impacienta el viejo
y he de hacerme violencia.) Tú, cautiva,
que no hable más. (¡Este Malek!) ¿Tu nombre?
BLANCA Blanca.
CARLOS (No le respondas.)
SAID *(Con profunda tristeza.)* ¿Blanca has dicho?
¡Por qué hablaste! ¡Qué golpe aquí! *(Por el corazón.)*
¡Mi madre
se llamó asi también. ¡Por fin! *(Viendo á Malek.)*
CARLOS *(A Blanca.)* (¡Qué mónstruos!)

ESCENA IV

DICHOS, HASEN *y* MALEK

SAID (¡Vil!) *(Por Malek.)*
MALEK ¿Me llamabas?
SAID Si; para decirte
que mientras se abran á la luz mis ojos
y tenga aliento yo, soy aquí el amo.
El que vivir permite y morir manda,
dando por ley á todos su capricho.
Mi segundo eres tú, y á tí tan sólo
te toca obedecer; y ¡ay! si replicas
Tú, tal cual eres, donde estoy no llegas.
Yo, tal cual soy, de donde estés te saco.
MALEK Pero libres....
HASEN ¡Malek!
SAID ¿Y qué me importa
de ellos á mí? Que vivan, y en la plaza
caros después se vendan; pero quiero
que cumpláis lo que mando.
MALEK Tú no adviertes
que estás herido y te reemplazo.

SAID *(Saltando de la litera.)* Ayúdame,
Hasén.
HASEN ¿A dónde vas?
SAID *(Apoyándose en Hasén.)*
Sobre cubierta.
Este: *(A Malek.)* tú, no
HASEN (¡En qué estado!....)
SAID Mis valientes
me verán y él también. *(Por Malek.)*
Por cuatro gotas
de sangre que perdí! ¿Si habrán pensado
que al delfín se le caza como al tordo?
(Andando con dificultad desaparece por la escala.)
MALEK (Si caes un dia entre mis uñas!....)

ESCENA V

BLANCA *y* CARLOS

BLANCA ¡Padre!
CARLOS ¡Blanca!
BLANCA Fuerza es morir
CARLOS ¡Venga la muerte
de manos de esta chusma, y no me importa!
Pero suicidas ser, y en el infierno.. .
BLANCA No sigáis, padre. ¡Oh, Dios! ¡Qué triste suerte
la nuestra. Un sueño lo que en torno miro
me parece no más.
CARLOS ¡Gente maldita!
BLANCA Recuerdo, si, que su bajel al nuestro
se acercaba. Amarillo cual la cera
vos ante mí os pusisteis. Los cañones
rodaban por el barco, y relucian
hierros por todas partes y miradas,
mientras que cada vez aquella nave
se aproximaba más. «¿Qué quieren?...»—Grito:
—«¡Los corsarios!»—responden.—«¡Los corsarios!»
Y caigo desplomada. Al recobrarme,
vi hundiéndose en el mar nuestra galera,
y hallé muerta ó cautiva á nuestra gente.
CARLOS ¿Y mañana? ¡Qué horror!
BLANCA ¿Por qué al mañana
teméis asi?
CARLOS De mis cadenas hija,
me puedo libertar; tengo fortuna,
y un viejo vale poco. Mas tú joven,

y hermosa.... ¡Blanca! ¡Blanca!

BLANCA No; cautiva
no me veréis jamás; antes ...

CARLOS ¿Qué dices?
Calla, que al cielo ofendes. Tú eres buena,
y hará Dios por nosotros un milagro.
Fuera injusto el castigo. Nuestros bienes
á la Iglesia ofrecí; tú en un convento
donde, aún muy niña te llevé, has vivido.
¿Quién más pura que tú, Blanca, en el mundo?
Puede ser un pecado á Barcelona
llevarte á que profeses en el Carmen
junto á mi buena hermana la abadesa?
No, que es tu vocación.

BLANCA ¡Oh! Si

CARLOS ¡Y aun dicen
si el rigor extremamos! ¿Y en España
también nació está gente? Si las naves,
al salir expulsados de Valencia
veinte años hace, ¡hubiéranles abierto
en alta mar á toda esa gavilla!. ..
Pero á Argel los llevaron, y hoy nos pagan.

BLANCA Según eso, ¿no es crimen el matarlos
en servicio de Dios?

CARLOS No... Cada réprobo
que exterminamos en el Infierno se hunde,
y se abre el Cielo el que al morir lo mata.

BLANCA No sé, padre no sé: tal vez me envia
Dios esta prueba por mayor ventura.
—Muy niña, en una celda me encerrasteis
donde el servicio santo, á pesar mio,
con infantiles juegos alternaba.
Lloré de verme sola y en el templo
me distraje á menudo. ¡Cuántas veces
hasta vi a las muñecas juguetonas
llamarme con los ojos! Pero súbito,
la frente levantaba asustadiza,
sintiendo osada mano en las espaldas
y del coro el susurro. En los altares
aun alguna muñeca aparecia;
pero entonces, ¡qué tristes me miraban!
Los juegos olvidé; mas vino un punto
en que algo parecido á sacudidas
de alas, el corazón se puso á darme.
En la huerta á los pájaros el muro
saltar veia y emprender el vuelo,

y entonces preguntábame: «¿Qué puede
más allá del cercado haber, que todos
se marchan del jardin y al irse cantan?»
Me encaramé en un tronco y... ¡Oh, Dios mio!
¡Qué placer! Descubrí del otro lado
calles y gente. Rubios como el oro
ví á dos niños jugar ¡Qué alegres eran
sus saltos y sus risas! De un postigo
saliendo una mujer: «¡Hijos del alma,
que llega vuestro padre!»—dijo—á tiempo
que ya los estrechaba entre sus brazos
un hombre.... asi, como éstos; pero oia
sus palabras y besos amorosos
y me puse á llorar porque él lloraba.
Esto es lo que pasó; ¡cosas de niña!
Ya más grande, del mundo en la clausura
los placeres cifré. Mas hoy pregúntome:
«¿Qué has hecho tú, infeliz, en holocausto
de tu Dios? ¿Si tu vida consagrada
le ha sido, obra no es todo de tu padre?
Vos me hicisteis cual soy. Por eso juzgo
que acaso en esta nave Dios me tiene
sometida á la prueba, y yo os prometo
digna ser de llamarme esposa suya.
(*Con resolución*)

CARLOS ¡Oh! ¡Qué orgulloso estoy de haberte al mundo
robado: tú naciste para el Cielo.
Nuestra suerte no más me espanta, el cáliz
apartad, ¡oh, Señor!

BLANCA (*Con entusiasmo*) No de mi boca;
quiero toda la hiel, toda, apurarla.

CARLOS No te comprendo.

BLANCA Ni explicarlo es fácil;
no me entiendo yo misma. De su altura
me mira Dios, y basta; soy dichosa
arrostrando el peligro

CARLOS (*Viéndolos llegar!* ¡Los corsarios!
(*Vase con Blanca al camarote*)

ESCENA VI

HASEN y OSMAN; *aquel baja llevando una tea, con la que enciende el farol. Osmán conduce á Ferrán y se marcha después. - Escena obscura.*

HASEN Nada de media luz; que las mentiras

pueda leer as Sáid en el semblante.
A ver si es el patrón corto de lengua.
(*Sopla la tea y la tira al mar*)
Se apagó; un poco de humo y luego al agua.
Si se obstina en callar, mal va á pasarlo.
No se juega con Sáid. ¿Y qué? ¿No viene?

OSMAN Ya está aquí. (*Desde la mitad de la escala.*)

ESCENA VII

FERRAN *y* HASEN

HASEN Bien: dejadlo y que vigilen
dos hombres esa escala.
(*Vase Osmán. Dos marinos se pasean por la cubierta*)

FERRAN (*Muy tranquilo.*) ¡Qué soberbio
camarote! ¿Es de Sáid?

HASEN Justo, del noble,
del gran Sáid.

FERRAN Bien me gusta á mí la gente
como él. Es un valiente; yo lo afirmo.

HASEN ¿Le tienes voluntad?

FERRAN Tanto como eso....
Ponte en mi caso tú....

HASEN Pero es que él hace
lo que debe. Algo peores sois vosotros;
mucho peores que él. Allá veríamos
si en su lugar te hallases....

FERRAN ¿Y quién dice....?
Calma; te dejas ir á todo trapo.

HASEN Si no, responde, á ver. Dueño del buque
y de la gente presa, ¿tú qué harías?

FERRAN Yo, nada.... ó casi nada.

HASEN ¿Qué?

FERRAN Colgaría los
por gallardete á todos de una entena,
y á tu noble patrón encima de ellos

HASEN ¡Hijo al fin del Mesías! (*Amenazándole*)

FERRAN No preguntes.
Oye. ¿Qué vengo á hacer en esta cámara?

HASEN Ya Sáid te lo dirá. No le respondas
sin mentir, y en las vergas, en el sitio
que tú le destinabas, te veremos.

FERRAN No. Le puedo valer muchos zequíes
en la plaza; soy joven y con fuerza

para aplastarte á ti y á vuestra chusma.
A tu amo no.

HASEN (*Yéndose.*) Le pegaría.

FERRAN Aguarda.

ESCENA VIII

FERRAN

¡Qué genio! Se marchó. Como de molde
le viene el mote, á fe. Perro le llaman
de Sáid, y si no ladra es por milagro.
Yo que iba á preguntarle por mi prima
y por el pobre viejo. En fin, sentémonos.
¿Que me querrá el corsario? Que interrogue;
yo hablaré ó no hablaré. Ya viene. ¡Blanca!

ESCENA IX

BLANCA *y* FERRAN

BLANCA Tu voz reconocí; no me he engañado.

FERRAN ¿Y tu padre?

BLANCA ¿Le aviso?

FERRAN Luego. Dime:
¿cómo libres estáis, mientras nosotros
sin luz, atados y en montón nos vemos?

BLANCA Está herido el patrón y á mí me obligan
á asistirle. Verás ... mi padre. ...

FERRAN Espera. ..
y escúchame por Dios. Acaso á hablarte
voy por última vez; pronto vendidos
seremos

BLANCA (¡Yo, jamás!)

FERRAN Y entonces, Blanca....

BLANCA Todo lo puede el cielo; él nos ampare.

FERRAN Dices bien, es verdad; pero quisiera
revelarte un secreto de otros días,
que nunca, te lo juro, de mi pecho
lo he dejado salir. ¿Te acuerdas, Blanca,
de cuando éramos niños?

BLANCA Sí.

FERRAN Tu madre....

BLANCA La perdí á los tres años. Paz disfrute.

FERRAN Te destinaba á ser esposa mía.

BLANCA ¡Oh! ¿Qué dices, Ferrán? (*Sorprendida*)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

FERRAN Y yo, aunque niño,
te amaba entonces ya. Nunca mi boca
tal confesión hiciera; mas pues todo
ves que, hasta tu clausura, va á romperse,
sábelo, prima, al fin, antes que vengan
por siempre á separarnos. Tú creias,
porque aturdido y loco me encontrabas,
cuando al través de las macizas rejas
del triste locutorio nos hablábamos,
que allí vacío el corazón llevaba,
como aquellas mujeres que en el claustro
nada en el suyo, sino á Dios tenian....
BLANCA (*Ofendida y ruborosa*)
Harto has dicho, Ferrán; tristes resuenan
en el alma tus frases pecadoras
¿Qué ves, mundano, en mí que así te atreves
á hablarme del amor, hijo del Diablo?
FERRAN No pecaba, y también habló de amores
tu padre con su dulce compañera.
BLANCA No te quiero escuchar.
FERRAN Aquí, las almas,
vienen á amar.
BLANCA A Dios.
FERRAN A Dios, es cierto,
pero en sus obras.
BLANCA ¡Calla! ¡No blasfemes!
FERRAN ¿Qué fuera si no el mundo? ¿Qué la vida?
En la sombra encerrados, ¿qué servicios
prestamos al Señor? Por todas partes
su templo se levanta. ¡Ah, prima mia!
¡Lo que eras y eres hoy! ¡Cuánto has cambiado!
BLANCA Ferrán, es que odio al mundo, y con mirarte
peco ya
FERRAN Por Dios, Blanca....
BLANCA (*Sin saber qué decir.*) Es que los hombres....
FERRAN Sigue.
BLANCA Sois Satanás ...
FERRAN No.
BLANCA Y se condena
la que os escucha.
FERRAN ¡Cómo! ¿Quién tal dice?
BLANCA Jesús.
FERRAN ¿Dónde?
BLANCA En sus libros. .. Venid, padre.
(*Viéndole llegar.*)
Vos sabréis responderle; yo no acierto.

ESCENA X

BLANCA, FERRAN y CARLOS

FERRAN ¡Tío! (*Abrazándole.*)
CARLOS Ya ves, Ferrán; ya ves.
BLANCA (*Bajo el influjo de su idea*) Decidle ...
FERRAN Más que mi cautiverio, lo que acabo
de escuchar me sorprende. ¿Y esta es Blanca?
¡Ella, alegre y festiva en otro tiempo,
y hoy apagada y fria como el mármol!
¡Rostro de niña y corazón de vieja!
BLANCA No.
FERRAN ¡Y todo por decirla que la amaba!
CARLOS ¿Quién? ¿Tú? Primero el mar le abra la tumba,
que de otro que de Dios se llame esposa.
FERRAN Virémos en redondo. No ignoraba
la razón de llevaros en mi nave
de Palma á Barcelona. Si cautivos
no estuviéramos hoy Blanca en el claustro
ya se hallara tal vez, y de mi boca
nada hubiera salido. Ahora pregunto:
¿Si el amor la ofendia siendo libre,
cómo lo llamará viéndose esclava?
(*Blanca ha ido á mirar por la porta.*)
CARLOS Pero dime, Ferrán, ¿no habrá algún medio
de huir?
FERRAN ¿Cómo?
CARLOS Por Blanca.
FERRAN ¡Con mi sangre
la rescatara yo!
BLANCA (¡Dios mio! Tuya)
FERRAN ¡Silencio! ¡Vienen!
CARLOS Por piedad, que ignore
esa canalla vil que soy soldado.

ESCENA XI

DICHOS y JUAN. *Blanca en la porta. Carlos y Ferrán hablando aparte en el lado opuesto. Juan ha bajado lentamente, se detiene en mitad de la escala y habla desde allí creyéndose solo.*

JUAN Ya al agua van de cara hacia el Oriente.
No, no los puedo ver. Se me figura
que en el fondo del mar gritan los muertos;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y, si miro, una mano por la espalda
parece que me empuja.... y después otras,
y me da miedo y frío.

BLANCA (*Aterrada por lo que ve*) ¡Jesús!
CARLOS (*Yendo hacia la puerta*) ¡Hija!
JUAN ¿Quién habla aquí? ¿Quién? (*Aparte con espanto.*)
FERRAN (*Yendo á su lado.*) ¡Blanca!
CARLOS ¿Qué es?
BLANCA ¡Un hombre
que echan al mar, y muchos! ...
FERRAN Gente suya;
heridos que se han muerto y los entierran.
JUAN (También si yo muriese, como á un hijo
de Mahoma, en el mar me arrojarían,
y en el Infierno mi alma, como Judas
que de su Dios reniega sepultárase.
¡Soy un monstruo! ¡Qué horror! ¿Y entre esta gente
mi vida he de acabar? Porque si á España
vuelvo ... y el Santo Oficio . . ¡Oh!)
(*Queda apoyado en la baranda con el rostro oculto entre las manos.*)
FERRAN (*Separándose de la puerta con Carlos.*) No sabía
que hubiera tantos de el os. Por las trazas
nos defendimos bien.
BLANCA Todo ha acabado.
Ni rastro ya, ni espuma.
CARLOS ¡El agua en fuego
se les vuelva!
FERRAN ¡Que el Cielo les perdone!
JUAN ¿Quién de Cielo y perdón habla aquí?
(*Bajando despavorido al medio de la escena.*)
FERRAN Acércate.
Es el contramaestre.
JUAN (¡Los cristianos!)
CARLOS No le interrogues.
FERRAN ¿Qué perdemos? Oye.
JUAN (¿Si me reconocieran?... No es posible.
¡Hace ya tantos años!) (*Dudando en acercarse.*)
FERRAN (*Tocándole en el hombro.*) ¿Qué? ¿Te escondes?
JUAN ¿Yo? ¿De vosotros? No. ¿Qué queréis?
CARLOS (*Con desprecio.*) Nada.
FERRAN ¡Tío!
CARLOS Es un condenado.
JUAN (*Con temor.*) ¡Oh! No. Yo cumplo
lo que me mandan; pero á nadie ofendo.
FERRAN ¿Cómo te llamas? (*Mirándole fijamente.*)

JUAN Juan.
CARLOS ¡Juan!
FERRAN ¿Es costumbre
dar á los vuestros nombres de cristianos?
JUAN No.
FERRAN Pues entonces....
CARLOS ¡Ah!
JUAN (*Desconcertado.*) Mentí.
FERRAN ¿Serías
renegado tal vez? La cara es de eso.
(*Juan ríe estúpidamente.*)
BLANCA Yo no le quiero ver, padre; escondedme.
CARLOS Sí, retírate. (*Conduciéndola al camarote.*)
BLANCA ¡Oh, Dios!
FERRAN ¡Qué vil conducta!

ESCENA XII

CARLOS, FERRAN *y* JUAN

JUAN (*Esforzándose por reir.*)
Yo nada he dicho, no; me habéis tomado
por lo que nunca fuí. Ya basta y sobra.
No soy cristiano. (*Fingiendo agravio.*)
CARLOS Júralo.
JUAN Lo juro.
FERRAN Por tu madre.
JUAN (*Con miedo.*) Murió.... mi pobre madre.
FERRAN Por ella, que te escucha desde el Cielo.
JUAN No.... ¡jamás!.... (*Llorando.*)
CARLOS Te has vendido.
FERRAN ¡Desgraciado!

ESCENA XIII

SAID, JUAN, FERRAN, CARLOS, HASEN, MALEK, MAHOMET, OSMAN *y otros corsarios que quedan en segundo término*

JUAN ¡Por compasión, callad! (*Viendo llegar á los otros.*)
CARLOS Tú, no me toques,
vil renegado!
FERRAN Aparta. (*Con lástima á Juan.*)
JUAN Arde mi frente.
SAID Esta brisa del mar me da la vida. (*Bajando.*)
JUAN (*Aparte, yéndose por la escala.*)
(Me conocieron.... ni á esconderme atino.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAH. ¿A dónde va ese pájaro de noche? (*Por Juan.*)
OSMAN Déjalo. Ni nos vió.
FERRAN (*A Carlos, que hace ademán de desprecio á los corsarios.*)
¡Calma!
CARLOS ¡La pierdo!
(*Juan desaparece.*)

ESCENA XIV

DICHOS, *menos* JUAN.

SAID Que venga ese patrón.
MALEK Míralo.
SAID Acércate.
¿Eres tú quien mandaba la galera
que combatiendo antes de ayer cazamos?
FERRAN Sí.
SAID ¿Tu nombre?
FERRAN Ferrán Marquet.
SAID De Palma,
noticias he tenido por tus pliegos.
FERRAN ¿Los abriste?
SAID (*Tranquilamente.*)
Una carta nos revela
que con tributos para el Rey, las islas
dejará pronto un barco, y saber quiero
el puerto de que sale. ¡Y día! ¡Y hora!
(*Con excitación creciente á cada contestación negativa que le da Ferrán con la cabeza.*)
MALEK ¿Le fuerzo? (*Amenazando á Ferrán.*)
SAID No, sepárate.
FERRAN Repara
que si hablo no es por miedo. Bien podría
decir que nada sé; mas me repugna
mentir, y más contigo. Lo sé todo.
Ahora bien; de mi lengua nunca esperes
que á los míos los venda una palabra.
MALEK Hablarás.
MAH. Sí; castígalo.
SAID Dejadlo.
(Me gusta su altivez; es todo un hombre.)
No ignoras mi poder. Te va la vida.
(Si es traidor á los suyos, de una entena
lo hago colgar por vil.)

MALEK ¡Pronto!
(*Los corsarios murmuran.*)
HASEN ¿Qué aguardas?
FERRAN ¿Si en mi lugar te hallases, hablarías?
SAID No preguntes; te mando que respondas.
FERRAN Eso, nunca.
SAID ¿Y si yo para obligarte
te clavo por el cuerpo en una tabla?
FERRAN Callaré. Asesinar es el oficio
de gente como tú. ¿Si pensarían
que iba yo á ser traidor?
CARLOS Su alma no puede
comprender la virtud ni el heroísmo.
SAID ¿Y á ti quién te pregunta? (*A Carlos.*)
(*Llamando.*) ¡La cristiana!
¡Que salga esa mujer! ¡Blanca! ¡Traedla!

ESCENA XV

LOS MISMOS *y* BLANCA, *saliendo del camarote*

SAID No tardes cuando llamo. Anda; á ese viejo
llévatelo de aquí si no ... (*Reprimiéndose.*)
FERRAN (*A Carlos, que va á contestar.*) Es inútil.
BLANCA ¡Padre!
CARLOS No os opongáis. Antes la muerte
que vivir á merced de esa canalla.
FERRAN ¡Calma!
HASEN ¿Por quién lo has dicho?
SAID ¡Hasén, á un lado!
(*Empieza con tono despreciativo y acaba con febril exaltación.*)
Quiero á mis anchas ver cómo se enfosca
ese gallo sin cresta ni espolones.
Siempre de su honra hablando y de los labios
pendiente un Dios que pisa á cada instante.
¡Miserable felón! Miradlo todos.
Es de la secta vil de los que un día,
de amor hablando hipócritas al hombre,
nos chuparon la sangre sin dejarnos
ni un lugar con las bestias en las cuadras,
y por el mundo á la ventura, errantes,
nos esparcieron ¡víboras! negándonos
un hoyo en que morir sobre la tierra.
¡Pues por el Dios que invocan, que era nuestro
cuanto ellos nos robaron! Pero nada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puede esperarse bueno de quien tiene;
(Descolgando el puñal y señalando alternativamente la cruz y la hoja. Después lo tira.)
vedlo vosotros mismos, junto al odio
el perdón: el cordero con el tigre:
el puñal y la cruz en una pieza
Y ahora, escuchadme bien para su oprobio.
Mi padre era morisco; á una cristiana
convertida vió, amo, se unió con ella
su fe ocultando, y de los dos soy hijo.
Con el Niño Jesús me comparaba
mi madre; él á una huri por su hermosura:
y al compás de sus besos, recitando
sentencias del Corán y de la Biblia,
se me enseñó á dormir me y despertarme.
Mi casa era un jardín junto á Valencia.
¡Cuánta flor! ¡Cuánto júbilo! Hasta el alma
de mis queridos padres sonreía.
Ella amaba á Jesús y él al Profeta;
pero eran tan felices, que dijérase
que hecho habían la paz en la otra vida,
por premio á tanto amor. Cristo y Mahoma.
Mas ¡ay! la dicha en el hogar fué breve.
Aquí guardo el recuerdo. *(Por el corazón.)*
Cierta noche
dió él un beso á mi madre; asió con ira
su hacha, la puerta abrió y echóse fuera.
Rompió el día y llamaron. Temerosa
mi madre, abrió. «¿Quién va?» dijo.... y se oyeron
gritos por todas partes. Luego echaron
un cuerpo á nuestros pies y «Mira....» oímos:
«Tu esposo; lo han matado. Tén, entiérralo»
Pasaron días. Uno, bruscamente
mi madre me llamó y «Sáid, ya es hora,»
me dijo; y con su llanto humedeciendo
mi cabeza infantil, me tomó en brazos.
Que me dormí recuerdo, pues tendría
yo seis años apenas. Angustiosos
lamentos despertáronme. Mi pueblo
se hallaba todo allí dentro de un barco
y hacia el fondo la tierra se alejaba.
Los ojos me tapó mi madre; abrílos
entrada ya la noche; el mar dormía;
ahogábame el hedor de sangre, y ¡ni uno,
ni uno siquiera vi de los cautivos!
«Los que mataron á tu padre,» entonces

dijo mi madre amada, «también viles
de mí te privarán, hijo del alma.
Ni rastro quieren de la raza mora
que los ha enriquecido. Y si no ¡mira
cómo en las olas se zambullen, saltan,
y henchidos del festín, con los cadáveres
ahítos ya, los tiburones juegan!
¡Véngame si te salvas, hijo! ¡Véngame!....»
Cuando de pronto nos cercó la chusma
de cristianos; mi madre, un mortal grito
lanzó y echó á correr; pero los monstruos
la asieron del cabello. .. Aquí su sangre *(Por la cara.)*
me saltó y aún me quema! Sobre el puente
desplomada cayó; de entre sus brazos
vinieron á arrancarme. En vano ella,
luchando con la muerte, me apretaba
con su mano esta mano, y repetía
clavándome las uñas: «¡Hijo, véngame!»
(Blanca, sin darse cuenta de ello, se enternece y acaba por romper en sollozos.)
Por fin la izaron dos que á carcajadas
me la echaron al mar; y como á flote
la vieran otra vez gritando «¡Véngame!»
de entre el agua al salir, uno asió un remo,
con que el aire cortando la cabeza
partió á mi madre, que se hundió en la espuma.
¡Y ahí los tenéis que con horror nos miran!
¡Y asesinos nos llaman, y ladrones,
y hienas!.... ¡Ellos, no; son almas puras,
son palomas sin hiel, son tiernos niños,
todo amor, bondad, fe, virtud.... ¡cristianos!

BLANCA ¡Padre! ¡Padre! *(Llorando.)*
CARLOS ¡Hija!
BLANCA ¡Oh, Dios!
CARLOS *(Indignado)* ¿Qué miró? ¿Lloras?
SAID (¿Quién llora? ¿Esta mujer? ¡Cómo! ¿Ella?)
FERRAN ¡Blanca!
CARLOS ¿Por lo que dijo? ¿Tú? ¿Por esta gente?
SAID (¡Llora siendo cristiana?)
MALEK Sáid, acuérdate
de que el patrón no ha hablado.
SAID ¿Y qué me importa?
Basta por hoy, ya es tarde. ¡Ea! Mañana
será otro día. A ver, que se lo lleven
HASEN ¿Tú qué murmuras? Que os marchéis ha d i
(A Malek)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MALEK (Ya le haria yo hablar si me dejaran;
pero él no sabe.) Arriba con los otros. (*A Ferrán.*)
FERRAN (*A Carlos.*)
¡Calma! Adiós, Blanca. Hasén, adiós ¡Que viva
el gran Sáid!
HASEN ¡Insolente!

ESCENA XVI

SAID, BLANCA, CARLOS *y* HASEN

CARLOS (*Muy severo*) ¿Tú esas lágrimas
verter por tales fieras?
BLANCA ¡Padre mio,
no me las reprochéis! Ved: ya no lloro.
(*Enjugándose el llanto que aún corre á pesar suyo*)
SAID Que toquen á silencio, Hasén; ya es hora
de recoger la gente
HASEN Voy al punto. (*Vase*)

ESCENA XVII

BLANCA, CARLOS *y* SAID

SAID (*Solo á un lado*)
(¡Qué enigma es la mujer! ¿Pues no lloraba?)
CARLOS ¡Quita! (*Rechazando á su hija, que va á hablarle*)
BLANCA ¿Me rechazais?
CARLOS Tú no mereces
llamarte mi hija, no.
BLANCA Grande es mi culpa.
Perdón vengo á pedir de mi flaqueza.
¿Yo apiadada? ¡Y por ellos! ¡Si he soñado!
Padre: ante Dios os juro que esta noche
mi falta borraré Tengo vergüenza
de mí misma, señor
CARLOS ¡Blanca!
BLANCA Del pecho
salirse quiere el corazón.
CARLOS ¿Qué dices?
BLANCA Más tarde lo sabréis (Estoy resuelta.)
(*Entra con su padre en el camarote*)

ESCENA XVIII

SAID, *después* HASEN

(*Se oye una bocina que saca á Sáid del ensimismamiento.*)
SAID ¡Bah! Dejémoslo en paz. ¿Qué estoy pensando?
Me sorprendió, porque ella no fingia;
(*Acostándose en la litera.*)
de eso estoy muy seguro. Nunca he visto
llorar á las mujeres de ese modo.
Las otras si, quejábanse de miedo;
pero como ésta nadie. ¿Y qué me importa?
¡Vaya! A dormir, que es tarde. ¡Hola! ¿Quién baja?
HASEN Yo. ¿Tienes sueño?
SAID Si; déjame; vete.
HASEN Ya me voy. ¿Y la herida?
SAID Mejor; buena.
HASEN (¡Siempre triste! Me duele..)
SAID (Y es cristiana,
y monja, ó qué se yo ... Bien ¿y qué?)
HASEN (*Desde la porta*) El viento
nos favorece, Sáid.
SAID ¿Tú aqui? ¿No subes?
HASEN Al momento. La luz....
SAID (Este me quiere ...)
(*Hasén vuelve el farol de modo que quede á obscuras el lado de la litera.*)
HASEN Has hecho enternecer á la muchacha.
SAID ¿Yo? ¡Bah! A saber su llanto por quién era.
La mujer es asi, por nada llora.
(*Riendo forzadamente y corriendo las cortinas para que no le vea Hasén la cara.*)
HASEN ¡Derramaba unas lágrimas!
SAID (*Abriendo precipitadamente las cortinas*)
¿La viste?
HASEN ¡Y tanto! Pero aquello era fingido.
SAID No, no; puedo jurarlo, estoy seguro.
Lloraba, y de verdad.
HASEN (*Incrédulo*) No creo....
SAID (*Sacando el cuerpo y señalándole la escala.*)
¡Vete!
Cuando lo digo es que lo sé. Te parto
la cabeza.
(*Enfurecido al ver que Hasén va á insistir. Vuelve á echar las cortinas. Hasén sube la escala poco á poco.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HASEN ¡Qué genio! Es insufrible!
Yo pago el mal humor. Sáid ni sospecha
que á todos calmo cuando de él murmuran.
(Se sienta en el último escalón.)
Su perro se me llama, ¡á mucha honra!
nadie vale lo que él. Este es mi sitio.
El perro junto al amo. *(Queda dormido.)*

ESCENA XIX

BLANCA *y* SAID *Blanca, muy conmovida, aparece en la puerta del camarote, y haciendo muchas pausas va avanzando por la escena á medida que dice el monólogo.*

BLANCA ¡Yo me ahogo!
Estalla el corazón. ¿Qué ruido es ese?
El aire ... Ofendí á Dios ¿Yo enternecida
de un hijo de Mahoma? Y bien, mi culpa
lavaré: no vacilo. Cada réprobo
que uno extermina, en el Infierno se hunde
y el Cielo se abre el que al morir lo mata.
Dormida me creen todos y... ¡estoy loca!
Señor: Tú que me ves desde la altura,
á tu esclava bendice. ¡Cómo tiemblo!
¡Calma!. .. Sí, allí le siento. ¿Y esta fiera
respira cual mi padre? Morir debe.
(Tomando un puñal.)
¡Monstruo! ¡Me hizo llorar!. .. ¡Perdón, Dios mio!
No acierto á dar un paso ¡Anda! ¡Adelante!
¡Tú vendida en Argel cuando el convento
te llamaba! Valor. ¡Judith te inspire!
Haz como ella. ¡Adiós, padre! ¡Muere!
(Mete el brazo armado por entre las cortinas.)
SAID *(Despertando y luchando con ella.)* ¡Infame!
¿Quién eres, traidor?
BLANCA ¡Cielos!
SAID ¡La cautiva!
¿Otra vez aquí tú, mujer extraña?
(De una brazada se la lleva al lado opuesto para verla á la luz del farol.)
BLANCA ¡Ah!
SAID ¿Tanto me aborreces, tanto me odias,
que mi sangre codicias? ¡Di, no tiembles!
¡Cómo te engañas! ¡Infeliz! ¿Qué precio
das á mi inútil vida, cuando piensas
que el amor y la gloria con el hálito

vas á robarme? No. Si aquí no hay nada.
No soy más que un sepulcro que flotante
sobre el agua del mar llevan las olas.
(Con amorosa solicitud.)
¿Enojado me crees contigo, que húmeda
tienes aún de aquel llanto la mejilla?
¡Alza el puñal, no temas! ¡Aquí dentro;
(Abriéndose el traje por el pecho.)
aquí debo tener eso que llaman
corazón. ¡Hiere! Clávalo lo mismo
que en tierra un escorpión.
BLANCA *(Desmayándose.)* ¡Ah!
SAID *(Sosteniéndola y mirándola con amor.)*
¡Pobre niña!

FIN DEL ACTO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

BLANCA, CARLOS *y* JUAN. *Un corsario. Los dos cautivos acaban de comer. El corsario recoge los platos en una canasta y se va. Blanca está junto á la porta mirando al mar. Carlos sentado y con la cabeza inclinada se apoya sobre la mesa. Juan los observa á cierta distancia. Es pleno día.*

JUAN (Tiemblo sólo al mirarlos, y tras ellos
se va mi corazón. ¡Pobres! ¡Mis penas,
desde que están cautivos, son más grandes!
Me abruma la memoria del pasado,
y siento que una fuerza irresistible
á ellos me atrae ¡Con tanto que me execran
y yo los salvaría si pudiese!
Pero soy renegado: soy un Judas ...
sin el valor de aquél para matarme.)
CARLOS Blanca, ¿aun está ése aquí?
BLANCA (*Distraída.*) ¿Quién, padre mío?
CARLOS ¡La víbora! ¡El maldito renegado!
BLANCA Sí.
CARLOS Ven: ¡me causa horror! (*Acercándose á la porta.*)
JUAN (*Aparte.*) (¿Será por odio?
¿Será por caridad por lo que á ellos
Sáid á servir me obliga? Pues se engaña
si es lo primero Lo mejor del barco
les doy; pero esta vez como las otras
lo probaron apenas. Si esto dura
van á morirse de hambre (*Vase.*)
CARLOS Ya se marcha.

ESCENA II

BLANCA *y* CARLOS

CARLOS No puedo acostumbrarme: son crueles,
haciéndonos tomar el alimento
por sus manos. ¿Qué piensas, hija? ¡Blanca!
BLANCA ¡Ah! ¿Me llamabais?
CARLOS Sí. ¿Rezas?
BLANCA No, padre.
Rezar no puedo; estoy febril y á ratos
pensamientos satánicos me acuden.
Principio una plegaria y me sorprendo
pensando en.... no sé qué.
CARLOS ¡Pero qué lentas
pasan las horas! ¡Me consumo!
BLANCA Ya hace
nueve días con hoy que aquí nos vemos.
CARLOS Nueve años me parecen.
BLANCA Valor, padre.
¿Por qué el rostro volvéis? ¿Os he ofendido?
CARLOS Quejoso estoy de ti.
BLANCA ¿Cómo?
CARLOS A esa gente
no tratas con rigor, y hasta hay momentos
en que con ellos hablas.
BLANCA Les respondo
si me preguntan y me alejo al punto.
CARLOS Hasta otro es Sáid.
BLANCA (*Rápidamente y con emoción.*)
Pues yo no hablo con ese
infeliz.
CARLOS No; ladrón.
BLANCA ¡Padre!
CARLOS ¡Asesino!
BLANCA (*Va á disculparle y baja la cabeza avergonzada.*)
Como queráis
CARLOS Hablemos de otra cosa.
Me repugna este asunto. Es tal mi enojo,
tal mi pena de verme entre sus manos,
que siento que la vida se me acaba
Si la muerte llegase antes que en tierra
nos viéramos, ¿qué fuera de tu suerte?
BLANCA Esa nube alejad.
CARLOS Por si me llama
Dios á su seno, con Ferrán quisiera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

poder antes hablar, para encargarle
que velara por ti.

BLANCA Mas.... ¿cómo verle?
¡Imposible!

CARLOS (*Resuelto.*) Yo á Sáid no se lo pido.

BLANCA (*Aparte con terror y vergüenza.*)
(¡Yo menos!) Tomad, padre, algún reposo.

CARLOS Sí, ven. Tu rezarás junto á mi lecho
(*Vase Carlos. Blanca le acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA III

BLANCA

¡Rezar! ¿Cómo? La boca con Dios habla.
Pero ¡ay! el corazón se descarría.
(*Ofendida consigo propia.*)
Tengo piedad de ese hombre, á pesar mio.
Sí; piedad. ¡Y es horrible, porque él roba,
y mata y todo! (*Pausa.*) Su perdón, no obstante,
concedióme. ¿Por qué? ¿Cómo es que airado
no me mató? ¿Para él, qué hubiera sido
una víctima más? Cerré los ojos,
y luego me encontré junto á mi padre
con el puñal al lado.
(*Enseñando el que lleva oculto en el pecho.*)
¿Ha sido un sueño?
¿Cómo este hierro me dejó? ¡Es en vano; (*Pausa.*)
ha muerto para Dios!
(*Pausa.*) ¡Pero quién sabe!
Tal vez un dia bueno y cariñoso,
volverá el pobre á ser, como antes era
cuando en sus brazos, al amor abiertos,
lo estrechaba su madre. Aquí no me oyen.
(*Bajando la voz muy conmovida.*)
Un germen de bondad tiene en el alma;
porque al ir yo á matarle, con dulzura
me miraron sus ojos, que los tuyos,
¡perdón, oh, buen Jesús! me parecieron
redimiendo en la cruz al mundo todo.
(*Espantada de lo que ha dicho.*)
¡Si en el claustro me oyeran! ¡Tentaciones
son de Luzbel! ¡Señor: tú, que me escuchas,
ó ayúdame, ó arráncame en castigo
de cuajo el corazón y el pensamiento!

ESCENA IV

BLANCA *y* HASEN

HASEN (*Aparte.*)
Me bajo por no oirle. ¡Qué hombre! ¡Vamos!
¡Reniego del instante en que le puse
voluntad! ¡Vaya un genio! Está insufrible.
Si no me aparto me hunde. A otro la presa
le tendria contento: á él, al contrario.
Ni sabe lo que quiere. A'guna mala
yerba ha pisado. O se entristece, ó rabia
(*Se sienta y dice á Blanca, que no le atiende, lo que sigue.*)
Caminamos de prisa: como nunca.
(*Volviendo á la idea de Sáid.*)
(Me pega porque digo que es hermosa
la cautiva; después, por darle gusto,
viro en redondo, y al oir que es fea,
por poco no me ensarta.)

BLANCA (*Aparte.*) (Si de este hombre
pudiese yo lograr... .)

HASEN (*Aparte, levantándose.*) Y ya murmura
de él nuestra gente. Es claro, si los trata
como si fueran bestias.

BLANCA Perdonadme.

HASEN ¿Qué? (¡Pues lo que es hermosa, aunque me pegue!)
(*Aparte.*)

BLANCA Dirigiros quisiera una pregunta. (*Temerosa.*)

HASEN Decid.

BLANCA ¿Se encuentra Argel aún muy distante?

HASEN Todavia con sol, podréis las costas
distinguir hoy.

BLANCA ¡Dios mio! (*Llorando de temor.*)

HASEN (*Aparte.*) (Bueno.... ¡Lágrimas!
Esto no va conmigo.)

BLANCA (*Queriendo marcharse.*) Socorredme:
¡vos parecéis tan bueno... !

HASEN No hay tal cosa:
ya lo veréis.

BLANCA Salvadnos; cuando en tierra
nos hallemos...

HASEN ¡Callad! Antes la muerte
que hacer traición á Sáid.

BLANCA Pero....

HASEN Cristiana

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por feroz que él se vuelva, no abandona
por nada ni por nadie el perro al amo.

BLANCA Pues bien: rogadle al menos...

HASEN ¡Ya! ¿Que venga?

BLANCA Permitirle á Ferrán, que con mi padre
logré hablar un momento.

HASEN ¿Y quién se atreve
con esa comisión? Parece un gato
cuando anuncia el mal tiempo.

BLANCA *(Llorando.)* (Si muriera
sin decirle á Ferrán....)

HASEN *(Aparte.)* (¿Otra vez gime?
¡Bah! Estoy de sobra aquí.)

BLANCA Yo os lo suplico:
¡por vuestros tiernos hijos!....

HASEN No los tengo.

BLANCA Por vuestra madre.

HASEN Menos: soy expósito.
(Creyendo consolarla.)
¿Pero á qué derramar inútil llanto
cuando os harán Sultana? Las mujeres
que en el mar apresamos, se las llevan
los corsarios al Dey: nosotros sólo
carga y hombres tenemos: él escoge;
las que le gustan, á su harem destina;
y las que no, las vende ó las regala.
Vos sois hermosa, conque...

BLANCA *(Corriendo espantada hacia el camarote.)*
¡Padre! ¡Padre!

ESCENA V

HASEN *y* MALEK, *luego* SAID

MALEK *(Aparte.)*
(¿Con ella Hasén? Es claro: aquí no hay orden,
ni nada.)

HASEN *(Aparte, arrepentido.)*
(¡Qué le he dicho! ¡Soy un torpe!)

MALEK ¡Me gusta, Hasén! ¿Ignoras que á las presas
no es permitido hablar?

HASEN ¿También me espías?

MALEK Si mandara yo aquí....

HASEN Bien lo ambicionas;
pero, amigo, están verdes.
(Sáid baja pensativo.)

MALEK *(Conteniéndose al verle.)* ¡El te salva!

SAID Dejadme solo.

MALEK Necesito hablarte.

SAID Di, pues. *(Mal humorado.)*

MALEK Tú sabes que la gente á bordo
te quiere; que se expone en la refriega....

SAID Al asunto, Malek. *(Con impaciencia.)*

MALEK Hoy nueve días
hace, que de su arrojo y su bravura
pudiste ser testigo.

SAID Pronto, acaba.

MALEK *(Con fiereza.)*
Pues bien: todos te piden que la vida
de ese patrón al punto les entregues.
Los insulta, á los suyos excitando,
y no há mucho que á mí, cuando los hierros
traté de repasarle, ensangrentada
la cara me dejó de un golpe

HASEN *(Aparte.)* (Fuerte.)

MALEK Beber quiero su sangre.

SAID *(Con fingida calma.)* ¿Tú deseas
matarle?

MALEK Sí. ¡En el pecho quiero hundirle
mi puñal, hoja, pomo y aun la mano!

SAID Bien está; mas presumo que con grillos
querrás que te lo entregue, y todavía
harás que te lo tengan por delante
dos de los tuyos.... ¡Miserable! Aparta
Cuando el valor conozcas, vuelve, y libre
dejártelo prometo; pero armado
también; y si te vence, no me llames,
que no te he de ayudar. ¡Canalla! ¡Largo!

HASEN (¡Qué temple el suyo!) *(Aparte.)*

SAID Espera. Antes devuélveme
las llaves de los presos.

MALEK ¿Qué?

SAID ¡En seguida!

MALEK Pero. .

SAID ¡Las llaves dije!

MALEK *(Dándoselas.)* Toma.

SAID A bordo
ya no eres mi segundo.

MALEK Me nombraste
tú mismo.

SAID Pues yo mismo te separo.

MALEK ¡Sáid! ...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SAID (*Llamándole sin hacer caso del otro.*)
¡Hasén!
MALEK (*Aparte.*) (La vida ha de costarte
tamaña afrenta.) (*Yéndose por la escala*)
SAID Y ¡ay de ti si tocas
á un cabello no más de los cristianos!
MALEK Es que tú... (*Replicando desde arriba.*)
SAID ¡Ira de Alá! (*Yendo á acometerle.*)
(*Malek huye.*)
HASEN Déjalo y cálmate.

ESCENA VI

SAID *y* HASEN

SAID D', Hasén. ¿En qué se ocupan.... los cautivos?
(*Fingiendo indiferencia.*)
HASEN ¿Los marineros? Recostados duermen.
SAID Esos, no; los... demás.
HASEN ¿El patrón? Pega.
SAID ¡Márchate! (*Con mal humor.*)
HASEN ¿Los de allí? (*Señalando el camarote.*)
SAID (*Vivamente.*) Sí.
(*Volviéndose de espaldas para que Hasén no sorprenda su interés por ellos.*)
HASEN Te aborrecen.
(*Sáid da una sacudida al oirle y vuelve á hundirse en el abatimiento.*)
Ella hace poco que de ti me hablaba.
Pide un favor.
SAID (*Con amargura contenida.*)
¿De mí? No. Te equivocas.
De mí no quiere nada esa cautiva (*Rápidamente.*)
¿Por qué me huye si no? ¿Cómo es que, apenas
me ve, baja los ojos y se esconde?
(*Con cólera creciente.*)
¿Soy una fiera yo? ¿Qué hay en mi cara
que repugne mirar? ¿Qué quiere?
(*Con marcado interés.*)
HASEN (*Riendo de la pretensión de Blanca.*) El viejo
quiere hablar al patrón.
SAID ¡Pues bien, no: que ella
lo pida al Arráez!... Si me lo ruega...
HASEN No quiere hablar contigo.
SAID (*Con cólera y calmándose en seguida.*)
¡Ay! ¡Si mintieses!

¿Piensas que de mí, Hasén, huye la esclava?
HASEN Sin duda.
SAID (*Aparte.*) (Y con razón.)
(*Alto.*) Di á Juan que venga.

ESCENA VII

SAID

¡No me comprendo! Hay veces que daría
por verme en tierra, mi bajel, y en otras
quisiera que la costa se alejara
siempre en frente de mí sin llegar nunca.
¿Quién me ha cambiado el sér? Y todo viene
desde el instante en que matarme quiso.
¿Cómo se explica mi perdón? Hoy siento
no haberla aniquilado, para roto
ver el hechizo en que me tiene envuelto
esa mujer fatal, que no está hecha
como lo están las otras. Su perfume
no es sólo aroma, es algo que embriaga
y hace llorar por dentro y calofría. (*Pausa.*)
¡Bah! ¡Que vaya al harem! Después de todo,
precipitado anduve en devolvérsela
tan de prisa á su padre. Pude entonces...
¡qué placer! cuando nadie me veía,
y ella allí con los párpados caídos,
exánime se hallaba, su cabeza
con mis manos coger, y contemplarla
de hito en hito á sabor, á flor de labio,
sin respirar siquiera, y conteniendo
las bruscas sacudidas de los músculos;
y al sentirme morir, su rostro frío
poner encima de mi cara ardiente:
comprimirla en mi pecho, y marchitándola
con mis manos de acero como á un lirio,
ahogarla á besos hasta hacerla mía
con instintos de fiera y de salvaje.
¡A tenerla ahora aquí como esa noche!...
(*Cambiando la fiereza en dulzura.*)
Si la tuviera aquí.... lo mismo haría:
llevársela á su padre como un niño
sin mirarla tan sólo. ¡Qué vergüenza!

ESCENA VIII

SAID, JUAN *y* HASEN

JUAN Pero, en fin: ¿qué me quieres? (*A Hasén.*)
HASEN (*A Juan.*) El te llama.
JUAN ¿Qué ordenas, Sáid?
SAID Desde hoy, Juan, en el puesto
de Malek te coloco. Mi segundo
quedas nombrado.
JUAN (¡Qué oigo!)
SAID Como bestias
á los cautivos trata. Ten las llaves, (*Dándoselas.*)
y permite al patrón que hasta aquí llegue
y hable con.... esos dos. Hasén, tú sígueme,
que quiero á los de arriba dar la nueva. (*Vanse.*)
HASEN (No lo apruebo: esta vez se extralimita. (*Aparte.*)
¿Qué es él? Un renegado.) (*Sigue á Sáid.*)

ESCENA IX

JUAN

¿Yo del barco
casi Arráez. Como el rasgar de un hierro
aquí dentro he sentido. ¡Qué vergüenza
si lo supiesen ellos. (*Por los cristianos.*)
Se dirían
que me pagan el odio á mis hermanos
y me cobro, Caín, antes que el alma
sepulte en el Infierno. Bien tu culpa,
desgraciada mujer, en el abismo
me hundió: yo te maté cuando en los brazos
de otro, impura, te vi, y á Argel huyendo,
si el cadalso evité, no evité el grito
de la conciencia que me sigue siempre.
¡Si pudiera á sus ojos redimirme! (*Por los cristianos.*)
(*Vase.*)

ESCENA X

CARLOS *y* BLANCA, *después* FERRAN

BLANCA El aire aquí es más puro. Aquello es lóbrego.
Decidme, padre, por piedad.

CARLOS ¿Qué?
BLANCA ¿El alma
nos ve Dios?
CARLOS ¡Qué pregunta!
BLANCA ¿El sabe todo
lo que se oculta en ella?
CARLOS Si.
BLANCA ¿Y pecamos
si en nuestro seno brota y aun se arraiga
un pensamiento extraño que avergüenza,
deleitando á la vez?
CARLOS (*Espantado.*) ¡Hija! ¿Qué es esto?
BLANCA ¿Pero pecamos? (*Con ansiedad.*)
CARLOS (*Con horror.*) ¡Oh!
BLANCA (*Aparte.*) (¿Qué he dicho?)
FERRAN (*A Juan, que se va sin bajar después de acompañarle.*)
Gracias.
CARLOS ¡Habla: explícate al fin! (*A Blanca.*)
FERRAN (*Que no lleva ya esposas.*) ¡Buen tío! ¡Prima!
BLANCA ¡Ferrán!
CARLOS ¡Cómo! ¡El! Abrázame
FERRAN (*Abrazándole.*) Así: fuerte
¿Y tú Blanca? (*Esta le da la mano.*)
CARLOS ¿Llegar hasta nosotros
te dejan?
FERRAN Ya lo veis: por corto plazo.
CARLOS ¿Y cómo ha sido?
FERRAN El Arráez lo ordena.
CARLOS ¡El! ¿Blanca?. .. (*Interrogándola con sorpresa.*)
BLANCA Yo, señor, no lo he pedido.
FERRAN ¿Qué temer?. ..
BLANCA (*Aparte.*) (¡Consintió! ¡Me ruboriza!)
CARLOS Dime: los marineros y soldados
¿qué hacen?
FERRAN ¿Qué han de hacer? Pues consumirse.
Pero dejadme andar, aquí hay terreno.
Treinta en montón estamos allá arriba.
Las fuerzas ya se agotan, no el espíritu;
y á poder....
CARLOS No, Ferrán, todo es en vano.
No acabará la tarde sin que estemos
en Argel. Por mi Blanca lo deploro;
por mí venga la muerte cuando quiera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA XI

LOS MISMOS y SAID, *que baja sin ser visto y se para escuchando al pie de la escala*

BLANCA ¿Me abandonas, Dios mio?
FERRAN ¡Valor, Blanca!
La hora tal vez más triste de tu vida
va á sonar; pero yo, por defenderte,
la sangre de mis venas dar te juro.
CARLOS ¿Son de roca estos hombres?
BLANCA (*A Ferrán.*) De ti quiero
lograr una merced; si me la otorgas
hasta seré feliz.
(*Said escucha inquieto.*)
FERRAN Di.
BLANCA Cuando en tierra
nos encontremos, me pondré á tu lado.
Tú, este puñal que oculto, me arrebatas
y sin piedad sepúltalo en mi pecho.
CARLOS ¡No! (*Horrorizado.*)
FERRAN ¡Blanca!
BLANCA ¿Entonces preferis que viva
revolcada en el fango?
FERRAN Pero....
BLANCA ¡Padre!
CARLOS ¡Qué tormento!
BLANCA Mandad, á vos os toca
decir qué debo hacer? ¿Queréis que vaya
sonriente al harem y que mi cuerpo
manchen las joyas?, ¿Que con estos brazos
que á Jesús amorosos se entreabrían?....
CARLOS ¡Calla!
BLANCA ¿En el claustro me eduqué y mi cuna
meció mi madre para á tales monstruos
entregarme después? ¡Soy sangre vuestra!
CARLOS ¡Hija del corazón, me estás matando!
(*Se cubre la cara con las manos y se va á un lado de la escena.*)
FERRAN Blanca....
BLANCA No he de callar: que hable y decida.
FERRAN Oyeme.
(*La lleva, sin saberlo, cerca de donde está Said.*)
BLANCA ¿A ser mi esposo desde niño
te destinó mi madre? (*Con desesperación.*)
FERRAN Si.

SAID (*Aparte.*) ¿Qué dice?
BLANCA ¿Y esta mujer no impides que se aleje
de ti llorando sangre? ¿Entre sus uñas,
como una fiera, me verás luchando,
y, rescatado tú, dejarás que ella
sucumba á la vergüenza y el oprobio?
FERRAN ¡Por compasión!
BLANCA ¡Cobarde! ¿Qué es la muerte?
FERRAN ¡Blanca, no puede ser! No tengo fuerzas
contra ti.
BLANCA ¿Y tú me amabas?
FERRAN Si.
SAID (*Reprimiendo su ira.*) ¡Ya basta!
Vuélvete al camarote de los presos. (*A Ferrán.*)
FERRAN (*Aparte á Blanca y Carlos. Los tres se agrupan para despedirse.*)
¡El Arráez!
SAID (*Aparte, ferozmente conmovido.*)
¡Se amaban! Si aqui ahora
la pólvora tuviese, eran cenizas
ella y él, y yo y todos. ¡Quiero sangre!
(*Revolcándose por la litera.*)
¡Qué rabia! Aqui en el pecho y en las sienes
parece que me dan de martillazos.
FERRAN [*A Blanca y Carlos.*]
¡Pero, mirad! ¿Qué tiene?
BLANCA [*Espantada.*] Ved su cara.
SAID (*Aparte.*)
[¿Si fuese un error mio? Acaso.... Que hable
Quiero saberlo y hablará. Si
[*Alto á Ferrán.*] Escucha.
BLANCA ¡Ah!
FERRAN ¡Said!
SAID ¿A esta mujer, ahora, en voz baja,
qué le estabas diciendo? Ten cuidado
con mentir; la verdad, ¿qué le decias?
[*Con rabia reprimida á través de su tono suplicante.*]
FERRAN ¿Tú pretendes?....
CARLOS [*Aparte.*] [No entiendo..]
SAID ¡Pronto!
FERRAN (*Con dignidad, separándose de él.*) ¡Nunca!
BLANCA ¡Señor!.... [*Rogando á Said.*]
SAID [*A Blanca.*] ¿Tú le defiendes? ¿Tú que osada,
ni sé qué haces aqui, ni quién te envia?
¿Tú la causa de todo?
BLANCA ¡Padre! ¡Padre!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

[Blanca huye llorando. Sáid la sigue con la mirada como presa de un hechizo.]

FERRAN [¡Por Dios!] *[Aparte á Carlos, conteniéndole.]*

SAID *[Que ha ido acercándose á Blanca.]*
No me huyas: de tu boca quiero
la verdad.
(Blanca se vuelve de repente, mirándole extrañada.)
[Aparte.] [¡Soy un vil! ¡Me mira! ¡Infame!
¡Debo causarla horror!)

BLANCA *[A Ferrán, que va á hablar.]*
¡Oh! ¡No le excites!
Ni una palabra más, te lo suplico.

SAID [Calma. Si... Pero juntos no los quiero.] *[Aparte.]*
(Alto y con fingida serenidad.)
¡Basta ya! Tú, patrón, vuelve á la cámara.

BLANCA (No le respondas mal.) *(Aparte á Ferrán.)*

FERRAN Voy al instante.

CARLOS (Protégela si muero.) *(Aparte á Ferrán.)*

FERRAN (¡Con mi vida!)

SAID (¡Calma!) *(Aparte, por su corazón.)*

FERRAN ¡Blanca!

BLANCA *(Aparte á Ferrán, sin que le oigan los otros.)*
Ferrán, júrame que antes
de verme envilecida entre esos hombres....

FERRAN ¡Por Dios!
(Sáid deja notar su cólera por no poder oír lo que hablan.)

BLANCA ¿Me matarás?

FERRAN Lo juro.

BLANCA ¡Ah! Gracias.
(Besándole la mano. Sáid ahoga un grito.)
Ten.

FERRAN ¡Adiós!

SAID ¡No, ahora no!

FERRAN ¿Qué?

SAID Yo la he visto
besar tu mano vil.

FERRAN ¿Y qué te importa?

SAID ¿Lo que me importa á mí? ¡Sér miserable,
que vives porque quiero!....

BLANCA *(Conteniendo á Carlos.)* ¡Padre!

CARLOS *(Queriendo desasirse.)* ¡Aparta!

SAID ¿Lo que me importa? ¡Y qué sé yo! Deseo
tu muerte, porque te odio.

FERRAN *(Aparte.)* Pierde el juicio.

SAID *(Por la mano de Ferrán.)*

La huella de sus labios, tiburones
te borrarán de aquí: que he de ponerte
por cebo en un arpón para en el agua
ver remover tu mano en la agonía.
Dile adiós otra vez: cae en sus brazos
pecho con pecho, boca sobre boca,
suspiro entre suspiro; que ansio veros,
y gozar y reir. ¡Pronto, que aguardo!
(Riendo estrepitosamente como un loco.)

FERRAN ¡Loco está!

BLANCA ¡Jesús mio! ¿Qué le pasa?

SAID Se aman los dos, protejo sus amores
y, amo del lupanar, los emparejo.

FERRAN ¡Basta!

BLANCA ¿Qué?

CARLOS *(Rechazando á Blanca, que le contiene.)*
¡Oh! ¡No!

SAID *(Riendo siempre.)* ¡Pagad la terceria!

CARLOS El pensamiento mio se conturba.

FERRAN ¡Vil! ¡Malvado!

SAID Así, insúltame: ¡me agrada!

FERRAN ¡La horca mereces tú!

SAID ¡Sigue, anda, sigue!....

CARLOS ¡Monstruo, mátanos ya!

FERRAN Creí que un rastro
de virtud aun tendrías en el alma,
pero....

SAID Nada hay en mí.

FERRAN ¿No he de quererla
cuando la miro al borde del sepulcro?

SAID ¿La amas?

FERRAN Sí.

BLANCA ¡Oh!

SAID ¡Qué placer!

CARLOS *(Con explosión de odio y de desprecio.)*
¿Aún á su madre
quiere hacer respetar? ¡Sólo rameras
dan hijos como tú!

SAID *[Con un grito supremo.]*
¿Qué? ¡Aquí mi gente!

[Llamando á los suyos desde el pie de la escala. Los cautivos huyen espantados y se refugian en un extremo.]

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA XII

SAID, BLANCA, FERRAN, CARLOS, MALEK, JUAN, HASEN, OSMAN, MAHOMET *y otros piratas. Al grito de Said se presentan precipitadamente, invadiendo la escena.*

SAID ¡Abajo todo el mundo! ¡Dejad velas
y timón: venid todos!... ¡pronto! Vedlos;
con las vuestras frotad sus vestiduras;
cristianos son: olfatead su carne.
¡Los verdugos que un dia nuestra raza
diezmaron, mirad hoy cómo nos odian,
nos insultan, nos befan, y rabiosos,
con su baba apestosa nos escupen!
MALEK Véngate, pues, en ellos. Yo la vida
te pido del patrón.
MAH. De ambos
JUAN *(Aconsejando la prudencia á Said.)*
¡Detente!
BLANCA ¡Padre!
SAID ¿Perros nos llaman? Pues tratémosles
como perros de presa.
JUAN *(Tratando de persuadir á los piratas.)*
Ved el oro
que nos pueden valer
SAID Ya te oigo, madre,
dentro del corazón.
MAL. }
CORS. } ¡Mueran!
JUAN *(A Said.)* Decide.
SAID ¿De esta gente?
BLANCA ¡Piedad!
SAID Tomadlos.
JUAN *(Con energía, deteniendo á los piratas.)*
Solo
me basto yo.
SAID No hay rejas; son ya vuestros.
(Algunos piratas se ponen de parte de Juan. Todos rodean á Carlos y á Ferrán y se los llevan rápidamente escala arriba, entre gritos y confusión.)
BLANCA ¡Ah!
OSMAN ¡Mueran!
JUAN *(Luchando)* Respetadme.
CARLOS ¡Hija!
BLANCA ¡No!
FERRAN ¡Fieras!

JUAN ¡A mi! *(Desde lo alto de la escala.)*
BLANCA ¡Padre!
SAID ¡Hasta el alma me han herido!
¡Todos desaparecen arremolinados.)

ESCENA XIII

SAID *y* BLANCA

BLANCA ¡Piedad! ¡Perdón para ellos!
SAID *(Reconcentrado)* «¡Hijo, véngame!»
BLANCA ¡Clemencia!
SAID ¡Y en el agua la arrojaron!
BLANCA ¡Compasión!
SAID Y uno de ellos la cabeza
le aplastó con un remo.
BLANCA Oid mis súplicas.
SAID Y el mar se abrió y hundióse entre las olas.
BLANCA ¡Piedad!
SAID «¡Véngame!» dijo y todavía
subió del fondo.
BLANCA ¡Ah!
SAID «¡Véngame!» gritando
BLANCA *(Desesperada. Said poco á poco se va fijando en ella.)*
Matadme á mí también. ¿Qué aguardáis? ¡Corre
sangre odiada en mis venas! Yo, yo he sido
quien sacó de su hogar á vuestra madre:
yo la víbora fui que de sus brazos
os arrancó: su cuerpo yo á las olas
arrojé, y su cabeza con el remo
despiadada partí. ¡Matadme, monstruo!
¿No te basta? Recuerda que á tu vida
mi puñal atentó, porque sedienta
de tu sangre, la quise beber toda.
¿Me oyes? ¡Yo, una mujer! ¡Mátame, mátame!
SAID *(Apartándole los cabellos que le cubren la cara.)*
¡Habla! ¡no te detengas! ¡sigue!
BLANCA ¡Oh, cielos!
SAID *(Mirando como hechizado.)*
¡Qué placer escucharte! Di. No tiembles.
BLANCA ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? Mi frente abrasa
SAID No te pares: ¡insúltame, maldiceme!
Tú dime lo que quieras, pero habla.
BLANCA ¿Cómo teniendo corazón sois fiera?
(Said la estrecha entre sus brazos con mezcla de odio y de amor. Blanca cae abatida en un escabel.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SAID ¿Por qué engañarme así? ¿Por qué? Responde.
Tú eres vil y traidora y más, porque eres
la humana encarnación de la falsía.
La vez primera que pensé en mirarte,
ví que tú, de esa raza de verdugos,
llorabas por la madre de mi vida.
Luego, débil mujer, no ya con labios
amorosos y tiernos: con la punta
de un puñal por tu pueblo bendecido,
llamaste en este pecho que dormía.
¡Tú no me heriste, no; pero yo he muerto ...
¡que de aquel Said, en mí, no hay ya ni sombra!
BLANCA Y muriendo estarán.... *(Levantándose de pronto.)*
SAID ¡No! ¡No me pidas
piedad por ellos! Te creí tan pura
como un rayo de Sol
BLANCA *(Llorando)* ¡Oh, Ferrán! ¡Padre!
SAID ¡Llama otra vez á ese hombre aborrecido!
¡En tus brazos jamás vivo ni muerto!
BLANCA ¿Qué decís?
SAID *(Con extremada dulzura)*
¿Por qué le amas?
BLANCA ¡Quién! ¿Yo?
SAID Dime:
¿qué supo hacer para que tú las puertas
del corazón le abrieses?
BLANCA ¡Mi alma nunca
dió abrigo á tal amor!
SAID ¿Qué?
BLANCA ¡Yo os lo juro!
¡Salvadlos!
SAID ¡Oh! repítelo! ¿A ese hombre?....
BLANCA No amé jamás.
SAID ¿No mientes?
BLANCA No; salvadlos.
SAID Vuélvemelo á jurar, pero mirándome.
BLANCA ¡Por Jesús; por un Dios que es vuestro y mío!
(Said hace cada vez con la cabeza un movimiento de incredulidad.)
¡Por nuestras madres!
SAID Sí.
BLANCA Corred, que mueren.
SAID ¿Y el beso aquél?
BLANCA De gratitud.
SAID ¡Oh, Blanca!....
BLANCA Ved que tienen contados los instantes.

SAID Voy. Que Alá te castigue si me engañas.
(Al mismo tiempo de ir á subir por la escala, baja Hasén.)

ESCENA XIV

BLANCA, SAID *y* HASEN

SAID Y bien ¿qué es de ellos?
HASEN Viven: Juan no quiere
que los maten
BLANCA ¡Ah!
HASEN En tanto que él disponga
como segundo aquí, la sangre suya
no verémos correr.
SAID *(A Blanca)* ¿Lo oís?
BLANCA ¡Oh! gracias.
Pero..
SAID Sí. ¿Dónde están? *(Comprendiéndolo.)*
HASEN ¡Toma! Encerrados:
y Juan tiene las llaves
SAID *(A Blanca, conmovido.)* Idos, idos,
os lo ruego.
BLANCA ¡Mi Dios no me abandona!
Se salvaron, y es Said quien con mis súplicas
se volvió compasivo y los perdona. *(Vase.)*

ESCENA XV

SAID *y* HASEN. *Aquél, pensativo, no presta atención á lo que el otro le dice.*

HASEN Francamente, si el cargo no le quitas..
Ya sabes que á Malek le aprecian todos,
y murmuran, y dicen que los vendes.
Hace poco que algunos rebelarse
contra tí amenazaban Te creen loco
ó traidor. No sé Juan cómo ha podido
librar á los cautivos de sus garras;
aun se están disputando por arriba
Juan y Malek. ¿Los oyes? Sube; ¡es grave!
(Said parece despertar poco á poco. Su cara indica felicidad.)
SAID ¡Qué dia tan hermoso! ¡Cómo encanta
contemplar hoy la luz! Hasén: ¿tú pecho
no se abre al respirar?

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HASEN *(Sorprendido de lo que dice.)*
¡Sáid!
SAID *(Estrechándolo con los brazos.)*
Acércate,
mi perro siempre fiel; ven, que te abrace.
¡Lo que debes odiarme algunas veces!
HASEN Repara.... *(Por la disputa de arriba.)*
SAID *(Llevándolo á la proa.)*
¡Cuántos pájaros! Y mira,
vuelan de dos en dos.
HASEN Eso te anuncia
que cerca de la costa nos hallamos.
SAID ¡Cómo!.... ¡No, no es posible! aún muy lejana
debe la tierra estar; tú te equivocas.
HASEN Ya verás de aquí á poco
SAID *(Separándolo bruscamente del camarote de Blanca.)*
¿Por qué gritas?
¿También tú eres traidor? Si ella te oyese....
HASEN Señor....
SAID *(Con entusiasmo.)*
¡Que vengan olas levantándose
sin tregua entre las costas y mi barco!
¡Montes de espuma dadme eternamente;
pero jamás la tierra! Hasén: ¿no gozas
más que en el odio tú? Di: ¿no has soñado
en tu vida una vez con una dicha
que aunque no la has sentido la comprendes?
¿Sin forma y sin color jamás has visto,
con los ojos cerrados, por la tierra
vagar una mujer real y hermosa,
formada para ti, que es tuya, tuya,
como es tuyo tu sér. *(Por el corazón.)*
y que el tirano
de aquí dentro te exige? ¿No escuchaste
nunca, como rozando con tu oído,
su boca te decía: «Te amo, te amo;
tengo piedad de ti; nada me importa
que un mundo corrompido te aborrezca;
yo, infeliz, en tu busca vendré un día
para abandonarte: espera, espera?»
Di: ¿lo has soñado?
HASEN *(Estúpidamente.)* Sí, y al despertarme
ni hallé mujer ni en la botella vino.
¿También tú te embriagas?
SAID *(Con tristeza y compasivo.)* ¡Desdichado!
¡Montón de carne por podrir!

HASEN ¿De modo
que la sombra del sueño es la cristiana?
SAID (¡Yo el desdichado soy!)
HASEN (*Yendo al pie de la escala.*)
¡Riñen, escucha!
Anda arriba ó te pierdes. (¡Lo han cambiado!
¡Este hombre no es el mismo!)
(*Se oyen las voces de los que disputan.*)
SAID ¡Alá me inspire!
(*Vacila en subir la escala: cuando se decide á ello ve que bajan Juan, Malek y Osmán.*)

ESCENA XVI

DICHOS, JUAN, MALEK, OSMAN, MAHOMET *y otros* CORSARIOS.
Bajan sólo á la escena Juan, Malek y Osmán; de los demás unos quedan en la escala y otros arriba, escuchando con interés hasta ir bajando poco á poco cuando lo indique el diálogo.

HASEN Ya llegan
JUAN No los doy. (*Disputando con Malek.*)
MALEK Allá veremos.
Sáid.
SAID Y bien: ¿qué queréis?
MALEK Sólo la vida
de esos dos prisioneros. Nos los distes
y Juan no los entrega.
SAID (*Con calma.*) Malek, súbete
y déjalo correr. Lo que Juan haga
bien hecho está ¡Y atrévete á tocarlos
ni á la ropa!....
MALEK Bajad. (*Aparte á los de la escala.*)
SAID Pues de la suya
me responde tu vida.
JUAN Yo vigilo.
HASEN Baja la gente. (*Aparte á Sáid.*)
MALEK (Es un traidor.) (*Aparte á los piratas.*)
SAID ¿Qué ocurre?
¿Qué venís á buscar? ¿Sin orden mía
quién os pone el pie en mi cámara?
OSMAN (*Con temor, ocultándose tras los otros.*)
Queremos....
SAID ¿Quién eres? Rompe el círculo y acércate. (*Pausa.*)
¿Qué esperas? ¿Qué queréis? Hablad alguno.
MALEK (*Desde el fondo de los grupos sin dejarse ver.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que el mando á Juan le quieres, y en su puesto....

SAID Te ponga á ti, ¿verdad? ¡A ti, que debes
ser mujer, por lo visto, pues te escondes!

OSMAN Es renegado.

SAID (*Resuelto*) Y bien: acabad.

MALEK (*Con descaro.*) Buscan
todos al Arráez y ya no encuentran
á aquel jefe de banda que la nave
mandó; firme en la lucha, siempre duro
con el vencido, y con la gente á bordo
más que amo, compañero. Se le llama,
¿y quién re ponde en su lugar? ¡Un hombre
servidor obediente de una esclava!

SAID ¡Víbora! No te aplasto la cabeza
con los pies aquí mismo....

MAH. ¡Habla por todos!

MALEK Entrega la cristiana.
De rodillas
querrá que á esa mujer la obedezcamos.

SAID ¡Te he de matar!
(*Todos se interponen, conteniéndole.*)

JUAN ¡No, Sáid!..

SAID ¡Cobarde!

MALEK (*Siempre oculto.*) ¡Avanza!

SAID ¡No me impidais el paso! ¡Vil, acércate!
¡A un lado los demás! ¡Fuera! ¡Atrás todos!
¡Ancho es el campo! ¡Irá de Alá! ¿No vienes?

MALEK ¿Me querrías matar?

SAID ¡Cobarde! Un arma
tengo: toma otra tú, y á luchar vamos
cuerpo á cuerpo hasta el último latido
del corazón.
(*Said avanza y Malek retrocede. Aquél lleva el arma desnuda, éste ase el pomo del puñal sin desenvainarlo.*)

MALEK ¡Si el Arráez no fueras!....

SAID ¿No te atreves, infame?

OSMAN (*Excitando á Malek.*) Anda.

MALEK Mi muerte
quiere por darle gusto á la cautiva.

SAID (*Apartando el grupo y acometiendo á Malek.*)
¡Basta! ¡Vas á morir! ¡Paso! ¡Atrás!

CORS. (*Gritando desde arriba.*) ¡Tierra!

SAID ¡Ah! (*Bajando el arma.*)

MALEK ¡Tierra!

OSMAN ¡Argel por fin!

SAID ¡Tierra maldita!
(*Amenazando con el puño cerrado la tierra que divisa por la porta.*)

ESCENA XVII

LOS MISMOS y BLANCA, *despavorida.*

BLANCA ¡Tierra!

MALEK (*A los suyos.*)
¡Estamos ya en casa! ¡Arriba! ¡Al puente!
(*Los corsarios se disponen a salir.*)

BLANCA (*A Said con terror, en voz baja.*)
(¡Piedad! ¡Piedad!)

MALEK ¡No hay que fiarse! ¡Vedlo!
Se nos hace traición: esta vendido.
(*Los piratas, menos Juan y Hasén, hablan entre sí al pie de la escala, excitados por Malek.*)

BLANCA (Esa costa me espanta.)

SAID ¡Qué agonía!
¿Qué hacer? ¿La he de entregar? Ningún derecho
tengo una vez en tierra.)

BLANCA ¡Oh, Dios, socorro!

MALEK (¡Miradlo!) (*A su gente, por Said.*)

BLANCA (*A Said.*) ¿De la muerte nos salvasteis
para después vendernos?

SAID (*Temiendo que lo oigan.*) ¡Calla, calla!

BLANCA ¡Matadnos!

SAID (*A ella.*) Pero, en fin: ¿qué quieres? Dílo.

BLANCA (Esa tierra! ¡Alejarnos!)

HASEN (*Comprendiendo lo que intenta.*)
Sáid....

SAID (*Aparte, resuelto.*) (Mi vida
voy á jugar.) (*Alto.*) Amigos, no distante
se halla un bajel cristiano A darle caza.
¡Camaradas, qué presa! Volved pronto
velas; mano al timón y mar adentro

HASEN Que te vas á perder. (*Aparte á Said.*)

SAID (*Aparte á Hasén.*) (Calla, ó te mato.)

JUAN (Si salvarlos pudiese....)
(*Juan, durante esta escena, ha de estar en sitio muy visible, y notándosele que lucha con la realización de un proyecto.*)

SAID Hijos, ¡arriba!

JUAN (¡A morir ó á salvarlos! No hay más medio.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(Sin que le vean los otros, ha recogido algunas armas y huye luego escala arriba con ellas.)

SAID Al timón y á las velas.
MALEK Es inútil.
Nadie le ha de creer; no nos engañas.
SAID Todos arriba. ¡Por Alá!
MALEK ¿Tus órdenes
quieres que obedezcamos? Haz entrega
de esa cautiva y el timón volvemos.
BLANCA ¡Ah!
MAH Y me encargo yo de ella.
OSMAN O yo.
MALEK Responde.
SAID Dad un paso y os parto las entrañas.
BLANCA No, no me abandonéis. *(A Said.)*
MALEK *(A los suyos.)* ¡Traidor!
SAID (¡Qué angustia!)
HASEN (¡Yo no os dejo!)
MALEK Arranquémosle la esclava.
SAID ¡Atrás!
MALEK ¡Mueran los dos!
SAID ¡Viles!
(Al entablarse la lucha y cuando Said no puede ya resistir la acometida de los corsarios, se oye el cuerno. Sorpresa de todos.)
MALEK ¿Qué es eso?
OSMAN ¡La señal de virar!
(Algunos corsarios se van sobre cubierta.)
HASEN ¿Gobiernan?
MAH ¡Vuelve
mar adentro el bajel!
OSMAN *(Desde la escala.)* ¡Arriba luchan!
¡Traición!
MALEK *(Subiendo seguido de los corsarios.)*
¡Todos al puente!
MAH. *(Desde arriba.)* ¡Traición!
HASEN *(A Said, subiendo media escala.)* Mira.
SAID *(A Blanca, abstraído.)*
Ya dejamos la costa. ¿Qué más pides?
¿Qué más quieres de mí?
BLANCA Gracias.
HASEN *(Aterrado volviendo á bajar.)* ¡Combaten
los nuestros!
SAID (¡Y yo aquí!)
HASEN ¡Corre! Vendida
fué la nave por Juan, y á nuestra gente

la pasan á cuchillos los cristianos.
(Desaparece Hasén. Said quiere seguirle, pero Blanca le detiene luchando con él.)

ESCENA XVIII

SAID y BLANCA. *Oyese el rumor del combate hasta caer el telón.*

SAID ¡Por Alá!
BLANCA ¡Deteneos!
SAID No. Los míos
luchan con sus verdugos. ¡Quita! ¡Aparta!
BLANCA No subáis.
SAID Es mi gente.
BLANCA ¡Atrás!
SAID ¿Me ligas
con tus brazos, cruel?
BLANCA ¡Piedad!
SAID ¡No! ¡Paso!
(Luchando con ella va hasta la escala.)
BLANCA ¡Oh!
SAID ¡Valor! ¡Ah!
(Animando á los de arriba y cayendo arrastrado por Blanca.)
BLANCA ¡Perdón!
SAID *(Se desprende de Blanca y se levanta feroz.)*
¡Maldita seas!

ESCENA XIX

BLANCA, SAID, FERRAN, CARLOS, JUAN, GUILLEN, *Soldados del Rey de España y marineros catalanes. Said ha subido tres escalones y vuelve á bajarlos rápidamente al ver á los cristianos que llegan victoriosos.*

BLANCA ¡Ah!
CARLOS ¡Victoria por Dios! *(Desde arriba.)*
FERRAN Nuestra es la nave.
¡Qué muera! *(Por Said.)*
SAID ¡Oh! ¡Madre! ¡No! ¡Morir matando!
(Queriendo acometer á los que bajan.)
BLANCA ¡Vida por vida!
(Extendiendo los brazos delante de Said para defenderlo.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FERRAN ¿Tú?. (*Queriendo apartarla.*)
CARLOS ¡Muera!
(*Yendo á herir á Said, seguido de los soldados, que bajan precipitadamente.*)
BLANCA ¡Tocadle!
(*A su padre, amenazándose á sí propia con el puñal y defendiendo á Said con el brazo libre. Grito de sorpresa en Ferrán y de desesperación en Carlos; los soldados bajan las armas y retroceden. Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ACTO TERCERO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

BLANCA, GUILLEN y ROQUE. *Aquélla recostada delante de la puerta del que hasta ahora ha sido su camarote y en el que está encerrado Said. Se la ve luchar con el sueño. Guillén y Roque, sentados, conversan lejos de Blanca. Es de noche.*

ROQUE Se te hará capitán.
GUILL. Bien lo merezco;
pero no lo seré por eso mismo.
Quien más grita más saca. Al que callado
se mete en un rincón nadie le ayuda.
ROQUE Yo pensé....
GUILL. Mal pensado.
ROQUE ¿Qué sabemos?
Ferrán te quiere bien.
GUILL. Pero él no manda
más que á la gente de mar como vosotros:
la milicia obedece aquí á Don Carlos.
ROQUE Estamos en el agua.
GUILL. En mar y en tierra
representan al Rey los militares,
y donde ellos están....
ROQUE ¡Ah!
GUILL. Conque dime,
¿qué puedo esperar de él?
ROQUE ¿De él?
GUILL. De Don Carlos.
¿Contar lo que hice yo? De envidia el viejo,
si capitán me viera, se moría.
ROQUE ¿De veras?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FERRAN ¿Tú?. (*Queriendo apartarla.*)
CARLOS ¡Muera!
(*Yendo á herir á Said, seguido de los soldados, que bajan precipitadamente.*)
BLANCA ¡Tocadle!
(*A su padre, amenazándose á sí propia con el puñal y defendiendo á Said con el brazo libre. Grito de sorpresa en Ferrán y de desesperación en Carlos; los soldados bajan las armas y retroceden. Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ACTO TERCERO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

BLANCA, GUILLEN y ROQUE. *Aquélla recostada delante de la puerta del que hasta ahora ha sido su camarote y en el que está encerrado Said. Se la ve luchar con el sueño. Guillén y Roque, sentados, conversan lejos de Blanca. Es de noche.*

ROQUE Se te hará capitán.
GUILL. Bien lo merezco;
pero no lo seré por eso mismo.
Quien más grita más saca. Al que callado
se mete en un rincón nadie le ayuda.
ROQUE Yo pensé....
GUILL. Mal pensado.
ROQUE ¿Qué sabemos?
Ferrán te quiere bien.
GUILL. Pero él no manda
más que á la gente de mar como vosotros:
la milicia obedece aquí á Don Carlos.
ROQUE Estamos en el agua.
GUILL. En mar y en tierra
representan al Rey los militares,
y donde ellos están....
ROQUE ¡Ah!
GUILL. Conque dime,
¿qué puedo esperar de él?
ROQUE ¿De él?
GUILL. De Don Carlos.
¿Contar lo que hice yo? De envidia el viejo,
si capitán me viera, se moría.
ROQUE ¿De veras?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GUILL. ¿Tú no sabes, por lo visto,
lo que hice yo? Responde: ¿no lo sabes?
(Siempre con mucha vanidad.)
ROQUE Sí tal, cuando á José se lo contabas
estaba yo presente.
GUILL. ¡Pero..., vamos!
Directamente á tí no te lo he dicho.
ROQUE No.
GUILL. Pues oye.
ROQUE ¿Otra vez? Si lo sé todo.
GUILL. Por mí no.
ROQUE Dale.
GUILL. Siéntate y escucha.
Prepárate á admirarte. Hará tres horas
que encerrados, con grillos y cadenas,
estábamos arriba
ROQUE No lo olvido.
GUILL. Todos; hasta el patrón....
ROQUE Justo.
GUILL. Y Don Carlos,
que habían conducido los piratas
allí no hacía mucho. De repente
vemos que por la reja nos llovían
armas con profusión.—¿Qué es lo que ocurre?—
nos preguntamos todos.
ROQUE Y ninguno
osó tocarlas.
GUILL. Hablo yo: tu escuchas.
Se abrió la puerta; Juan entró y—¡Alzaos!—
nos dijo.—«Dios permite que los ojos
pueda volver el renegado al Cielo,
y os vengo á libertar; pero á la lucha
nuevamente tenéis que prepararos.»
Disputábanse aquí. Todos salimos
silenciosos y armados: yo el primero.
ROQUE Lo que sea.
GUILL. ¡El primero! ¿Qué, lo dudas?
ROQUE ¿Dudarlo? *(En tono zumbón.)*
GUILL. ¿Ves, imbécil, como todo
no lo sabías tú? Y á la faena:
mano al timón y viro rumbo á España.
De pronto los corsarios, como fieras,
en tropel de aquí salen: pero verlos,
con ellos embestir y destrozarlos,
obra de un punto fué. Los perseguimos
como á ratas, y al agua de cabeza

los íbamos echando. Yo al primero
maté.
ROQUE ¿No fué el patrón?
GUILL. ¿Ferrán? ¡Mentira!
ROQUE Yo uno herí.
GUILL. Siete yo, y el tuyo ocho.
ROQUE Algo hice, en fin.
GUILL. ¡Sí, como yo, no cuentas
entre muertos y heridos, ocho, calla!
(Levantándose.)
¡Si no llego á estar yo!....
ROQUE *(Riendo.)* ¿Tú?
BLANCA *(Sobresaltada se incorpora y vuelve á dejarse caer.)*
¡Ah, me dormía!
¡Mis ojos se cerraban! No. Despierta
lacerando tus carnes si es preciso.
ROQUE ¿Qué dice?
GUILL. Está velando el camarote
que ocupa el Arráez. De él no es posible
sacarlo: ella no quiere.
ROQUE Es cosa rara
que le proteja así.
GUILL. Porque está loca.
ROQUE ¿Loca?
GUILL. O endemoniada. ¡Quién se explica
que ella, casi una monja!....
ROQUE ¿Sí?
GUILL. A un convento
dicen que la llevábamos, y ahora
mírala, sin dejar el camarote.
Antes, cuando embistieron esta cámara
nuestros hombres, conmigo á la cabeza,
prender al Capitán fué nuestro intento;
pero juzga el asombro de la gente
viendo que esa mujer lo defendía.
Ninguno osó avanzar.—«Blanca—le dijo
su padre:—¡Es necesario que al momento
muera ese monstruo! ¡Aparta!» ¡Que si quieres!
Delante de él se puso y paró á todos.
ROQUE ¡Aquí anda el Diablo!
GUILL. Y mira, testaruda,
ahí se está sin dormir, hecha una piedra.
ROQUE ¡Sacarla de un tirón! Yo que su padre
la cojo por un brazo y á hilar lino
con una rueca ¡A las mujeres, duro!
GUILL. Sí; pero cuando alguno se aproxima,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

saca un puñal y al pecho se lo asesta.

ROQUE ¡Hola!
GUILL. Y nos han mandado que ninguno
le diga una palabra.
ROQUE Guillén, vámonos.
Esto va á acabar mal.
GUILL. Pero....
ROQUE ¡Qué vengas!
¡Jesús! *(Santiguándose.)*
GUILL. ¿Qué te parece? ¿Aun te figuras
que me harán capitán?
ROQUE ¡Mucho me temo
que dejemos la piel dentro del barco!
¡Tiene el Diablo en el cuerpo! ¡Vaya! ¡Sígueme!
(Santiguándose de nuevo al ver hacer un movimiento á Blanca. Los dos desaparecen.)

ESCENA II

BLANCA, *soñando*

¡Oh! ¡No, padre, atrás! ¡Afuera todos!
¡Viles! ¡No le toquéis! *(Despertando.)*
¡Jesús! ¡Qué angustia!
¡Nada! Me figuré que otra vez ellos....
¡Sola! Descanso al fin. ¿Cómo no vuelven?
¿Por qué quieren su vida los cobardes? *(Con dolor.)*
¡Yo, una pobre mujer, yo contra todos,
(En voz baja.)
lo sabré defender mientras respire!
¡Que no quiero que muera: que en él hallo
lo que no ví jamás, y hacia él me lanza
no sé qué irresistible! ¡En mi memoria
retoñan, al mirarlo, los perdidos
juguetes de mi infancia; los recuerdos
más dulces; las caricias de mi madre;
los ojos de mi Dios, y al par el ansia
de abrazarle me abruma, y hay momentos
en que vida le diera con mis labios:
que él se perdió por mí! Pero.... ¡estoy loca!
(Horrorizada de sí misma.)
¡Ni en el claustro por Dios me consumía
este afán que me abrasa! ¡Qué! ¿Quién llega?

ESCENA III

BLANCA *y* JUAN

JUAN ¡Señora!....
BLANCA ¿Quién?.... ¡Oh, Dios!
JUAN Yo, que le traigo
la salvación á Sáid.
BLANCA ¡Traidor! No quiero
veros en mi presencia.
JUAN Yo os lo imploro.
BLANCA ¡Trascendéis á traición! Idos.
JUAN Oídme.
BLANCA Si vendisteis á Dios y ahora vendisteis
á vuestro amo también por redimiros,
¿no os basta ya para lavar la culpa
primera tanto horror? ¿Queréis la sangre
verter aún de Sáid?
JUAN Callad.
BLANCA ¡Vil, Judas!
JUAN Yo le quiero salvar: dejadme verle.
BLANCA No: ¡mi padre os envía!
JUAN *(Negando.)* ¡Oh, no! Os lo juro.
Pero, decid, señora: ¿fiel yo al crimen,
qué fuera de vosotros? Vuestro cuerpo,
despojo de la saña de esos viles,
ya estaría en el mar: y vuestro padre
y el patrón, todos muertos, ó cautivos,
si el Capitán vencía á aquellas fieras,
mientras vos en Argel dabais en vano
vuestras quejas á un Dey embrutecido.
BLANCA ¡No me lo recordéis!.... ¡Callad!
JUAN ¡Yo, necio,
que pensé al redimiros, vuestra dicha
labrar, y de mi Dios por vuestros labios
el perdón obtener!—¡Cuando ella vuelva—
me decía yo—al claustro que de nuevo
logro abrirle, á Jesús mientras aliente
por mí le rogará, y el renegado
podrá ser aún feliz!—¡Y lo era en sueños!
BLANCA (¿Qué hay dentro de mi sér, que sus palabras
me avergüenzan así?)
JUAN ¿Y eso os enoja?
¡Yo que os salvaba y me salvaba á un tiempo!
BLANCA ¡Oh! no, no: proseguid. En lo más hondo
del pecho vuestra voz se clava. ¡Ay, triste!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Lo que quiero no sé, ni lo que digo!

JUAN Oidme, pues; cuando anochezca vengo,
y en un papel relato á vuestro padre
que he matado á Sáid por mi venganza,
y que harto de vivir, al mar me arrojo.
Pero no será así: mis vestiduras
cambio con él, y sobre el rostro un tiro
me pego que mi cara desfigure.
Ya ninguno le busca: está salvado:
su cuerpo creen tener y mi cadáver
suponen en el mar. Entre las sombras
se oculta en tanto Sáid, y al tocar tierra,
que huya.

BLANCA ¡Si alguien oyese! . . . ¡Confundida
de escucharos estoy!

JUAN Es que á ese hombre
le quiero yo, señora, como á un padre.
Tiene bajo su costra de fiereza
un alma de oro.

BLANCA ¡Qué placer oiros!

JUAN ¡Silencio! Vienen.

ESCENA IV

BLANCA, JUAN *y* FERRAN

FERRAN ¡Blanca!

BLANCA (*Aparte, corriendo al camarote.*)
¡Ay de él si intenta! . . .

FERRAN Y bien . . . . ¿qué hacéis aquí?

JUAN Señor, trataba
de convencerla.

FERRAN Andad. Agradecidos
á lo que hicisteis os estamos todos:
lo demás . . . . sólo á un padre corresponde.

JUAN Bien está. (Volveré; me va la vida.) (*Vase.*)

ESCENA V

BLANCA *y* FERRAN. *Aquélla junto á la puerta*

FERRAN (¿Qué hacer por convencerla?) ¡Prima . . . . Blanca!
Oyeme por piedad: sé que tu padre
vá á venir otra vez. (*Alto.*)

BLANCA (*Bajando.*) ¡Oh, no! Suplícale
Ferrán, que no se acerque, que no venga.

Juré morir aquí, y en ese cuarto
sólo Dios entrará mientras yo aliente.

FERRAN Escucha.

BLANCA Sólo Dios.

FERRAN ¿Estas segura
de que haces lo que debes? ¿No es un rapto
de locura tal vez?

BLANCA No: que yo adoro
como siempre á mi Dios, y por lo mismo
del poder de Satán librarle quiero.
(*Con emoción intensa.*)

FERRAN ¿Y los otros que han muerto? ¿Cómo explicas
tu humanidad por uno?

BLANCA Vida y honra
le debo á Sáid, Ferrán.

FERRAN Tú no le matas.
Harto le defendiste.

BLANCA Te suplico
que venir á mi padre no permitas:
dile, por compasión, que no se acerque,
que me deje morir . . . . yo te lo ruego.

FERRAN ¿Quién te hubiera á tí dicho hace unos días:
—Un tiempo ha de venir en que la monja—
la monja, sí, pues sólo te faltaba
tomar el velo, y te encontrabas cerca.
Un tiempo vendrá, pues, en que no á Cristo
tu vida ofrecerás, sino á Mahoma?
(*Blanca se cubre el rostro y llora.*)

BLANCA Ferrán, es cierto; pero no te goces
en matarme cien veces. Si tuvieras
entrañas tú, de mí te apiadarías

FERRAN Gran compasión me inspiras, te lo juro.

BLANCA ¡Señor! . . . .

FERRAN Estás al borde de un abismo
cuyo fondo tú misma acaso ignoras.

BLANCA Y me ahogo, es verdad, y sin embargo (*Desesperada.*)
de él no quiero salir.

FERRAN (¡Oh, desgraciada!
Le ama, sí . . . . Pero ya . . . . ¿quién lo deshace?)
(*Se queda contemplándola con lástima. Ella se dirige al camarote para seguir velando.*)

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA VI

BLANCA, CARLOS, FERRAN y ROQUE *Este ayuda á bajar algunos escalones á Carlos y desaparece*

ROQUE Por aquí, señor.
CARLOS Vete. Ahora ya puedo.
(*Baja solo lentamente y muy abatido.*)
FERRAN Tu padre, Blanca: mira. (*A ella.*)
BLANCA No, dejadme.
FERRAN Si eso no puede ser.
BLANCA ¡Oh!
CARLOS (*Agarrándole de un brazo.*)
¡Ferrán!
FERRAN (*A Carlos, prestándole apoyo.*) ¡Calma!
CARLOS ¿Y mi hija, dónde está, dí?
FERRAN Serenaos
antes, buen tío.
BLANCA (*Aparte, enternecida por su padre.*)
(Y me aborrece.... ¡Fuerzas,
fuerzas dadme, Señor!.... Si yo pudiese
(*Vacilando en acercarse á Carlos.*)
Sí: le convenceré.) (*Alto.*) ¡Padre!
CARLOS (*Abrazándola.*) ¡Mi Blanca!
BLANCA ¡Padre! ¡Padre!
CARLOS ¡Hija mía!
FERRAN (Así que lloren.
¡Demonio de mujer!)
CARLOS Que yo te vea
sobre mi corazón. Me habían dicho
que tú me odiabas
BLANCA ¿Yo?
CARLOS Que el alma habías
dado ya á Lucifer.
BLANCA (*Horrorizada.*) ¡Oh!
CARLOS Y que la esposa
prometida á Jesús, de un miserable,
del Mal Ladrón retoño, la existencia
defendía.
(*Blanca esconde la cabeza en el pecho de Carlos.*)
FERRAN (Esto marcha.)
CARLOS Ellos ignoran
que eres del Cielo tú, y ansías que todos
sus enemigos mueran.
FERRAN (No los dejo.)
(*Blanca se aparta resueltamente de su padre.*)

CARLOS (*Severo.*) ¡Blanca! ¡Blanca!
BLANCA (*Sin llorar.* Ese quiero que se salve.
FERRAN (*A Carlos, que está á punto de estallar.*)
¡Por Dios!
CARLOS ¿Es ella la que habló? ¿Es mi hija?
BLANCA ¡Perdón para él!
CARLOS ¡Aparta! ¡De vergüenza
no sé dónde poner los ojos! ¡Quita!
¡Nada mío eres ya!
BLANCA ¡Señor!
FERRAN Yo os ruego....
CARLOS No sé por qué has nacido; más valiera
que antes de haberte dado á luz tu madre
te hubiese consumido el fuego
BLANCA ¡Oh!
FERRAN ¡Basta!
CARLOS ¡Ferrán! A esa mujer aparta á un lado
y abre aquel camarote.
BLANCA ¡No!
CARLOS Obedece.
BLANCA No pasarán. (*Corriendo á la puerta.*)
CARLOS ¿Qué esperas?
FERRAN Sosegaos.
CARLOS ¡Ferrán!
BLANCA La vida me salvó. (*Aparte á Ferrán.*)
FERRAN Sí, pero...
BLANCA Y aquí dentro una voz me dice á gritos
que no crea á mi padre. Oye tú solo:
yo no quiero morir; mas si lo matan,
me mato. (*Suplicante, pero resuelta.*)
FERRAN (¡Calla, calla!)
CARLOS (*Llamando desde la escala, después de agitarse por la escena.*)
¡Aquí mi gente!
FERRAN (No nació para el claustro, ya lo dije;
la oprimieron y estalla.)

ESCENA VII

DICHOS, GUILLEN y *dos Soldados*

GUILL. ¿Nos llamábais?
CARLOS Sí.
FERRAN (*A Guillén y los soldados, sin que Carlos lo oiga.*)
Aguardad.
CARLOS Acabemos.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BLANCA *(Aterrada.)* ¡Ah!
FERRAN *(A Carlos.)* Si un paso
les hacéis avanzar, á Blanca muerta
veréis á vuestras plantas. Dad las órdenes.
CARLOS ¿Tú también contra mí? Todos el alma
corrompida tenéis. ¡Yo que á mi imagen
le formé el corazón! ¡Yo que del fango
del mundo la saqué sin que las alas
se manchase jamás! ¿En qué ofenderte
pude, mi Dios, que tanto me castigas?
FERRAN ¿La juzgasteis ya vuestra porque el claustro
la guardó? ¡Qué locura! Le quitasteis
el agua, no la sed; y ahora sus labios
sienten la fuente y se abren. ¡Si es la vida!
CARLOS ¿Qué dices?
FERRAN *(Sin que lo oiga Blanca)*
Para el claustro modelada
su alma no fué, y el día en que el capullo
se trueca en flor, absorbe su perfume
la luz primera que sus hojas baña.
(Por el corazón, y sin que Blanca le oiga.)
Lo vi con estos ojos que no mienten:
ama á Sáid.
CARLOS ¿Qué? ¡Imposible!
(Cogiendo á Blanca por un brazo y trayéndola al medio de la escena.)
BLANCA ¡Oh!
FERRAN Sí.
CARLOS *(Con enojo, haciéndola caer de rodillas.)* ¡Arrodíllate!
¡Júrame que tú no amas á aquel hombre!
¡Júrale! Di.
BLANCA Yo, padre, no sé nada.
FERRAN (¡Desdichada!)
BLANCA ¡Perdón!
CARLOS *(Sacudiéndola el brazo convulsivamente.*
¡Júralo! ¡Júralo!
BLANCA ¿Cómo explicar, señor, lo que en mí siento,
si yo misma lo ignoro?
CARLOS ¿Qué?
BLANCA La celda
veo huir ante mí; querer ansio
volverla á recobrar y.... no lo quiero.
Si se cierran mis ojos, veo á ese hombre;
los abro, y pienso en él, y no me espanto.
(Incorporándose en su exaltación Carlos huye al otro extremo por no oirla.)

Me digo:—Es un pecado, tú lo sabes—
y no obstante, una voz que mi sér llena
para dejarse oír, se alza gritando:
—No hay duda, es un pecado, pero peca.
Y ni al Infierno temo, pues me forjo
que cuando el Cielo me abran, en mis brazos
le llevaré, apoyada su cabeza
sobre mis puros hábitos, á gritos
pidiendo su perdón al pie del trono
del que todo lo puede; y si lo niega,
me volveré con él, y de rodillas
en las puertas del Cielo, hasta lograrlo,
se lo estaré pidiendo un día y otro;
y al fin me escuchará, que El no distingue:
no es sólo padre nuestro, lo es de todos.
FERRAN ¡Calla, calla! *(Espantado de lo que ha oido)*
CARLOS ¿Qué ha dicho? ¡Oh, sacrilegio!
¡Me la ha hechizado el vil! ¡Su encanto rompe,
Señor! ¡Haz tu justicia! ¡Que el castigo
venga de tí!
FERRAN ¿Qué os proponéis?
CARLOS ¡Soldados,
en el nombre de Dios mando que al punto
me abráis aquella puerta!
(Los soldados vacilan á una indicación de Ferrán.)
BLANCA ¡Ah!
CARLOS *(A Blanca.)* ¡Te maldigo
como muevas un pie para evitarlo!
Aquí soy yo tu rey, tu Dios, tu padre.
¡Avanzad!
BLANCA *(Poniéndose delante de la puerta con los brazos extendidos.)*
¡No!
CARLOS ¡Avanzad! *(Los soldados se disponen)*
BLANCA ¡Sobre mi cuerpo!
(En el momento en que los soldados van á ejecutar la orden, la puerta se abre dando paso á Sáid.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS *y* SAID. *Este sereno; Guiltén y los Soldados se apartan á instigación de Ferrán, que los vigila durante el curso de la escena.*

SAID ¡Deteneos!
BLANCA ¡Ah!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARLOS (*Al Cielo.*) ¡Gracias!
FERRAN (*Aparte á Guillén.*) (Tú, obedéceme
y serás capitán.)
GUILL. Corriente.
FERRAN (A un lado
no te muevas si yo no te lo ordeno.)
(*Guillén y los Soldados se retiran al pie de la escala.*)
SAID Esta y ésta también: todas, tomadlas.
(*Despojándose de sus armas, que arroja en el suelo.*)
CARLOS ¡Atadle!
(*Los soldados miran á Ferrán y no se mueven.*)
FERRAN (*Aparte á Carlos.*)
(Ya que es nuestro, sed más cauto:
¡Blanca oculta un puñal!)
CARLOS Haz que lo entregue.
FERRAN No es fácil.
SAID (*Con tristeza.*) ¿Qué aguardáis? Ved. Ni una hoja
de acero hay sobre mí. Solo estoy: solo.
CARLOS ¡Ferrán! (*Instando á que quite el arma á su hija.*)
FERRAN Cede. El se entrega. (*A Blanca.*)
BLANCA (*Mostrando el puñal.*) ¡Pues prendedlo!
SAID Yo soy el Arráez: el que mandaba
no hace mucho esta nave: el que echó á pique
vuestro barco: aun se ve sangre en mis ropas
de los bravos que allí la defendían.
¿Por qué, pues, no venís si yo me rindo?
Las manos sujetadme; os las entrego.
¿Qué, os detenéis? ¿Bogáis con rumbo á España
y todavía aliento? ¡Qué vergüenza!
Descuartizad mi cuerpo y en el tope
colocad mi cabeza, del trinquete:
que pueda yo mirar desde su altura
cómo los tiburones disputándose
van, girón á girón, mi carne odiada:
que os vea entrar en Barcelona, al viento
desplegadas las velas, y al corsario
maldiciendo con gritos de alegría.
(*Se oyen los sollozos de Blanca.*)
Yo siguiéndoos iré con la mirada
hasta no poder más, porque los cuervos
me arranquen ya los ojos. ¡Amarradme!
(¡Blanca! ¡Blanca! ¡Por qué te he conocido!)
(*Carlos va á acometer á Said y se detiene: quiere mandar que le prendan y le paraliza la actitud de Blanca.*)
CARLOS ¿Y que esto oiga con calma? ¡Calla, que eres

hipócrita y ruin y miserable!
¿Que te entregas nos dices, porque encuentras
cobarde, en ella un freno que nos para,
(*Por el puñal.*)
y nos besas, te burlas de nosotros!
(*Said trueca su serenidad en rabia.*)
SAID ¡Qué escucho! ¡Irá de Alá! ¡Mi sangre hierve:
aun me quedan las uñas: todavía
me puedo defender como una fiera
(*Tropieza con la mirada de Blanca y se rinde al influjo del amor.*)
No hagáis caso, mentí: tomad mi vida.
BLANCA (¡Tiemblo!)
SAID ¡Ferrán, lo pido con el alma!
Yo quiero que me maten. (*Con vehemencia.*)
CARLOS ¡Dios te abisme!
SAID ¡No me creen!
CARLOS Que el puñal ella te entregue....
SAID (*Dándose cuenta de la situación.*)
Todo lo entiendo ya. (*Con dulzura.*)
¡Señora! ¡Blanca!
BLANCA ¡Oh, no!
SAID Soy yo: un mendigo que la diestra
os tiende suplicante. Por limosna
dadme vuestro puñal.
BLANCA ¡No!
SAID Permitidme
que por vos muera.
BLANCA ¡Viles! ¡Monstruos! Habla,
le oyen, y el corazón como una roca
ni se conmueve en ellos ni vacila.
CARLOS Ferrán: ¿y que esto escuche? ¿También ella
será fuerza que á Dios la sacrifique?
SAID Cúmplase mi destino. ¿Quién defiende
á un jefe de piratas que la nave
les echa á fondo, y roba, y á venderlos
á Argel se los llevaba, para hacerse
con un puñado de oro? Y vos, señora,
dabais por él la vida? ¡El, que reniega
del Dios en quien creéis! Soy una víbora
que odio á todos, y á vos aun más que á todos:
¡y os llevara yo mismo por mis manos
á vender al bazar si fueseis mía!
FERRAN (*A Carlos, con admiración.*)
¡Tiene gran corazón!
CARLOS ¿Tú también?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BLANCA ¡Padre:
mirad, está llorando!
SAID ¿Yo? (¡Traidoras!)
(Por las lágrimas. Enjugándose los ojos, avergonzado de su debilidad.)
BLANCA ¡Oh! No escondáis la cara: que á esos hombres
ablande vuestro llanto: Ferrán, mira:
sólo las fieras al vencido acosan.
¿No hay más que tigres?
CARLOS *(Como loco.)* ¡Oh! ¡Soldados,
justicia con los dos haced!
FERRÁN (¡Delira!)
¡Quietos todos! *(A los Soldados.)*
CARLOS Qué.... ¿tú?
FERRAN Yo le defiendo.
No puedo más, señor: el alma tiene
más noble que nosotros
CARLOS ¡Ah, cobardes!
¡Partidle el corazón. ¿No? ¡Bien! Yo mismo....
(Avanza para herir á Said, y al mismo tiempo le da un desvanecimiento y cae en brazos de Ferrán. Guillén acude á sostenerle.)
TODOS ¡Ah!
BLANCA ¡Padre!
SAID (¿Dónde estoy?)
FERRAN La emoción; nada.
Que respire aire puro. Salid todos.
¡A ti, Blanca, por Dios, que no te vea!
(Se llevan á Carlos á cubierta entre Ferrán y Guillén; los Soldados le siguen.)

ESCENA IX

BLANCA *y* SAID

BLANCA (¡No puedo más!)
SAID (¡Alá, te lo suplico;
un mundo dame que á sus pies yo ponga!)
BLANCA (¡Es tanto padecer morir cien veces!)
SAID (Sí, sí, yo quiero hablar antes que vuelvan.)
Señora, Blanca: perdonadme; os miro
sobre todas las cosas de este mundo.
Vos no nacisteis para mí en la tierra
como nacen los seres: los espacios
de que habéis descendido, son aquellos
que engendraron los sueños de mi infancia.

Al veros, al sentiros, con el aire
que movéis al pasar, toda mi vida,
mi sér, cuerpo y espíritu despiertan,
y que viven y mueren á par sien'o.
Y entre placer y pena, afán y angustias,
el aliento que dais busco y aspiro,
y en él me anego revolcando el alma.
Y en ola formidable -como aquellas
que del fondo del mar sacan las rocas
para lanzarlas contra el Sol, la Luna
y las estrellas—siento que una masa
de sangre, de suspiros y de besos,
rugidos de salvaje, ayes de gozo,
y lágrimas, y quejas, y harmonías
que arrancan al subir trozos de entrañas,
á mis labios acuden y aquí rompen
para deciros, Blanca, que yo os amo
aun más que vuestro Dios ama á sus ángeles;
más, mucho más que á sus huris Mahoma;
más, en fin, que ama cuanto sér alienta;
cuanto ha existido ya y existir puede,
espíritu ó mortal en Cielo y Tierra.
BLANCA *(Cubriéndose el rostro con rubor.)*
¡Dios mío!
SAID ¿La ofendí? ¡Lengua traidora!
BLANCA ¡Oh! no, no; quiero oiros, quiero oiros;
pero dejad que cubra vuestro rostro.
(Tapándole la cara con las manos.)
SAID ¡Y vos me perdonáis! ¡A mí!
BLANCA *(Creyendo oir ruido.)* ¡Son ellos!
SAID No; no viene la muerte todavía.
BLANCA ¿La muerte? 'Si, se acerca.
SAID Serenaos.
BLANCA Venid, que os quiero ver; ya no me espanta
la claridad. ¿Quién sois? Dejad que os mire
hasta el fondo de alma por los ojos.
¿Quién sois? Hablad. ¿Qué dia os vi y me visteis?
¿Cuándo eso que decís me lo habéis dicho,
que yo lo escuché ya de vuestros labios?
Antes de nacer, antes de esta vida,
ya amoroso, cual hoy, tal vez me hablabais.
No, no apartéis los ojos: quiero veros
por el tiempo, señor, que no os he visto.
¡Infeliz! Execrado, aborrecido
del mundo y solo en él, ¡cuánta amargura
vuestra alma habrá apurado, allí metida,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dentro del pecho en lucha con las ansias
de volar cual la mia, y siempre, siempre,
entre rejas, rompiéndose las alas!
Mas no quiero que os maten mi existencia
está en la vuestra ya Si en vez de flores
sierpes nos ligan, Sáid, ¿qué nos importa?
¡Benditas esas sierpes que nos unen!

SAID ¡Qué tarde habéis llegado! De la vida
crucé el camino solo y os encuentro
ya en el término de él, junto á una tumba.

BLANCA No: no habléis de morir cuando parece
que por todo mi ser la vida brota.
Yo no os quiero perder. ¡Dios mio! ¡Sálvanos!

SAID ¡Ira de Alá! Que vuelvan: los espero:
yo su pecho abriré; yo sus entrañas
estamparé en los muros. ¡Tigres! ¡Rezan
teniendo de odio el corazón repleto!
¡Basta de humillación; que vengan todos!
matando moriré: ¡me ahoga la sangre!

BLANCA ¡Sáid! *(Dulcificando la voz.)*

SAID *(Transición brusca.)*
¡Blanca, perdón: soy vuestro esclavo:
la paloma que humilde os obedece!
¿Queréis verme á los pies de vuestro padre?
¿Besar la tierra que sus plantas pise?

BLANCA De él no me separéis ¡Señor, salvadlo!

SAID No es posible: en el mundo en que vivimos
formáis el Cielo vos; yo soy el agua.
(Elevándola á la porta.)
Y aquí, ved, no se juntan; sólo se unen
allá, en el horizonte que se apaga.

ESCENA X

BLANCA, SAID *y* FERRAN

BLANCA ¡Ya vienen! ¡Ah!

FERRAN *(Bajando rápidamente.)*
Soy yo

BLANCA *(Queriendo hacerle retroceder.)*
¡No!

FERRAN Blanca, escucha.
Y vos: vengo á salvaros

SAID No á mí, á ella.
El morir no me importa. ¿A qué la vida?

BLANCA ¡Ferrán!

FERRAN *(Aparte á ella.)*
No digas nada, lo sé todo.
Tu dicha está sobre mi amor de niño.
Tú le amas, él es bueno; acaso puedas
regenerarle aún. Yo muy gustoso
por tí me sacrifico... y en fin, quiero
salvarle y se acabó

BLANCA ¡Gracias, oh, gracias!

FERRAN Tú padre ansía su muerte, pero todo
previsto está. Sáid: en esta nave
me obedecen algunos todavía.
Ya hice arriar un bote por la popa:
es de noche: está el Cielo encapotado:
yo desde arriba impediré que vuelvan.
Vos, sin perder momento, por la porta
os descolgáis y al agua. Ya en el bote,
desamarrad el cabo mano al remo
y en Argel con el alba.
(A Blanca.) Tú no temas,
que te ama Sáid y volverá á buscarte.

BLANCA Pero...

FERRAN Van á venir. ¡Pronto!
(A Blanca.) ¡A Dios pide
que no salga la Luna! ¡Andad!

SAID *(Conmovido.)* ¡Los brazos
no me neguéis, señor!

FERRAN *(Abrazándole.)* ¡Ellos y el alma!

BLANCA ¡Ferrán!

SAID Gracias.

FERRAN Adiós.
(Aparte al irse.) (¡No estoy llorando!)

ESCENA XI

BLANCA *y* SAID. *Toda esta escena rápida*

BLANCA Huid, Sáid.

SAID ¿Huir?

BLANCA Esa ventana
da á la vida, ¡salvaos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SAID ¡Ah! ¡Dejadme
que muera junto á vos; que un hilo bese
de vuestras ropas al cerrar los ojos!
Dadme el puñal; sin vos también, señora,
moriré solo y lejos de tristeza.
BLANCA No: quiero que viváis. ¿No oís? Lo quiero.
Confío en vos, Sáid, y á todas horas
os estaré esperando.
(*Creyendo oir ruido*) Huid.
SAID ¿Vos, Blanca,
me lo ordenáis?
BLANCA (*Siempre temerosa.*)
Sí; pronto.
SAID Os obedezco.
Yo iré hasta el corazón de vuestra España,
si es fuerza, de rodillas, á buscaros
para ser vuestro y por doquier seguiros
con el culto de un niño por su madre.
BLANCA (*Rompiendo á llorar*)
Idos por caridad.
SAID ¡Baje! que fuiste
mi orgullo y mi ambición; jaula de fiera;
carcoma de mi sér embrutecido;
guárdame á esta mujer; sé tú su templo!
BLANCA ¡Pero me hacéis morir!
SAID ¡Sea!
BLANCA ¡Adiós!
SAID ¡Blanca!
¡vuestra mano!
BLANCA ¡Sáid!
SAID (*Besándosela.*) ¡La que quería
matarme y me ha salvado!
BLANCA ¡Es vuestra, vuestra!
SAID ¡Ese puñal al agua! Tiemblo al verlo
sobre vos
BLANCA (*Arrojándolo por la puerta.*)
Ya está. ¡Pronto!
SAID ¡Si me arrancan
la vida!
BLANCA ¿Volveréis?
SAID Sí: yo os lo juro;
hasta vendrá, si muero, mi cadáver.
BLANCA ¡Adiós!
SAID ¡Adiós!
BLANCA Llamadme de la tierra,
del mar, del paraiso ó del abismo.

yo os seguiré gritando: ¡Vuestra! ¡vuestra!
(*Se oye rumor en lo alto de la escala y se separan.*)
SAID (*Desde la puerta, en voz baja.*)
Hasta mañana.
BLANCA (*También muy quedo.*)
¡Adiós!
SAID ¡Blanca!
(*Volviendo precipitadamente y besándola en la boca.*)
BLANCA ¡Sáid!
SAID (*Otra vez en la puerta.*) ¡Blanca!

ESCENA XII

BLANCA, SAID y CARLOS; *luego* FERRAN, JUAN, GUILLEN y ROQUE *Soldados y marineros. Sáid se ha cogido á la cuerda y se halla fuera de la puerta. Carlos ha bajado un solo escalón y se detiene*

CARLOS ¿En dónde está ese vil?
BLANCA Vuelven: no hay tiempo.
CARLOS ¡Morirá!
(Sale la Luna é ilumina de lleno á Sáid que aun deja ver medio cuerpo por la puerta.)
BLANCA ¡Padre!
CARLOS ¡Quita! ¡Yo le mato!
(Carlos baja otro escalón y dispara sobre Sáid en el momento en que Blanca, conociendo la intención de su padre, se pone delante para resguardarlo con su cuerpo y recibe la bala cayendo herida.)
BLANCA ¡Ah!
SAID ¡Es ella á quien matáis!
(*Volviendo á subir para impedir que caiga Blanca, á quien recoge en sus brazos y no abandona hasta que los dos desaparecen.*)
BLANCA ¡Ah! ¡Padre!
CARLOS ¡Blanca!
FERRAN ¡Qué horror!
(*Apareciendo con los otros al pie de la escala.*)
SAID ¿La abandonáis?.... ¡La tomo! ¡Es mía!
CARLOS (*Llegando al medio de la escena con los demás.*)
¡Hija!
SAID (*Asiéndola convulsivamente.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Abrázame, esposa; á morir juntos!
¡Al mar!
BLANCA ¡Al Cielo!
(Se arrojan al mar abrazados; Carlos cae de rodillas,
(Ferrán corre á mirar por la porta.)
FERRAN ¡Al fondo!
CARLOS ¡Oh, Dios!
FERRAN ¡Ni rastro!
(Volviendo á la escena sobrecogido de espanto. Telón rápido.)

FIN DE LA TRAGEDIA

LA MARCHA DE CADIZ

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Abrázame, esposa; á morir juntos!
¡Al mar!
BLANCA ¡Al Cielo!
(Se arrojan al mar abrazados; Carlos cae de rodillas,
(Ferrán corre á mirar por la porta.)
FERRAN ¡Al fondo!
CARLOS ¡Oh, Dios!
FERRAN ¡Ni rastro!
(Volviendo á la escena sobrecogido de espanto. Telón rápido.)

FIN DE LA TRAGEDIA

LA MARCHA DE CADIZ

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en les paises con quienes haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad intelectual.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de las galerías de los Sres. Hijos de E. Hidalgo, Florencio Fiscowich y Arregui y Aruej son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA MARCHA DE CADIZ

ZARZUELA COMICO-LIRICA

EN UN ACTO DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

CELSO LUCIO y ENRIQUE GARCIA ALVAREZ

música de los maestros

VALVERDE (HIJO) y ESTELLES

Estrenada en el TEATRO ESLAVA la noche del 10 de Octubre de 1896

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA EDICION

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono núm. 551

1896

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A los Sres. Chueca, Valverde y Burgos, autores de la marcha de Cadiz

Los autores de *La Marcha de Cadiz*

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

REPARTO

Personajes	Actores
CLARITA	Sra. Romero
DOÑA FILO	Galán
ATILANO	Sr. Carreras
EL SEÑOR LUCAS [el Alcalde]	Talavera
TEODORICO	González
DON TRIFINO (el Secretario)	Estellés
PAREDON [el confitero]	Salvat
TAPIA	Bernat
DEOGRACIAS (el flautín)	Fonseca
FAGOT	Mendizábal
TROMPA	Martínez
PLATILLOS	Estellés
NELO	Vázquez.
MOZO 1º	Gallo
MOZO 2º	Vals.

EPOCA ACTUAL

La accion en un pueblo de Castilla

Derecha é izquierda las del espectador

El derecho de reproducir los *materiales de orquesta* de esta obra pertenece á *D Florencio Fiscowich*, á quien dirigirán sus pedidos las empresas teatrales que deseen ponerla en escena.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Telón de plaza á todo foro; á la derecha del espectador puerta que figura ser la casa del Alcalde; á la izquierda otra puerta, y unida á ésta un testero que figura el escaparate de la confitería, en el cual se verán fuentes de dulces, tarros etc —La fachada de la confitería está adornada con farolillos y banderolas—En el centro del escenario habrá un arco forrado de ramaje.

ESCENA PRIMERA.

NELO subido en una escalera con el MOZO 2º, colocando los faroles, el CORO toca palmas y dos mujeres bailan durante el número

Música.

Coro Es más dulce tu boca
que un caramelo,
¡jolí, jolá; Olá!
Y como huevo hilado
tienes el pelo.
Todos Do re mi fa.
Tenores Con tales condiciones
más te valdría,
¡jolí, joló!
Todos Do sol mi do.
Tenores Ponerse al frente
de una confitería.
Todos Fa mi re do.
Qué cosas hace

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

REPARTO

Personajes	Actores
CLARITA	Sra. Romero
DOÑA FILO	Galán
ATILANO	Sr. Carreras
EL SEÑOR LUCAS [el Alcalde]	Talavera
TEODORICO	González
DON TRIFINO (el Secretario)	Estellés
PAREDON [el confitero]	Salvat
TAPIA	Bernat
DEOGRACIAS (el flautín)	Fonseca
FAGOT	Mendizábal
TROMPA	Martínez
PLATILLOS	Estellés
NELO	Vázquez.
MOZO 1º	Gallo
MOZO 2º	Vals.

EPOCA ACTUAL

La accion en un pueblo de Castilla

Derecha é izquierda las del espectador

El derecho de reproducir los *materiales de orquesta* de esta obra pertenece á *D Florencio Fiscowich*, á quien dirigirán sus pedidos las empresas teatrales que deseen ponerla en escena.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Telón de plaza á todo foro; á la derecha del espectador puerta que figura ser la casa del Alcalde; á la izquierda otra puerta, y unida á ésta un testero que figura el escaparate de la confitería, en el cual se verán fuentes de dulces, tarros etc —La fachada de la confitería está adornada con farolillos y banderolas—En el centro del escenario habrá un arco forrado de ramaje.

ESCENA PRIMERA.

NELO subido en una escalera con el MOZO 2º, colocando los faroles, el CORO toca palmas y dos mujeres bailan durante el número

Música.

Coro Es más dulce tu boca
que un caramelo,
¡jolí, jolá; Olá!
Y como huevo hilado
tienes el pelo.
Todos Do re mi fa.
Tenores Con tales condiciones
más te valdría,
¡jolí, joló!
Todos Do sol mi do.
Tenores Ponerse al frente
de una confitería.
Todos Fa mi re do.
Qué cosas hace

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Casimirillo
con la vihuela,
sol mi do si
Cuando él la toca
baila mi moza
que se las pela,
si mi do si.
Anda, chiquilla,
no te detengas;
sal á bailar,
y mueve el cuerpo
como tu sabes,
con gracia y sal. (*Salen á bailar.*)

—

Son tus yemas más dulces
que las de coco, ¡jolí, joló!

Todos ¡Olá!
Tenores Cuando me das la mano,
me vuelvo loco.
Todos Do re mi fa.
Tenores Anda, dame la mano
morena mía, ¡jolí, joló!
Todos Do sol mi sol.
Tenores Que al estrecharla
siento mucha alegría,
fa mi re do.
Todos Qué cosas hace
Casimirillo
con la vihuela
sol mi do si.
Cuando él la toca
baila mi moza
que se las pela,
si mi do si.
Anda, chiquillo,
no te detengas,
sal á bailar
y mueve el cuerpo
como tú sabes,
con gracia y sal.
Anda, chiquilla,
sal á bailar,
y mueve el cuerpo

con gracia y sal,
y mueve el cuerpo
con gracia y sal.
y mueve el cuerpo
con gracia y sal.
Do re mi fa fa
sol la si do re mi fa.

Hablado.

Todos ¡Bien muy bien!
Nelo ¡Güeno, güeno! Dejarsus de diversiones que entavía mus falta un rato pa arrematar estos tinglaos. Con que arrear. (*Mutis coro derecha é izquierda.*)
Mozo 1.º [*Que entra con una brazada de verde.*] Oye, tú, ¿tendrá bastante?
Nelo Me parece que sí.
Mozo 2.º Pero, ¿pa quién es eso?
Nelo Quién, ¿esto? Pa el Gobernaor que va á llegar.
Mozo 2.º Me parece mucho verde.
Nelo ¡Qué va á ser mucho! ¿no ves tú que es de la mayoría? ¡Hay que adornarle el tránsito!.... Además se le dispararán veinticinco cohetes delante del Ayuntamiento, y veinticinco detrás del tredeum que se le cantará.
Mozo 1.º ¿Y cuándo llega?
Nelo Pus llegarán el Gobernaor y él mañana al clarear.
Mozo 2.º Oye, ¿y no hará falta más verde pa el gobernaor?
Nelo No, al gobernaor se le echarán diciocho tórtolas, y ramos de amapolas, y se le echarán margaritas.
Mozo 2.º ¿Margaritas al gobernaor? ¡Se va á enfadar!
Nelo ¡Chito! A trabajar que viene el amo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA II

DICHOS, EL ALCALDE, SECRETARIO, TAPIA y PAREDON

Por la lateral derecha

Alc. (*Saliendo.*) ¿Qué, cómo anda esto?
Nelo Pus miste, se colocó tóo, farolillos, banderolas y la hierba. (*El Alcalde se acerca á verlo.*)
Par. ¡Caramba! Esta precioso ¿verdad?
Sec. Algo herbívoro, ó si se quiere hiperbólico.
Par. ¿Cómo?
Sec. Redundante.
Alc. Bueno. Estoy satisfecho. Ahora, arrear al Ayuntamiento pa que adorneis el pórtico, y usted (*Al Secretario.*) Adviértale á éste (*Por Nelo*) lo que tiene que hacer. (*El Alcalde se mete en su casa*)
Sec. Bueno. (*A Nelo.*) Verás, tened cuidado, ¿sábes? con que los ángulos colaterales del frontispicio no coincidan en el vértice.
Nelo ¡Amén Jesús! [*Se persigna y se va con los otros mozos.*] Cuando habla en latín da gusto oirle. (*Mutis.*)

ESCENA III.

PAREDON, SECRETARIO, TAPIA *y luego el* ALCALDE

Par. Bueno; y me parece que la fachada del Ayuntamiento estará bien; pero yo creo que me he lucido como confitero y como teniente alcalde. Hay que ver mi tienda. [*Señala á la confitería*]
Tapia Está preciosa.
Par. Sólo me falta que me acabe usted el letrero pa el escudo que hay que poner en la puerta.
Sec Aquí lo tengo. Ya lo conoce el señor Alcalde. Mírelo usted. (*Saca un papel y lee*) "Al diputado por Machacón de Abajo, sus electores agradecidísimos de este EME. E. EME O.,

Par. ¿De este memo?
Sec. No, hombre; EME. E. quiere decir muy heróico, y EME. O. muy honrado pueblo.
Par. Pero heróico y honrado, ¿no se escriben con hache?
Sec. Diré á usted, se escriben; pero si aquí pone usted dos haches, no se sabe cuando es heróico ni cuándo es honrado.
Par. Bueno, léalo usted entero.
Sec. (*Leyendo.*) «Al diputado por Machacón de Abajo, sus electores agradecidísimos de este EME. E. EME. O., pueblo que le admira y le be la eme»
Par. ¿Qué?..
Sec. Y le besa la mano
Par. ¡Ah, ya!
Tapia. Al pelo, al pelo.
Sec, Pero á todo esto, ¿dónde se ha metido el Alcalde.
Par, Ha entrado en su casa
Tapia. Pero, ¡calle! allí viene. ¡Contra!
Los dos ¿Qué es?
Tapia Miren ustedes qué cara saca parece un defunto.
Sec. Cadavérico..
Par. ¡Es verdad! ¿Qué le pasará?
Alc. *Sale muy azorado con un papel en la mano.*) ¡Ay, señores, señores! ¡Horrible! ¡Ay!
Par. Pero, ¿qué pasa?
Alc. ¡Perdidos!
Tapia ¿Quién?
Alc. Nosotros. Carta del gobernaor. (*A Tapia.*) Usted, prisión correccional. (*A Paredon,*) Usted, cadena perpetua; yo, más cadena. (*Al Secretario*) Y usted, desterrado.
Sec. ¿Qué?
Alc. Que tendrá usted que salir de este EME. E. EME. O., pueblo que le be la eme.
Sec. ¡Caracoles! Pero ¿qué dice usted?
Par. Explíquese usted
Alc. Verán ustedes si el apuro es gordo, ¿Se acuerdan ustedes de las cinco mil pesetas que le pedimos al gobernaor pa organizar en el pueblo una banda de música?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los tres Sí, señor.
Alc. ¿Se acuerdan ustés que gracias al deputao, nos las concedieron?
Los tres Sí señor.
Alc. ¿Se acuerdan ustés que tomamos un acuerdo y no las gastamos?
Par. ¡Vaya si me acuerdo!
Sec, Bueno; pero el gasto está justificadísimo: un pico se distrajo en atenciones municipales, otro pico se distrajo en gastos diversos, otro pico se distrajo....
Alc. Se distrajo usted y se quedó con él.
Sec. Bueno; pero mi pico..
Alc. Cierre usted el pico, el caso es que se gastó el dinero en distracciones. y vean ustedes lo que dice el gobernaor, en otras cosas: (*Leyendo,*) "Y celebraré que la banda organizada con los mil duros que se enviaron á ese Ayuntamiento amenice nuestra llegada con la popular *Marcha de Cadiz.*"
Par. Bueno; ¿pero no habíamos quedado en que el alcalde del pueblo de al lado nos prestaría su banda para salir del apuro?
Alc. Sí; pero es que miren ustedes la carta que acabo de recibir del alcalde:(*Leyendo*)"Querido Lucas: No puedo, como te ofrecí, enviarte la banda; mañana se casa el síndico y hay mucho que tocar. Lo único que puedo hacer para sacarte del apuro es enviarte á Pérez, que es uno que toca el clarinete que asusta de bien, y cuatro murguistas que van á pie. Pérez va en burro. Sabes lo es tuyo, *El Alcalde.*" ¿Qué les parece á ustedes el apuro?
Sec ¡Horrísimo!
Par. Claro, porque una banda de cinco....
Tapia ¡Naturalmente ¡Nos vamos á ver corridos.
Alc. Corridos por la banda.
Sec. Y llega el diputado..
Alc Y carambola. ¿Y qué hacemos?
Par. Una idea.
Sec. A verterla.
Alc A ver.
Par La salvación es ese Pérez. Ese clarinete que

se encargue de dirigir; los otros cuatro tocan. Buscamos seis ó siete mozos con instrumentos, se entremezclan con los cuatro y hacen como que tocan, y le decimos al pueblo que coree. (*Cantando*) ¡Viva España! La ralalá, y salimos del apuro.
Tapia. Bien pensao.
Alc. No hay otro remedio.
Sec. Indubitable.
Alc. Ahora lo que hace falta es buscar mozos con instrumentos. y mozas con garganta, y á ensayarlos.
Par. Eso.
Tapia. Y yo me encargo de tó.
Alc. Bueno; y corran ustés la voz de que tóo el que esté en condiciones de tocar algo que se pase por el Ayuntamiento, y los que tengan instrumentos que los lleven á secretaría.
Tapia. Voy. (*Hace medio mutis y vuelve.*) ¿Castañuelas inclusive?
Sec. Inclusive. Y los dos clarinetes del sacristán.
Tapia Pues vámonos. (*Hacen mutis Secretario y Tapia.*)

ESCENA IV.

ALCALDE Y PAREDÓN.

Alc. Hay, señor Paredón, gracias á usted nos salvamos. Es usted el confitero de más talento..
Par. Pero, don Lucas, ¿Qué no haría yo por usted estando para casarme el mes que viene con su hermana, con la hermosa Filo, mejorando lo presente?
Alc. Muchas gracias...Pero sabe usted que llevamos un día...
Par. ¡Ah! Para mi es horroroso, un día horrible de sustos; esta mañana apenas abro los ojos entra Teodorico, mi dependiente. y me dice: ¡señor Paredón, que viene el coco! Considere usted el susto.
Alc. ¿Pero se asusta usted de eso?
Par. Si es el coco para las yemas que me remi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ten de Madrid. Y tengo que ir por él á la estación y abandonar la tienda. Por eso tengo tantas ganas de casarme con su hermana de usted, y que se encargue de todo; apropósito, voy á pasar á saludarla.

Alc. Déjela usted ahora, lo primero es ir al Ayuntamiento á ver lo que han hecho esos.

Par. ¡Cómo la amo!

Alc. Ande usted, hombre.

Par. ¡Qué tocino!

Alc. ¿Qué?

Par. ¡Qué tocino del cielo me ha salido! Si lo prueba el diputado, de aquí á la gloria.

Alc. ¡Dios mío, que venga ese clarinete! ¡Que venga Pérez! (*Hacen mutis foro izquierda.*)

ESCENA V.

CLARITA Y TEODORICO. Salen de la confitería, la primera de prisa y el segundo, detrás con un plato y una cuchara, figurando que bate unas yemas.

Clar. Que te he dicho que no..y que no. ¡Y que te estés quieto, eso!

Teod. ¿Es decir que no te puedo dar un abrazo?

Clar. No, señor.

Teod. ¿Ni un simple abrazo?

Clar. ¡Simple! ¡El simple lo serás tú!

Teod. ¿Y te estoy yo llamando faro de mi existencia, estrella polar de mis sueños juveniles y hermosísima paloma privada de libertad, para esto?

Clar. Yo lo que te digo es que no quiero que me des ni un abrazo hasta el día que nos unamos.

Teod. ¿Pero cómo nos vamos á unir si cuando me arrimo echas á correr?

Clar. Digo que nos una el sacerdote.

Teod. ¡Sacerdote! Tú lo que quieres es que yo me compre una caja de cerillas de Cascante y me intosique...de desesperación, porque así...(*Batiendo muy de prisa*) siguiendo así.. no se puede vivir...(*Sigue batiendo*) esto es pa morirse.

Clar. Todorico, por Dios, no te desesperes...deja que vayamos al altar y luego ..

Teod. Sí luego . luego...(*Batiendo más de prisa.*) ya lo sé (*Bate*) ¡luego, narices!

Clar. Tú, aguárdate que convenzamos á mi padre...

Teod. Pero si á tu padre no se le puede convencer... ni hablar siquiera.

Clar. ¿Por qué?

Teod Porque el otro día cuando supe que enterao de nuestras relaciones se te quería llevar al pueblo, fuí y le dije: Señor Paredón, he tenido conocimiento...he tenido conocimiento...

Clar. ¿Y qué?

Teod. Y me dió un puñetazo que me quitó el conocimiento.

Clar. ¿Y tú qué le dijiste?

Teod. Le dije cinco ó seis cosas feas, y le agregué. ...Miste, señor Paredón, conmigo no juega usted porque yo me llamo Teodorico Borrego y Mas. y tengo dos genios, uno de los Borregos que es la familia de mi padre, tozudos y vengativos, y otro de los Mases, que son humildes y cariñosos; si no me caso con su hija de usted seré borrego, pero si me caso seré Mas. .Conque elija usted.

Clar. ¿Y qué dijo?

Teod. Se calló, y yo entones me ablandé y le dije: Consienta usted y dentro de cuatro años tendrá usted á su alrededor tres ó cuatro borreguitos.. ¿Y sabes lo que me dijo?

Clar. ¿Qué?

Teod. Que no quería rebaños en su casa.

Clar. Vamos á ser muy desgraciados.

Teod. Como no me salga bien una cosa que tengo pensá....

Clar. ¿Cuál?

Teod. Verás. Como sé que el Alcalde hace lo que quiere de tu padre, que va á casarse con doña Filo, y el Alcalde está loco por la música, he organizado una especie de orfeón

con todas las mozas del pueblo que va á dar el golpe. Es una masa coral...

Clar. Entonces...ayer, cuando estabas con aquellas chicas...

Teod. Es que estaba con las manos en la masa.

Clar. Ya, ya lo ví.

Teod. Y presentaré mi orfeón al diputao, y el alcalde agradecío influirá con tu padre... y nos casamos y... dame un abrazo.

Clar. Que no.

Teod. ¿Me das un abrazo?

ESCENA VI.

DICHOS Y DOÑA FILO. *Desde la segunda izquierda*

Filo. ¡No, no!

Clar. ¡Doña Filo! (*Vase á la confiteria.*)

Teod. ¡La viuda! (*Batiendo.*) ¿Tendré mala pata?

Filo No, no seas atrevido ¡Ay! ¿Tú?

Teod. Yo. ¿Pero le pasa á usted algo?

Filo. ¡Ay Teodorico, esto es atroz! ¿Estamos solos?

Teod. Sí.

Filo. No, no. (*Dirigiéndose á la caja por donde ha salido.*)

Teod. ¡Qué sí señora!

Filo. Pues bien Teodorico.....no sé si decirte...., pero contigo tengo confianza.

Teod. Pero, ¿qué es eso?

Filo. Mira, ¿qué ves allí?

Teod. ¡Un caballero!

Filo. Pues ese caballero me viene siguiendo.

Teod ¿A usted? ¡Está loco!

Filo. ¡Sí, loco, loco por mí! Viene de Madrid en busca mía: vivimos en la misma fonda cuando yo estuve en la corte hace tres meses. . . . se me declaró y. . . . ¡ay! tuve la debilidad de aceptar.

Teod. ¡María Santísima!

Filo. Y allí está, viene á que le cumpla mi palabra

Teod. Pero, ¿y si su hermano de usted se entera?

Filo. Lo mata; pues ese es el apuro.

Teod. ¿Y si el señor Paredón lo sabe?

Filo. ¡Un duelo! Yo la causa... ¡ay! y él allí... míralo...

Teod. Y viene... ¡Anda! Mírelo usted, que viene.

Filo Es verdad. ¡Dios mío!

Teod. Ya está aquí.

ESCENA VII.

DICHOS Y ATILANO, segunda izquierda.

Atil. ¡Filo!... Tú... ¡Ah!. . Un joven... ¡Oh!...

Filo. ¡Atilano! ¡Ah! (*Cae sobre Teodorico.*)

Teod. ¿Eh? (*Levantándola.*)

Atil. ¡Ah! .. ¡Cada día está más llena! ¡Filo, Filo! ¡Perdón, perdón! (*Al ir á arrodillarse se le cae un puño y tropieza con la suela de la bota, que la llevará desprendida.*)

Filo. ¡Ay!

Atil. No, no es nada, la emoción

Filo. Atilano, váyase usted... no puedo amarle...

Atil. ¿Qué no?

Teod. No, señor, la es imposible; créame usted, caballero.

Atil. ¿Y el corazón, joven?

Teod No sé.

Filo. Pero, ¿á qué ha venido usted aquí?

Atil. Por usted y solo por usted.

Filo. ¡Ay! Si mi hermano te viera, hombre perdido.

Atil. ¿Yo hombre perdido?

Teod. Sí.

Atil. Ya lo sé, joven; pero más perdido que era, digo, que estaba en Madrid, era imposible, imposible, Filo adorada, imposible, joven... joven batidor. Yo en Madrid no comía ni dormía; sentía aquí un vacío, y este vacío sólo de una manera puedo llenarlo.

Filo. ¿Cómo?

Atil. Comiendo, durmiendo, volviendo la tranquilidad á mi espíritu, perdida desde el momento que te ví... y te amé y jugamos al tute.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Teod. ¿De modo que se conocieron ustedes en una fonda?

Atil. Sí, joven, en una fonda. Yo estaba empleado en la Deuda. ¡Qué tiempo aquel! Al irse ella cambié de fonda.

Teod. ¿Por qué?

Atil. Por la Deuda. La oficina estaba lejos; además, todo me recordaba aquellas frases que me dirigías. Te amo, me dijiste una noche.

Fllo. Fué en un rasgo de pasión.

Atil. Fué en un pasillo.. Te amo, me decías, soy libre, rica, tengo garbanzos... tengo patatas... yo ví en lontananza un coci.. digo un porvenir risueño, juramos casarnos, y desde entonces voy por tí dejando pedazos de mi alma, (*Se arranca un cacho de suela y la tira.*) y hoy, hoy que vengo á buscar aquel coci.. digo aquel porvenir, ¿quieres que me vaya? ¡Nunca!

Filo. Atilano, cómo.....

Atil. Yo, no.

Filo. Digo que cómo te convencería de que no puedo amarte. ¡Vete, Vete!

Atil. ¡Nunca!

Teod. Váyase usted, mire usted que lo mandan á la cárcel.

Atil. Joven, al corazón no se le manda.

Teod. Aquí lo mandan á usted con corazón y tóo

Atil. No me importa. Yo perdí la felicidad una vez y no quiero perderla otra. Siendo joven me fuí á América; dije, allí me caso con una americana y vuelvo con ella: llegué la encontré, y á los dos años ya estaba en España.

Teod. ¿Volvió usted con la americana?

Atil. Volví en mangas de camisa, lo perdí todo, se interpuso otro hombre, tuvimos un duelo... por la muerte de una tía mia y tuve que regresar. Encontré á ésta, la adoro, es mi única esperanza. ¿La voy á dejar? No, no; ó arráncame el corazón. ó..

Filo. ¡Mi hermano!

Teod. ¡Lo matan!

Filo. ¡El confitero!

Atil. ¡El. . .!

Teod. ¡El. . .!

Atil. ¡El. . . . delirio! . . .¿Y qué hago yo?

Filo. Dí que eres otro, disimula.

Atil. ¡Chito! Callarse, dejadme á mí.

ESCENA VIII.

DICHOS, EL ALCALDE Y PARREDON, *foro izquierda.*

Alc. ¡Hola! ¿Tú aquí?

Par. ¡Hermosísima Filo!

Alc ¡Calle, un forastero!

Atil. Servidor de usted, excelentísimo señor Alcalde.

Alc Por muchosa fios

Par. ¿Quién será?

Filo. Pues este señor me..(*Azorada.*)

Teod. Preguntaba por usted. (*Idem.*)

Atil. Con efecto, yo acabo de tener el honor de llegar de..

Teod. De fuera...viene de fuera.

Par. ¿Si será el músico?

Alc. ¡Es verdad!

Atil. Y vengo con el exclusivo objeto...

Alc ¿De tocar?

Atil. (¡Contra?) Diré á usted...

Alc. ¿Usted viene del pueblo de al lado?

Atil. Con efecto.., y...

Par. ¿Y ha venido usted á pie?

Atil. Sí, señor.

Alc ¿Con los cuatro?

Atil. No...me he atrevido.

Alc. Entonces no diga usté más, usted es Pérez.

Atil. Pérez... ¿Yo... Pérez?

Filo. Sí...eso decia

Teod. Que era Pérez.

Alc Venga usted á mis brazos señor Pérez.

Par Y á los míos. (*Se abrazan.*)

Alc. Usted viene á salvar al Ayuntamiento.

Atil, ¿Yo?

Alc. Sí, señor.

Atil. (Si estará vacante la plaza de secretario?]

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con efecto, señor alcalde, el Ayuntamiento puede contar conmigo.

Alc. Pues de usted es la plaza....

Atil. (Me dan un destino) Pero, caramba, ¿cómo me han conocido ustedes?

Par. ¡Pues poco conocido que es usted!

Atil. (¿Conocido? Me dan una paliza)

Alc. Su buena fama de usted ha llegado hasta aquí.

Atil. ¿Buena? (No me conocen.)

Alc. Sabemos que usted pide mucho dinero.

Atil. (Pues sí que me conocen.)

Par. Pero mucho dinero.

Atil. ¿Yo? Es una calumnia, nunca he pasado de dos pesetas; toda la calle de Sevila es testigo.

Alc. Y diga usted, ¿cómo ha venido usted tan pronto?

Atil Toma. porque he venido á caballo.

Teod. (A *Atilano*] (¡Burro!)

Atil. ¿Qué?

Teod. Que diga usted que burro.

Atil. (*Al Alcalde,*) Burro. No, que he traído burro.

Alc Pues aquí le esperábamos á usted como al santo advenimiento.

Par. Usted nos salva.

Atil. ¿Yo?.. Pero, ¿cómo?

Alc. ¿Cómo? Tocando el clarinete.

Atil. ¿Qué?

Alc. Tocando el clarinete como usted sabe tocarlo, que es como no lo sabe nadie.

Atil. No, no lo sabe nadie....ni yo tampoco....

Teod. (Diga usted que sí ó lo matan.)

Atil: Es decir....ni yo..,ni yo....sé como lo toco; mire usted, cómo lo tocaré.

Alc. Pues aquí hay que tocar una *Marcha de Cadiz* como no se haya oído nunca.

Atil. Una marcha..¿Aquí lo que hace falta es una marcha?

Par. Sí, señor.

Atil Pues hasta luego.

Alc. Quiá, hombre, usted se queda á comer con nosotros.

Atil. ¿A comer?

Alc. Sí, señor.

Atil. Me quedo. ¿Hay cocido?

Par. Hay.

Atil. Me quedo.. (Y sea lo que Dios quiera.)

Par. Pues vamos á mi casa y que tome un bocao y allí le acabaremos de explicar la cosa.

Alc. Vamos. Tú (*A doña Filo* .) prepara un cubierto más.

Filo. (Voy. ¡El tocar! ¡Lo m tan!) (*Vase confitería.*)

Teod. Sacaré los dulces. (*Vase.*)

Atil. Yo como.. pero después . ¡ay! no se reparten esquelas. ¡Me decapitan! (*Vanse todos confitería*,

ESCENA IX

DROGRAOIAS [El Flautín], EL TROMPA, EL FAGOT y PLATILLOS, foro derecha

Música

Todos Somos cuatro músicos
de Majalandrín.

Fagot Soy fagot.

Trom. Soy trompa.

Flaut. Yo soy flautín.

Plat, Yo con los platillos
hago chin, chín chin.

Todos Y los cuatro juntos,
sin vacilación,
somos los mejores músicos
de toda la nación
que hay en toda la nación.

Fagot Hago yo locuras
con el instrumento.

Trom Todo lo domino.
si es cuestión de viento.

Flaut Yo hago filigranas
con este flautín

Plat. Yo con los platillos
hago chin, chín, chín,

Todos Y los cuatro juntos,
sin vacilación,
somos los mejores músicos

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de toda la nación
que hay en toda la nación.
Venimos ayudar á un clarinete
que toca cuando menos como siete
y vamos á salir
cuatro de apuros
pues vale nuestra ayuda
cuatro duros.
La plaza, de seguro,
es cosa nuestra,
y aquí, por si se duda,
está la muestra,
cada uno de nosotros es Bellini
ó Wagner, ó Mozart ó Bocherine
agot. Y al ver como tocamos.
laut, Me figuro
que vamos á la cárcel.
lat. De seguro.
agot. Yo he ganado premios
en oposiciones,
rom Yo no envidio á nadie
con estos pulmones.
laut. Soy el primero
con este flautín
lat, Yo con los platillos
hago chín, chín, chín.
Flaut. } Y los cuatro juntos
rom }
agot }
lat. } Y los cuatro juntos.
agot. }
rom. } Sin vacilación
lat. }
rom } Sin vacilación
Todos Somos lo mejorcito
que hay en toda la nación
y por si lo dudan
hay que demostrar
que tocamos más que Wagner
que Rossini y que Mozart,
y ahora mismo lo verán.
Flaut Yo con los platillos
hago chín
Todos Somos de Majalandrín

Hablado.

Fagot. Muy bien.
Trom. Divinamente.
Deog. ¿Y ahora que hacemos?
Plat. Yo con los platillos hago chín, chín, chín.
Deog. Es que yo creo que vamos á probar en este pueblo que somos unos verdaderos genios musicales, porque supongo que lo probaremos.
Fagot. A la fuerza.
Plat. ¿Y diga usted, don Deogracias, nos pagarán?
Deog. A la fuerza. No cabe duda: porque si así no fuera recurriríamos á la fuerza.
Plat Pero, ¿á quién?
Deog. A la fuerza de la guardia civil, porque yo supongo que aquí la habrá.
Fagot. A la fuerza.
Deog. Además que yo estoy decidido á que se nos pague alguna vez al tenor de lo que tocamos.
Trom. Y yo.
Plat. Justo, que nos paguen al tenor.
Fagot. ¡Ah! ¿Pero va á ver voces?
Deog. Si no nos pagan, ya lo creo.

ESCENA X

DICHOS Y ATILANO con una servilleta puesta al cuello y las manos llenas de dulces.

Atil. ¡María Santísima! ¡Qué manera de comer! ¿Eh?
Deog. Caballero..
Atil. Señores tengo un verdadero placer..
Deog. Nosotros somos los músicos quo vienen de Majalandrín.
Atil. ¡Los músicos! Entonces ustedes ignoran de seguro quién soy yo.
Deog. Nosotros..
Atil. (*Ademán de dirigir.*) Pues bien, yo soy el...
Deog. El cura.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Atil. Más claro yo soy Pérez.
Deog. Pérez.
Fagot. El gran Pérez.
Trom. El invencible Pérez.
Plat. Pérez.
Alc. (*Saliendo con Parsdón.*) Pérez á tocar.
Atil, A tocar *¡tableau!*
Alc. ¡Hola, ustedes!
Atil. Los otros músicos.
Deog. Si, señor, ya estamos todos.
Alc Pues nada, Pérez, á ensayar.
Todos A ensayar, á ensayar.
Alc. Hay que dar el golpe
Atil. ¡Ay, qué golpe! Me lisian.
Par. ¡Viva el ilustre Pérez.
Todos ¡Viva! (*Vanse.*)
Atil. Sí ¡viva! Pué que no viva ni cinco minutos.
(*Vase á la confiteria.*)

MUTACION.

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de selva

ESCENA UNICA

TEODORICO y Coro de Señoras

Música. (1)

Teod, Puesto que todos estais aquí
y mi proyecto ya conocéis,
mucho cuidado, fijarse en mí,
y á ver, muchachas, cómo lo haceis.
Coro. No pases apuros,
que en esta ocasión,
pondremos cuidado.

(1) Se recomienda á los Directores de escena, especial cuidado al poner este número.

pondremos cuidado
al dar la lección.
Teod Mañana, sin falta,
vendrá el diputao,
y quiero tenerle,
y quiero tenerle
bien ensayao,
Aquí están las cartas.
poned atención.
Coro Pero hagamos antes
la colocación.
Teod Vosotras los oros,
los bastos vosotras;
aquí las espadas,
y en éste las copas.
Antes de la marcha
que habeis ensayado,
se canta la letra
como introducción,
Coro Atención.
Teod Atención. (*Reparte cartas.*)
Coro Las mozas de este pueblo.
Teod Fuerte las copas.
Coro Venimos juntas, birín bín dón.
é recibir á usía.
Teod Fuertes los bastos
Coro Con alegría, biri bin don.
Usted se lo merece.
Teod Oros y espadas.
Coro Por su talento, birín bín dón,
y usté aquí ha de llevarse...
Teod Todos los palos.
Coro Nuestro cariño,
birín bín dón.
Teod A mí me da vergüenza
decir á usía, birín bin dón,
que esto que cantan éstas
es cosa mía, birín bin dón.
Coro Birín bín dón,
es una hermosa
composición.
y está temblando
de la emoción,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

birin bin dón,
birin bin dón.

Teod Ahora varía
y entra la marcha,
mucho cuidado
con el compás.
Primero fuerte,
luego piano,
y un gran crescendo
para final.

Coro Un gran crescendo
para final.

Teod (*Con las cartas colocadas de canto entre los labios.*)
La ra la rá

Coro La ra la rá.
Viva el representante
de Machacón de abajo.
de Machacón de abajo
al que dedica un himno
el pueblo entusiasmado.
el pueblo entusiasmado.
Que viva nuestro Alcalde
y viva Machacón,
y viva Machacón,
el pueblo más ilustre,
el pueblo más ilustre
de toda la nación;
el pueblo más ilustre
de todo la nación;
ta ra ra lá.
Es muy bonito el orfeón,
es muy bonito el orfeón;
hay que admirar
á Machacón.
hay que admirar
á Machacón.

MUTACION.

CUADRO TERCERO.

Telón de casa blanca. en la pared pintados peroles, etc., que le dé carácter de trastienda de confitería.—Puerta al foro.—A la derecha, puerta lateral.—A la izquierda, otra puerta colocada diagonalmente de modo que se vea desde todas las localidades. En los cuarterones de esta puerta habrá dos agujeros grandes, como si fuera la puerta de una despensa.—Dos mesas y sillas, y sobre ellas bandejas, tarros de dulce, etc,

ESCENA PRIMERA.

PAREDÓN, DEOGRACIAS, FAGOT, TROMPA Y PLATILLOS foro.

Par. Por aquí, pasen ustedes, esta es la trastienda. Dejen ustedes aquí los instrumentos.

Deog ¡Por Dios, no se moleste usted!

Par. Quite usted, si no es molestia (*Coloca los instrumentos junto de la pared.*) ¡Ajajá! ¿Conque quedamos en que ustedes nos sacan del apuro tocando la *Marcha de Cádiz.*

Deog ¡Ya lo creo! Si nuestra especialidad son las marchas.

Par. ¿No se cansan ustedes?

Deog Nunca; recientemente tocamos una marcha en Toledo, y cómo sería que al día siguiente pidió el público nuestra marcha, ¿Os acordáis? ¡Oh!.. ¡Qué marcha aquella!

Tram Carretera arriba.

Par. Bueno, pues con ustedes, dirigidos por Pérez, nos hemos salvado, porque creo que ese Pérez es una notabilidad.

Deog No le conozco, pero dicen que es maravilloso.

Par. Pues nada, señores, á tomar cualquier cosita que voy á estar á la mira de unas almendras que estamos haciendo para obsequiar al diputado. Pasen ustedes.

Deog Hasta luego. (*Hacen mutis todos, foro.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA II

TEODORICO lateral derecha.

Pues señor, me caso; porque en cuanto yo le diga al señor Paredón que ese músico no es músico y que viene á quitarle la novia, de agradecido me deja que me case con Clarita, y nos vamos á vivir á un cuartito, donde pondré mi nido de amor. Un pisito segundo ó principal, aunque yo creo mejor el segundo Justo, el segundo.

Par. (*Dentro llamando*) ¡Teodorico!
Teod. ¡El principal!

ESCENA III

DICHO Y PAREDON. Esta escena muy rápida.

Par. Pero, hombre, ¿dónde te metes?
Teod. Trabajando, señor Paredón.
Par. Anda, arregla esta habitación, quita todo esto.
Teod. Pero diga usted, ¿dónde lo meto?
Par. Ahí, en ese cuarto (*Lateral izquierda*)
Teod. Pero si ahí en ese cuarto está la anaquelería á medio clavar y se va á venir abajo.
Par. No importa, colócalo todo, es necesario que quede esto libre, va á tocar Pérez, lo ha comprometido el alcalde.
Teod. ¡Pérez! Mire usted señor Paredón que Pérez...
Par. Que te des prisa ¡eal (*Hace mutis Paredón.*)

ESCENA IV.

TEODORICO, después CLARITA.

Teod. ¡Pérez! ¡Qué va á tocar Pérez! ¿Pero cómo va á tocar si no sabe? ¡Ay! A ese hombre lo matan aquí.

Clar. (*Saliendo.*) ¡Teodorico!
Teod. Clarita,
Clar. ¿Qué haces?
Teod. Desesperarme.
Clar. Nuestra situación se hace...,
Teod. Cá, no lo creas, ahora es cuando estoy más convencido de que me caso contigo.
Clar. ¿De veras? ¿Y cómo?
Teod ¿Qué cómo? Anda, ayúdame antes á meter toda esto aquí.
Clar. ¿Ahí? pero si eso se va á venir abajo.
Teod. ¡Qué quieres! se ha empeñado tu padre.... yo ya se lo he dicho que aquí había muchas cosas. Anda, dame la guinda.
Clar. Ahí va.
Teod. Dame ahora la batata
Clar. Toma.
Teod. ¡Uy!
Clar. ¿Qué pasa?
Teod. Que esto no resiste. En fin, allá él. Ahora te voy á hacer un regalito.
Clar. ¿Qué?
Teod. Caramelos. Los he hecho yo mismo. Toma, de fresa.
Clar. ¡Cada vez que pienso que vamos á ser desgraciados!
Teod. De pifiá.
Clar. ¡Y todo por culpa de mi padre!
Teod Tu padre está demente.
Clar. ¿Pues, y la viuda?
Teod. De menta. Esta mañana hablé con ella.
Clar. ¿Y qué te dijo?
Teod. Vainilla. Una cosa que es un secreto y que me va á valer tu mano.
Clar. ¿De veras?
Teod. Y tanto.
Clar. ¡Ay, si fuera verdad!
Teod. [*Con mimo.*] Clarita....
Clar. [*Lo mismo.*] ¡Teodorico!
Teod ¿Me quieres mucho?
Clar. Muchísimo
Teod ¿Te acuerdas cuando te hacía el amor en la huerta del señor alcalde?

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Clar. Sí, sí, ¿y cuando corríamos detrás de los patos?
Teod. Sí, sí.
Clar. ¿Te acuerdas de aquellas dos patás?
Teod. ¿Te acuerdas de las dos patas que me dió tu padre?
Clar. ¿A que se te ha olvidado aquello que cantabas de los patitos?
Teod. ¿A que no?
Clar. ¿Cómo era?
Teod. ¿A ver?
Clar. Así.

Música

Teod. Yo soy el pato,
Clar Yo soy la pata.
Teod. Que en el estanque
suelen andar.
Clar Ven acá, ingrato.
Teod. Ven acá, ingrata.
Los dos Nada que nada
sin descansar.
Teod. Cuando algún pato
se muestra ingrato.
Clar La pata suele
moverse así.
Teod. Hasta que tierno
y enamorado,
la dice el pato
con frenesí:
Los dos Cara-ca-cuá, cara-ca-cuá.
Teod. Ven acá, patita,
no seas tan mala;
mira que te quiero,
no ahueques el ala.
Clar No quiero mirarte,
déjame ya sola,
porque ningún pato
se arrimó á mi cola.
Teod. Reina del estanque
voy á hacer que seas.
Clar Es usted un bicho
con malas ideas.

Teod Si me quieres haces
mi felicidad.
Clar Ya me va cargando
tu patosidad.
Teod. Yo soy el pato,
Clara Yo soy la pata.
Teod. Que en el estanque
suelen cazar,
los pececitos
coloraditos.
y yerbecitas
para almorzar.
Clar Por la orillita
va la patita.
Teod. La sigue el pato
con ilusión.
Los dos Después al agua
se van juntitos
y cantar suelen
esta canción·
cara-ca-cuá, cara ca cuá.
Teod. Mueve la colita
con mucha ilusión.
Clar Es usté un patito
con mala intención.
Teod. Ahora extiende el ala
y el piquito así.
Clar Yo me pongo mala.
yo me voy de aquí.
Teod Al mirar tu garbo
y tu gentileza,
ya toda la sangre
tengo en la cabeza.
Clar Yo soy muy dichosa
siempre que te veo;
no me aprietes tanto,
porque me mareo.
Teod Siempre que te miro.
como eres divina,
¡ay! que se me pone
carne de gallina.
Clar No me digas eso,
no seas pillín,

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque me resultas
un calabacín.

Los dos Cara ca-cuá,
cara ca-cuá.

Teod Mueve, mueve el cuerpecito,
porque me haces muy feliz;
cara-ca cuá,
cara-ca-cuá.

Clar Déjame, mi Teodorico,
que esto va á ser un desliz;
cara ca-cuá,
cara-ca-cuá.
Déjame mi Teodorico,

Los dos que esto va á ser un desliz;
mueve, mueve el cuerpecito.
porque me haces muy feliz.

Clar ¡Ay!

Teod ¿Qué te pasa?

Clar Que mi padre va á venir. *(Hacen mutis.)*

ESCENA V.

ATILANO y DEOGRACIAS salen lateral derecha sigilosamente. Atilano sacará en la mano dos clarinetes y un pañuelo con almendras.

HABLADO.

Atil. Pase usted (*Entran cogidos de la mano y cierran todas las puertas.*)

Deog Bueno, pero...

Atil. ¡Chist! (*Tapándole la boca cierra otra puerta*)

Deog Oiga usted, pero...

Atil. ¡Chist! (*Cierra otra puerta y adelanta con sigilo.*) ¡Caballero! quiere usted unas almendras garapiñadas?

Deog No me gustan. ¡Pero se puede saber por qué nos encerramos aquí?

Atil. ¡Va usted á saberlo! (*Se guarda las almendras en el sombrero y se lo pone.*) ¡Estamos solos! Caballero, ¡La muerte! (*Deogracias retrocede asustado*) ¡El suicidio! ¡El asesinato! ¿Qué escoge usted?

Deog ¡Caracoles!

Atil. Caracoles, ¿eh? Bueno. Pues el suicidio el asesinato me esperan de seis y media siete menos cuarto.

Deog. Pero, ¿dónde?

Atil Aquí. Voy á morir de resulta de la marcha

Deog. ¿Va usted á correr mucho?

Atil. No me dejarán... que si me dejaran, ¡qué galop, caballero, qué galop!

Deog. No comprendo.

Atil. Me explicaré para que usted se horrorice. ¿Ve usted que tengo esto entre mis manos?

Deog. Sí, señor.

Atil. Parece que lo toco. ¿verdad?

Deog. Sí, señor.

Atil. Pues no lo toco. Es decir, que de aquí.. (*Acción de tocar*) ni tanto así.

Deog. (*Asombrado.*) ¿Qué?

Atil. Que yo, caballero, no soy lo que usted se figura.

Deog. ¿Pero usted no es Pérez?

Atil. No, señor.

Deog. ¿Pero usted no sabe tocar?

Atil. Ni un pimiento.

Deog. ¿Pero usted no sabe componer?

Atil. ¿Si yo supiera componer, cree usted que llevaría las botas así?

Deog. Pues si usted no es Pérez, ni compone, ni toca, usted es un sinvergüenza.

Atil. Servidor de usted. El Alcalde confía en mí, me cree Pérez, de mí espera su salvación, y yo que he venido aquí por su hermana. ¿qué voy á tocar?

Deog. ¿De modo que usted ha venido por el amor?

Atil. Sí, señor, amo pero no toco.

Deog. Pues es raro.

Atil. La desgracia, el destino, ó el hado me pusieron esta mañana frente al Alcalde. Yo al verle me quedé frío,

Deog. Entonces fué el hado.

Atil. No, señor, frío nada más. Por no vender el secreto de mi amor, tuve que pasar por Pérez; entonces el Alcalde me dijo: «Pérez, usted es mi salvación, ó toca usted ó

vamos á presidio. Si usted toca, para usted es la plaza...»

Deog ¿Qué plaza?

Atil. No sé, debe ser la plaza de toros. "Si usted no tocara, añadió: Antes de perderme yo.. lo colgaría de una higuera... Pérez, no haga usted que me pierda; Pérez, no se pierda usted" Yo al oír aquello estuve por irme.

Deog ¿Y porqué no se fué usted?

Atil. Por no perderme; no ve uste que no sé los caminos.

Deog ¿Y qué va uste á hacer?

Atil. Agarrarme á usted. (*Lo coge.*)

Deog ¡Cuerno!

Atil. Si no tiene usted escape, usted es mi áncora .. mi escape de áncora...digo mi áncora salvadora...

Deog ¿Pero qué quiere usted do mí?

Atil. Que me salve usted.

Deog ¿Cómo?

Atil. Tocando por mí. Tengo un proyecto y estos dos clarinetes que me ha dado el señor Alcalde. Y si usted quiere. y usted toca... toque usted. (*Deogracias va á tocar el clarinete.*) ¡Chist! No es eso, digo que si usted toca, toque usted aquí.(*Señalando el bolsillo del chaleco.*)

Deog ¿Dinero?

Atil. Dos duros y medio para usted.

Deog Me parece que no voy á ver el medio.

Atil. (Ni los dos duros tampoco)

Deog Porque... ¿por qué medio le puedo yo salvar á usted?

Atil. Es muy facil; usted se encierra en este cuarto (*Lateral izquierda.*) y se coloca detrás de esa puerta; yo pongo el atril aquí al ladito, coloco al público á este otro lado, lo más lejos posible, y á una señal convenida, rompe usted á tocar, procurando arrimar el clarinete á esos agujeros para que se oiga bien, simulo yo que lo hago, la ilusión del auditorio es perfecta, satisfago al Alcalde me salvo yo...

Deog Y doce pesetas y media para mí.

Atil. Duro sobre duro.

Deog Bueno, algo difícil es.

Atil. Por Dios, no me obandone usted don... ¿Cómo se llama?

Deog Deogracias.

Atil. Gracias.

Deog No. Deo.

Atil. Pues bien. Deogracias; yo le daré á usted gracias si usted mueve el deo (*Acción de tocar.*) en obsequio mio.

Deog Hecho. Cuente usted con migo. Pero antes pongámonos de acuerdo. ¿Usted sabe algo de música?

Atil. Nada.

Deog ¿No sabe usted la escala?

Atil: ¿Qué escala? Do, re mi, fa, sol, la.

Deog Sí.

Atil. Do digo no, no se ni eso.

Deog ¿Sabe usted lo que vale una negra?

Atil. No, señor, ¿pero deben valer poco, verdad?

Deog ¿Y cuánto vale una blanca?

Atil. Hombre, las hay .. según.

Deog Pues sería conveniente que supiera usted algo. Mire usted. una blanca equivale á dosnegras, y si coloca usted dos negras y cierra con la blanca. ¿qué resulta?

Atil. Dominó.

Deog Qulá, hombre! en fin, si le qarece á usted tocaré un aire de mazurca,

Atil. Perfectamente,

Deog Pues no olvide usted que empezamos con un aire, ¿eh ?

Atil. Y usted no olvide que mi felicidad está en el aire... con que aire.

Deog ¿Qué?

Atil Que adentro. Que me salve usted.

Deog (*Entrando*)Aquí hay muchas cosas.

Atil. No importa, adentro. ¡Que se acercan!

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA VI.

ATILANO y DROGRACIAS.

Atil. ¡Atilano! Te has salvado.
Deog (*Saliendo*] Oiga usted.
Atil. Adentro, hombre.
Deog Que me dé usted la señal.
Atil. Pero si no tengo suelto,
Deog Si es la señal para empezar á tocar.
Atil. ¡Ah, es verdad. Mire usted, en oyendo *A una*, empieza usted.
Deog Corriente, ¿y para concluir?
Atil. Para concluir, yo le daré á usted una patada.
Deog ¿Dónde?
Atil. En la puerta.
Deog Muy bien.
Atil, Pues adentro, que llegan.

ESCENA VII.

ATILANO, EL ALCALDE, SECRETARIO, PAREDON TAPIA, TEODORICO, DOÑA FILO y CLARITA.

Alc. ¡Adelante, señores! ¡Hola, señor Pérez! ..
Atil. Señores...
Alc. Apuesto á que estaba usted ensayando, ¿eh?
Atil. Efectivamente. Hacia unas variaciones para ver cómo estaba el clarinete.
Alc. ¿Y cómo est ?
Atil Está bien, gracias,
Teod. (A *Atilano*) (¡Está usted perdido!)
Atil. (¡Quita hombre!)
Alc ¿De modo que es buen instrumento?
Atil. Es un clarinete magnífico., pero magnífico .. toca solo ... pero que toca solo,
Teod. (A *Atilano.*) (Aquí muere usted)
Par. ¡Y decía Cirilo que le faltaba una llave!
Atil. Es verdad, pero...
Alc. Diga usted, ¿y si no tiene usted llave qué va usted á hacer á la noche?

Atil. Llamaré al sere... digo no, á mí me da lo mismo; de todos modos probaré mis modestas aptitudes á la noche y ahora, y si desea el señor alcalde obsequiar á sus relaciones con un ligero concierto.,.
Alc. Toma, como que á eso hemos venido.
Teod. (A *Atilano*) (Si quiere usted encargarme su última voluntad, me lo encarga)
Alc. Bueno, pues entonces á sentarse, señores.
Par. ¡Teodorico!
Teod, ¿Qué manda usted?
Par Sácate la fuente de los bizcochos.
Teod, Voy. (*Vase.*)
Alc Pues á sentarse. (*Todos cogen sillas y se sientan al lado del atril; Atilano se queda mirándolos y los hace retirarse*)
Atil Señor alcalde, un momento; un poquito más lejos, hagan ustedes el favor, así llega mejor la melodía.
Alc. Correrse. (*Se sientan en el otro lado*).
Sec. [A *Atilano*) Si puede usten tocar una melopea haga usted favor.
Atil Una melopea se tocará,
Sec. Sí, porque mire ussted, el director de la banda que vino el año pasao era fatalísimo, no le hacían caso ni los músicos, cuando cogía la batuta y decía á u...
Atil (*Tapándole la boca.*) ¡Chist! ¡Por Dios! ¿Qué decía?
Sec. A u..(*El mismo juego*)
Atil ¡Chist! ¡Más bajo¡
Sec. (*En voz muy baja.*) Que cuando decia á una no le hacían caso.
Atil ¿No he? Pues siéntese usted [*Va á sentarse*]
Alc Cuando usted quiera.
Atil Voy á empezar. (*Toca y se prepara*)
Alc. Ande usred.
Atil A una... [*Simula que tose.*] ¡A una!
Alc. Ande usted.
Atil No, voy; voy... es que .. ¡A una! [*Se desespera porque no toca.*)
Alc. Pero, ¿qué es?
Atil Que no oye, digo que voy.
Sec. ¿Alguna obstrucción acaso?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Atil. Voy á ver (*Mira el clarinete al revés.*)
Alc. ¿Tiene algo?
Atil. Si parece que...(*Suena el clarinete que está dentro. Atilano se pone precipitadamente le clarinete en la boca por el revés y luego lo vuelve.*)

Música.

(Durante este número no toca el clarinete que está dentro.)

Todos Hay que poner
mucha atención,
para admirar
su ejecución;
no hay que alentar,
no hay que chistar.
Chitón, chitón,
que va á empezar;
hay que poner
mucha atención.
para admirar
su ejecución.

Filo. ¿Cómo señor,
se va á arrreglar?
Veremos, pues,
que va á tocar.

Todos ¡Ay qué maravilla!
No tiene rival.
Este clarinete
vale un dineral.
toca con un gusto,
y una afinación,
que va á ser preciso
darle una ovación

Atil. Yo estoy escamado,
yo empiezo á temblar,
pues sí, por desgracia,
como es de esperar,
se va á armar aquí una
que va á ser atroz.
se fijan y notan
que no toco yo,

¡Ah! ¡Oh! ¡Ah! ¡Oh!
Todos Toca con un gusto
y una afinación...
¡Ah! ¡Oh! ¡Ah! ¡Oh!
que va á ser preciso
dare una ovación.
Alc. ¡Con qué delicadeza.
toca el solo
Par. El solo es una orquesta.
magistral.
Filo ¡Cuidado cómo enfila
los bemoles!
Tapia No he visto yo en
mi vida cosa igual
Sec. Su fama musical es merecida!
Alc. A mí me tié este tío atolondrao.
Habrá que darle todo lo que pida.
Todos Si no se extralimita y es honrao.
Filo. Yo estoy asombrada
y estufepactada.
¿Cómo toca este hombre
tan divinamen...
sin saber ni jota
ni dar una nota?
¡Esto es un milagro
de la providencia!
Atil ¡Caracoles, caracoles,
qué fatigas paso aquí,
esto tiene tres bemoles,
cuatro soles y hasta un mi!
Todos ¡Qué bonito es lo que toca!
¡Qué marcado es el compás!
escuchando tal melodía,
me dan ganas de bailar.
¡Ay, qué ejecución
tan piramidal,
nunca he visto yo
una cosa igual;
este clarinete
vale un dineral!

—

(Terminado el número sigue tocando el clarinete dentro, y Atilano da patadas en la puerta, sin quitarse el clarinete de la boca.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HABLADO.

Todos Bravo, muy bien, muy bien.
Alc. Magnífico.
Sec. Inconmensurable.
Filo. ¡Dios mío! ¿Pero cómo toca este hombre? ¡Si yo hubiera sabido que tocaba así!
Par. No se canse.
Atil. (*Dando patadas en la puerta*) (¡Calle usted
Alc. Bueno, basta, basta, magnífico.
Sec, Basta.
Par. Basta, hombre, basta.
Atil Es que me falta el ritornelo.
Alc. Basta. [*Calla el clarinete,*]
Atil (¡Gracias á Dios!) (*Deja el clarinete sobre el atril*)
Alc. Señores este hombre es la maravilla más grande que he oído.
Atil Señor Alcalde, gracias, mi modestia...
Alc. Por lo tanto, gritemos todos: ¡Bien por Pérez!
Atil Gracias, señores, gracias.
Alc Pero gritemos todos á una. (*Suena el clarinete dentro; Atilano coge el otro y se lo lleva á la boca precipitadamente y al revés.*)
Alc. Pero no se moleste usted más.
Todos No se moleste, no se moleste.
Alc. Y está tocando al revés.
Atil No es molestia.
Sec ¿Pero toca usted al revés?
Atil (¡Cuerno!) (*Calla el clarinete*)
Alc ¿Qué era?
Atil Es que se ha quedado una llave abierta y se conoce que se ha salido una semifusa.
Alc Clérrelo usted bien.
Atil. No tenga usted cuidado ya está echada la llave.
Alc Bueno, pues decia yo que á un músico así, hay que darle una plaza, y la plaza es de usted.
Atil. Bueno, ¿Pero qué piaza es esta? ¿La plaza de abastos?
Par. Quiá, hombre, la de director.
Alc Usted. duro con los músicos, que salga

bien mañana esa *Marcha de Cádiz* y d
usted es el pueblo.
Atil. Señores: gracias en nombre del arte d
Rossini, de Bellini, de Donizetti y de Ma
zantini.

ESCENA VII.

DICHOS y MOZO 2.º que entra precipitadamente.
Mozo 2.º ¡Señor Alcalde! ¡Señor Alcalde! Señores. estamos perdidos.
Alc ¿Qué pasa?
Mozo 2.º Ná, que acaba de llegar el ordinario d
Majalandrín con un recao pá usted.
Alc ¿Qué recao?
Mozo 2.º Pues que Pérez, el tocador de clarinete no puede venir.
Todos ¿Eh?
Atil. ¡Señor mío Jesucristo!
Alc ¿Pero quién te ha dicho eso?
Mozo 2.º El ordinario.
Atil. No haga usted caso de un ordinario com ese.
Par. ¿De modo que Pérez?...
Mozo 2.º Ha caído malo.
Atil. (Fallezco)
Alc ¿De modo que?
Atil. (*Escondiéndose detrás del atril*) Señor A calde...
Alc ¿De modo que usted no es Pérez? ¿Uste se ha atrevido á burlar á la autoridad? una... autoridad (*El clarinete toca dentro Atilano vuelve á coger el clarinete y á simular que toca.*) ¿Se burla usted de mí.?
Atil. No, no, si es que...(*Sigue tocando*)
Alc ¡A callar!
Atil. No puedo
Alc ¡Silencio he dicho! (*Le quita el clarinete sigue tocando dentro.*)
Todos ¡Oh! (*Asombrados.*)
Alc ¿Pero qué tiene este clarinete?
Atil, Que toca solo, ya se lo he dicho á usted. (*Ruido de cacharros y voces dentro*)
Deog (*Dentro*) ¡Ay, ay!

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

...los (*Asustados.*) ¡Ah!
...eog (*Dentro*) ¡Socorro! ¡Socorro!
...lc. Pero, ¿quién está ahí? (*Parlón va á abrir la puerta.*)
...eog. (*Sale con toda la cabeza y el traje lleno de dulce.*) ¡Ay, ay!
...odos ¡El flautín!
...eog. ¡Me he matado!
...lc. ¿Pero está usted herido?
...eog. ¡No sé!
...lc. Pero, ¿qué tiene usted en la cabeza?
...eog. El cabello.
...lc. Ya lo sabemos.
...eog. ¡El cabello de ángel; se me ha roto un tarro en la cabeza, el guirlache me ha hecho un chichón, y además...mire usted cómo tengo la ropa!
Atil. Eso es guayaba.
...og. ¡Si le hubiera pasado á usted!
Atil. Digo que es dulce de guayaba, hombre.
Alc En resumidas cuentas ¿usted qué hacía ahí?
Todos Eso es, ¿Qué hacía usted ahí?
Atil. [No me descubra usted] (*Tirándole del saco*)
...og Pues miren ustedes, yo he entrado á tocar el clarinete para salvar al señor (*Todos le amenazan.*)
Atil. ¡Señores, señores, no hagan ustedes caso; este hombre no sabe lo que se dice, el guirlache le ha trastornao la cabeza!
Deog No señor, usted no es Pérez, ni toca, ni nada. Usted ha venido aquí...
Filo. ¡Dios mío!
Deog Por el amor de una mujer.
Filo. ¡Ay! (*Cae desmayada encima del alcalde*)
Par. ¡Agua!
Clar ¡Éter!
Alc ¡Vinagre!
Filo. No, no es menester.
Alc A ver, inmediatamente avisa al alguacil que lleve á este tío á la cárcel. (*Mutis el mozo.*)
Atil. (*Cayendo de rodillas.*) ¡Señor Alcalde, señor Alcalde, perdón! Es cierto, sí; yo he venido aquí por el amor.

Par. ¿Con que es cierto?
Atil. Pero no por el amor de esa vieja como ustedes creen.
Filo. ¡Qué grosero!
Par. ¿Que no?
Atil. No, yo amo á otra.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS y TEODORICO con una fuente de bizcochos.

Alc ¿Y á quién?
Atil. A Clarita.
Teod. ¿A Clarita!.. ¡Embustero! (*Le tira la fuente á la cabeza.*)
Todos ¡Los bizcochos! (*Atilano los coge.*)
Teod. Usted á quien ama es á doña Filo.
Atil. (*Amenazándole con un bizcocho*) ¡A doña Filo! Hombre, si no fuera porque hay tanta gente delante me lo comía. (*Se vuelve y se come el vizcocho.*)
Par. ¿Esto sabe usted cómo se arregla?
Alc ¿Cómo?
Par. Llevando al señor á la cárcel y que el flautín se encargue de dirigir la *Marcha de Cádiz.*
Alc Conforme. Usted á reunir los músicos, y usted á la cárcel.
Atil. Pero...
Alc A la cárcel.
Atil. Déjenme ustedes despedirme.
Alc Pues pronto.
Atil. Confiado en tus.. (*Se quita el sombrero y se caen las almendras.*)
Par. ¡Las alguacilas para el diputado! ¡Granuja! ¡Ladrón!
Alc Anda, tú despídete de los señores y á la plaza á ensayar.
Clar [*Al público*]
La marcha aquí terminó;
si no te parece mal
aplaude, lo pido yo,
por el himno nacional.

TELON.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PICIO, ADAN

Y

CONPAÑIA

Juguete-cómico-lírico en un acto,

EN VERSO Y EN PROSA.

LETRA DE DON

RAFAEL MARIA LIERN

Música del Maestro

Carlos Maugiagalli.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.
Imprenta de Antonio Vanegas Arroyo.
Santa Teresa núm. 1.

PERSONAJES.

—o—o—

EDELMIRA. PICIO.
ADAN. EMPRESARIO.
CAMARERO.

La acción pasa en nuestros días en los alrededo res de Sevilla.

EL PAPEL DE PICIO PERTENECE AL TENOR CÓMICO Y E DE ADAN AL BAJO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Acto único.

Paisaje; á la derecha fachada de una venta. Mesas en diferentes puntos de la escena. Sillas de diversas clases. En el centro del teatro, á la altura de la tercera caja un pozo. Al terminar el preludio sube el telón.

ESCENA I.

CAMARERO.

Pues señor, bueno está er mundo
(Hablando con acento andaluz muy pronunciado.)
lo ménos jase tres días
que no sirvo una pescá
ni una caña é mansanilla.
Ya se acabaron las juergas!
Ya no hay quien tenga alegría
en er mundo! No hay dinero;
y es claro, en fartando guita,
no hay diversión. Sin metal.....
vaya, hasta las campanillas
suenan tristes. No hay remedio!
Misté qué mesas tan limpias.
(Las que hay en escena.)
Están disiendo á centarse
caballeros, en seguida,
que les voy á dar á ustedes

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

unas bocas de la isla
y un mollate que..... ¡Pues ná!
Ahí están las mezas vasidas
sin que naide las golpée!
No señor; como esto siga
de esta manera, me meto
á cualquier cosa..... ¡Por vida!
(Olfateando.)
¡Huele! ¿Cuánto va á que se me
han quemao las sardinas?
¡Y no son frescas, ni ná.
¡Pos misté lo sentiría. (Entra en la venta.)

ESCENA II.

PICIO.

Sale foro izquierda. Es un tipo cómicamente feo su traje acusa escasez. Recorre la escena, olfatea, sonríe y repentinamente queda triste.

Huele á comida; sí á fé!
¿Mas de qué sirve, responde
majadero, que haya en dónde (Acción de comer.)
si tú no tienes con qué? (Acción de dinero.)
Un pozo ¡Pues á él! Que gozo!
[Llega hasta el brocal, hace la acción de tirarse y de repente se para.]
¡Vaya el último suspiro!
No señor; que si me tiro
veré mi gozo en un pozo.
¡Qué desventurado soy!
Muy infelíz! Saber quiero
porqué otros tienen dinero
y yo ni un céntimo. [Da una palmada sobre la mesa.]

Cam. (Dentro) Voy.

Picio. El cielo será testigo
de lo que con fé le juro.

Como hoy no encuentre ni un duro
hoy me mato. [Otra palmada fuerte y vás.]

Cam. [Dentro] ¡Que voy digo!

ESCENA III.

CAMARERO.

[Saliendo] ¿Quén?
¿Se marchó por el alambre?
Juraría que hubo seña,
(Hace la de dar palmadas.)
y es que con perdices sueña
el que tiene mucha jambre.
[Entra otra vez en la venta.]

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA IV.

ADAN.

(Otro tipo muy tronado. Llega directamente al pozo y á imitación de Picio *va á tirarse de cabeza y se detiene. Empieza el preludio del número musical de Edelmira.*

¡Terminen mis desventuras!
¡Un pozo aquí! ¡Buen presagio!
No, pues según el adagio
no hay que meterse en honduras.
Pero ¿y mis calamidades?
¿Qué es la vida? Una ilusión.
[Otra vez se detiene después de hacer la acción de arrojarse al pozo.]
Mas no es esta la ocasión
de entrar en profundidades.
¿No ganan otros su vida?
¿No hacen otros un caudal?
Mereces por animal.....
Lo mereces! (Dándose una bofetada.)

Cam. [Dentro] En seguida.

Adan. ¿Soy mal actor? ¡Pues maldito!
¿No hay otros mil que defraudan
el arte? Haré que me aplaudan
á rabiar. [Dando dos palmadas sobre la mesa.]
[Vase con rapidez.]

Cam. [Dentro] Voy señorito. [Sale.]

ESCENA V.

CAMARERO.

[Viendo que no hay nadie en escena.]
¡Nadie! ¡Mira y lo verás!
¡Qué no hay nadie! No señor!.....
¡Pues esto és mucho peor
Que las sardinas quemás.....
Pero si hisieron asina (Acción de llamar un camarero.)
Me quedé como una mona
¡Bah! Pues ya está mi persona
mas quemá que las sardinas.
[Vase a la casa.]

ESCENA VI.

EDELMIRA.

MÚSICA.

(*Es un tipo cursi de tiple de Café cantante, sombrero y peluca rubia. Durante el preludio, recorre la escena melancólicamente.*)

Verdes los bellos prados,
risueño el día,
frescas las puras flores
blanda la brisa,
á guardar la existencia
todo convida.
[Trágicamente lo que sigue.]
Sí, pero yo no puedo
guardar la mia. [Va al pozo]

El pozo aquel convídame.
A él y cese el llanto. [Se detiene]
¡Gran Dios, morir si giovanne
io he ho penato tanto.
Debo morir.
pero por más que deba
quiero vivir.
(Wals brillante.)
Como el sol es la esperanza.
Va en ocaso á fenecer
y lo vemos á la aurora
más hermoso aparecer.
La esperanza mía
que ayer murió
con el nuevo día
reapareció.
Sol de mi existencia,
brille tu luz,
viva en tus destellos
mi juventud.
Lejos miro
su fulgor,
mi esperanza
renació.
Como el sol es la esperanza
etc., etc., etc.

HABLADO.

De esperanza bienhechora
fúlgidos, claros y bellos
aún vislumbro los destellos
en el nácar de la aurora.
Aún el mundo diletante
de mi voz esclavo fiel
dejará verde laurel

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sobre mi frente radiante.
Convencida de ello estoy.
Aún allí..... y allí..... y arriba
(Señalando á las butacas, palcos y anfiteatros.)
gritarán: ¡Bravo la diva!
¡Bravo! ¡Muy bien! [Dando palmadas.]

Cam. (Dentro.) Allá voy.

Edel. Tras la obscura tempestad
brilla el sol, renace el gozo.....
¡Quiero vivir!
(Vase corriendo.)

ESCENA VII.

EMPRESARIO Y CAMARERO.

Emp. (Llegando por la izquierda, dando palmadas, y llamando al mozo.]
¡Mozo! Mozo!.....

Cam. [Saliendo de la venta.]
¡Gracias á Dios que es verdad!

Emp. ¿Qué hay para almorzar?

Cam. De too lo der mundo.

Emp. ¿Y bueno?

Cam. No, señó; mejó.

Emp. Bien; pues dispón cuatro cubiertos para dentro de quince minutos.

Cam. En el aire. Ustéd me estrena.
¿Por supuesto que ustéd querrá un almuerzo ar pelo?

Emp. Nada de peluquería.

Cam. Barbián, quise yo decir.

Emp. Sí, gasta lo que quieras.

Cam. Es decir, cobra lo que te dé la gana.

Emp. Eso es. Voy á despedir al cochero; pero vengo en seguida. Dame un bitter con unas gotas de curaçao. [Vase].

Cam. Y que lo tengo yo malillo.

ESCENA VIII.

CAMARERO, ADAN Y PICIO.

Adan. ¿Bitter?

Picio. Ay, quién va á comer.

Cam. Pues la ganancia que den estos.
(Entra en la Venta.)

ESCENA IX.

PICIO Y ADAN.

Picio. ¡Hola! Adan de mis entretelas!

Adan. Hola Picio de mi alma!
¿Tú por aquí? (Se abrazan.)

Picio. Sí, he venido á dar un paseo para hacer la digestión.

Adan. Yo lo mismo. He almorzado tanto que....
[Bosteza.]

Picio. Como yo. (Bosteza.) Es particular, se me abre la boca.

Adan. Será de fastidio.....

Picio. No; es que estoy haciendo una digestión penosa.

Adan. ¿Porqué no tomas café?

Picio. ¡Ca! el café me irrita mucho. Sin embargo tienes razon. Mozo! Mozo!

Cam. Voy. [Sale trayendo el servicio.]
¿Quién llama?

ESCENA X.

DICHOS Y CAMARERO.

Picio. Yo.

Cam. ¿Qué va á ser?

Picio. Mira, traete un..... vaso de agua.
Cam. ¿Con azucarillo?
Picio. No, con rapidez. Estoy sediento.
Adan. ¿Y eso?
Picio. He comido muchas trufas.....
y yo.....ya se sabe en comiendo sardinas.
Adan. ¿Cómo sardinas?
Cam. Beba ustéden esta copa. [Una de las que ha traído.)
(Con cambiarla después, en paz.)
Picio. Camarero, eres hospitalario.
Cam. Con los cómicos mucho!
Adan. ¿Luego nos conoces?
Cam. Como que estuve yo de mozo en el Café del Sur cuando ustedes cantaban en él.
Picio. Basta. Tú también eres artista.
Cam. ¡Y cómo gustaban ustedes!
Picio. Mucho nos han aplaudido en aquél recinto.
Adan. Mucho! ¿Te acuerdas de la noche de mi beneficio? Cuando estrené el Hombre es Débil.
Picio. Sí.
Adan. Tres días hacía que no había comido.
Picio. No podías estar más débil.
Adan. ¡Así salió la obra! (Con entusiasmo.)
Cam. [Ap] Sí, asín salió ella.
Adan. ¡Qué de aplausos! ¡Tres espejos se vinieron abajo con la trepidación!
Cam. Y qué? Es que ahora están ustedes sin contrata?
Los 2. Sin contrata.
Picio. Y el porvenir se presenta feo.
Adán. Mas feo que Picio. [Señalándole.]
Cam. No, si que anda usted vestido.....
Picio. Como Adán. [Señalándole.]

Cam. Como Adán media hora después de la golosina.
Picio. Y pronto nos veremos como media hora antes.
Cam. ¡Quiá!
Picio. ¿Cómo quiá?
Cam. ¡Como quiá! Si va á almorzar aquí un empresario.
Los 2. ¿De teatro?
Cam. Digo yo que sí, porque siempre viene con bailarinas.
Picio. En ese caso ciertos son los toros.
Cam. Miren ustedes ... por allí viene. Si ustedes con salero pudieran enseñarle sus habilidades.....
Picio. ¡Excelente idea!
Adán. Este muchacho tiene talento.
Picio. Como que ha estado en el café del Sur. [Arranque de entusiasmo.]
Cam. Que ya está aquí.
Picio. Pues á él! Hagamos una especie de liga.
Adán. ¿De ¡contribuyentes?
Picio, No, de boqueras.
Cam. Ahí está.
Los 2. Pues mútis.
Picio. Vamos á enseñarle nuestras habilidades.

ESCENA XI.

EMPRESARIO Y CAMARERO.

Cam. Bueno juera que se contrataran por causa mia!
Emp. ¿Me has servido el Bitter?
Cam. Aqui está; sí señor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mp. Las esperaré tomándolo, pero si tardan mucho me voy á aburrir.
am. Voy por eso.
mp. Que sea una cosa superior.
am. Estando yo por medio.
mp. ¡Ah! Mira, traete una botella de manzanilla de casco azúl.
am. ¿De qué?
mp. De la primera manzanilla del mundo.
am. ¡Ah! Sí, es verdad. Usted lo entiende. [Vase.

ESCENA XII.

EMPRESARIO Y EDELMIRA.

del. [Sale y se recata detras de un árbol.] Tambien yo voy á enseñarle mis talentos.
mp. Cómo aburre la soledad. ¡No sé cómo hay quien delira por el campo! ¿Quién será esta joven?

MUSICA.

del. Buenas tardes, caballero.
mp. Buenas tardes tenga usted.
del. Yo le beso á usted las manos.
mp. Yo le beso á usted los pies.
Si usted gusta.
del. Muchas gracias;
mas no vengo aquí á almorzar.
Soy artista y vengo al campo
mis papeles á estudiar.
mp. ¿Conque artista?
lel. Soy cantante.
mp. Es muy noble profesión.

Edel. Ahora mismo en la arboleda
repasaba esta canción.
Emp. Si usted quisiera.
Edel. ¿Hacerla oir?
Emp. Exactamente.
Edel. Mucho que sí.
La canción se titula La fosforera.
Emp. Vamos al punto á oirla.
Edel. Pues así empieza.

I.

Por andar entre candelas,
ya se vé,
el pechito y entretelas
me quemé.
Y el fuego creció luego
de verdad,
que mirando pego fuego
á una ciudad.
Conque Don Antonio
no me mire usted
pues con mis miradas
lo vaya á encender.
Y para los cursis
sólo tengo yo
cajas de cerillos
de á cuatro y á dos.

II.

Con mirar como yo miro
cierta vez
el estanque del retiro
deshelé.

Y una vez en Santi-Ponce
miré así,
y la fábrica del bronce
derretí.
Con que Don Antonio etc.

HABLADO.

Emp. Es usted toda una artista.
Edel. Muchas gracias (¡Ya lo he fijado.) Conque según he oido es Empresario. ¡Bueno!
Emp. (Es guapa y parece corta y tímida..... ¡ Una cordera!.....Pobrecilla.) ¿Usted es soltera?
Edel. Casada: pero no importa.
Emp. ¿Cómo que no importa? [Arrimando su silla á la de Edelmira.)
Edel. ¡Ca!
Digo que no importa nada,
porque estoy divorciada
hace tres años....
Emp. ¡Ah ya!
Edel. Dios me deparó un marido
imposible! ¡Qué hombre aquel!
¡Bribón, jugador, infiel!....
Emp. ¡Un mal hombre!
Edel. ¡Si, un perdido!
Emp. Son vicios abominables.
Edel. ¡Cuán infelíz me hizo el tuno!
Un mérito tiene; es uno
de nuestros primeros sábles.
Emp. No comprendo.
Edel. Con sus tretas
y haciendo cien mil papeles
hasta á la diosa Cibeles
le pide un par de pesetas.
Así pasa todo el día.....
pidiendo.....

Emp. Si es con fortuna.
Edel. Ya no es sablazo, ya es una
carga de caballería.
Mientras por estos contornos
bostezo por esos llanos,
él come en los Italianos,
los Cisnes, la Perla ó Fornos.
Y yo venturoso el dia
en que como, caballero,
soldados del tres de Enero.
Emp. ¿Que?
Edel. Soldados de Pavía.
Emp. ¿Bacalao?
Edel. Sí, Bacalado.
No sé á qué saben, de veras
las dos sílabas primeras
de ese pez decapitado.
Emp. Reflexión sutíl y ambígua,
oh vaca!
Edel. Desde mi boda.
Emp. Vaca! Es muy buena á la moda.
Edel. Yo la quisiera á la antigua.
[Tomando aceitunas del servicio del Empresario.]
Emp. Pues la cortedad alabo.
Edel. Hoy ya almorcé, no hago excesos.
Emp. ¿Algún soldadito de esos?
Edel. Cuatro soldados y un cabo.
Emp. Buen apetito.
Edel. Tal cual.
Y por culpa de ese infiel,
me comeré al coronel
y después al general.
¡Y que esto me pase á mí
por ese marido inmundo!
Tan dichosa que en el mundo
podía yo haber sido.

Emp. ¿Sí?
Edel. Con amor puro y leal
amaron á esta gacela,
un fagot de la zarzuela
y un cornetín del Real.
Inutiles tentativas.....
[Entonaciones trágicas y diferentes.]
El otro, astuto y con dolo
Hay más; y el flauta de Apolo
y un contrabajo de Rivas.
¡Pues los dejé descontentos!
Y es un lance inusitado
que á mí siempre me han gustado
musicales instrumentos;
pero llegó el importuno
y al verle tan compungido,
nada, elejí á mi marido
que no tocaba ninguno,
¡Miento! tocaba y á gusto,
así al menos lo contaba,
uno de cuerda. Tocaba
las ánimas en San Justo.
Emp. ¿Fue sacristán?
Según él,
por gusto de sus hermanas....
Era el rey de las campanas
¡Que campanólogo aquel!
Ya conoce Vd. que al fin
no es mal cosa un sacristán.
Maldiga Dios el talán
que me hizo tanto tilín!
[Llora se sienta y se levanta rápidamente.]
Emp. (¡Incomprensible mujer!)
Aseguro á usted que siento.....
Sientese usted un momento.
Edel. No me puedo detener.

(Poéticamente lo que sigue.)
Me voy por esos senderos
á escuchar dulces y varios,
primores de los canarios
y trinos de los gilgueros.
Dulces notas de la fuente
que la sed cura y restaura,
blandos murmullos del aura
y rugidos del torrente.
La voz del niño que gime,
la voz del trueno que espanta,
la voz del pastor que canta,
la voz del trueno sublime.
[El Empresario hace gestos de admiración y da á entender que siga.]
Hija del arte realista
aprendo en esa grandeza,
porque la naturaleza
es el libro del artista.
Usté habrá visto á priori
que soy, aunque hago la humilde,
en la comedia, *Matilde*;
enla tragedia, *Ristori*.....
De habilidad un portento
con incomparable modo
soy, y sirvo para todo,
canto, bailo y represento.
Yo en óperas he cantado;
yo en zarzuelas he salido,
y me encuentro en un barrido
lo mismo que un fregado.
Conque, Edelmira Merced
cantante de profesión,
Plaza de la Encarnación
muy servidora de usted.
Perdone usted á mi pecho

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los arranques de amor propio.
Volveré. (Le he dado el ópio;
me contratará, es un hecho.)
[Váse precipitadamente]

ESCENA XIII.

EMPRESARIO Y PICIO.

Emp. ¡Qué mujer! ¡Es un torbellino! pues me ha hecho pasar un buen rato ¡Bah! Ya estamos solos otra vez. (Preludio en la orquesta.) ¿Otro? [Viendo aparecer á Picio que sale trayendo una guitarra]

MÚSICA.

Picio. Il fulgor del tuo belviso.....
nuovo ..... [Principio de la romanza del barítono en el Trovador. Canta tan mal que el empresario se tapa los oidos]

No estoy en voz
voy á cantar dos coplas
en español.
(Se sienta y canta á la guitarra)

1ª

Tiene mi niña Juana
los labios de coral
garganta de alabastro
y seno de azahar.
Cintura de palmera,
y después..... y además ..
No bajemos,
no bajemos
que voy á desafinar
Ah!
Subamos y digo
que el seno es de azahar,
el cuello de nacar,
la boca de coral.

Y .....(Silva el motivo.)
En el próximo número
se continuará.

2ª

Tiene mi niña Juana
como la almendra el pié
y gasta un zapatito
que ya lo verá usted.
Las medias son de seda
y además... .. y después.....
No subamos
No subamos
porque desafinaré
Ah!
Bajemos y digo
que el pié es muy barbián,
de raso el zapato,
la media hasta allá.
y..... (Silva)
En el número próximo
se continuará.

HABLADO.

Picio. Sentiré haber molestado á usted.
Emp. No señor, de ningún modo; yo soy muy amante de la música y canta usted muy bien.
Picio. ¡Público amable!
Emp. Público justo. ¿Quiere usted tomar un bitter?
Picio. Gracias; no me gusta engañar á nadie. [Dándose un golpe en el estómago.]
Emp. ¿Engañar?
Picio. Un bitter supone decirle al estòmago: «Vas á comer» y yo no como, caballero.
Emp. ¿Está usted enfermo?
Picio. Sí señor.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Emp. ¿De qué?
Picio. De hambre.
Emp. ¿Y qué le ha mandado á usted el médico?
Picio. Que coma.
Emp. ¿Y porqué no come usted?
Picio. Porque no puedo.
Emp. Ya; ¿le hace á usted daño la comida?
Picio. No he hecho la prueba hace mucho tiempo.
Emp. Hombre, coma usted.
Picio. Si no tengo dinero. [Arranque trágico.]
No ve usted que soy artista?

Emp. ¿Artista? ¿Ecuestre?
Picio. No señor de á pié. Soy barítono.
Emp. ¿El nombre de usted, si no es descortesía?
Picio. Por mi potencia de gola
y mi afición á Bellini
me llaman el Pandolfini
de la nación española.

Emp. Eso es muy lisonjero. ¿Y en qué teatros ha cantado usted?
Picio. En todos.
Ya desde el teatro Real
hasta el Torrejón de Ardoz
ha rrecorrido mi voz
toda la escala social.

Emp. ¿Y cómo no ha hecho usted fortuna habiendo cantado en el Real?
Picio. En el Real canté de un modo colectivo.
Emp. Ya! ¿Se contrató usted á partir el sueldo?
Picio. No señor; á partir la voz..... cantaba en los coros.
Emp. Ya! ¿Hace muchos años que cantó usted?
Picio. Desde así; justo; lo mismo;
dí el primer *si* natural
según mi tío Pascual

en la pila del bautismo.
Emp. Ya tenía usted buena voz ¿eh?
Picio. Dice mi madre que con el llanto dejé sorda á la nodriza.
Emp. Llorar es.
Picio. A los seis años entré de monaguillo en la Catedral de Burgos.
Emp. ¿Y la voz?
Picio. Siguió en aumento. De un berrido dejé sordo á un sechantre del oido derecho. A los ocho días le dejé tapia del izquierdo.
Emp. ¡Pobre hombre!
Picio. Un buen sujeto. Le hice un gran favor, porque su mujer tenía muy mala lengua y no pudo oirla más gracias á mí.
Emp. ¿Y hoy conserva usted todo el chorro de su voz?
Picio. ¿El chorro? Todo. Cuando yo canto retiembla el mundo y se estremece la humanidad.
Cantando ha poco en el Rastro.....
¿Cuanto hará? En tiempo de ferias:
le revente dos arterias,
á un teniente de Barbastro.
Emp. ¿Y qué ha hecho usted para conservar esa potencia de voz?
Picio. Mientras canté en la ópera comía muchos rabioli.
Emp. ¡Ya!
Picio. Es probado: los rabioli hacen la voz muy pastosa.
Emp. ¿Y qué comió usted cuando cantó en la zarzuela?
Picio. Arróz.
Emp. ¿Con gallo?
Picio. No, porque el gallo repite. Y ya ve usted

que para un cantante.

Emp. Es verdad. ¿De modo que come usted arróz solo?

Picio. Tampoco; con leche.

Emp. Pues no le falta más que unas gotitas de rón!

Picio. ¿Probar yo bebidas alcohólicas? ¡Nunca! Lo más que bebo es agua.

Emp. ¿Sola?

Picio. Ardiente.

Emp. Templada, querrá usted decir.

Picio. No señor, aguardiente.

Emp. Eso estropea la voz.

Picio. Usted lo creé? Lo siento.
Esa afirmación me exalta.
La voz no más le hace falta
al que no tiene talento.
Se sabe de muy atrás
en España, en cualquier parte,
que allí donde existe el arte
el órgano está de más.
Yo con talento y con tino,
con el arte que aquí encierro
á los públicos aterro
y á los públicos domino.
Me aplauden entusiasmados
hombres, mujeres bonitas,
las feas, y tengo citas
con billetes perfumados.
Y sin hacer sacrificios,
de una manera barata,
tengo corona de plata
en todos los beneficios.
Yo la compré. Ya está vieja.
En mi casa, con cuidado

se la doy á mi criado.
que la saca en la bandeja.....
Siempre aplaudido seré
en queriendo aplausos yo:
con arte les suelto un *do,*
si no me aplauden, un *re.*
¿No es bastante? Doy un *mi.*
¿Qué no se entregan? Un *fa.*
¿Aun están frios? El *la.*
¿Qué se defienden? Un *sí.*
Y todo el pueblo español
se enciende oyendo mi cante
pues no hay público que aguante
la potencia de mi *sol.*
Do, re, mi, fa, sol, la, sí.
(Marca las notas.)
(¿Vacila? Ya le dí el unto.
¿A que me contrata al punto?
¡Me juego un maravedí!)
(Va á marcharse.)

ESCENA XVI.

DICHOS Y ADAN.

Emp. El demonio es esta gente;
hijos son de Barrabás.

Picio. ¡Al fin lo he vencido!

Adan. ¡Atras!

Picio. No retrocedo.....

Adan. Detente.

MUSICA.

Adan. Te espero, si

Picio. No cedo, no
no, no, no, no.

(La frase del Conde de Luna y Manrique en el primer acto del Trovador cuando quedan ambos con la mano en el puño de la espada.)

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA XV.

DICHOS Y EDELMIRA.

Edel. ¡Lo mando yo!
[Cuadro. Actitudes, finas, pero grotestas de cantante de ópera.]
A tí, por mal marido. [A Picio.]
A tí por desleal. (A Adán.)
P. y A. No me mates, no me mates,
dejame vivir en paz
que á tu lado, vida mía,
seré firme en el amar.
Edel. Yo después me suicido,
y lo siento en verdad,
por dejar á mi vástago
en triste horfandad.
Los 2. La infelíz
os dice la verdad,
porque tiene un chiquitín
que se llama Nicolás
si no lo quieres creer
ven á, casa y lo veras.
Los 3. Ah! (Caricatura de reminicencia de la conjuración de Hugonotes, con letra italiana que se encuentra en la partitura.)
Adan. Yo sono frito
voglio íl tuo capo.
Picio. Son tuo marito
Edel. Bien, ya lo sapo.

ESCENA XIV.

DICHOS Y EL CAMARERO.

[Que se dirige rápidamente desde la venta á la izquierda.

HABLADO.

Adan. No hay remedio; vas á morir. [Saca un revolver.]
Picio. He aquí mi pecho tira. (Tomando una noble actitud)
Edel. A mí primero! [Interponiéndose.]

Adán. Alla vá. (Apuntando.)
Emp. No, hombre, no! ¿Qué va usted á hacer? [Con gran voz.]
Los 3. Já! Já! Já! [Riéndose.]
Adán. ¿Pero lo ha tomado usted en serio?
Emp. ¡Cómo!
Adán. Si es una farsa.....
Picio. Si yo soy Picio.
Adán. Y yo Adán.
Edel. Y yo Eva. Digo, no: Edelmira. Si somos artistas líricos.
Picio. Tres canarios de café que hemos exhibido la principalidad de nuestros talentos.
Edel. Para que usted nos contrate.
Emp. ¿Yo?
Edel. ¿Pues no es usted empresario?
Emp. Sí señora, empresario de quintos
Los 3. ¿Qué? [Quedan petrificados.]
Emp. Como no quiera usted venir de cantinera...

ESCENA ÚLTIMA,

DICHOS Y EL CAMARERO.

Cam. Un cochero trae ésta tarjeta
(Se la dá al empresario.]
Emp. Adios. No pueden venir, me han fastidiado, tendré que comer sólo.
Picio. Porque usted querrá. (Sonriendo.)
Emp. Es cierto, comeremos juntos.
Todos Vitor!
Edel. Y ahora?

MUSICA.

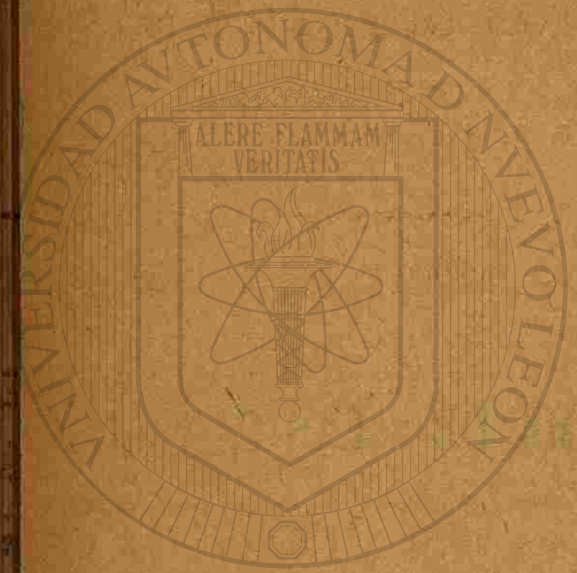
Todos. No nos mates, no nos mates,
Déjanos vivir en paz,
Y al autor y á los artistas
Una palmadita ó más.

TELON.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA DAMA DE LAS CAMELIAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA DAMA
DE LAS CAMELIAS.

JUGUETE COMICO LIRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. CARLOS PEYRES

MUSICA DE LOS MAESTROS

Carmelo Grajales y Jose Sanllehy.

Estrenado en el teatro principal de Lima, Perú en Agosto de 1893.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GUADALAJARA.
IMPRENTA DE "LA REPÚBLICA LITERARIA"
DE CIRO L. DE GUEVARA. CARMEN 28.
—
1897.

REPARTO.

—

Cándida Ruíz.....Srita. Elena Cotalá.
Dolores.....Sra. Rosario Puro.
Mr Jhon S'tick.....Sr Cárlos Peyres.
Don Tranquilino..... " Galo Vilanova.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO UNICO.

Gabinete elegante Puerta al foro y dos en 1°. y 2°. Ida En 1°. y 2°. Dcha dos ventanas que se supone dan á la calle. En el alfeizar de dichas ventanas, varias macetas y colgantes, todo con vistosas flores y muy elegantes los tiestos y colgantes.

ESCENA I

CANDIDA Y DOLORES, (ésta con delantal y regaderita fina)

CAN. Son tantos los descuidos y tan contínuas tus to pezas que ya no te puedo sufrir.

DOL. Señorita.... (Está junto á la ventana.)

CAN. Mi maceta de camelias, mandada desde California por mi esposo con tantos cuidados y recomendaciones destruida en un momento, por una de tus imprevisiones....

DOL. Es verdad....

CAN. Mis lindas camelias, mi flor predilecta, y tanto como yo las quería.

DOL. Perdóneme Ud. Señorita; fué sin querer....

CAN. Pues lo único que faltaba era que hubiera sido queriendo!

DOL. Yo me enmendaré!....

CAN. Pero tu piensas concluir con mis flores, con mi casa y con mi paciencia?

DOL. No ha sido culpa mia, y le juro que ha sido sin querer.

CAN. Siempre lo haces todo sin querer, pero no haces nada con acierto.

DOL. Ya lo sé y prometo la enmienda.

CAN. Pero cómo ha sido, habla?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOL. Como Ud. me ha encargado que todas las mañanas, antes que el sol penetre por las ventanas, riegue las flores.....

CAN. Y bien.

DOL. Al hacerlo ahora, no se como la empujé, sin querer por su puesto, y ha caido á la calle.

CAN. Se habrá hecho mil pedazos?

DOL. No, Señorita, no se ha roto.

CAN. Pues ve corriendo á traerla [Dolores no se mueve] ¿Que haces ahí parada?.

DOL. No puede ser.

CAN. Por què? Cómo que no puede ser?

DOL. Por que no ha llegado al suelo.

CAN. Qué estás diciendo?

DOL. Ha caido sobre la cabeza de un señor que pasaba en ese momento.

CAN. Jesús, qué barbaridad! Y el caballero qué ha hecho qué ha dicho?

DOL. Nada, Señorita, pero creo que sube.

CAN. Vaya un percance! Y? qué hacemos en este caso?

DOL. Yo no sé! [suena una campanilla.]

CAN. Ahí está.

DOL. Jesús, qué compromiso!

CAN. Debe de ser él.

DOL. De fijo..... (campanilla)

CAN. Pues arréglate como puedas, y no me comprometas. Tú has hecho el daño y tú debes deshacerlo.

DOL. No me deje Ud. sola, por Dios!

CAN. Ya te he dicho que no me comprometas [hace mútis por la 1.ª Ida.]

ESCENA II.

DOLORES sola.

Y qué hago en este apuro.? Cómo salgo de este pantano! El golpe ha sido terrible y ese señor debe estar hecho una fiera, y con razón, si señor, con muchísima razón. La maceta le cayó sobre el sombrero, el sombrero sobre los hombros y el pobre señor sobre las asentaderas. [llaman con estrépito y Dolores al decir la palabra "asentaderas" cae sentada en el sillón y sobre la regadera que aplasta) Ay!...qué es esto! (levantàndose asustada]Bien dice la señorita que no hago nada

con acierto. Ya van. [contestando al llamado] Pues señor, no hay más remedio que abrir y sea lo que Dios quiera!

ESCENA III.

DOLORES Y Mr JHON con el sombrero de copa apabullado, lleno de tierra el trage, lente y patillas rubias, fácil de quitar. En el brazo izquierdo lleva una maceta con una camelia.

JHON. Gud mone (1)

DOL. Eh! (2)

JHON. Gud mone

DOL. No señor. (Cree sin duda que hay algún mono y que este le ha tirado la maceta) No hay, no señor.

JHON. No hay *Gud mone*?

DOL. No señor.

JHON. *Is ódl rait.*

DOL. Cómo dice Ud?

JHON. Oste dispensa.

DOL. Si señor.

JHON. Mi quiere sáber quien es la dueño de esa ventana.

DOL. El dueño de esa ventana?

JHON. Yes!

DOL. [Ah qué idea!] El dueño de esa ventana es.... dueño de toda la casa.

JHON. El dueño de toda la casa, muy bien; oste dígale q venga.

DOL. Es que el dueño vive en el piso de arriba.

JHON. En el pisa de *riba.*

DOL. Sí señor.

JHON. Está buena, gud bay (hace medio mutis.)

DOL. (Dice que él vá; esta es peor)! Oiga Ud. no se v leste....Yo misma le llamaré. (Es necesario ev que se vean, todo se descubriría y bonito genio ne el vecino. Era capaz de pegarnos á todos) Yo

JHON. Bueno, oste digale que baja.

DOL. En el acto (Dios me libre de hacerlo! Le diré ha salido)

JHON. Mi espera aquí hasta que él baja.

DOL. Está muy bién (mutis foro.)

"1" "Está escrito como se pronuncia"

"2" "JHON y DOLORES"

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA IV.

Mr. JHON en la misma postura durante una corta pausa. Al empezar la música baja hasta junto á la concha dando un paso cada compás y permanece inmóvil.

Música.

Mi ser un gran milór
mi llama Jhon S'tick
mi nace allá en Londón
en la Royal S'trí
Oh! yes! Oh yes!
mi ser un gran milor
Oh! yes! Oh! yes....
mi llama Jhon S'tick (marca el baile Yankee dul

Mi viene en un vapor
y mi llega á Madrid
sale del Salvador
poniendo proa aquí
Oh yes! Oh yes!
mi viene en un vapor
Oh yes! Oh yes!
y mi llega á Madrid (baila más lijero)

Mi pasa ese balcón
por debajo de ahí
y me cae este flor
en cabeza de mi
Oh yes! Oh yes!
mi pasa ese balcón
Oh yes! Oh yes!
por debajo de ahí. baila mucho más lijero

Mi no devuelve flor
si no devuelve mi
un sombrero mejor
y cura mi nariz
Oh yes! Oh yes!
un sombrero mejor
Oh yes! Oh yes! [baila mas lijero todavia y al final de la música queda inmóvil]
y cura mi nariz

ESCENA V.

JHON Y DOLORES por el foro

DOL. Señor, el dueño de la casa acaba de salir.
JHON. Salir, per donde?
DOL. Quien sabe.
JHON. Bueno, adius.
DOL. [Me salvé.]
JHON. Mi vuelve, más tarde.
DOL. (Adios mi dinero) Es que tal vez venga muy tarde, ó pueda ser que no venga hoy.
JHON. ¡Oh, no importa, mi no tiene prisa, mi vuelve más tarde (mùtis foro)
DOL. Está muy bien.

ESCENA VI.

DOLORES y á poco CANDIDA 1ª pta. Ida.

Yo no sé lo que va á pasar aquí ni como salir de este compromiso, y eso que este inglés me parece muy *confortable*, pero ya se vé como los ingleses no saben hablar no es facil entenderse con ellos. Por supuesto que yo no he ido á llamar al del piso de arriba, buen genio tiene el tal señor para irle con bromitas. Tan cascarrabias y tan groserote!.... Lo peor es que el inglés volverá, y la Señorita no sabe lo que ha sucedido.

CAN. Te equivocas pues lo he escuchado todo, y no se por que razón, no le has dicho á ese señor la verdad de lo ocurrido. Te parece justo comprometer á una tercera persona y tal vez darle un disgusto. Yo no lo debo consentir y no lo consentiré. No faltaba más! Es necesario enmendar no solo tu torpeza, sino tu mal proceder
DOL. Yo no sabía como salir del paso.
CAN. Diciendo la verdad y nada más que la verdad. Hay que arreglar esto en seguida.
DOL. Y cómo?
CAN. Esperando la vuelta del señor inglés y contándoselo todo sin embustes ni enredos.
DOL. Está bien, esperaré ¿Y si no se aviene á razones?

CAN. Entonces hablaré yo misma con él, y le pediré disculpas. [campanilla]

DOL. Ahí está.

CAN. Abre y que pase en seguida.

ESCENA VII.

CANDIDA y DON TRANQUILINO personage muy violento; al entrar dá un golpe muy fuerte con el sombrero al dejarlo en la consola.

TRAN. "Más vale llegar á tiempo que rondar un año"

CAN. Ah! No es él! (sorprendida)

TRAN. Buenos días, señora, es decir, no son buenos porque son malos, y cuando son malos es porque no son buenos... "Y cada uno sabe donde le aprieta el zapato"

CAN. De seguro.

TRAN "No la debas y no la temas" Ya Ud. me entiende, lo celebro, entro en materia y "salga el sol por antequera"

CAN. Ya le escucho (ofreciéndole asiento)

TRAN. Ud. es una señora! Porque Ud. es una señora [afirmándolo]

CAN. Me parece que sí.

TRAN. No es mal sastre el que conoce el paño.

CAN. No entiendo....

TRAN. "Al buen entendedor con pocas palabras basta"

CAN. Pues confieso mi torpeza.

TRAN. Porqué es Ud. una señora.

CAN. Vaya una salida!

TRAN. No señora, no es entrada ni salida. Yo me entiendo y bailo solo. (casi á gritos)

CAN. Pero D. Tranquilino, tranquilícese Ud. y dígame lo que le pasa.

TRAN. Lo que me pasa? A mi no me pasa nada, á la que le pasa es á Ud. pero no importa. "Con tu pan te lo comas" "Y no hagas mal que esperes bien"

CAN. Si Ud. no se explica me veré en el caso de no poderle contestar.

TRAN. Es verdad. "Entre col y col, lechuga" Pues bien estoy hecho un bascilisco, señora. "A perro flaco todas son pulga" Figúrese Ud. que estoy tranquilamente.... [CANDIDA se distrae arreglándose el vestido y Dn TRANQUILINO que cree que no le hace caso repite Más fuerte.] tranquilamente.....

CAN. Jesús! [asustada]

TRAN. Tranquilamente (en tono natural) tomando mi chocolate, cuando «sin comerlo ni beberlo» me anuncian la visita de un inglés. «Como nada quita lo cortés á lo valiente» y creyendo que se trataba de un inglés español....y como gracias á Dios en España no tengo ningún inglés... [el mismo fuego que antes]ningún inglés he dicho «No hay peor sordo que el que no quiere oir»

CAN. Vá!

TRAN. Pues bien, continúo porque «buque parado no gana flete», lo hice pasar y me encuentro con que el inglés era inglés de Inglaterra.

CAN. [Ya pareció aquello] Yo le diré á Ud. Don Tranquilino

TRAN. Que me tiene Ud. que decir señora? «En boca cerrada no entran moscas» Déjeme Ud. concluir.

CAN. Bien, bien, adelante.

TRAN. No, señora, no adelante. «Por mucho madrugar no amanece más temprano» Quedamos en que entró el inglés, y este me dijo que yo le había arrojado un tiesto de camelias á la cabeza, por poco entonces le tiro la taza de chocolate á la idem., pero me acordé que «quien da pan á perro ageno, pierde el pan y pierde el perro» me contuve y con toda política dije que mentía como un chino.

CAN. Y el inglés que hizo al oir la galantería de Ud?

TRAN. Me miró fríamente, se rió y me dijo: que no era chino, sino inglés; que aquí le han asegurado que el tiesto fué arrojado de mi ventana y esto es lo que vengo á aclarar, pues «el que tiene el tejado de vidrio no debe tirar piedras al del vecino» como Ud. comprenderá; de modo que siendo Ud. una señora he de renunciar al castigo que merecía una calumnia semejante porque «El que á hierro mata á hierro muere» y más pronto se coge á un embustero que á un cojo» y para mentir y comer pescado se necesita mucho cuidado!

CAN. Basta, señor Tranquilino. Me está Ud. faltando hace rato....

TRAN. Yo faltando!.....Tras de cuernos, palos.

CAN. Y puesto que olvida Ud. el respeto y consideración que se debe usar cuando se habla con una señora, déir.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TRAN. Eso es «Vale más ponerse una vez colorado que ciento amarillo»

JAN. Que la maceta á que Ud. se refiere por una de las muchas torpezas de mi criada, y de un modo casual ha caido de mi ventana.

TRAN. Ya! «A buena hora mangas verdes» Con que la criadita he?

JAN. Si Señor, ella por disculparse dijo, que había caido de la de Ud, y ese es el error que estoy dispuesta á arreglar con el señor ingles en cuanto llegue, ya lo sabe Ud. todo; de modo que le suplico abrevie su visita lo mas que le sea posible.

TRAN. Santa Bárbara bendita» Esto es echarme! Pues bien "Donde las dan las toman» y á rio revuelto ganancia de pescadores» y el buey suelto bien se lame» y aunque «la cuerda debe romperse por lo mas delgado,» A quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga" Señora "Quien mal anda, mal acaba.» El inglés me las vá á pagar todas juntas "Me voy con la música á otra parte,[coge el sombrero] por que un loco hace ciento Celebro verla tan buena (se pone el sombrero, dandose un feroz golpe en la cabeza, y hace medio mútis, bajando otra vez,) Y el que con niños se acuesta.....

JAN. Caballero!.....

TRAN Perdone Ud. ha sido sin querer

JAN, Vaya Ud. con Dios.

TRAN. La del humo!(se va accionando exageradamente)

ESCENA VIII

CANDIDA sola

Esto es atroz! Tenér que sufrir los groseros modales de este hombre sin educación,y todo porque es el dueño de esta casa ó mas bien dicho por las torpezas de Dolores.....y hasta cierto punto le sobra la razón; que necesidad tiene de que nadie le moleste por culpas agenas.....Yo sola, sola en el mundo, es decir, sola no, pues tengo un marido, marido que no conozco mas que por fotografía, se que se llama Juan Pérez y nada más. La voluntad de mi padre y su gratitud me hizo firmar mi matrimonio con un rico comerciante de California, que según decía el se había enamorado de mi retrato y el cual le salvó la vida en un

desastroso naufragio. Mi padre murió al poco tiempo y mi esposo se puso en marcha anunciándome su viaje, para reunirse á mi, pero de esto hace ya mucho tiempon y o he vuelto á tener noticias; oh! si el estuviera á mi lado no me sucederían estas cosas

Música

Dulces ensueños del alma
guardo en mi pecho escondidos
son los amores perdidos
que llora mi corazón
Volad! volad! volad! Bellas ilusiones
Volad! volad! volad! En pos de otra primavera
no turbeis no, no turbeis no no turbeis no, placentera
la paz de mi corazón.
Bellas ilusiones
en pos de otra primavera
no, no, no turbeis no, placentera
la paz de mi corazón.
Buscad bellas mariposas
flor de mas vivos colores
que el jardín de mis amores
lo cubrió negro pesar,
y si acaso algún día
cruzan vuestras alas de oro
junto á la veldad que adoro
no le digais no le digais mi pesar.
"Recitado" Y vos bellas golondrinas
que el espacio atravesando
mensajeras fiel cruzando
llegais del amor en pos
En vuestro pico armonioso
llevad, llevad por Dios un suspiro
al bien que perdido miro
al dar mi postrer adios
adios, adios, adios, adios.

———————

Hablado [campanilla.

DOLORES, «llamando» Si será el ingles? Dolores

ESCENA IX

Cándida, Dolores y á poco Mr. Jhon lo mismo que en la 1ª salida

DOL. Señorita.
CAN. Ve quien llama
DOL. (despues de subir hasta el foro) Señora es el ingles (Asustada)
CAN. Dile que pase y retirate.
DOL. En seguida (va al foro, abre la puerta y entra Mr. Jhon lo mismo que en la otra salida, con la maceta etc.)
JHON. Gud mone.
CAN. Adelante
JHON. Zenquiu.
Can. Tome Ud. asiento
Jhon. Zenquiu (un momento de pausa) Yu espik inglis?
Can. Muy mal, asi es que le ruego se esplique en español.
Jhon. Yes old rait Mi jabla mocho mal al castiglana.
Can. Pero se entiende.
Jhon. Oste ser la dama de las camelias
CAN. La dueña de esas camelias, (rectificando) si señor.
JHON. Osté perdona yo viene á traer á osté estas camelias.
OAN. Muchísimas gracias [va á tomarlas.]
JHON. Non espera un poquito [retirando las]
CAN. Ah!
Jhon. Esta *flauar* cae sobre *may* jat (Esta escena se hará buscando Mr. Jhon las palabras muy pusadamente)
Can. Como?
JHON. Mi sombrero. Yo recibe en mi cabeza. mi sombrero rompe, yo da á Ud. su *flauer* é oste da á mi un sombrero nueva.
CAN. Es muy justo.
JON. Mi non necesita un sombrero, mi tiene mochas libras esterlinas y puede comprar todas las sombreras que mi quiere, oste está una Señorita moy galante y mi no permite oste debe favores á ningún caballero.
CAN. Muchísimas gracias por sus galanterías y buen concepto, y le ofrezco que tendrá Ud. un sombrero nuevo, y mi eterno reconocimiento por devolverme unas

flores que tanto quiero pues son un recuerdo de mi esposo.
JHON. Oste ama mocho á su esposo?
CAN. ¿Vaya una pregunta! Es claro
JHON. You tambien ama á mi mujer!
CAN. Hace Ud. muy bien.
JHON. Ahora oste permite mí vá á arreglar una cuenta con su marido, este caballera está muy bruto y muy mal educada.
CAN. Mi marido! ¿Y como sabe ud.?
JHON. You sabe bien, esta mañana toma chocoliata y dice mi you sou chino. Esto está muy mentira è you viene para hacerle en su cara un chichino.
CAN, Pero oiga Ud. ese caballero no es mi marido, mi marido está muy lejos por desgracia, y solo un error de mi criada le hizo creer á Ud. que estas camelias habían caído de la ventana de ese señor.
JHON. Ah! non está su esposa
CAN. No señor.
JHON. Mocho mejor Mi pega mas fuerte [se levanta]
CAN. Pero donde vá Ud.?
JHON. Mi va á hacer un chichon en la cara de ese hamtedonte (se va foro, muy grave y saludando desde la puerta)

ESCENA X

CANDIDA, despues DOLORES

Can. Dios mio! Dios mio! Yo que creí que todo estaba arreglado y concluido, y ahora sabe Dios la que se va á armar ¡Dolores! (llamando) Que complicación Dolores
DOL. Señorita.
CAN. Sube corriendo por lo escalera interior y dile á Don Tranquilino que venga en el acto, que se lo ruego, que se lo suplico.
DOL. Voy en seguida. [mútis 2ª ida]

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA XI

CANDIDA y á poco DOLORES

CAN. Hablaré con él, le suplicaré, le diré que reprima su carácter y que evite una cuestión que para mí sería muy desagradable, porque aunque involuntariamente la culpa es nuestra, Don Tranquilino tiene un génio arrebatado, pero no es malo, y creo que mis súplicas le harán capitular en favor de mis propósitos. Pero esta muchacha no vuelve todavía. Estoy intranquila Si habrá sucedido algo! Ac so se hayan visto ya! Ah pero no, aquí está ¿Que hay?

DOL. (saliendo) Dice que viene en seguida.

CAN. ¿Y el inglés, estaba arriba; se han hablado?

DOL. Creo que no, pues en el momento en que yo le daba el recado á Don Tranquilino oí que llamaban, y el dijo con voz de trueno: "Cierra la puerta y alaba á tu vecino» No estoy en casa para nadie. No tengo humor de recibir visitas.

CAN. Entonces según eso no se verán, y por ahora no hay nada que temer. Le diste mi recado?

DOL. Si señora, y no tardará en bajar.

CAN. Pues mira, corre y ve á la sombrereria del frente, y pide un sombrero de copa alta de los mejores que tengan y que me manden la cuenta. Se lo entregaré al inglés y que quede esto terminado.

DOL. Está bien [mútis foro y en el acto sale con una carta]

CAN. Suplicaré á Don Tranquilino y á pesar de su genio arrebatado accederá á mis ruegos, ni que se tratara de una cuestión internacional.

DOL. Señorita al salir he encontado al cartero y me ha entregado esta carta para Ud.

CAN. Bueno dáme a y vete á traer el sombrero (mútis Dolores por el foro] De América y de luto ¡Cielos una nueva desgracia! Ay, Dios mio que desventura (Leyendo) Su esposo ha muerto en una expedición al crater del volcán Izalco; perecieron todos los expedicionarios víctimas de su curiosidad. Por próximo vapor recibirá Ud. documentos importantes que acreditan la inmensa fortuna que hoy le pertenece y que puede Ud. recalmar cuando lo crea conveniente. "El cónsu del

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Norte América en San Salvador» Y que me importa la fortuna! Viuda y sin haber conocido! á mi esposo! Hoy es día funesto para mí, (Llora y se sienta junto al velador que está en la Ida]

ESCENA XII

TRANQUILINO y CANDIDA

TRAN. Se puede?

CAN. Adelante.

TRAN. Hum! "En cogera de perro y lágrimas de mujer, no hay que creer» Que se ofrece?

CAN. Lo he llamado para suplicarle que termine el desagradable asunto con el inglés, pues no quiero que por mi causa haya el menor disgusto entre dos personas recomendables.

TRAN. Señora "Al amigo y al caballo no cansarlo» «Y tanto va el cántaro á la fuente que al fin se rompe» Y el que al cielo escupe al rostro le cae»

CAN. Todo eso muy cierto, y por eso mismo le ruego, puesto que hoy es un día fatal para mí, que todo termine. Acabo de recibir la funesta noticia de la muerte de mi esposo!

TRAN. omo! Ud. era casada?

CAN. Si señor.

TRAN. «A otro perro con ese hueso» ¿Y como su esposo de Ud, no arreglaba los asuntos sin molestar á los vecinos?

CAN. Mi esposo estaba muy lejos!

TRAN. ("Aquí hay gato encerrado») Muy lejos?

CAN. En California

TRAN. En California? "Pues no es nada lo del ojo"

CAN. Yo me casé por poderes y por cumplir la última voluntad de mi padre que murió allí.

TRAN. Calla, calla! Por la hebra se saca el ovillo ¿Su esposo era español?

CAN. Creo que sí, se que era un rico comerciante; que en un siniestro salvó la vida á mi padre, y éste por gratitud le ofreció mi mano, Me consultó si estaba conforme, yo le contesté que sí, efectuándose el enlace al poco tiempo.

TRAN. Conozco la historia muy á fondo!

CAN. Que dice Ud.!
TRAN. "Haz bien y no mires á quien" dice el refran .....
De modo que Ud. es hija de mi amigo. de mi gran amigo y compañero?
CAN. Como! Ud. ha conocido á mi padre?
TRAN. Muchísimo,
CAN. Oh! que felicidad!
TRAN. No se llamaba Eduardo Ruiz?
CAN. Ese era su nombre
TRAN. Mi buen amigo! Con su esposo también tuve mucha confianza y gran amistad. ¡Y dice Ud. que ha muerto mi querido Juan!
CAN. Si señor, accabo de recibir la noticia!
TRAN. Vaya una desgracia! Bueno, bueno; "no hay mal que por bien no venga» y el que debe y paga, no debe nada, Yo conocí mucho á su padre de Ud, en California le asistí en sus últimos momentos; murió en martes, "En martes ni te cases ni te embarques» Y le ofrecí velar por su hija, de modo que desde este momento, Ud es como si fuera mi propia hija,
CAN. Gracias, amigo mío,
TRAN. Yo arreglaré el asunto del inglés como cosa propia, qué demonio, "No hay sábado sin sol, ni doncella sin amor» Y contra siete vicios hay siete virtudes»

ESCENA XIII

Dichos y DOLORES (con sombrero en su sombrerera)

Dol. Señorita aquí traigo el sombrero.
Can. Bien déjalo.
Dol. Me han dicho que se puede cambiar si no está bien de medida,
Can, Bueno, Esperaré que llegue el inglés,
Dol. Ah! Al subir le he visto,
Tran, Es claro! "Nombrando al ruin de Roma!
Can, ¿Viene aquí?
Dol. No señorita, Está sentado en la escalera, frente á la puerta del Señor (por D Tranquilino]
Tran. El inglés, frente á mi puerta ¡Lo mato!(con arrebato) ¡lo mato¡
Can. Como! ¿Es así como va Ud. á arreglar mis asuntos?
Tran. Es verdad. "El que no oye consejo no llega á viejo»

'y mas vale maña que fuerza» Haga Ud, pasar al inglés.....ya estoy tranquilo
Can. Que pase (á dolores)
Tran. Quiere Ud, dejarnos solos?
Can. D. Tranquilino no olvide Ud. que deseo arreglar este asunto amigablemente.
Tran No tenga Ud. cuidado, se lo prometo á fé de Tranquilino Cordero. «Antes la obligación que la devoción» y «á Dios rogando y con el mazo dando»
Can. (con zalamería y como recomendándole la moderación) «Mas discurre un hambriento que cien letrados"
Tran. Si, pero «sardina que se lleva el gato, tarda ó nunca vuelve al plato» [acción de pegar]
Can. D. Tranquilino.....(hace mútis pte Ida)
Tran. Bueno, bueno! "Cada mono á su mecate"

ESCENA XIV

TRANQUILINO

Muy bien "Estamos como tres con un zapato" ¡Qué demonio, dominaré mi carácter! Seré previsor, pues «Camarón que se duerme se lo lleva la corriente» Trataré al inglés como si fuera ruso, es decir con mucho frio. Aunque no sea mas que por el recuerdo de mis dos amigos; debo hacer algo.
Y sobre todo, esto no ha de ser «puñalada de pícaro» ¿Que es lo que ha sucedido, vamos á ver? La cosa mas natural del mundo; que ha caido una maceta, y casualmente mata á un inglés! ¿Quien tiene la culpa; la maceta por caer ó el inglés por pasar en ese momento?.... y sobre todo, «Guárdate y te guardaré» dice el refrán y el que está debajo de hoja dos veces se moja ....
Na da, nada, esto no vale la pena.

ESCENA XV

TRANQUILINO MR. JHON con la maceta y DOLORES por el foro

Dol. Señor.
Tran. Que hay

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dol. Aquí está el inglés (movimiento de violencia en Tranquilino como para orrojarse sobre el ingles pero se calma y dice)

Tran. Que pase (Dolores hace mútis y entra Mr, Jhon)

Jhon. Cabaliero

Música

Tran, Entre Ud, señor inglés,
buenas palabras y pocas
pues con la boca cerrada (2 veces
jamás se cuelan las moscas)
Jhon, Mi ser un gran Milor
Mi llama John Stik
nacido allá en Londón
en la Royal Strik
Tran. Que aproveche y adelante
no me venga á fastidiar
que en casa del jabonero (2 veces
Es muy facil resbalar)
Jhon. Mi no devuelve flor
si no devuelve mi
un sombrero mejor
y cura mi nariz.
an. Pues busque Ud. en el acto
un doctor ó una botica
que la mancha de la mora
con otra verde se quita
hon. Mi pasa ese balcon
por debajo de ahí
y me cae esta flor
en cabeza de mi.
ran. Hace ya mas de dos horas
que me está cargando usté
con su flor y su pachorra
y tanto hablarme en inglés,
Jhon. Oh! Yes! Oh! Yes!
Tran. Conque abrevie su visita
acabemos de una vez
que la sangre se me irrita
lo entiende el señor inglés?
Jhon. Oh! Yes!
Tran, Yo soy hombre contundente

Tran. Si, pues bien, "La letra con sangre entra" lanzándose sobre el inglés, este lo espera con mucha calma. CANDIDA sale precipitadamente y se interpone entre los dos.

Can. Señores, por favor!

Jhon. Osté dispensa (con mucha calma)

Tran. El perro del hortelano ni come ni deja comer (con gran disgusto por que ha intervenido CANDIDA.)

Jhon. Non, un clavo saca otro clavo (haciendo ademán de pegar)

Can. Basta; yo creo que la presencia de una señora debe poner fin á una escena tan poco digna!

Jhon. Muy bien, pero mi non está chino.

Tran. "Después del asno muerto la cebada al rabo" (con sentimiento por no desahogarse"

Can. D. Tranquilino, recuerde Ud. que me ofreció arreglar este asunto amigablemente.

Tran. Señora, esa recomendación debe hacerla Ud. á ese monigote que es el que me ha insultado, "y el que quiere la capa del amigo no es amigo"

Can. El señor exige de mí la reparación de una falta que involuntariamente se le ha hecho en mi casa y por consiguiente no puedo suplicarle sino atenderle.

Tran. Esto es, ! «Unos cardan la lana y otros cobran la fama» «Si no hay peor cuña que la del mismo palo»...

Can. Ud· hoy para mí, tiene otros títulos, pues la amistad que dice haber profesado á mi padre y el recuerdo de mi querido esposo, también su íntimo amigo, me da el derecho no exigirle, pero si de suplicarle reprima su carácter y termine todo agravio con el señor.

Tran. (dominándose y con resignación) Me ha convencido U. por algo dicen: «que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena» Pelillos á la mar señor inglés, basta que se interese esta señora é invoque el recuerdo de personas que me han sido tan queridas para que le ruegue que «cortemos por lo sano» Pues más vale un mal arreglo que un buen pleito» y la mancha de la mora con otra verde se quita». Que demonio! Perdone Ud. y lo pasado pasado»

Jhon. Está muy bien, pero mi no puede quedar chino, en mi país non está bueno esto.

Tran. «Al país que fueres haz lo que vieres»

Jhon. No haz lo que vieres, haz lo que debes!

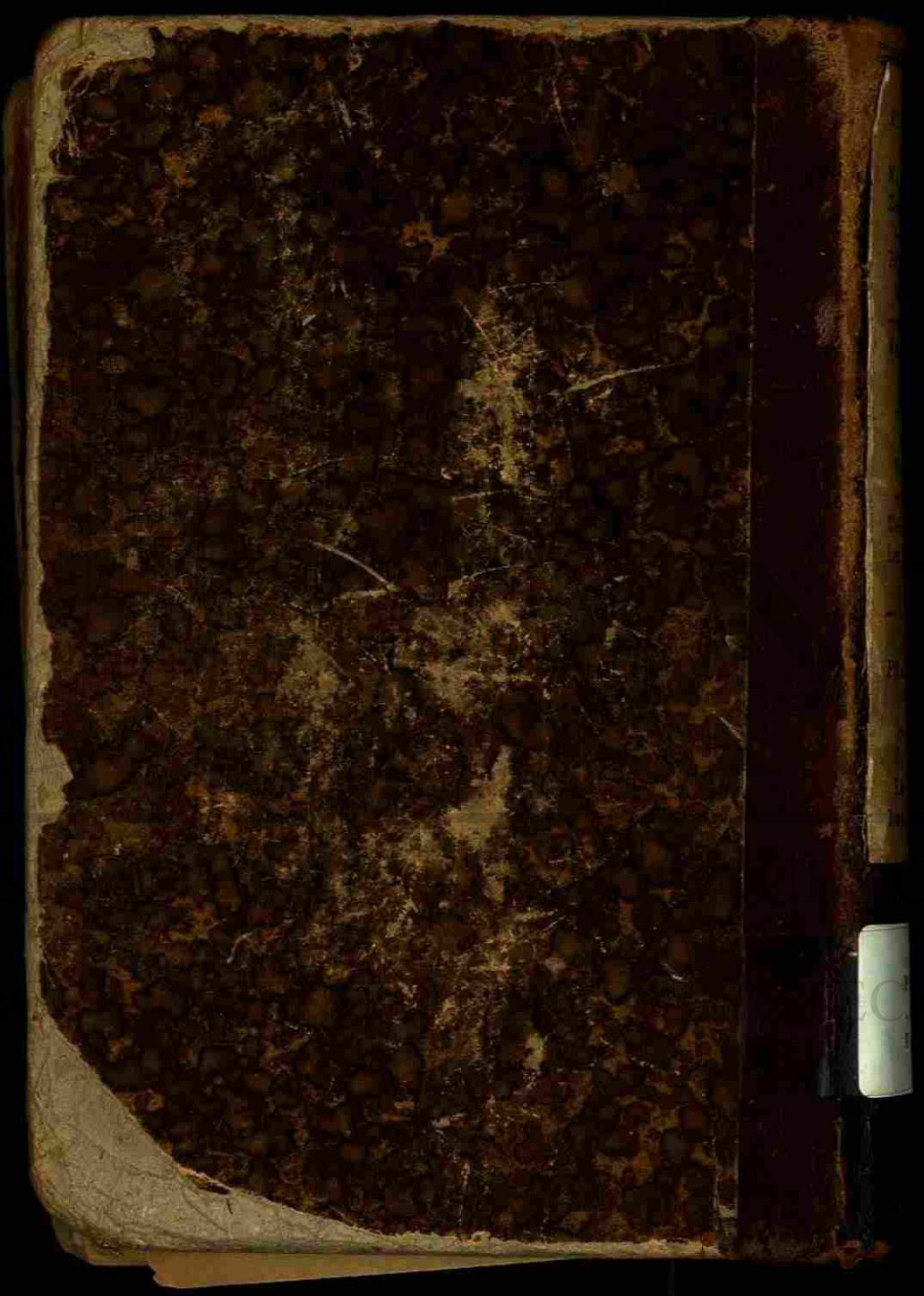
Tran. Bueno, es lo mismo

Jhon. Non lo mismo. Oste dice. «Dame pan y dime tonto" y mi no está tonto mi está porfiado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dol. TRAN. Es claro! Pobre porfiado saca mendrugos»
JHON. No, saca una muela. "acción de pegar"
TRAN. Este ingles, bebe ser aragonés, por lo terco.
Tran. JHON. Mi quiere oste da una satisfacción por la palabra
Jhon. chino.
CAN. (no dajando que hable Tranquilino) Si señor, el se la dará á Ud. amplísima. No es verdad?
TRAN Si señora, se la daré. «(Del árbol caido todo el mundo hace leña» y si me dejara llevar de mi carácter, ya
Tran, estaba este inglès volando por la ventana: ya se vé «el que no está hecho á bragas las costuras le hacen llagas»
JHON. *Ys ol rait.* Senourita. Está todo terminado: si este
Jhon, caballero retira su palabra china, mi le perdona la vida.
TRAN. Pero esto no es un inglés, esto es un sinapismo.
JHON. Oste toma la camelia que regala su esposo, y entrega
Tran. mi sombrero.
CAN. Aquí lo tiene Ud.
JHON. Zenquiu [lo saca y en la cinta está la cuenta doblada] Esta es la dedicatoria? [Leyendo la cuenta]
Jhon- CAN. Esa es la cuenta sin duda, démela Ud.
HON. Dispensa, oste regala el sombrero, pero mi paga su valor. [Leyendo] «La señorita Cándida Ruíz....Cómo! Oste llama Cándida Ruíz....non es posible.
CAN. Como que no es posible!
JHON. Oste es la esposa de Juanito Pérez?
AN. Sí señor.
Jhon. JHON. Oste desea mocho ver á su esposa?
AN. Ya no es posible caballero, mi infortuna lo esposo ha
muerto, y hoy soy la viuda de Pérez!
RAN. Sí señor, la viuda de Pérez!
Tran. JHON. Mi no habla con osté. Ud. está siempre «metido en camisa de mochos metros»
TRAN. Yo me meto donde me da la gana!
JHON. «El que mocho habla pierde el perro»
TRAN. Mucho yerra querrá Ud. decir.
Jhon. JHON. Oste lo sabe bien!
Tran. TRAN. Es decir que soy un babieca.
JHON. Un D Juan de las viñas.
TRAN Ea, se acabó mi paciencia á Roma por todo (coge una silla y se la va á tirar. Cándida se interpone dando un grito. El inglés se quita las patillas con precipitación y
Jhon. dice en buen castellano)
Tran,
JUAN Tira Tranquilino ¿Qué te detiene?

TRAN. Jnan Pérez! (gran sorpresa y dejando caer la silla) Eres tú!
JUAN. Si, el mismo.
CAN. Cómo! El; mi marido!
JUAN Yo mismo.
TRAN. Querido amigo [abrazándolo]
CAN. Pero no comprendo.....
TRAN. Ni yó.
JUAN. Es muy sencillo y por ello te pido perdón querida esposa. Como nuestro matrimonio se efectuó por poderes y queriendo ver por mí mismo si la llegada de tu esposo te haría feliz me disfracé y me fingí inglés sólo por conocerte y saber hasta que punto ocupaba mi recuerdo tu corazón. Me dirigía esta mañana á esta casa con el objeto de buscar un pretesto para penetrar en ella, cuando la fortuna hizo que cayera esa camelia sobre mi cabeza, tan oportunamente que fué la llave que me franqueó las puertas de la felicidad en lugar de matarme.
TRAN. «Nadie se muere hasta que Dios quiere!»
JUAN Es verdad! Y gracias al gran corazón, pero siempre arrebatado génio de mi amigo Tranquilino, se han efectuado todas las escenas que has visto, las cuales me han convencido de que la presencia de tu desconocido esposo te era agradable, y por eso me arrodillo á tus plantas y te pido perdon del mal rato que te he hecho pasar. Me perdonas?
CAN. Con toda mi alma
Juan La carta anunciándote mi muerte, la escribí yo mismo, pero creo que no habrá necesidad de identificar mi persona.
Tran Para eso estoy yo aquí,
Juan Y esta partida de matrimonio legalizada en toda forma [se la da á Cándida]
Can, La mejor prueba, querido esposo, es mi corazón (se abrazan)
Tran. "Cada mochuelo á su olivo»
"Cada obeja con su par»
"El casado casa quiere»
"Y el onceno no estorbar»

FIN DE LA OBRA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS